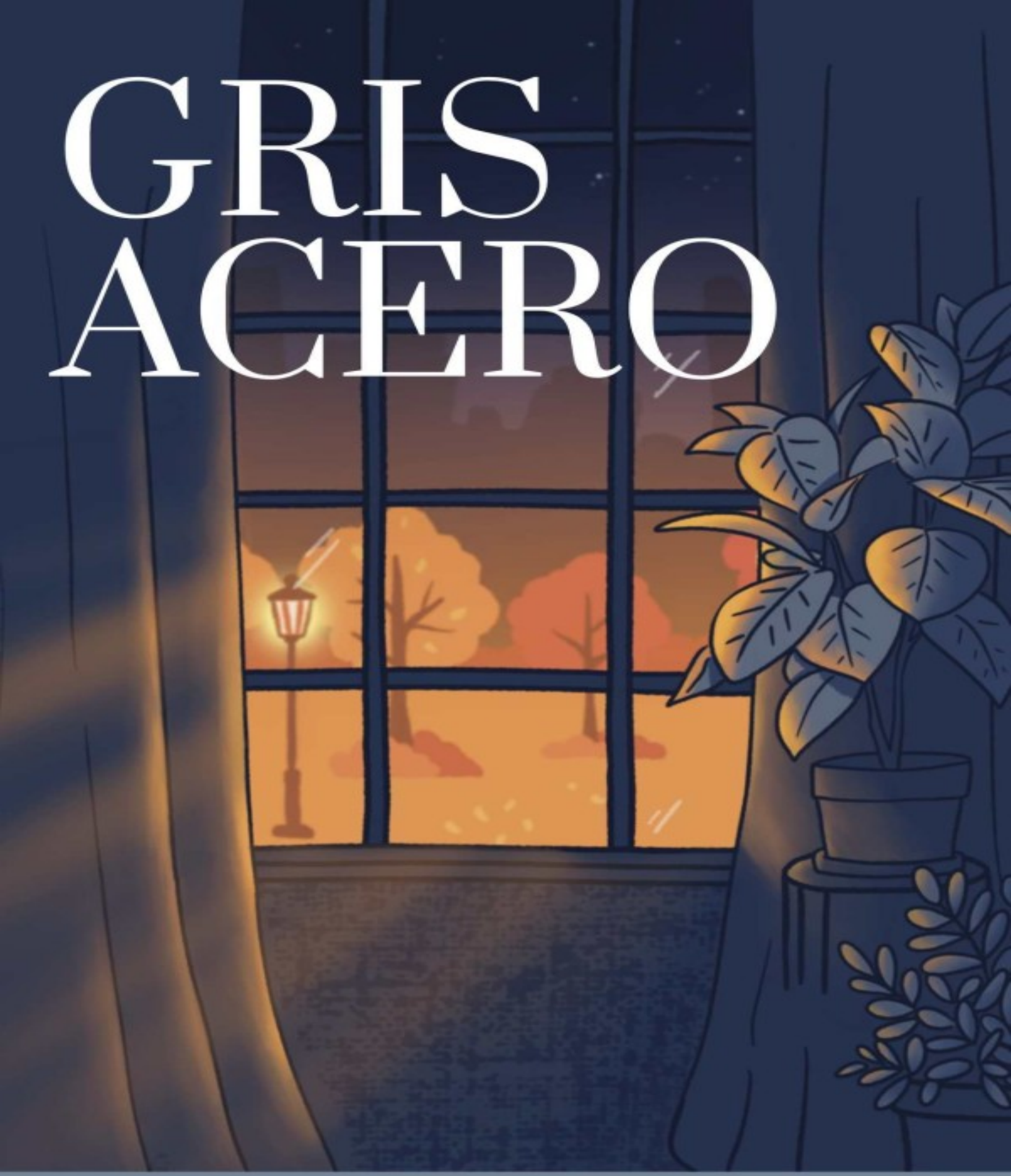
GRIS ACERO



AISLIN LEINFILL

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: Gris acero.

Aislin Leinfill, Octubre 2025

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0FSLQKMKH

Dedicado a ti, querido lector. Gracias por seguir a mi lado.

Aislin

CAPÍTULO 1

Fue un cuatro de Julio. El cielo se rompía en un millón de colores y brillos, el sonido de los fuegos artificiales lo llenaba todo y el olor a salitre estaba camuflado bajo el de la pólvora.

Todos los demás estaban gritando y saltando en la orilla, señalando los fuegos más espectaculares, sus carcajadas se mezclaban con el estruendo del cielo iluminado. Estaba sentado en la arena, con las piernas estiradas y las manos hundidas en los granos tibios, sonriendo mientras disfrutaba del espectáculo, dejándose mecer por el bullicio a su alrededor sin dejar que lo arrastrara del todo, hasta que él se arrodilló a su lado.

En medio del ensordecedor ruido y los cientos de luces que iluminaban la noche, todo lo demás se difuminó y solo le vio a él. Su pelo negro, sus ojos a azules y su sonrisa, que siempre había encontrado divertida, se convirtió en algo que le sacó el aire de los pulmones como si acabara de correr sin freno por la playa.

Harrison se inclinó sobre él, tocándole el hombro. El calor de su mano se coló por la camiseta como una descarga. Podía ver sus labios moverse, pero no fue capaz de distinguir sus palabras. El ruido de los fuegos y su propio corazón se lo impedían.

Aquel cuatro de julio fue la primera vez que lo vio de verdad y supo entender todo ese arcoíris de sensaciones que siempre sentía cuando Harrison estaba cerca. Incluso ahora, con los ecos de aquel verano aún anclados en el pecho, ocho años después de ese infame julio, seguía sin saber qué hacer con eso.

Tenía diecisiete años, había perdido la virginidad con la cuarta chica a la que había besado y sus padres le habían regalado un viejo Chevrolet que estrenó llevándolos a todos a comprar helado. Todavía recordaba el traqueteo del coche y la ventana bajada, el aire cálido

entrando a ráfagas mientras creía que tenía el mundo entero al alcance. Diecisiete solamente cuando descubrió que Harrison Black era mucho más guapo que cualquiera de las chicas que conocía y que le gustaba más que el helado de nueces de macadamia y café. Y que mirar su sonrisa dolía y le gustaba a partes iguales.

La familia Black era una extensión de la suya, vivían enfrente en una casa idéntica como todas las de la calle. Valla blanca, jardín cuidado y recién cortado, un perro o dos en cada familia y un promedio de dos o tres hijos. Los Black tenían dos hijos, Harrison el mayor y Terry.

Harrison tenía la misma edad que sus hermanos mellizos, Ellie y Sammy. Actualmente los tres tenían treinta años, Terry acababa de cumplir los veintiocho y luego estaba él, que cumplió los veinticinco hacia un mes.

Con hijos de edades tan cercanas, era lógico que sus familias acabaran íntimamente relacionadas, aunque la verdad es que sus padres llevaban años siendo amigos íntimos, más de treinta años, desde que se hicieron compañeros de patrulla en el departamento de policía.

Muchos de los hombres y mujeres de esa calle pertenecían al cuerpo. La gente de la zona la llamaba la calle de los *cowboys*.

En parte porque había muchos agentes de la ley congregados en cuatro calles, y por otra porque la mayoría encajaba en el estereotipo texano: vaqueros, botas, sombreros, misa los domingos, barbacoas cada sábado y noches de fútbol americano.

Los domingos las aceras, olían a carne asada y a césped recién cortado, y los niños corrían de una casa a otra sin distinguir fronteras, como si el vecindario entero fuera un único hogar.

Fue un buen lugar para crecer, un entorno seguro donde jugar en la calle y aprender a andar en bicicleta.

El oficio de policía llevaba varias generaciones en su familia, y sus hermanos mayores continuaron la tradición, igual que Terry. Por su parte, se había alejado todo lo posible de ese camino, estudiando la carrera de contabilidad. Sus padres no estaban precisamente contentos con su decisión, sobre todo porque hasta los dieciséis juraba que también estaría en el cuerpo. Nunca explicó el motivo por

el que cambió de opinión, aunque fue una discusión recurrente cuando empezó en la universidad.

Por suerte, su primer año coincidió con la boda de Sam con su novia, Rebecca. Y al siguiente con la de Ellie con su novio del instituto, Bruce. Tuvieron una gran pelea durante su tercer año, pero con la aparición del primer hijo de Sam, todo quedó apagado. Thomás nació en verano, y con apenas seis meses de diferencia llegó el primer hijo de Ellie, Gavin. Todavía no se habían recuperado cuando nació la princesa de la familia, la pequeña Ali.

Con tantos eventos familiares, no hubo tiempo para demasiadas recriminaciones. Siempre surgía una nueva celebración, un logro infantil que merecía aplausos, así que procuraba no hablar mucho de su trabajo y evitar que las discusiones escalaran cuando se fijaban en él.

Aprovechó la universidad para alejarse de su querida, pero en ocasiones agobiante familia. Sus buenas notas le consiguieron un empleo a las pocas semanas de acabar la carrera. Era un empleo tranquilo, le gustaba el orden y que las cosas cuadraran, por lo que su trabajo era satisfactorio. Estaba bien pagado y le había permitido mudarse durante su primer año de vida laboral.

—¡Pringado! —giró la cabeza a tiempo de que la gorra de Sam le pegara en la cabeza—. Te estoy hablando, atontado.

Miró fijamente a su hermano sin tomar represalias. A veces Sam parecía el pequeño de los dos.

—¿Ese es el ejemplo que quieres darle a tus hijos? —preguntó señalando a los pequeños que se reían viéndolos.

—No se tiran cosas, niños —les instruyó Sam con voz dura.

Los niños asintieron con gesto serio, pero con sus cuatro y seis años respectivamente, todos sabían que no harían caso.

—¡Thomas! ¡Ali! —gritó Gavin corriendo hacia sus primos.

Sonrió viendo cómo los tres se abrazaban, los bracitos apretados y las risas encadenándose en una pequeña e improvisada fiesta veraniega.

—La azafata dice que nos dará libros para pintar y colores que podemos quedarnos —anunció emocionado Gavin. A los cinco años, el pequeño ya era el artista de la familia.

—Vamos, niños —los llamó Bruce—. Iremos de primeros para que puedan daros vuestros regalos.

Sonrió a su cuñado, que le devolvió la sonrisa.

—James. ¡Ven! —le llamó su madre.

—Mamá. Tía Vivian —saludó a las dos mujeres al acercarse.

—Hola, cariño, no sabía si al final podrías venir —le dijo Vivian abrazándolo.

—No nos perderíamos este gran día por nada del mundo —contestó su madre por él—. Estamos muy orgullosos de Harrison.

¿Orgulloso? Bueno, no era la palabra que él elegiría, pero sabía que no podía decir otra cosa, así que sonrió.

Él no fue el único que no eligió ser policía. Harrison tampoco lo hizo, pero, a diferencia de él, su decisión fue celebrada como si fuera el salvador de la humanidad. Las dos familias estaban profundamente felices con su elección.

Todos habían ido a un instituto militar, pero, solo Harrison continuó la carrera en la marina, trasladándose a una base cerca de la costa en Virginia, y a los veinte años entró a formar parte de los SEAL.

Ser un SEAL no es un proceso fácil ni accesible para todo el mundo; además de cumplir unos estándares físicos, se les sometía a un entrenamiento brutal y, al contrario que sus compañeros, no tenían horarios.

Su vida consistía en estar siempre al máximo de sus capacidades y salir en las misiones más peligrosas y secretas que la marina realizaba. En realidad, aunque pertenecían a la marina, estaban capacitados para actuar en tierra, mar o aire, generalmente dedicados a misiones antiterroristas o cualquier misión de acción rápida y directa.

No podía contarle a nadie nada de su trabajo y no tenían días libres de verdad. Se les podía llamar en cualquier momento del día o la noche, y debían vivir casi todo el año en Virginia, donde el entrenamiento no se detenía jamás, ni siquiera en las semanas aparentemente tranquilas.

Los SEAL eran pocos y estaban divididos en diez equipos. Por seguridad, sus nombres no trascendían y no decían a qué grupo

pertenecían. A veces, en misiones importantes, se les condecoraba y se permitía a la familia asistir a la ceremonia, que era completamente privada.

Y por eso, precisamente, las dos familias estaban viajando a Virginia, porque Harrison sería condecorado por sexta vez en su vida. No había ido a las anteriores, pero no podía faltar a esta, ya que, al parecer, era diferente a las otras. Volver a negarse no le traería más que preguntas, así que, después de pasarse días buscando una manera de escaquearse, acabó por claudicar.

No era como si Harrison se lo hubiese pedido expresamente, pero todos sabían que esperaban que esta vez no fallara.

Se convenció a sí mismo de que sería rápido: un vuelo, un día en Virginia y otro vuelo de vuelta.

—¡Vamos, chicos! —los llamó Richard al lado de su padre—. Ya podemos entrar al avión.

Agarró su maleta de mano y siguió a toda la familia para abordar.

Richard y su padre se encargaron de conseguir los billetes, por lo que todos acabaron sentados muy juntos, ocupando unas cuantas filas.

Durante el viaje, intentó concentrarse en alguna de las películas que había descargado para el vuelo, sin éxito. Las imágenes pasaban ante sus ojos, pero no lograba retener nada. Su mente estaba en otra parte.

—Tío James. Ayúdame, no puedo pintar el cielo —le llamó Thomas.

—¿No puedes o no quieres, pequeño vago?

Su sobrino se encogió, tratando de esconder su risita.

Le revolvió el pelo, haciéndolo reír, pero aprovechó la distracción para entretenerse, y antes de darse cuenta ya habían llegado a Virginia.

—¿Por qué tienes esa cara tan agria? —le preguntó Ellie mientras vigilaban que los niños no se desperdigaran, esperando a los coches ya fuera del aeropuerto.

—A mi cara no le pasa nada —contestó, mirando alrededor.

El aire húmedo de la costa lo envolvía, y el cielo, cubierto de nubes bajas, parecía más gris que en casa.

Era la primera vez que iba a Virginia, a pesar de que Harrison ya llevaba doce años en el ejército. Ni siquiera había ido a su jura de bandera porque coincidía con sus exámenes finales.

—No vayas a estropearlo —lo advirtió Ellie.

Miró a su hermana con consternación.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Ellie lo miró fijamente hasta que apartó la mirada.

—Todos sabemos lo que piensas de que Harrison esté en el ejército, pero este es un día muy importante para él y para nuestras familias. Compórtate como un adulto y guárdate tu opinión. Este viaje no se trata de ti; estamos aquí para apoyar a Harrison, para vivir un momento único de su carrera. No es fácil que te condecoren cuando eres un SEAL.

—No pensaba decir nada, soy un adulto, sé comportarme —contestó, apretando con fuerza la mandíbula.

Notó cómo se tensaban los músculos de su cuello. Aquello no era un simple viaje familiar: sería una prueba de contención.

Ellie abrió la boca como si fuera a decir algo, pero negó antes de volver su atención a sus hijos.

Richard, Sam y su padre llegaron con un coche cada uno. Cargaron las maletas y aseguraron a los niños antes de ir al hotel.

Para cuando pudo cerrar la puerta de su habitación y quedarse solo, lo único que quería era dormir.

El cansancio no era físico, sino mental. Un agotamiento silencioso que le pesaba en los hombros como una losa.

Fue directo a la ducha y no se molestó en vestirse al salir. Se metió desnudo en la cama y envió un mensaje a su madre.

James:

Me duele la cabeza y la garganta, id a cenar sin mí. Me acuesto ya para estar bien mañana.

La respuesta de su madre llegó enseguida.

Mamá:

¿Quieres que te suba una pastilla, cielo? ¿Algo de cenar?

Sonrió mientras respondía.

James:

Estaré bien, Mamá. Seguro que mañana estoy mejor.

Mamá:

Está bien, te quiero. Dejo el móvil con sonido toda la noche por si me necesitas.

Puso su teléfono sobre la mesilla y apagó la luz, intentando relajarse.

Sabía que Harrison tenía que estar a punto de llegar al hotel para reunirse a cenar con los demás, pero no estaba listo.

Aun no. El simple pensamiento de tener que mirarlo a los ojos, condecorado otra vez por algo que había hecho y que no podía ni nombrar, lo revolvía por dentro. Premios por arriesgar la vida y volver cada vez más roto a la base. En eso consistía la vida de Harrison y aunque estaba allí, no pensaba celebrar ni un segundo de eso.

CAPÍTULO 2

Una condecoración más… Decían la palabra como si fuera algo de lo que sentirse orgulloso y lo entendía, pero veía mucho más allá. El trabajo de un SEAL ya era lo bastante peligroso; si le daban una medalla, era porque había hecho algo arriesgado, más de lo que ya incluía su puesto. Algo lo bastante extremo como para que alguien al otro lado del teléfono tuviera que contener la respiración antes de dar la noticia.

Cerró los ojos y, sin querer, volvió a la noche antes de que Harrison se fuera a Virginia para ingresar en la marina por primera vez. Harrison tenía casi diecinueve años y todos sus amigos y conocidos habían organizado una gran fiesta en la casa de la familia Black. Todos se pasaron la noche haciendo bromas y sonriendo. Brindis y felicitaciones por todas partes, mientras él, un mocoso de trece años, no comprendía cómo podían celebrar algo así. Harrison se iba, se marchaba. ¿Por qué estaban felices por no volver a verlo?

Se quedó mirando cómo bromeaba con sus hermanos y se le encogió el estómago al pensar que, tal vez, los olvidaría a todos para empezar una nueva vida. Se sentía tan pequeño entonces, pegado a una esquina del porche, con el vaso de limonada medio derretido entre las manos, deseando que Harrison lo mirase una vez más antes de desaparecer entre los abrazos de las dos familias. No tuvo suerte, su última mirada no fue para él.

Harrison volvió para Navidad y un mes de verano durante sus primeros años como marine. Siempre traía buenas historias sobre sus compañeros, aunque nunca daba detalles y parecía feliz de verlos a todos de nuevo. Durante el verano de sus dieciséis años, les informó que acababa de pasar las pruebas para convertirse en un SEAL. Nunca había visto tan felices a todos; hubo más fiestas y

buenos deseos, y se le veía tan alegre que no pudo más que fingir que se alegraba por él. Aunque, por dentro, algo le apretó todo el cuerpo. Como si cada logro de Harrison lo alejara un poco más del lugar seguro donde todo el mundo debería vivir.

Para él, todo cambió la primavera de sus diecisiete. Nunca podría olvidar ese día. Le pareció raro que fueran sus hermanos y no sus padres quienes le prepararan el desayuno esa mañana. Ya era mayor y podía arreglárselas solo, pero Ellie le puso beicon y huevos revueltos delante y le dijo que comiera. Le sonrió, pero sus ojos parecían mirar a otra parte. Como si su cabeza estuviera a millones de kilómetros de la cocina familiar.

Fue su ahora cuñada, Rebecca, quien lo recogió a la salida del instituto y lo llevó a su entrenamiento de atletismo. Ella solía hablar por los codos, pero ese día su voz sonaba rara y forzada. Lo recogió Sam y, aunque no era muy fan de la música, aquel día condujo con la radio a todo volumen. En cuanto llegaron, su hermano le ordenó subir a su habitación y terminar sus deberes. Al pasar por el salón, vio a Terry abrazado a Ellie, pero cuando intentó preguntar, su hermano le hizo una señal para que se marchara a su cuarto.

Ya muy nervioso, llamó a su madre varias veces; su móvil y el de su padre estaban desconectados. Nadie lo llamó para cenar y él no bajó a buscar nada. Algo en su estómago le decía que, si bajaba, sus peores temores se volverían realidad. Hizo lo que mejor se le daba: se escabulló de casa y corrió. Corrió y corrió hasta que el ruido en su cabeza quedó limitado a los brutales latidos de su corazón que se esforzaba por enviar oxígeno a su cuerpo. Sus pulmones ardían, sus piernas temblaban, pero necesitaba escapar de ese miedo que se le había metido bajo la piel.

Se esforzó tanto que tuvo que volver a casa andando. Cuando llegó, Terry estaba sentado en las escaleras de su casa, fumando.

Se quedó parado, inseguro de si debía entrar por la puerta trasera o acercarse a él. Terry ni siquiera lo vio hasta que estuvo al pie de los escalones. Cuando levantó la cabeza, supo que no se había equivocado.

—¿Harrison está bien? —preguntó en voz baja con la esperanza de que Terry se burlara de él en vez de confirmarle lo que ya sabía.

—Lo están trayendo a Estados Unidos de algún país de Oriente. Lo atraparon en un tiroteo con rebeldes.

El corazón se le paró del todo y tuvo que sentarse a su lado porque las piernas no podían sostenerle más.

—Tiene que ser grave… —murmuró Terry—. Llamaron a nuestros padres de madrugada y les dijeron que debían ir a Virginia. ¿Crees que…?

—¡No! —lo interrumpió en pánico—. Va a estar bien, lo sé. Harrison es muy fuerte. Estará bien.

Terry asintió con firmeza y se agarró a su brazo, apoyando la cabeza en su hombro.

—Necesito a mi hermano mayor.

—Volverá con nosotros. Verás que sí.

Nunca supo de dónde sacó esa certeza en medio del pánico más absoluto. Pero solo dos angustiosos e interminables días más tarde, tuvieron buenas noticias. Tuvieron que operarle para sacarle dos balas, y aunque tendría que estar de baja, se pondría bien. Recibieron la noticia como si les hubieran devuelto el aire y por fin la vida que llevaba paralizada desde esa horrible llamada pudiera continuar.

Dudaron en creerse a sus padres, pero solo una semana más tarde, Harrison fue trasladado a casa. Los médicos dijeron que debía descansar, pero, como buenos texanos, invadieron la casa de los Black y prácticamente pasaron a vivir allí. Siempre había alguien ofreciendo agua o comida a Harrison, ayudándole a moverse, vestirse o acomodándole la almohada. Y en cuanto a sí mismo… se pasaba los días buscando excusas para estar cerca de Harrison. Para escuchar su voz, verle dormir en el sofá, saber que de verdad estaba allí. Vivo y a salvo.

Harrison estuvo casi dos meses recuperándose. Todos los demás tenían trabajo entonces, así que fue quien más tiempo pasó haciéndole compañía. Pero, como todo, tenía que llegar el final, que llegó en forma de informe médico dándole el alta. Y, de nuevo, otra fiesta, esta vez para celebrar que podía volver con los SEAL.

Él no se alegró, no podía ni siguiera fingirlo. Todavía recordaba el miedo abriéndose paso desde su estómago, escalando por su pecho

hasta su garganta mientras corría tratando de alejar los susurros que se metían en su cabeza para anunciar que algo malo le había pasado a Harrison. ¿Y si no tenía tanta suerte la próxima vez? ¿Y si la siguiente vez que lo veía era dentro de su ataúd? Mientras sus familias repartían barbacoa por la mesa y el *country* sonaba a todo volumen, solo podía pensar en eso. Robó una cerveza y volvió a su casa. Nadie fue a buscarle; tampoco esperaba que lo hicieran, no era el alma de la fiesta precisamente.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza, así que se refugió en lo que siempre funcionaba: corrió de nuevo hasta que le faltó el aliento, pero no paró; solo ajustó el ritmo mientras emprendía la vuelta. No entendía por qué se sentía tan devastado. Tenía la sensación de que algo dentro de él se había descolocado y no sabía cómo volver a encajarlo.

Encontró la solución al día siguiente, cuatro de julio. Todos habían viajado a la playa como último viaje de las dos familias al completo. Se pasó todo el día huyendo de todos; no quería hablar ni escuchar sus charlas despreocupadas. Quería discutir a fondo sobre los peligros que conllevaba ser un SEAL y las posibilidades que alguien con su experiencia podía tener en el mundo civil.

Mientras los demás se quedaban fuera de la casa que habían alquilado, él se acercó a la playa, sentándose en la arena sin comprender. Sin entenderse a sí mismo. Toda su familia estaba en la policía, arriesgaban su vida a diario; no podía localizar por qué le molestaba tanto el trabajo de Harrison. Era una contradicción que no sabía resolver, una espina que no lograba arrancarse.

Los fuegos artificiales explotaban sobre él sin parar, pero todo desapareció cuando Harrison cayó de rodillas delante de él. El espectáculo de luces perdió su interés, mientras algo en su interior parecía girar lentamente, permitiéndole ver el efecto mariposa en el que llevaba meses sumido. Una sacudida leve, casi imperceptible, que removió los cimientos de todo lo que creía saber.

Harrison le hablaba, pero estaba demasiado ocupado viendo cómo las piezas de dominó de su vida caían una detrás de otra. Era demasiado extraño y no tenía sentido. Siempre se había fijado en las chicas; le encantaban sus cuerpos suaves y su olor dulce. Viendo el

musculoso y duro cuerpo de Harrison, no podía imaginar algo más opuesto.

Harrison acabó por alejarse, probablemente creyendo que la única cerveza que había tomado le había sentado mal. Su teoría quedó confirmada cuando su hermano vino a buscarle y le dio un sermón sobre ser demasiado joven para beber. No le hizo ni caso. Se quedó despierto toda la noche en una cama que no era la suya, pensando en un James Walker que no era él, esforzándose por entender algo que todavía no estaba listo para admitir. No sabía ponerle nombre, pero la incomodidad lo roía como una corriente eléctrica en constante movimiento bajo la piel.

Tardó años en comprender que Harrison era una excepción que confirmaba la regla. Podía acostarse con mujeres y, pese a no tener relaciones muy duraderas, conseguía compañía cuando la buscaba. En cuanto a Harrison, bueno… lo cierto es que no lo veía tanto como para ser un problema. Un par de semanas al año no eran suficientes como para que tuviera que preocuparse por él. Con el paso del tiempo, cada vez era más extraño estar cerca, porque le hacía sentirse de nuevo como aquel adolescente que cometió el mayor error de su vida, y por mucho que se esforzase, nunca podría borrarlo.

Sabía que no era el único que todavía pensaba en ello, porque, aunque Harrison nunca volvió a hablar de esa noche ni a mencionar su accidente, tampoco volvió a quedarse solo con él.

Resultaba hilarante que un hombre capaz de matar con sus propias manos tuviera miedo de un contable. Se removió, dándose vuelta en la cama, mirando a la luna llena por la ventana. Apretó los ojos y, de forma obcecada, intentó dormirse solo por fuerza voluntad. Acabó por rendirse y dejar que el recuerdo más vergonzoso de su vida volviera a él.

Recordó ese momento en que, después de regresar a la casa de la playa, subió las escaleras y se dirigió al cuarto que Harrison compartía con Terry. La ventana estaba abierta y una ligera brisa limpiaba el persistente olor a cerveza de la habitación. Se acercó de puntillas a la cama de Terry, que dormía profundamente, y pasó de largo hasta la de Harrison, quien abrió los ojos en cuanto se acercó.

Los dos se quedaron quietos un segundo, observándose mutuamente.

—¿Dónde estabas? No te vi después de los fuegos artificiales —quiso saber Harrison.

—Yo… —Se arrodilló en el suelo, quedando cara a cara con él. Sentía las manos húmedas, el corazón golpeando tan fuerte que apenas podía escuchar su propia voz.

—¿Jamie? ¿Estás borracho aún? —preguntó Harrison, sentándose en la cama y estirando el brazo para encender la lamparita.

Le agarró la mano, evitando que pulsara el interruptor. Harrison miró sus manos unidas con gesto desconcertado antes de buscar sus ojos.

—¿Qué pasa?

—He pensado que… a lo mejor… —Tragó saliva con dificultad, la boca seca, como si las palabras le rasgaran por dentro negándose a salir—. Podrías pedir una excedencia.

—¿Para qué? —lo interrogó Harrison desconcertado.

—Para recuperarte bien, para asegurarte de…

Harrison sonrió, como si entendiese el motivo de su preocupación.

—Estoy bien, Jamie. Listo para volver al servicio activo.

—Ahora sí, pero... —Volvió a tragar, mirándole a los ojos. Bajo la luz de la luna, su color de ojos cambiaba del verde al azul—. ¿Y si vuelve a pasar? Arriesgas tu vida a diario, podría pasar de nuevo.

Harrison negó con la cabeza, sonriendo mientras le acariciaba el brazo con suavidad. Toda su piel se erizó bajo su contacto.

—Voy a estar bien. Estas cosas pasan; son parte de mi trabajo. Es un precio pequeño por mantener la seguridad del país.

—No me importa el país —replicó, incapaz de contenerse—. No quiero que te hagan daño.

Harrison frunció el ceño, dejó de mover la mano sosteniéndole el antebrazo.

—Jamie… Siento haberte preocupado, sé que fue un gran susto para todos, pero este es mi trabajo. Es lo que soy.

Quería decirle que eso no era verdad, que era mucho más… pero sabía que no serviría de nada. No cuando Harrison hablaba con esa

mezcla de certeza y distancia que siempre le dejaba fuera cuando se trataba de hablar de las maravillas de ser marine.

—Por favor, no te vayas —le suplicó, aferrándose a su mano cuando él intentó apartarse. Su pulgar rozó la base de sus dedos, como si pudiera retenerlo solo con eso.

—James…

No supo qué lo hizo reaccionar así, si fue que usara su nombre, cosa que nunca hacía, o su mirada condescendiente, pero se movió con rapidez. Dejó ir su mano, levantó la cabeza y lo besó. El beso más inocente y lleno de significado que había dado en sus diecisiete años de vida, solo labios contra labios. Un roce torpe, contenido, que llevaba toda su alma escondida en el gesto.

Harrison se quedó congelado, sin reacción, pero eso no era importante; necesitaba que escuchara su mensaje, que entendiera que no podía marcharse. Pasó las manos por su cuello y tiró de él, empujando su lengua entre sus labios. Harrison le dejó entrar, demasiado sorprendido para reaccionar. No fue su mejor beso, ni de lejos. Pero eso no importaba; solo tenía que conseguir que se quedara allí con él.

—No te vayas —murmuró, besándole los labios de nuevo—. No quiero perderte. Por favor, Harrison. Quédate conmigo.

Le temblaba la voz, y también las manos, mientras una desesperación sorda se colaba por su pecho como una corriente fría esperando su respuesta. Deseando con todo su inmaduro, pero abierto corazón que Harrison entendiera lo que había detrás de su súplica.

Hundió la cara en la almohada con vergüenza. Era muy joven entonces, tan preocupado por él que no pensó en lo que implicaban sus palabras; en que eran dos hombres, en que no tenían ningún tipo de relación sentimental, en que sus familias eran prácticamente la misma, en que Harrison era militar o que vivían en Texas. Lo único que quería era mantenerlo a salvo. Esa sensación tan profunda que experimentaba cuando estaba con Harrison era tan mágica, tan fuerte y única que creyó que él lo comprendería.

No lo hizo. Harrison ya tenía entonces veintidós años y llevaba sirviendo en el ejército desde los dieciocho. Cuando se dio cuenta de

lo que estaba pasando, le dio un empujón que lo hizo caer al suelo.

—Estás borracho, date una ducha y échate a dormir —le ordenó con dureza subiendo un poco la voz.

—Pero… yo solo…

—James, vuelve a tu cuarto y no vuelvas a acercarte a mí de esa manera nunca. ¿Me oyes? Nunca—. Por una vez vio al soldado, al SEAL que hacía cualquier cosa para cumplir una misión. Sin sentimientos en sus ojos, sin expresión en su cara y con un aura de peligro que hablaba de hasta donde había cruzado ya la línea entre el bien y el mal.

Le rompió el corazón. Le quebró algo dentro que no sabía que podía romperse. Volvió corriendo a su cuarto y se quedó escondido bajo las sábanas. No era la primera vez que alguien lo dejaba, pero sí la primera en que sintió el dolor del rechazo y la tristeza absoluta de sentirse completamente desestimado. Una punzada que se quedó anclada en el pecho como si no fuera a irse nunca. A ese Harrison no lo conocía, a ese soldado no lo había visto nunca y cayó en algo que no había pensado en todos esos años. En la posibilidad de que el Harrison de ahora fuera una fachada del real ya que apenas le veían un par de semanas al año. El otro, el soldado, era el Harrison de verdad y ese, era un desconocido total.

No fue capaz de pasar la noche, volvió a casa en su coche, dejando una nota a su madre, inventándose que había olvidado un entrenamiento muy importante de atletismo. Sabían que pronto serían las competiciones nacionales y nadie cuestionaría que saliera corriendo. Esta vez fue él quien no miró atrás. No se atrevía.

No fue hasta la Navidad de ese año que volvieron a verse, pero ya nada era igual. Jamie desapareció para Harrison y se convirtió en James para siempre. No volvieron a acercarse el uno al otro. Enterró en lo más profundo de su cabeza esa sensación que solo había sentido con Harrison y la cubrió con capas de una vida en la que él no tenía cabida.

Y, con el tiempo, creyó que lo había conseguido. Que aquella era la típica tontería adolescente de la que te avergüenzas toda la vida.

Surtió efecto; su vida transcurrió con normalidad. Le iba bien y rara vez escuchaba esa voz que le decía que había perdido algo

único. Volvió a girar en la cama, poniéndose boca arriba. Veinticuatro horas y podía volver a su vida.

Solo eso, un día, y de nuevo Harrison dejaría de existir.

CAPÍTULO 3

Sus hermanos no fueron sutiles durante el desayuno. Los dos se dedicaron a comer mientras le lanzaban dagas con los ojos. Los ignoró, no le interesaba si le creían o no; solo quería que todo terminara. Se limitó a terminar su café en silencio, con el estómago cerrado y la garganta seca. La tensión se le acumulaba en los hombros, como si llevara horas encogido, secuelas sin duda de pasarse la noche dando vueltas en la cama sin parar.

Se metió en el coche con Terry y su prometida, Tara. Ellos charlaban y bromeaban mientras él miraba la ciudad pasar por la ventanilla.

—¿Estás bien, James? —preguntó Terry, con una nota de preocupación en la voz.

Levantó la cabeza, buscando los ojos azules de Terry en el espejo retrovisor. No se parecían en nada a los de su hermano mayor. Eran más suaves, sin ese peso de juicio o decepción. Tenían algo tranquilo, sin exigencias, probablemente fue su carácter pacífico lo que lo convirtió en uno de sus amigos más cercanos.

—¿Quieres algún medicamento? —ofreció Tara—. Siempre llevo algo para el dolor en el bolso.

—No, está bien. Volar siempre me estresa —contestó, intentando restarle importancia.

—Bueno, tienes dos días para recuperarte —le dijo ella, con una sonrisa amable.

—No, en realidad me voy mañana a primera hora. No podían darme más días en el trabajo —mintió, sintiendo cómo la presión

aumentaba en su pecho. No le gustaba mentir, pero era el menor de sus problemas en ese momento.

—¡Qué pena! —se compadeció Tara.

Asintió sin mirarla, volviendo su atención al exterior. Había unos pocos coches en el parking para civiles, y cuando aparcaron, los demás ya estaban allí. Como no era la primera vez que ellos iban, lo guiaron para inscribirse como visitantes y luego hasta una zona en el patio exterior donde había sillas y un solemne escenario bajo la bandera.

Se le cerró la garganta al ver a los hombres de uniforme que ya estaban sobre la plataforma. Este era su hogar, el lugar donde Harrison había pasado los últimos doce años de su vida. Observó a diferentes hombres subirse al escenario y ser condecorados, incapaz de apartar la mirada de ninguno de ellos. Eran sus compañeros de armas, sus hermanos, su familia real. La verdadera. No la que venía por sangre, sino la que se ganaba a pulso. Aquellos a quienes había elegido voluntariamente y a quienes había decidido regresar después de casi morir por ellos. Cada medalla, cada gesto marcial, era una historia que él no conocía, ni tenía acceso.

Se quedó sin aire cuando Harrison pisó el escenario; era la primera vez que lo veía vestido de marine salvo por las fotos. Llevaba un traje azul oscuro con franjas rojas en las mangas y el hombro, en vez de las doradas que lucía el hombre que le colocó la condecoración, junto a las que ya adornaban su pecho. De la camisa blanca solo se veía el cuello, ajustado con una corbata. Brillaba. No por el uniforme, sino por la seguridad con la que se movía.

Escuchó a Vivian sonándose la nariz entre los susurros de su madre y los aplausos de los demás. No aplaudió ni se puso en pie; se quedó sentado, mirándolo como si fuera un extraño, porque lo era. Ese Harrison que miraba al horizonte con la espalda recta mientras saludaba a sus superiores no era alguien que conociera y tampoco quería conocerlo.

Siguió a los demás hacia el escenario, mientras a su alrededor los otros SEAL se abrazaban a sus familias y amigos. Escuchó, con la mirada fija en el suelo, cómo lo felicitaban y lo abrazaban. No sabía qué iba a decirle. Cada palabra que pensaba se le enredaba en los

pensamientos, nada de lo que se le ocurría sonaba sincero, porque no lo era.

—James. No esperaba verte—lo saludó Harrison cuando su padre se movió para cederle el paso.

—Era una sorpresa. James está aquí para tu gran celebración —dijo Vivian, enjuagándose las lágrimas.

Fue un encuentro violento, apenas unos segundos en que los dos se quedaron mirándose. Harrison había abrazado a todos y cada uno de ellos, y parecía darse cuenta de lo que pasaba, porque dio un paso hacia adelante, invadiendo su espacio personal como si de verdad fuera hacerlo. Le ofreció su mano antes de que pudiera acercarse más.

Harrison se la estrechó por inercia; apenas duró unos segundos antes de retirarse de nuevo hacia sus padres. Soltó el aire, metiendo la mano que acababa de tocar dentro de su bolsillo, como si le quemara. De una forma infantil se frotó la mano contra la tela, tratando de borrar el contacto. Medio día, solo eso. Podía soportarlo. Tenía que hacerlo.

—Eh, ¿eres James? —se oyó una voz a su lado.

Se giró al escuchar su nombre; uno de los otros marines condecorados estaba cerca de él. Se señaló con el dedo, inseguro de si le estaba hablando a él.

—¿James Walker? —insistió el marine, acercándose con una sonrisa.

—Eh… sí. ¿Nos conocemos? —preguntó, con curiosidad.

—Yo a ti sí; tú a mí no lo creo conociendo a Harrison —le respondió, sonriendo mientras le tendía la mano—. Soy Dean.

Se la estrechó, buscando a Harrison entre la multitud, pero él seguía rodeado de la familia a varios metros de distancia. Parecía completamente ajeno a su presencia y la de su compañero.

—¿De verdad renunciaste a los Juegos Olímpicos? —preguntó Dean, con un tono casual.

Parpadeó sorprendido por la pregunta, y el hecho de que, evidentemente, solo Harrison había podido contarle eso.

—Sí —contestó, desconcertado.

—¿Por qué? —le preguntó, sin acritud; solo parecía curioso—. Tus marcas eran las terceras mejores de todo el país; podrías haber vuelto a casa con una medalla.

—Es posible —concedió—. Pero no quería hipotecar mi vida en algo que solo duraría un par de años; prefería ver a largo plazo.

Dean movió la cabeza, aceptando su respuesta.

—Y estudiaste contabilidad —añadió, como si se tratara de un hecho—. ¿Sigues corriendo?

—Sí; nunca se trató del deporte. Solo necesitaba correr, y gracias a eso conseguí una beca completa, así que…

—Dean, ¿qué haces? —interrumpió Harrison, acercándose con el ceño ligeramente fruncido, como si ya intuyera el rumbo de la conversación que estaban teniendo.

—Preguntando a tu hermano por qué renunciaría alguien a los Juegos Olímpicos —respondió Dean, con despreocupación.

—No somos hermanos —le corrigió con rapidez, con la voz más tensa de lo habitual, antes de que Harrison pudiera responder.

—No es asunto tuyo —amonestó Harrison a su compañero, lanzándole una mirada de advertencia.

—Cierto, pero él me contestó y comprendí su respuesta —replicó Dean, encogiéndose de hombros antes de alejarse con paso relajado —. Nos vemos, tío.

—Lo siento —se disculpó Harrison, con un tono que denotaba su incomodidad—. Puede que algún día lo dijera y se le quedara. Dean tiende a quedarse con los pequeños detalles.

—No importa —le aseguró, fingiendo que no le afectaba, y se dirigió directo hacia sus sobrinos para evitar más confrontaciones.

Ese era otro de los desengaños que había llevado a su familia. Le hubiera encantado ir a los Juegos, pero no le vio el sentido a sacrificarse y pausar su vida por algo efímero. Su padre le decía que era una forma de honrar a su país, pero su patria ya le había arrebatado bastante; se negaba a darle más.

Siguió a los demás de vuelta a los coches y, de nuevo, se fue con Terry y Tara. El todoterreno de Harrison iba delante, guiándoles hasta el restaurante donde continuarían con la celebración.

—¿Seguro que no quieres una pastilla? Tienes peor cara que antes —señaló Tara, mirándolo de reojo con una mueca preocupada.

—Creo que me vendría bien, gracias. Probablemente coma algo rápido y me vuelva al hotel —aceptó, pasándose una mano por la frente con gesto cansado.

—¿No vas a venir a pasear? Tú no conoces este sitio; hay lugares increíbles en la playa. Te encantará —trató de persuadirlo Terry.

—Quizá más tarde, si me encuentro mejor —dijo, intentando sacárselos de encima sin sonar maleducado.

Por el camino, no dejó de reñirse mentalmente. No tenía por qué sacar las cosas de quicio de esa manera; no importaba si Harrison se burlaba de él con sus amigos. Lo entendía, de hecho: para esos hombres no había nada más importante que su país, arriesgaban la vida a diario por ello. Que alguien rechazase representar a su patria era un sacrilegio.

No le importaba lo que pensaran Harrison o los demás; estaba muy satisfecho con su decisión.

—¡James! —lo llamó Tara.

—¿Sí? —preguntó sobresaltado, despertando de golpe de sus pensamientos.

—Ya hemos llegado —le informó ella, sonriendo.

Asintió y salió del coche. Los demás ya iban hacia el restaurante en una nube de ruido y risas. Así se comportaban los Black-Walker cuando estaban juntos, que era casi veinticuatro horas al día.

El restaurante era un lugar animado, con un ambiente cálido y acogedor. Las mesas estaban dispuestas en un rincón iluminado por luces suaves que daban un brillo dorado a los rostros de los comensales. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro que capturaban momentos históricos del pueblo, y el aroma de especias y mariscos asados llenaba el aire.

Quedó claro que Harrison era un cliente habitual cuando todo el personal con el que se cruzaron lo saludó con familiaridad. Harrison ni siquiera vio la carta antes de recomendarles sus platos favoritos.

—Elige tú la comida, cielo. Seguro que nos encanta —ofreció Vivian, acompañando sus palabras con una sonrisa tierna mientras veía a su hijo mayor.

Todos aceptaron la petición y, cuando llegó la camarera, Harrison pidió la comida de todos excepto la suya. Pero nadie se extrañó, porque todos sabían que a él no le gustaría que nadie decidiera en su nombre.

Ojeó la carta mientras ellos pedían sus bebidas y sus hermanos discutían con sus hijos sobre refrescos.

—Me gustaría tomar pechuga a la parrilla con un salteado de verduras, gracias —le dijo a la camarera cuando le prestó atención.

—¿Y de beber?

—Agua con gas, por favor.

—¿Pollo y agua con gas? Disfruta un poco, cómete un chuletón —le ordenó Sam, entre risas.

—Tú sigue comiendo chuletones, que cada día tienes más cara de bollo relleno —contestó sin alterarse, alzando apenas una ceja.

—¡No es verdad! —protestó su hermano enseguida—. Es por los niños; he cogido un par de kilos desde que tuvimos al último, pero…

—Creía que Rebecca era la que se quedaba embarazada —respondió burlón, provocando unas carcajadas disimuladas en la mesa.

—Basta, los dos —los cortó su madre con el ceño fruncido, aunque en sus ojos brillaba una chispa de diversión.

—Empezó él… —se quejó Sam, con el ceño fruncido.

—Tú te metiste con mi comida —masculló, cruzando los brazos sobre la mesa con gesto ofendido.

Sus hermanos solían tener la capacidad de hacerlo comportarse como si aún fueran niños y que su madre tuviera que solucionar las discusiones absurdas mandándolos callar a todos.

—James tiene razón, tú lo comenzaste —se metió Terry, encogiéndose de hombros como si fuera evidente.

Le dedicó una sonrisa agradecida a Terry, que le guiñó un ojo, como los menores de la familia a veces se apoyaban cuando se trataba de ir contra los mayores.

—No te pongas de su parte —protestó Ellie, fulminándolo con la mirada.

—Sois padres —les recordó Richard con paciencia—. Sed un ejemplo para los niños.

—Sí, papá —dijeron los tres al mismo tiempo, casi como un acto reflejo de años de práctica.

—Por cierto, James —interrumpió Tara—. Olvidé pasarte el contacto de mi amigo; tuve que rebuscar en mi viejo tarjetero de empresa. Toma —le tendió la tarjeta con una sonrisa satisfecha, pero, como la mesa era redonda y estaba enfrente, fue su cuñado quien la cogió para pasársela.

—¿Agente inmobiliario? —leyó Ellie con curiosidad por encima del hombro de su marido—. ¿Vas a mudarte?

Se estiró para arrebatarle la dichosa tarjeta, con un gesto rápido.

—Sí —respondió a regañadientes.

Captó la mirada extrañada de Tara, pero Terry le puso la mano en el brazo y ella enseguida disimuló bebiendo con lentitud.

Solo les había contado a ellos lo que tenía planeado.

—¿Estás buscando un lugar más cerca de casa? —preguntó su madre, esperanzada.

Miró al plato para no tener que ver desaparecer esa ilusión de su cara.

—No, mamá —respondió en voz baja, y se mordió la lengua para no añadir un "lo siento" que habría resultado aún más doloroso. Odiaba decepcionarla.

—¿Y dónde quieres vivir, hijo? —preguntó su padre, con el tono pausado que usaba cuando intentaba no sonar crítico.

—Es el día de Harrison —señaló, aunque él parecía estar concentrado, viéndolos a todos como si fueran un espectáculo de entretenimiento—. Centrémonos en él.

—A Harrison no le importa. Él también quiere saber a dónde vas a mudarte, ¿a que sí, cielo? —preguntó Vivian, mirando a su hijo.

—Claro —contestó Harrison, jugueteando con el tenedor entre los dedos.

Sus ojos encontraron a los de Terry, que negó con la cabeza, apenas perceptible.

—La verdad es que todavía no lo sé —dijo, bajando ligeramente la voz, como si el volumen pudiera protegerle de la conversación. Odiaba tener que hablar en público cada cosa nueva de su vida, otra de las desventajas de ser una familia gigante.

—¿Y cuándo quieres mudarte? ¿Se te acababa pronto el contrato? —se interesó Richard mientras les servían la comida, sin dejar de observarlo de reojo.

—No, la verdad es que no. Todavía me quedaba un año, pero voy a mudarme en algún momento durante este año. Solo estoy buscando algo que se adapte a lo que quiero.

Notó la mirada de su padre sobre él, pero se empeñó en seguir mirando a Richard. Si había un tema recurrente en su casa cuando discutía con su padre, era la constante acusación de que no sabía lo que quería. Puede que tuviese razón en parte; tenía veinticinco años y no lo sabía todo. Tenía energía e ideas propias, ideas que a menudo chocaban con las de su familia, pero no sabía cuál era el camino que debía tomar, o siquiera si existía alguna guía que pudiera seguir.

Envidiaba a sus hermanos y su claridad para elegir la vida que querían llevar. Ellos hacían que tomar decisiones pareciera fácil: una seguridad que él siempre había admirado y, a la vez, sentido tan ajena como inalcanzable. Mientras ellos parecían avanzar sin titubeos, él necesitaba tiempo, pensar y valorar cada paso, un proceso que normalmente le agotaba, pero que no podía evitar.

A veces, incluso las decisiones más pequeñas le parecían laberintos sin salida clara, caminos que se bifurcaban sin señal alguna.

Soltó el aire con un alivio disimulado cuando la conversación volvió a Harrison, que seguía mirándole fijamente. De alguna manera, siempre parecía saber cuándo le incomodaba la atención, aunque nunca le diera tregua.

Le dio las gracias a la camarera cuando le sirvió su pollo y bajó la cabeza hacia el plato, buscando un breve refugio en la comida. Todavía quedaban horas para volver a su vida real, pero, por ahora, al menos podía desconectar un poco del peso de esa expectativa constante.

CAPÍTULO 4

—Buenos días, James —lo saludó la recepcionista de la oficina.

—Buenos días, Greta. ¿Tengo llamadas pendientes? —Su empresa era una gestoría que se dedicaba a llevar las cuentas junto con las cuestiones legales de medianas empresas y autónomos.

Eran ocho personas en toda la planta que ocupaba la oficina, y Greta, aunque era la recepcionista, hacía las funciones de secretaria para todos.

—Nada importante, un par de clientes con preguntas, pero pude responder yo. ¿Qué tal tu viaje familiar?

—Genial. Voy a ponerme al día con el papeleo.

Decir que había ido bien, igual era un poco exagerado dadas las caras largas que había soportado cuando dijo que se iba antes de tiempo, pero ya sabía que iba a pasar, así que tampoco estaba sorprendido. Se limitó a aguantar el chaparrón y volver a casa con un alivio tan intenso que lo dejó mareado cuando atravesó la seguridad del aeropuerto.

El único que no parecía sorprendido por su marcha fue Harrison, que le dedicó un asentimiento cuando le dijo adiós sin pronunciar una palabra. Una despedida seca, pero sin reproches. Tampoco es que hubiera esperado otra cosa.

Suspiró quitándose la americana y dejándola en el perchero tras la puerta de su despacho. Desde que decidió ir a la ceremonia se había sentido incómodo, y ver a Harrison tampoco había ayudado a que se sintiera mejor.

Se le veía tan cómodo e integrado en Virginia, mientras él seguía ahí… estancado, con esa horrible sensación de que el tiempo se le escapaba entre las manos y, a pesar de pasarse los días corriendo, no conseguía moverse del mismo lugar.

Suspiró, haciendo girar la silla, mirando por la ventana. Sabía que era una reacción lógica, tenía amigos que estaban en su misma situación. Tenían trabajos que no les gustaban mucho, no conseguían un empleo fijo o simplemente sus vidas no iban como soñaron que serían. En su caso no había sueños que seguir, solo quería… no lo sabía.

Solo deseaba encontrar algo que lo hiciera sentir que estaba en marcha. Algo propio.

Los jóvenes tenían insatisfacción crónica, decía su padre, por vivir en un mundo que les daba demasiadas oportunidades y pocas obligaciones.

Probablemente su padre tenía razón, su generación tuvo que trabajar pronto para mantener sus matrimonios juveniles y sus hijos.

Obligó a retroceder a toda esa ansiedad a base de respiraciones largas y pausadas. Lo último que necesitaba era un ataque de ansiedad o peor, uno de pánico, en los últimos años había mejorado mucho con ellos. Además, no había porqué preocuparse, ya estaba tomando medidas para cambiar el curso de su vida, para hacer algo que lo hiciera sentirse más conectado a la tierra.

Porque ese era quizá el mayor de sus problemas, esa sensación de adormecimiento que impregnaba cada parte de su vida. Todas las emociones le llegaban como un eco, podía percibirlas, pero en raras ocasiones podía sentirlas de verdad.

Vivía con un retraso emocional constante, como si siempre fuera el último en enterarse de lo que sentía.

Sacó de su cartera la tarjeta que le dio Tara y marcó el número sin dudar.

No había que ver la muralla, solo buscar las escaleras para subirla e ir avanzando paso a paso. Sin certezas, pero con intención. Sin prisas, pero sin pausas. Ese era su lema, o más bien, el del psicólogo al que tuvo que ir durante tres años.

Corrió a buena velocidad, esquivando a los demás corredores del parque, que a esa hora del atardecer estaba lleno. El aire fresco

golpeaba su cara y ni un solo pensamiento tenía espacio en él, era imposible cuando toda su energía estaba centrada en mantener su cuerpo en movimiento y la respiración estable. Hizo el circuito más largo dos veces y, cuando las piernas amenazaron con dejar de sostenerle, se rindió y paró en una de las fuentes que había desperdigadas por el recinto.

Se sentó en el césped con las piernas separadas, intentando recuperar el aliento y darle un respiro a su cuerpo. El sudor le bajaba por la espalda, pegándole la camiseta a la piel, y la brisa apenas lograba refrescarle.

Sacó el móvil del brazalete y volvió a mirar las fotos que le envió David, el agente inmobiliario con el que Tara le puso en contacto.

Había cuatro candidatos, cada uno peor que el anterior. David le aseguró que eran buenas inversiones y que no tenía mucho tiempo para decidirse. Sin embargo, no podía hacer algo así sin pensar.

Tenía que meditarlo bien, necesitaba valorar los pros y contras antes de tomar una decisión. No era una compra cualquiera, era el lugar donde iba a reconstruir su vida, y eso le imponía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Cuando los pensamientos parecieron bajar un poco de intensidad y su corazón ya tenía un ritmo más estable, volvió trotando a casa sin mucho esfuerzo.

Se duchó y fue directo a la casa de los Black.

A esa hora, sabía de sobra que Vivian tenía aeróbic con su madre y que sus padres estaban patrullando. Solo Terry estaría en casa y necesitaba hablar con alguien.

Llamó a la puerta y esperó, rezando para que Terry no estuviera con Tara en su habitación. La boda sería pronto y el más joven de los Black se mudaría a un par de distancia de sus familias.

—Ter, necesito hablar… —Se interrumpió cuando, al abrirse la puerta del todo, vio a Harrison.

Los dos se quedaron mirándose, sorprendido de encontrarse con el otro.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó sin contenerse.

Harrison lo miró con incredulidad.

—Yo debería decir eso, estás en mi casa.

—Cierto —admitió dando un paso atrás.

—¿Buscabas a mi hermano?

—Sí, necesito una cosa.

—¿Qué cosa? —lo interrogó Harrison.

El tono fue más brusco de lo que probablemente pretendía, pero le sonó a acusación, como cuando su padre le preguntaba si había fumado cuando llegaba oliendo a tabaco.

La llegada de Terry le libró de responder.

—Hola, tío. No sabía que venías. ¿Por qué estáis ahí afuera los dos? —quiso saber mirando del uno al otro.

—Venía a buscarte para hablar de eso —le dijo dedicándole una significativa mirada.

Terry lo observó esperando que añadiera algo más, hasta que sus ojos se abrieron por la comprensión.

—Cierto, lo olvidé. Deja que coja las llaves y nos vamos —le aseguró Terry, desapareciendo dentro de la casa.

Harrison continuó en la puerta, mirándolo mientras él se fijaba en cómo uno de sus vecinos cortaba el césped. Había algo extraño en que dos personas tan cercanas durante años no supieran qué decirse, como si sus vidas se hubieran separado demasiado deprisa o simplemente hubieran olvidado todo lo que vivieron juntos.

—Ya estoy —anunció Terry empujándolo con la mano para que le hiciera sitio en el porche.

—Nos vemos luego —se despidió de Harrison, cerrando la puerta en sus narices—. No sabía que Harrison volvería a casa —dijo en cuanto se subieron al coche ya lejos de la casa.

—Ni nosotros, era una sorpresa. Tiene dos semanas de permiso —le confesó Terry sin preguntar a dónde iban.

—Supongo que se las ganó por la misión con la que lo condecoraron —adivinó.

—Tiene toda la pinta, pero ya sabes que no le gusta que le pregunten por el trabajo. ¿No te lo dijo tu madre ayer cuando volvimos? Lo supimos anoche —explicó Terry.

—No, apenas tuve tiempo para ver el chat de la familia —replicó —. Tenía cosas en el trabajo y con lo de las casas…

—¿Te encontró el amigo de Tara algo bueno?

—Eso dice él, pero no lo sé.

—Ya sabías que por ese precio no podían estar en buenas condiciones —le recordó Terry.

—No es eso. Ya lo sé y está bien, solo me preguntaba si…

—¿Qué?

—No sé si quiero quedarme en la ciudad —admitió.

—¡¿Cómo?! Será una broma —gritó Terry.

El gesto relajado con el que había salido de casa desapareció en un segundo. Terry giró el cuello tan rápido que el cinturón de seguridad lo frenó con un tirón. Lo miró con los ojos muy abiertos, como si esperara una risa que no llegó y le confirmara que no lo decía enserio.

—¿Qué estás diciendo? —insistió Terry—. ¿Desde cuándo estás pensando eso?

No respondió, se centró en aparcar delante de su bar favorito. Salió del coche y anduvo sin esperarlo, sabiendo que lo seguiría. Saludaron al dueño y fueron a la mesa de siempre.

—No estás de broma —vaticinó Terry—. ¿Estás loco? Tienes un buen trabajo, amigos, familia… ¿Qué pasa con la chica con la que estabas saliendo? ¿Emily?

—Dana —lo corrigió.

—Aquí tenéis, chicos —les dijo la camarera con una sonrisa automática, dejando dos cervezas delante de ellos sin que pidieran nada—. ¿Algo más?

Terry negó por los dos y se quedó en silencio hasta que ella se fue.

—James, dime algo —le pidió con tono más serio.

—Me dejó. Dijo que soy inaccesible y frío, que estar conmigo es como estar con un robot.

Se encogió de hombros, pero la tensión en su mandíbula lo delataba. Solo admitiría delante de sí mismo que le habían dicho cosas parecidas muchas veces.

El enfado de Terry se transformó en un gesto desconcertado.

—¡Vaya! ¡Qué cruel! No eres inaccesible… eres… bueno… eres… difícil de conocer.

—Esa es la definición de la palabra inaccesible. Me da igual, tampoco íbamos tan en serio —admitió sin culpa.

—Si te diera igual no estarías pensando en dejar toda tu vida atrás. Tío, hay más peces en el mar. Encontrarás a otra, le diré a Tara que te presente a sus amigas solteras. Llévate a alguna a nuestra boda, a las mujeres les encanta ir a esas cosas.

Terry intentó sonar animado, como si pudiera solucionarlo todo con una broma, pero había una preocupación sincera en sus ojos.

Se pasó la mano por la mejilla. No tenía mucho vello, pero debería haberse afeitado esa mañana. Sentía el rostro tan áspero como su humor.

—James —lo presionó Terry al ver que no decía nada—. Lo digo en serio, no puedes dejar toda tu vida por una tía.

—No es por eso. Solo… no sé, puede que me venga bien un cambio de aires.

Terry parecía aún más desconcertado que antes.

—Eso es lo que hace la gente que tiene problemas. Tú tienes un buen trabajo, una vida estable aquí, ¿por qué cambiarías todo eso?

Se tragó la respuesta honesta que quería darle y, en su lugar, divagó alrededor de ella.

—No lo sé. A veces siento que este no es mi lugar —reconoció.

No era fácil decirlo, pero lo sentía desde hacía tiempo. Como si la vida se hubiera seguido moviendo sin él.

No admitió en voz alta que sentía que le faltaba algo importante, que andaba por la vida sin pisar tierra firme, que no estaba a gusto con la vida que llevaba, aunque no se atrevía a pensar en ello porque eso le hacía llegar a preguntas que no sabía si alguna vez querría responder.

—James —le llamó Terry con un tono más suave—. Este es tu lugar, y no te lo digo solo para que no te vayas. Que no quiero, porque ya perdí un hermano y no quiero perder otro. Te lo digo porque es verdad y creo que necesitas escucharlo.

Terry lo miró con esa seriedad franca que pocas veces usaba, y que siempre lograba atravesarle la coraza.

Asintió, aunque no sabía cómo expresarle todo lo que le gustaría decir.

—Si hay algo mal contigo, o en tu vida, se puede arreglar. Todo tiene solución —le prometió Terry con firmeza—. Quizá, en vez de dar un giro tan brusco, deberías preguntarte de qué huyes y trabajar en ello. A veces tenemos heridas internas o problemas que dejamos apartados y que, si no se sanan, se hacen más grandes.

Sonrió tragándose el nudo que tenía en la garganta. Si el supiera lo grandes y profundas que eran sus heridas no diría nada. Sus palabras le dejaron más tocado de lo que quería admitir.

—Que no se note que tu novia es psicóloga —trató de bromear.

Terry le dedicó una pequeña sonrisa y le dio un golpecito en el brazo.

—Aprendo mucho de ella —admitió Terry sin vergüenza—. Prométeme que no tomarás una decisión trascendental sin pensar en lo que acabo de decirte.

—Te lo prometo —le aseguró, aunque no estaba seguro de si estaba diciendo la verdad.

Porque no se consideraba una persona cobarde, pero había partes de sí mismo en las que prefería no profundizar. Partes oscuras, esquivas, que lo hacían sentirse ajeno incluso dentro de su propia piel.

CAPÍTULO 5

HARRISON

Miró a su hermano de reojo mientras cenaban. Estaba mirando algo en el móvil, lo que no era muy habitual en él. Terry había pasado toda la semana muy ocupado, tanto que apenas se habían visto, aunque los dos vivían en la misma casa.

Por supuesto, los preparativos de la boda estaban consumiendo gran parte de su tiempo, pero sabía que había mucho más. Su hermano no dejaba de escabullirse de casa como cuando era adolescente. Lo conocía demasiado bien para pensar que le estuviera siendo infiel a Tara, pero sabía que pasaba algo raro.

Se comportaba de forma huidiza, apagada, como si tuviera la cabeza en otro sitio incluso cuando estaba presente.

Después de cenar, todos fueron al salón a ver algo en familia, pero Terry se levantó a los diez minutos y salió de casa sin decir nada.

Estaba preparado para ello y no tardó en salir detrás, cogiendo el coche de su padre, que ya había dejado fuera del garaje, para seguirle.

No estaba seguro de lo que esperaba encontrar, pero algo dentro de él se había puesto en alerta.

Esperaba muchas cosas, excepto verle llegar a casa de James. Su hermano se sentó en las escaleras del edificio mientras seguía escribiendo en el móvil, pero no pasó mucho tiempo hasta que James apareció corriendo del lado contrario de la acera.

Se saludaron y luego desaparecieron dentro del portal. Entrecerró los ojos mirando alrededor, pero no llegó nadie más.

Volvió a casa una hora después sin que hubiera ninguna novedad al no ver salir a ninguno de los dos del edificio.

A la mañana siguiente adelantó su carrera matutina para coincidir con Terry antes de que fuera a patrullar. Terry no era un madrugador, así que registró su entrada con un cabeceo cuando le vio bajar con la ropa de deporte.

—Anoche te perdiste un partido increíble. ¿A dónde fuiste? —preguntó sentándose frente a él.

—A casa de James —admitió Terry bostezando.

Ni un titubeo, ni una pausa. Respondió con la misma naturalidad con la que habría dicho que fue a comprar pan.

Se sorprendió de que dijera la verdad con tanta facilidad.

—¿A qué? —lo presionó para probarlo.

Terry se encogió de hombros.

—A pasar el rato.

—¿En su casa? James prácticamente vive en la nuestra, ¿por qué no viene él?

Terry lo miró extrañado.

—Vivía, cuando era un crío. Hace mucho que James no vive en casa y no suele venir tan a menudo salvo para celebraciones.

—¿Por qué no? —se extrañó. No solía ver a James cuando estaba de permiso, pero imaginaba que solo era para evitarle y que el resto del tiempo no sería así.

Siempre había pensado que, en su ausencia, James seguiría siendo una presencia habitual en casa.

Terry alzó una ceja, en una mueca de incredulidad.

—Ya sabes. No se lleva muy bien con el tío Carl.

Miró a su hermano sin comprender, y su sorpresa tuvo que reflejarse en su cara porque Terry añadió:

—¿Dónde estás metido? Hace años que estamos así —le recriminó Terry.

—Pero si James siempre fue el ojo derecho de sus padres —comentó extrañado—. El tío Carl siempre lo llevaba con él a todas partes.

Recordaba con claridad la forma en que le miraba, ese orgullo silencioso que parecía reservar solo para su hijo pequeño.

La mirada de lástima de Terry fue suficiente para que dejara de hablar.

—Hermanito, llevas fuera siglos. No tienes ni idea de cómo son las cosas por aquí.

Un bocinazo en la calle anunció que el compañero de Terry había llegado para recogerle.

—No te preocupes por nada. Lo tengo todo bajo control, James estará bien.

Miró a su hermano sin entender. Le había lanzado más preguntas que respuestas, y aun así parecía que ya había terminado la conversación.

¿Qué había que controlar?

)))

No se pudo quitar de encima las palabras de su hermano. Empezó a fijarse en cosas que no había percibido en sus anteriores visitas. Como que nadie hablaba mucho de James y que, a pesar de estar en el chat familiar donde estaban todos, no solía responder ni poner nada de sí mismo.

Estaba ahí, pero como una sombra. Lo leía todo, pero nunca respondía a nada. Permanecía silencioso, casi invisible.

Era extraño darse cuenta de lo unidos que estaban todos y lo aislado que estaba James en comparación.

Nunca fue así antes. James era el consentido de todos, fue el último en nacer y, como resultado, el más mimado y querido. Se preguntó cómo habían terminado en esa situación, y conforme pasaron los días, más perdido se sentía.

—Mañana vamos a organizar una barbacoa familiar —le dijo su madre el viernes por la tarde—. ¿Te viene bien a la una o ya tienes planes con tus amigos del instituto?

—No, está bien. Ayudaré a papá con la parrilla —se ofreció. No tenía nada más que hacer. Todas las personas que conocía en la ciudad tenían pareja o niños, y no tenían mucho tiempo libre.

Ya no quedaba nadie con quien improvisar una noche de fiesta o perder el tiempo como cuando eran adolescentes.

Tampoco es que él tuviera muchas ganas de estar con nadie. Siempre era bueno ver a sus conocidos, saber cómo les fue en la vida, pero ya se había acostumbrado a la tranquilidad de la base, sus rutinas y la adrenalina de las misiones.

Era una de las mejores cosas de su trabajo: la sensación de sentirse vivo, de sentir que su existencia tenía un propósito más grande.

Un motivo que justificaba la distancia, el silencio, las ausencias.

Apenas quedaba una semana para volver, y no dejaba de contar los días para marcharse.

—Podemos darle el día libre a papá y al tío Carl. Sam, James y yo podemos encargarnos de la parrilla.

Su madre levantó la cabeza de la mesa, le dedicó una pequeña sonrisa y supo que se avecinaba una disculpa.

—Sam podría ayudarte, pero James no vendrá. Tiene una vida muy ocupada, tiene veinticinco años, está disfrutando de la vida.

No dijo nada, pero lo poco que había visto de James no le daba la sensación de estar precisamente de fiesta en fiesta. Pollo a la plancha y verduras… no. No parecía un fiestero.

Ni siquiera lo parecía cuando era más joven.

—Voy a llamarlo, estoy seguro de que hará un hueco para la familia —insistió, fijándose con atención en su reacción.

—Déjalo estar, cielo —le aconsejó su madre.

—¿Por qué? Solo quiero una cena en familia —insistió de forma casual.

Su madre le sonrió de forma tierna. Estiró la mano sobre la mesa y acunó su mejilla como siempre hacía desde que era niño.

—Lo sé, pero llevas mucho tiempo fuera, mi vida, y el mundo sigue avanzando para todos, excepto para ti. Llama si quieres a James. No vendrá.

Algo le pellizcó el pecho al escucharla. Su vida también avanzaba, hacia el peligro y el deber con su patria. No tenía tiempo para preocuparse de nada más cuando estaba en Virginia, pero ahora estaba aquí y necesitaba saber qué pasaba.

Sentía que se había perdido demasiadas piezas del puzle familiar, y cada día aparecían más huecos sin que pudiera ver cómo

resolverlo.

Pensó mucho si hacer esa llamada, pero hacía mucho que había dejado de llamar o escribirle, y supuso que eso no aumentaría la probabilidad de que viniera.

Al final convenció a su hermano para que lo hiciera, pero tal como su madre le advirtió, James declinó la invitación.

—Ya te lo advertí —le dijo Terry al colgar.

—¿Por qué no me cuentas qué pasa con él? —abordó de forma directa.

—No pasa nada —contestó Terry—. O nada que no haya pasado en años. El tío Carl y la tía Jessica no están muy conformes con sus elecciones.

—¿Y qué? Es la vida de James. Y eso pasó hace mucho tiempo, ya deberían haberse hecho a la idea de que es contable o lo que sea que haga —murmuró, dándose cuenta de que no sabía exactamente a qué se dedicaba James.

—Contable —le respondió Terry—. Pues uno pensaría que sí, pero los tíos creen que James se equivocó, y les da rabia que no aceptara lo de los Juegos Olímpicos, sobre todo porque sigue saliendo a correr y sus marcas son inmejorables.

—Bueno, es que solo tiene veinticinco. Está en plena forma. Sigue siendo su decisión. Además, eso pasó hace muchos años.

—Se lo volvieron a ofrecer a los veinte y de nuevo a los veintiuno —puntualizó su hermano.

—Nunca entendí eso. Realmente adora correr. —Escapaba a su entendimiento porque se negó a ir, pero James no era una cabeza hueca, tendría sus movimos.

—Yo tampoco, aunque creo que su negativa tiene que ver con lo mucho que le gusta, precisamente —opinó Terry.

Lo miró sin responder, y Terry añadió:

—Para James, correr es una necesidad, algo que lo calma. No es solo un hábito, es parte de él. Creo que para él es algo íntimo, y convertirlo en su carrera era exponer una parte que no estaba dispuesto a ofrecer a los demás.

Tenía sentido. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. James llevaba toda la vida corriendo, incluso de niño. Iba corriendo a clase,

buscó los deportes en los que más tuviera que correr, hasta anotarse al equipo de atletismo en el instituto. Correr era la forma de James de estar en el mundo.

—Bueno, lo entiendo, pero habría que ir olvidando eso y pasar a otra cosa. No es para tanto. Yo habría ido a los Juegos, pero él no. Tuvo buenas notas en la universidad y consiguió trabajo enseguida —dijo, como si Terry no lo supiera—. Es algo de lo que estar orgulloso, los tíos deberían estar muy orgullosos de él.

—Joder, sí lo es, pero el tío Carl no lo cree. Mira, ya sé lo que parece. Y te conozco, eres un héroe de manual, tu trabajo es salvar gente, pero James no es una víctima.

Frunció el ceño, poco conforme con sus palabras.

—James sabía lo que le iba a costar cada decisión y siguió adelante. No te metas, es muy reservado, no apreciará tu intervención. Déjalo estar, en serio. No llames la atención sobre él. No en este momento en concreto, ya tiene bastante.

Sus palabras llamaron la atención en un segundo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —quiso saber.

—Nada —se apresuró a responder Terry—. Ya te lo dije, lo tengo controlado. Tú descansa, estarás de vuelta en Virginia enseguida y los demás tenemos que seguir aquí. No lo empeores.

No le contestó porque entendía que tenía parte de razón, pero tampoco estaba dispuesto a cruzarse de brazos. Si algo pasaba con James, quería ayudar.

Volvió al piso de James unas horas más tarde. Dejó el coche de su padre y cruzó la calle para llamar a su piso. Hasta donde él sabía, James compartía piso con alguien, así que había esperado para ir a una hora en la que suponía que estaría en casa.

—¿Sí? —sonó la voz de James en el interfono.

—Hola, soy yo. Harrison. ¿Puedo subir? —preguntó, ajustándose la gorra de béisbol nerviosamente sobre la cabeza.

—Ehhh… claro —contestó James, dubitativo.

Se movió inquieto en el ascensor, esperando a llegar al sexto piso. James ya estaba con la puerta abierta, esperándolo.

—¿Están todos bien? —preguntó James en cuanto lo vio aparecer.

—Sí, sí —lo tranquilizó.

—¿Y tú… estás bien? —siguió preguntando, visiblemente desconcertado por su presencia.

—Genial. Solo quería hablar contigo un momento —dijo señalando el interior de su apartamento.

La cara de James esbozó una mueca de pánico.

—¿Estás enfermo? —inquirió en un hilo de voz, mirándolo con ansiedad.

—¿Qué? No. ¿Por qué te pones en lo peor? —preguntó.

—Perdona, es que… vale. Entra, claro. —Se hizo a un lado y lo dejó pasar.

El interior era bastante anodino. Paredes blancas con muebles oscuros y modernos, decoración escasa y algunas superficies metálicas. Parecía un piso de revista, una exposición, no decía nada sobre las personas que vivían allí.

Desde la sala podía ver la cocina a través de la puerta abierta. Era pequeña y de muebles negros y plateados. Más de lo mismo. Tomó asiento en el sofá y James hizo lo mismo en el otro extremo, esperando a que dijera algo.

Estaba ocupado observando alrededor. Nada de ese lugar hablaba de James. Era una caja vacía, él sabía bien reconocer una porque las instalaciones del ejército también eran así. Servían para vivir y mantenerte en marcha, eran de tránsito, igual que ese sitio. James siempre había sido una persona cálida. Se preguntó en qué momento se había transformado en alguien que se encontraba cómodo en un piso así.

—¿Y bien? —preguntó James cuando pasaron los minutos y no dijo nada más.

—Pasaba por aquí y quería asegurarme de que vinieras a cenar este domingo. Para tener una comida familiar antes de irme.

James miró hacia otro lado, fijándose en las alargadas ventanas que mostraban la carretera.

—Aún no tienes que volver a la base —señaló James.

—Sí, pero este será el último domingo, y Terry está muy ocupado con la boda, así que pensé que podríamos despedirnos este domingo.

—Intentaré ir, aunque estoy muy liado —se excusó James con rapidez.

Tamborileó con los dedos sobre su rodilla, mirándolo a los ojos. Había olvidado lo grises que eran, con un matiz azul que sabía se volvía más claro, casi celeste, cuando llegaba el verano.

—Quiero que vengas —dijo muy serio.

—Y yo ser millonario —contestó James sin parpadear.

—James… —advirtió.

—¿Por qué le vas contando a la gente que rechacé participar en los Juegos Olímpicos? —le interrumpió él.

—No se lo voy contando a nadie —negó con rapidez.

—Pues entonces tienes un compañero vidente —repuso James de forma mordaz.

Cerró los ojos al recordar el encuentro con Dean.

—Dean es un idiota.

—Idiota y vidente —enumeró James con desprecio.

—Hablo de mi vida con mis compañeros, es lo normal. Puede ser que alguna vez haya dicho algo sobre tus récords en atletismo. Todo el mundo hace eso. ¿Tú no hablas de mí en tu trabajo?

—No —contestó James de forma cortante.

—¿De verdad? —se burló—. ¿Nunca, en todo el tiempo que llevas trabajando, has dicho que tienes un amigo SEAL?

—Nunca —respondió James sin parpadear al mirarlo.

Le dedicó un vistazo incrédulo, seguro de que mentía.

—¿Ni a ningún amigo?

—No —insistió James.

—Y una mierda —replicó enfadado.

—No hablo de ti con nadie. Yo solo hablo de mi vida, no me gustan los cotilleos —lo cortó James.

—Eso no es un cotilleo, es hablar de tu gente, de tu vida. No tienen nada de malo.

—Tú no eres parte de mi vida y tampoco eres mi amigo. Además, son unas palabras muy interesantes viniendo de ti. Nunca he escucho hablar de tus amigos de la base. Puede que si lo hicieras yo hubiera tenido algo que decirle a Dean —le devolvió James con rencor.

Sabía lo que era recibir un golpe, el dolor de un cuchillo al atravesar la piel, la quemadura de una bala… Escucharle decir que no eran amigos fue infinitamente más doloroso.

—Venga, James —protestó.

—Nuestros padres son amigos, y sin duda eres amigo de mis hermanos. No mío. No sé a qué viene esta escena de "quiero una cena de despedida". Uno se despide de la gente que le importa, tú y yo no somos nada de eso.

Se quitó la gorra y lo miró, dolido.

—¿No estás siendo un poco duro? Tengo la sensación de haber hecho algo malo, y yo nunca te haría daño.

James se mordió la lengua. Vio el segundo en que iba a hablar y cómo se obligaba a tragarse sus propias palabras. Se puso en pie y fue directo a la puerta, abriéndosela.

—Mensaje recibido. Intentaré ir este domingo —dijo de forma fría.

—James… hablemos de esto.

—Vete de mi casa —le exigió James sin alzar la voz. Siempre había tenido ese carácter frío, nada lo alteraba, nunca gritaba, por eso le sorprendió lo molesto que parecía.

—Somos familia —le recordó sin moverse del sofá.

—¡No lo somos! —replicó James cada vez más enfadado—. Fuimos vecinos, sí, y amigos hace mucho tiempo. Hoy en día no somos nada.

Se levantó del sofá y se paró delante de él, mirándolo a los ojos.

—Puede que yo no sea nadie para ti, pero yo siempre te tendré presente.

Se marchó sin esperar una respuesta, más herido de lo que se había sentido nunca.

Como si James hubiese arrancado de golpe algo que llevaba años guardando en el pecho.

CAPÍTULO 6

HARRISON

Miró a través de la multitud que había en el aeropuerto, rodeado por cientos de personas despidiéndose a su alrededor. Había niños llorando, parejas abrazadas con fuerza, familias que se agarraban las manos como si quisieran detener el tiempo.

—No va a venir —le dijo Terry, acercándose un poco más para que le oyera entre el bullicio.

—¿Quién? —preguntó, volviendo la atención a sus padres.

—James. No vendrá, nunca viene a despedirte.

—Ya lo sé, por eso no lo buscaba —mintió.

—Todos los demás estamos aquí, solo falta James. ¿A quién ibas a buscar si no es a él? —le recordó con paciencia Terry.

—Discutí con James el fin de semana pasado —reconoció, comprobando que nadie les prestase atención. Se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—Me lo imaginé. ¿No te dije que lo dejaras estar?

—No hice nada, solo le pedí que viniera a la barbacoa del domingo.

Terry suspiró con cansancio.

—Lo que menos le apetece ahora a James es estar en su casa, o en la nuestra, que para el caso es la misma cosa —lo amonestó Terry.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —insistió, mientras se fijaba en el tablón de salida. El número de puerta aún no aparecía.

—No lo sé. La vida, el mundo… una crisis de edad —sugirió Terry encogiéndose de hombros con resignación.

—Tiene veinticinco —le recordó, escéptico—. ¿Cómo va a tener una crisis de edad? Eso es para cuarentones tristes.

—No seas pesado, le pasa lo que pasa con mucha gente. Está buscando su lugar en el mundo.

—Ya tiene su lugar, está aquí con nosotros —respondió con rapidez.

Terry negó con la cabeza y miró arriba, pidiendo paciencia. Como si esperara que alguien desde el cielo bajase a explicarle lo que no podía entender.

—Tú ni siquiera estás, y él tampoco. Vive aquí, pero su cabeza… ya veremos. Yo me encargo, no seas pesado. Vuelve a la base y mantente a salvo. En dos meses tienes que volver para la boda —le recordó Terry.

—Siempre estoy a salvo —lo tranquilizó.

Todos lo abrazaron de nuevo y le desearon buen viaje. Sus padres le besaron la frente, como si todavía fuese un crio que se iba a campamentos. Durante su vuelo, lo único en lo que pudo pensar fue en las palabras de su hermano, repasándolas una y otra vez, aunque todo eso quedó relegado al fondo de su mente cuando llegó a la base. Allí, el ruido de los soldados, las órdenes cortas y el peso del uniforme lo arrastraron de nuevo a su otra realidad.

)

—Tío, si te veo volver a borrar el mensaje, voy ahí y te lo escribo yo —lo amenazó Dean.

—No estoy escribiendo nada. Estoy jugando con el móvil —mintió, sin levantar la vista, con el pulgar detenido sobre la pantalla.

Mark rio entre dientes mientras levantaba pesas, claramente con sus narices metidas en la conversación.

—Y a mí me gusta vestirme de color rosa —lo picó Mark.

—Deberías intentarlo —le sugirió, vengativo—. Combinaría con tus ojos.

Escuchó cómo los otros dos se reían y aprovechó para dejar el móvil mientras seguía corriendo en la cinta. La banda se deslizaba bajo sus pies al ritmo de su respiración cada vez más agitada.

Su discusión con James le había dejado mal sabor de boca y volvía a él cada vez que tenía un minuto libre. No le gustaban los conflictos personales y no soportaba haber dejado las cosas así, pero cada vez que intentaba escribir un mensaje acababa por eliminarlo. James había sido muy claro sobre lo que sentía, no debería imponerse. Aun así, algo en su interior no dejaba de revolverse cada vez que lo pensaba.

—Harrison, el comandante quiere verte —le anunció uno de los soldados, asomándose al gimnasio.

Nunca era buena señal cuando llamaban a los despachos, pero él ya podía imaginar sobre qué trataba la charla, porque no era la primera vez que la tenía con su comandante.

Ya tenía treinta años y una lesión en la cadera que le daba guerra de vez en cuando. Estaba en perfecto estado físico, pero sus superiores insistían en que pasara a ser instructor o que estudiase para llegar a pertenecer al mando.

«A otro con eso», pensó mientras salía del edificio de oficinas después de que volvieran a ofrecerle retirarse del servicio. «Ni en broma». Nació para servir, su vida no tenía sentido sin eso. Sentía que solo allí, en movimiento, en acción, era realmente él.

Su móvil le vibró en el bolsillo, dejó de avanzar y se detuvo para echarle un vistazo.

> **James:**
>
> Lo siento, no quería ser duro contigo. No soporto pensar que las últimas palabras que escuches de mí sean esas.

Leyó de nuevo el mensaje y, sin reflexionar ni un segundo en lo que podía significar, lo llamó directamente.

»—Lo siento —fue lo primero que escuchó de James. Su voz sonaba ansiosa y eso lo hizo sonreír.

—¿Ya me das por muerto? No tienes que preocuparte, cuando vuelva para la boda de Terry puedes seguir arrastrándome por el

fango.

James suspiró.

»—No era mi intención. Me disculpo contigo, estuve fuera de lugar. No es propio de mí.

Saludó a otro de los grupos SEAL que corrían alrededor del edificio. Le devolvieron el saludo con un gesto breve, sin frenar el paso.

—¿De verdad piensas todo eso?

De nuevo, otro largo suspiro llenó la línea.

»—No quiero discutir —dijo James de forma conciliadora.

—No, solo quieres tener la conciencia libre por si muero. —Aunque lo dijo en tono de broma, creía que esa era la razón por la que envió ese mensaje.

El silencio que siguió a sus palabras lo hizo dejar de sonreír. Por un segundo, vio de nuevo a un chico desesperado, suplicándole que no volviera al ejército.

—Jamie… —murmuró.

»—No. Jamie no —lo cortó él con voz cortante.

Tomó una bocanada de aire, notando cómo el pecho se le contraía con una tensión que le resultaba ya demasiado familiar, esforzándose por mantenerse calmado.

—Acepto tus disculpas. No pasa nada. Volveré a casa, siempre vuelvo.

La respiración errática de Jamie le llegó con facilidad a través del teléfono. Apartó el móvil y colgó la llamada, no quería discutir con él.

—Lo siento, Jamie… —murmuró en voz baja a pesar de que no pudiera escucharlo. Sintió un nudo en la garganta, uno de esos que tardan en irse.

Los recuerdos borrosos de aquella noche lejana le carcomían por dentro. Con los años, se dio cuenta de que podía haberlo hecho mucho mejor, pero había bebido un poco durante la celebración y se quedó tan sorprendido cuando James lo besó… Él conocía a James, lo había visto crecer. Luego pasó a ser Jamie mientras lo acompañaba en su recuperación y, más tarde, se convertiría en un desconocido total cuando volvió a ser James.

No fue consciente de haberle dado algún tipo de aliciente, ni de haber dicho nada que pudiera darle a entender que era gay. Quizá fue demasiado ingenuo o simplemente no quiso verlo. Lo cierto es que podía estar equivocado, porque él tampoco había visto nada en Jamie que le hiciera pensar que lo era.

Lo había visto con chicas. Incluso Sam y él lo habían pillado un par de veces con alguna. No tenía sentido que, de la nada, se hubiera lanzado sobre él.

Se suponía que los hombres homosexuales eran pequeños, estridentes y afeminados. ¿No? Así lo había aprendido sin querer, entre películas y personajes de televisión ya que no conocía a nadie gay. Por lo menos en su cabeza eran así. No encajaba con un deportista de élite al que le encantaba el fútbol y hacía placajes crueles cuando jugaban con amigos. Jamie podía maldecir en un segundo, darte un golpe en el hombro y abrir una cerveza, todo al mismo tiempo.

Y sin embargo, durante aquella noche, hubo algo más. Un instante antes del beso, algo en su mirada, en la forma en que lo tocó, que ahora le resultaba imposible de borrar.

Puede que solo fuese bueno escondiéndolo. Eso tenía más sentido. Aunque, por otra parte, las veces que lo había visto con chicas no parecía estar fingiendo. ¿Era posible que fuera bisexual? Fuera cual fuera la respuesta, sabía que no sería fácil de enfrentar en ningún caso.

Sus familias no eran abiertamente homofóbicas, pero tampoco especialmente tolerantes.

Texas quizá no era el mejor estado para no ser heterosexual y su entorno quizá tampoco era el mejor, pero James era listo, inteligente, estaba seguro de que tenía amigos que lo ayudarían en caso de que diera el paso. Si es que realmente lo daba, porque una pequeña parte de él todavía creía que aquella noche fue fruto del miedo, el alcohol y su edad.

Con diecisiete años era muy probable que solo estuviese confundido, pero, como cuando entraba en una misión, si un elemento externo comprometía la seguridad del equipo, había que

neutralizarlo, y eso fue lo que se aseguró de hacer aquel cuatro de Julio.

Fue rápido. Frío. Eficiente. Como si estuviera desactivando una amenaza, y no rompiéndole el corazón a alguien que se lo había ofrecido en bandeja.

Suspiró, guardando el móvil en el bolsillo. Era mejor no pensar en esas cosas, no había nada que pudiera hacer. El pasado se queda en el pasado y, en el presente, James lo había echado de su vida y no lo consideraba ni siquiera parte de ella.

—¡Harrison! ¡Vamos! —lo llamaron los chicos de su equipo.

Volvió corriendo con los demás. El ruido de las pisadas, el sudor, el aire cortándole la piel... esa era su vida, su centro y su razón de vivir.

CAPÍTULO 7

Miró su móvil por tercera vez, aunque ya se sabía de memoria cada imagen, cada rincón de la casa y cada detalle de la fachada. Era la mejor de las que había visto, requería pocos arreglos y, aunque el precio estaba ligeramente por encima de su presupuesto, tenía esperanzas de que los dueños aceptaran su oferta.

—Suelta el móvil, perdedor —le ordenó Sam.

—Que te den, gilipollas —contestó, a pesar de obedecer.

—Vamos, chicos —se quejó Terry, mirándolos.

—Perdona —murmuraron los dos a la vez.

Estaban en el sastre, tomando las medidas para los trajes, ya que formarían parte del cortejo nupcial junto con otros dos amigos de Terry y su compañero de patrulla.

—Esta es la última prueba, ¿podéis comportaros como adultos? —les pidió Terry, mirándolos a los dos.

—Después de esto os invito a todos a cervezas —ofreció Bruce, mientras uno de los trabajadores del local le ajustaba el traje.

Sam chocó el puño con Bruce, intentando convencerlo de que su ofrecimiento incluyera hamburguesas.

—Aquí tiene, señor Walker —le dijo una de las vendedoras, pasándole su traje.

Entró al probador y se puso la ropa con rapidez, pero en vez de salir, recuperó el móvil y volvió a mirar las fotos. Estaba dividido entre la emoción de algo que realmente deseaba y el pesar del precio que supondría conseguir su sueño. Sentía esa ansiedad sorda que le subía por el estómago cada vez que pensaba en la hipoteca, los arreglos, la mudanza... y, aun así, no podía evitar sonreír un poco.

—Sal ya, diva —le llamó su hermano desde fuera.

Soltó un bufido mientras abría la puerta.

Se quedó quieto mientras la mujer de antes comprobaba que todo estuviera listo para hacer los arreglos finales.

—¡Aquí está el padrino de mi boda! —gritó Terry, apartándose del sastre.

Harrison sonrió, abrazando a su hermano pequeño para luego hacerlo con los demás.

James le dedicó un asentimiento como saludo y se volvió a la mujer para esconderse.

Ella le sonrió mientras se ponía de rodillas delante de él. Le devolvió el gesto, intentando relajarse. El contacto visual fue breve, pero lo suficiente como para que sintiera un pequeño cosquilleo de incomodidad mezclado con algo que no supo identificar del todo. Era una mujer preciosa. Su tipo, morena, con unos grandes ojos oscuros.

Notó cómo las manos de la mujer se recreaban un poco más de lo necesario en sus muslos al comprobar el traje, pero se dejó hacer.

Su hermano rio entre dientes, mirando de reojo. Sabía lo que le gustaba, lo había visto con demasiadas mujeres como para no darse cuenta.

Cuando ella se levantó, le dedicó una mirada de fingida vergüenza, a la que contestó con otra sonrisa.

—Ya puede cambiarse, señor Walker —le despidió la mujer.

—Gracias —respondió, mirándola sin complejo.

La risa de su hermano a la espalda lo hizo sonreír. Era un idiota.

—Si es que no perdonas una —se burló Sam en cuanto salieron camino al aparcamiento.

—No seas exagerado, solo estaba haciendo su trabajo —mintió.

—Seguro que sí —dijo Sam, sin dejar de reírse.

—Yo tengo que dejaros, chicos. Ya había quedado —se disculpó cuando llegaron a sus coches.

—Venga, James. Solo una cerveza —le pidió Bruce.

—Lo siento, nos vemos en el ensayo —se despidió, subiéndose a su coche.

—Recuerdas que la despedida de soltero es al día siguiente del ensayo, ¿verdad? —le preguntó Terry.

—Claro, tengo todo el viernes por la noche reservado —aseguró a su amigo.

—Y la mañana del sábado. Dormimos en el hotel y desayunamos todos juntos —le recordó él.

—Por supuesto —accedió sin discutir. Terry llevaba meses organizando una gran despedida.

—Es mi última noche como hombre libre, hay que quemar la ciudad —le dijo Terry.

—Cuidado con el fuego —le aconsejó—. No quiero llamar a los bomberos.

Terry se rio, pero se alejó de la ventanilla, dejándolo ir.

Les dijo adiós con la mano mientras salía del aparcamiento.

Tenía prisa por marcharse, más de la que admitiría en voz alta. Después de su ridícula llamada a Harrison, lo único que quería era esconderse. No podía ser más patético, pero su cabeza no le dejaba descansar por haber dejado las cosas así con él. Con su trabajo, podía pasarle cualquier cosa en cualquier momento. Y si eso ocurría, sus últimas palabras no podían ser esas. No podían ser un reproche frío en medio del miedo.

Sabía que podía sonar exagerado, pero solo los familiares de un SEAL pueden entender lo fino que es el hilo que los ata a la vida.

Volvió directo a casa y se cambió de ropa para salir a correr. Necesitaba hacer algo, moverse, sacar de su cuerpo la ansiedad que se le había pegado como una segunda piel. Los nervios lo estaban matando sin saber si los dueños de la casa aceptarían su oferta.

Después de una larga carrera, se dio una ducha y salió a tomarse unas cervezas con unos conocidos.

La mañana siguiente le recibió con una muy buena noticia. Habían aceptado su oferta. Por fin. Ya era oficial: iba a mudarse.

Pasó varios días hundido hasta arriba en papeleo y, por fin, el miércoles, llegó la hora de firmar.

—Felicidades —le deseó su agente inmobiliario—. Espero que seas muy feliz en tu nueva casa.

Tomó las llaves que le ofrecía con una sonrisa. Su primera casa. Era cierto que no podía vivir allí de inmediato porque había que

hacer reparaciones. Pero era suya, un lugar que le pertenecía y al que pertenecer.

Salió de la oficina de la inmobiliaria sonriendo, ya estaba. Era su sueño cumplido, aunque tardara años en repararla, lo había conseguido.

El jueves se preparó por la tarde y fue directo al ensayo. Solo eran amigos cercanos y familia, así que no deberían tardar mucho tiempo.

—Hijo, llegas tarde —protestó su madre en cuanto entró en la iglesia.

—Lo siento, mamá —se disculpó, dedicando una sonrisa forzada al párroco, llevaba años sin pasarse por allí.

—Ve a saludar al padre Fuller —le pidió ella.

Puso los ojos en blanco, pero obedeció y fue a colocarse junto a Bruce y Sam. Harrison estaba inmediatamente detrás de su hermano. Mientras empezaba el ensayo, no pudo evitar fijarse en lo mucho que la camisa negra de Harrison se le ceñía a los hombros.

El pensamiento sonó a todo volumen en su cabeza, extraño e incorrecto. Miró al suelo. ¿En qué estaba pensando? Se fijó en las amigas de Tara. La que sería su acompañante le sonrió esperanzada. Le devolvió la sonrisa y su interior se apaciguó por completo, cómodo en un traje que llevaba toda la vida forjando.

Intercambiaron un par de miradas y supo de forma instantánea que esa noche sería interesante. Terminó el ensayo sin perder de vista a la chica y, cuando se fueron a cenar todos juntos, se encargó de sentarse lejos de la familia para poder dedicarse a ella.

Mila era una chica lanzada, que sabía lo que quería, vegetariana y con una mascota de la que tenía unas cien fotos. Ninguna de esas cosas le importaban. Se le daba bien ligar: escuchar cada una de sus palabras como si le interesara, mirarla a los ojos para hacerla sentir especial, alguna caricia sutil para caldear el ambiente.

No se sorprendió mucho cuando ella le susurró al oído si quería acompañarla a su casa. Se inclinó sobre ella para responder, ahogándose en el olor dulce de su perfume.

Sus ojos se encontraron con los de Terry y Harrison, que estaban mirándolo con la misma expresión perpleja. Ignoró la punzada de malestar y, en cuanto terminó la cena, la siguió hasta su casa.

Estuvo bien, rápido y fácil. Se fue de su cama en cuanto se quedó dormida. Ni siquiera se molestó en ducharse, solo se vistió y desapareció sin dejar una nota. Se metió en el coche y recuperó su móvil. Tenía un mensaje.

Terry:

No te acuestes con Mila, tendrás que verla en la boda y será incómodo cuando la dejes tirada y salgas corriendo.

Suspiró, guardándolo en su bolsillo y poniéndose en marcha. No habría parado, aunque lo hubiera leído antes.

Tenía algo que demostrarse a sí mismo. Esos segundos en que se hundía en el cuerpo cálido de una mujer podía olvidarse por un segundo de todo… y, aun así, siempre le precedía ese vértigo, que se hacía más profundo cada vez.

Era como lanzarse desde un acantilado sin saber si el agua estaría allí al llegar. Una descarga breve de vida que, en cuanto se apagaba, lo dejaba más solo que antes.

La piel le hormigueaba, como si tuviera insectos bajo la piel, y muy en el fondo, en esa parte de él mismo a la que nunca se permitía ver, se preguntaba si todos los hombres sentían eso. Si era normal que, después de un orgasmo, llegara una lluvia torrencial de incomodidad y vergüenza.

Todo iba bien mientras la ropa seguía puesta, pero después de la intimidad siempre había esa inquietud en su cabeza y esas ganas de huir en su estómago. Algunos días era fácil de ignorar, otros como hoy, solo quería irse a casa. Lo normal para él era sentarse en la cama después, con el pecho aún agitado, sin saber si lo que sentía era deseo frustrado o culpa.

No sabía por qué lo hacía. Le gustaba el sexo. Claro que sí… ¿Era raro que lo disfrutara más en soledad? Se sentía más cómodo.

Respiró aliviado al no encontrarse con su compañero de piso al entrar en casa.

El agua caliente resbaló por su nuca y bajó por la espalda como si pudiera borrar lo que sentía, como si pudiera arrancarse la noche de encima. Cuando salió del baño, se secó sin mirarse al espejo. No quería verse. Solo quería cerrar los ojos y desaparecer un rato.

La habitación estaba a oscuras. El colchón, frío. Se tumbó despacio, con el cuerpo aún húmedo, y por fin se permitió hundirse en la soledad. No dijo nada. No pensó nada. Solo respiró. Y por primera vez en horas, no se sintió en caída libre.

HARRISON

—¿Qué haces levantado a esta hora? —le preguntó Terry cuando entró a la cocina a las cinco de la mañana.

—Eso debería preguntarte yo a ti. ¿Estás preparando un plan de fuga de tu boda?

Terry lo miró con una ceja alzada.

—No todos somos alérgicos al matrimonio, hermano mayor. Algunos estamos deseando sentar la cabeza y llegar cada noche a casa con nuestra pareja.

—Locos hay en todas partes —murmuró, encendiendo la cafetera.

—¿No es muy pronto para el café? —le interrogó Terry abriendo la nevera.

—No voy a dormir más. Tomaré un café y saldré a correr —lo informó malhumorado.

—¿No debería ser al revés? ¿Correr y luego el desayuno? —bromeó Terry claramente sin impresionarse por el enfado.

—Desayunaré más tarde, pero necesito café para ponerme en marcha.

—¿Y no prefieres dormir un poco? Estás mayor, y esta noche es mi despedida. Necesitarás descanso extra.

—Puedo aguantar días sin dormir —le recordó, buscando una taza —. ¿Quieres una para ti?

—No. Volveré a la cama para seguir durmiendo, solo tenía sed —le aseguró, mostrándole la botella en su mano.

—Tú te lo pierdes —se quedó mirando cómo salía el café—. ¿Cuánta gente irá exactamente a esa despedida?

—Amigos de toda la vida y compañeros del departamento, tranquilo. Los conoces a todos o a casi todos—le tranquilizó.

—¿Y qué pasa con la familia?

—Obviamente papá y el tío no. Pero Bruce y Sam no se lo perderían por nada —le contestó Terry después de largue un largo trago al agua.

—¿Y James? Parecía muy ocupado con la dama de honor de Tara. Puede que se lo salte.

—Me prometió que vendría y lo hará. Le envié un mensaje para que no se acostara con ella, pero no me contestó. Diría que ya se metió en su cama, no es que fuera precisamente sutil. Mila le hará pasar un infierno por dejarla tirada.

—Puede que no lo haga. Quizá sea el siguiente en casarse —vaticinó mirando por la ventana.

Terry estalló en carcajadas al escucharlo.

—Ni de coña. A James no le interesan esas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó sin pensar.

—Las relaciones y las citas. Está centrado en su trabajo y sus historias.

—No puede haber mucha historia si no hay citas, ni relaciones —señaló con toda la razón.

—No lo sé, podrías decírmelo tú, porque tampoco sales nunca con nadie. ¿O acaso tienen una chica escondida en Virginia que no le enseñas a la familia? ¿Debería decirle a Tara que te tire el ramo?

Esta vez fue él quien rio.

—No tengo tiempo para eso. Estoy ocupado con mi trabajo. El único día fácil fue ayer —dijo el lema de los SEAL porque reflejaba el compromiso que cada uno de ellos tenía con su país—. Toda mi energía y capacidad es para la Marina.

Terry hizo un ruido pensativo, antes de responder.

—Supongo que eres igual que James. Los dos estáis interesados en otra cosa.

Lo miró sin decir nada, sintiendo una presión sorda en el pecho.

Durante un instante, todo quedó suspendido: la cafetera borboteando, la luz cálida de la cocina, el vaho pegado en las ventanas.

Miró a Terry, que le aguantó la mirada sin parpadear.

Le molestó descubrir que le costaba enfrentarse a su escrutinio.

—Voy a salir a correr —anunció, yendo a la puerta, dando por terminada la conversación.

—Pensé que necesitabas café para despertar —le escuchó decir a Terry mientras cerraba.

No contestó. Abrió la puerta y dejó que el aire frío lo golpeara en la cara.

El suelo todavía estaba húmedo por el rocío, pero la oscuridad del exterior le pareció más acogedora que la claridad de la cocina.

Apretó los puños en los bolsillos de la sudadera y echó a correr, como si al hacerlo pudiera poner distancia entre su cuerpo y esa punzada persistente de angustia que no sabía nombrar.

CAPÍTULO 8

La despedida estaba en pleno apogeo y él solo quería marcharse de allí, pero le dio su palabra a Terry y no pensaba romperla. Sonrió a los que estaban sentados en el largo sillón del local de estriptis en la zona reservada, mientras su mandíbula se tensaba bajo la sonrisa forzada, intentando fingir un entusiasmo que no sentía. La música era atronadora, y las luces parpadeaban sin cesar, obligándole a entrecerrar los ojos mientras su estómago se revolvía.

Los demás estaban demasiado ocupados, gritando entre ellos y riéndose mientras veían a hermosas mujeres que los entretenían con exuberantes bailes.

Eran preciosas, sabía eso. Lo eran, pero en vez de estar disfrutando del espectáculo, sus ojos se iban una y otra vez a Harrison. La camisa verde que se había puesto volvía sus ojos mucho más luminosos incluso en la penumbra del local. Era imposible no mirarlo, su forma de estar allí tan tranquilo, presente y seguro lo atraía sin remedio. Había algo en él que lo descolocaba, como si su sola presencia fuera suficiente para agrietar el muro de contención que llevaba años construyendo. Su corazón se volvía loco cada vez que las luces brillaban y sus ojos refulgían.

Se tomó de un trago su copa y aprovechó para ir a la barra antes de que alguien del staff se acercase a rellenársela. La dejó sin pedir que se la llenaran, pasando los dedos por el borde a modo de distracción, mirando alrededor sin interés. Todos estaban demasiado centrados en lo que pasaba en el escenario para darse cuenta.

La mezcla de sudor, alcohol y perfume le resultaba asfixiante. Decidió saltarse la próxima ronda y salir a tomar el aire. Tuvo que andar unos cuantos pasos para alejarse de la gente que había alrededor del local. Aliviado, tomó una profunda respiración, se

apoyó en la pared y cerró los ojos un instante, intentando calmar el nudo que tenía en el pecho. Sentía la camisa pegada a la espalda, húmeda por el calor sofocante. Se fijó en las polillas que rodeaban las luces de las farolas.

—La fiesta está dentro.

Miró a Harrison acercándose a él y captó la mirada sospechosa de los hombres de seguridad que estaban apostados en la puerta. No le extrañaba, el tamaño de Harrison era algo bastante llamativo, su forma de andar gritaba autoridad por cada milímetro de su piel.

—Pues vuelve dentro —le contestó mirando al frente.

Harrison se paró a su lado e imitó su postura dejando unos respetables centímetros entre los dos. El silencio se instaló entre ellos, quizá estaba demasiado cansado o solo se había hartado de pelear con él, pero decidió seguir callado y no moverse.

Su presencia le erizaba la piel, y al mismo tiempo, lo obligaba a respirar más despacio. Como si su cuerpo no supiera si huir o quedarse quieto. Había algo extrañamente reconfortante en su presencia, incluso cuando no decían nada. Una calma tensa, pero sincera.

Para su sorpresa, Harrison fue el primero en hablar.

—¿Encontraste un nuevo apartamento?

Alzó una ceja sin volverse hacia él.

—Más o menos —contestó de mala gana.

—¿Te mudarás después de la boda?

—No, va para largo —respondió.

Notó cómo Harrison giraba la cabeza en su dirección, pero siguió mirando al frente.

—¿Tienes que esperar a que te dejen el piso vacío? —insistió.

—Algo así.

—¿Y te mudas solo o tu compañero de casa se va contigo?

—¿Qué estás haciendo? —contestó molesto, moviendo la cabeza para mirarlo a la cara.

Harrison lo miró sorprendido.

—Solo te hacía una pregunta. Quiero saber de tu vida, ponernos al día.

—Pues no lo hagas. Nosotros no nos metemos en la vida del otro. No te salgas de los límites, marine.

Harrison dejó salir una respiración profunda, como si estuviera intentando calmarse.

—¿No podemos dejar de discutir ni en la boda de Terry? —inquirió con una calma deliberada.

—Todavía no es su boda —contradijo, sabiendo que se estaba portando como un repelente.

Harrison se llevó los dedos al puente de su nariz y cerró los ojos.

—Estoy tratando de ser amable —le dijo Harrison sin abrirlos.

—Tampoco hacemos eso.

Harrison lo miró, se le veía molesto.

—Por favor, dame cinco minutos de paz. Solo eso.

Cruzó los brazos, exasperado.

—Tienes dos, estoy contando —le respondió, mirando su reloj.

—Quiero hablar de tu llamada —le propuso Harrison.

—Dije lo que quería. No hay más que necesite hablar contigo —resumió, obligándose a no sentirse avergonzado por permitirse un momento de debilidad. Nunca debió ceder al miedo de perderle, pero algo dentro de él le obligó a dejar las cosas en orden.

Y ahora le pesaba como una piedra. Porque poner palabras a lo que no entendía solo lo hacía más real y ninguno de los dos necesitaba eso.

Harrison soltó un bufido de impaciencia.

—Yo sí quiero hablar contigo —le dijo enfadado.

—Pues suéltalo de una vez para que podamos irnos cada uno por nuestro camino —lo increpó, sin sentirse culpable.

Harrison se movió poniéndose delante de él, la fuerza de sus ojos lo clavaron en el sitio. Sentía la piel tirante, los músculos en tensión. Odiaba lo autoritario que era, ese aire indudable de fuerza y poder que lo hacía sentirse inseguro y lo llevaba a desear cosas en las que ni siquiera debería pensar.

—¿Por qué me enviaste los mensajes y me llamaste si no quieres ni hablarme? —preguntó Harrison.

—No fui yo quien hizo esa llamada —le recordó de forma mordaz.

Los ojos de Harrison brillaron antes de decir:

—Pero tú descolgaste. Tenías la opción de no responder —replicó —. Apenas tardaste unos segundos en contestarme.

Tragó saliva y miró por encima de su hombro, negándose a bajar la cabeza.

—No miré la pantalla, no sabía que eras tú —mintió con descaro.

Harrison entrecerró los ojos, con una mueca burlona. Sabía que mentía. Y eso lo desarmaba aún más que la verdad.

—Soy muy mayor para jugar a eso —le dijo, molesto.

—Yo no estoy jugando a nada. Estaba tranquilo tomando el aire, hasta que tú viniste a molestarme.

—¿De verdad no podemos tener una conversación civilizada? Antes hablábamos a todas horas

Se le tensaron los hombros. Lo llamó Jamie a traición durante la llamada. Ni de broma iba a dejar que le recordara el pasado así, como si no doliera. Si quería sacar cosas de años atrás, bien, pero iba a usarlas como armas contra él.

—Una vez hablamos a todas horas. Una vez, un verano — puntualizó, apoyando el talón contra la pared y cruzando los brazos, fingiendo estar cómodo para que viera lo poco que le importaba esa maldita conversación.

—Te conozco de toda la vida. Eres mi vecino de enfrente — contestó Harrison con el ceño fruncido.

—Corrección. Vivimos frente a frente durante algunos años. Tú eras mayor y te fuiste antes de que yo acabara el instituto. Luego yo me fui. ¿Ves? Si haces cálculos verás que llevamos más tiempo viviendo lejos que como vecinos.

Harrison empujó la lengua contra el interior de su mejilla, visiblemente enfadado.

—¿Somos desconocidos? —preguntó, impregnando cada palabra de incredulidad.

Dejó salir una carcajada, seca, sin pizca de humor, pero del todo sincera.

—¿Y qué creías? ¿Te piensas que por vernos un par de veces al año somos íntimos? Somos dos desconocidos. No puedes creer de verdad que soy el mismo James que cuando tenía diecisiete.

Harrison parecía vibrar de rabia, pero su voz sonó tranquila y estable cuando respondió.

—Eso está claro —respondió con desdén, aunque su mandíbula seguía apretada como si le costara contenerse.

—Si tienes algo que decir, dilo —le exigió.

—Tienes razón. No eres la misma persona que yo conocía. Eres mucho peor que él. Más cínico, menos agradable. No puedo decir que estar contigo sea un momento que me guste repetir.

Las palabras le golpearon el pecho como una ráfaga de aire helado, pero se obligó a mantener el tipo.

—Son unas palabras curiosas, viniendo del mismo tipo que me sigue cuando solo quiero tomar un poco de aire. Si tan malo soy, ¿por qué estás aquí? —le interrogó, con un tono más bajo, pero igual de afilado.

Harrison apretó la mandíbula.

—La verdad es que no lo sé —admitió, antes de girarse con brusquedad y hacer una huida rápida de vuelta al club, sin mirar atrás.

Apretó los puños y se obligó a no ir detrás de él.

¿No le gustaba en quién se había convertido? Bueno, que se apuntara a la lista. No era el único.

El pecho le ardía de rabia y vergüenza, una mezcla difícil de tragar.

Enfadado consigo mismo, fue hasta su coche y decidió saltarse el hotel para ir directo a casa. Encendió el motor sin pensarlo demasiado, con las manos aún temblorosas por la conversación.

Estaba tan centrado en su enfado, en todo lo que podría haber dicho y no dijo, en todo lo que Harrison había insinuado, que no se dio cuenta del coche de policía que lo seguía hasta que hizo sonar su sirena.

Maldiciendo a todo lo que conocía, detuvo el coche en el arcén y esperó con paciencia a que llegara uno de los agentes mientras bajaba la ventanilla.

—Señor, ¿sabe a qué velocidad iba? —le preguntó el agente, que por suerte no conocía.

—No, señor. Estaba distraído, lo siento —se disculpó enseguida, intentando sonar más tranquilo de lo que se sentía.

El hombre lo miró fijamente.

—¿Ha bebido esta noche?

—Solo un par de copas. Estuve en una despedida de soltero —respondió sin dudar, con la voz firme. Como hijo de policía sabía que no salía nada bueno de mentir a la autoridad.

El agente lo miró con sorpresa, pero asintió. Habló por la radio y su compañero llegó con un alcoholímetro.

—Sopla con fuerza hasta que escuches un pitido y la luz se ponga verde —le ordenó.

Obedeció sin rechistar y le entregó la máquina cuando el piloto cambió de color.

—Señor, ¿lleva algún arma encima? —inquirió el agente.

—¿Qué? No, no llevo nada.

Los dos agentes compartieron una rápida mirada.

—Salga del coche con las manos donde podamos verlas.

El corazón le dio un vuelco. Lo último que esperaba era ese giro.

Sus pensamientos, hasta hacía un minuto centrados en Harrison, se disolvieron por completo, sustituidos por una repentina sensación de peligro.

CAPÍTULO 9

Parpadeó mirando al hombre, no entendía por qué le preguntaban una cosa así.

—¿Cómo? No soy peligroso.

—Chico —irrumpió el otro agente—. Sal del coche, con las manos en alto. —Su voz autoritaria y paternal le recordó a su padre. Siempre le había dicho que si la policía te decía que hicieras algo, debías obedecer.

—Sí, señor —murmuró, levantando las manos para que pudieran ver que no llevaba nada en ellas.

El hombre le abrió la puerta para dejarlo salir.

—Muy bien, chico. Solo sal despacio. Voy a cachearte y después vas a mostrarme tu carné de conducir.

—Sí, señor —repitió impresionado. Nunca le habían parado antes y, aunque sabía que no había hecho nada malo, estaba asustado.

—Bien hecho. Pon las manos sobre el techo del coche y separa las piernas —lo siguió guiando el hombre.

—Sí, señor —dijo siguiendo sus indicaciones.

—¿Hay algo que no deberías llevar encima? Un cuchillo, drogas… —sugirió el agente sin perder la paciencia.

—No, señor. Fui a una despedida y bebí un poco. Solo eso.

—Muy bien —aceptó el hombre—. Voy a cachearte, solo será un momento.

Sus manos fueron rápidas sobre su cuerpo, pero el contacto le revolvió el estómago y le hizo encogerse ligeramente. No estaba acostumbrado a sentirse tan vulnerable.

—¿Está limpio? —le preguntó el primer agente.

—Del todo —le aseguró el hombre.

—Papeles del coche y documentación —le exigió su compañero.

Sacó con cuidado la cartera y les dio el carné.

—Tengo el resto en la guantera —murmuró.

—Cógela —le permitió el agente.

Esperó con un vacío en el estómago mientras el otro se alejaba para hablar por la radio.

—Es una comprobación rutinaria. Estamos buscando a alguien que coincide con tu descripción y tu coche, no te preocupes. Asunto de drogas —le explicó.

Asintió, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Nos lo llevamos a comisaría —dijo el agente al volver—. Espósalo.

—¿Qué? No, no hice nada malo. Yo…

—Tienes multas de tráfico. Suficientes como para estar en un gran lío, tienes que ir a comisaría.

—Yo no tengo ninguna multa, lo juro —dijo mirando al agente mayor.

—Eso lo aclararemos en comisaría —le contestó con calma el hombre—. Pon las manos a tu espalda.

—¿Es necesario? —preguntó en un hilo de voz.

—Me temo que sí —le respondió con lástima.

—¿Qué va a pasar con mi coche?

—La grúa lo llevará al depósito —le indicó mientras le apretaba las esposas alrededor de las muñecas.

Lo llevó hasta el coche del brazo, para que se sentara en la parte trasera. La última vez que se subió a una patrulla tenía diez años y no se parecía en nada a eso. El asiento era duro, frío, y el sonido de la puerta cerrándose le puso un nudo en el estómago.

El interior olía a plástico viejo y el cinturón de seguridad le rozaba el cuello irritándole la piel. Mientras iban a comisaría, pensó en a quién podía llamar y cómo habían acabado esas multas a su nombre. Todos estarían aún en la despedida, y habían bebido mucho más que él…

—Te tomaremos las huellas y luego podrás hacer tu llamada —le prometió el agente.

—Eso no será necesario —dijo el agente de recepción.

—¿Por qué no? —preguntó de forma agresiva el agente joven.

—Es el hijo de uno de la 64 —les contestó bajando la voz.

—No me jodas —murmuró él.

—Uno de nuestros chicos reconoció su nombre y apellido. Ya están viniendo a por él —le aseguró.

Se le heló la sangre. Se preguntó si era posible que se lo tragara la tierra. Su estómago se encogía más con cada palabra. Lo que le faltaba: buscarse más problemas con sus padres. No podía imaginar la cara de su padre al enterarse.

—No podría pagar las multas y…

—¡No! —contestaron los tres agentes a la vez.

Fue peor que cuando pegó a Tommy Mangiano y su madre tuvo que ir a hablar con el director. Estaba seguro de que su padre no sería tan comprensivo como su madre. Aunque no fue él quien vino a buscarlo.

—Tío Richard —lo saludó en cuanto entró.

—Hijo, ¿estás bien? —le preguntó Richard con la cara desencajada.

—Sí, siento las molestias. Lo siento mucho, tío.

—Estás bien, eso es lo que importa. Terry nos llamó y nos dijo que habías desaparecido de la despedida. Llevamos tres horas buscándote, no contestabas al móvil, y como no es propio de ti dimos tus datos a los patrulleros. Por suerte te pararon o seguiríamos buscándote.

—¡Dios! Perdí la noción del tiempo mientras conducía y seguí una carretera que no era sin darme cuenta. Lo siento mucho.

—Está bien —volvió a decirle él, dándole un abrazo—. Estás bien —le aseguró.

—No sé de cuánto es el valor de las multas, pero no llevé tarjeta a la despedida por si perdía la cartera. ¿Podrías encargarte, tío Richard? Siento mucho pedirte esto, te lo devolveré mañana.

—Yo me ocupo. Tranquilo —le aseguró, palmeándole el brazo.

—Gracias —murmuró avergonzado. No solo tenía a todos preocupados, sino que además lo habían tenido que ir a recoger a comisaría y pagarle la fianza. El bochorno no podía ser mayor.

Richard tardó casi otra hora en solucionarlo todo, pero le quitaron las esposas y le aseguraron que no habría antecedentes, ya que no

le habían tomado las huellas.

—Las multas ya están pagadas, pero el lunes habrá que ir a la oficina de tráfico y asegurarse de que todo esté en orden —le dijo Richard.

—¿Cuánto tuviste que pagar? —preguntó.

—Dos mil trescientos dólares.

—¿Qué? Voy a matar a Tom. Lo siento, de verdad que lo siento. Sabes lo mucho que me gusta correr y andar. A veces le dejo el coche a mi compañero de piso, tienen que ser suyas. Iré a casa a por mis tarjetas y te lo devolveré ahora mismo.

—Eso no importa, ya lo harás. No hay prisa —le aseguró Richard —. Antes de dejarte en tu piso vamos a casa. Tus padres quieren verte.

—¿Están muy enfadados? —quiso saber. Que su padre no estuviera allí para recogerlo era suficiente evidencia, pero, a pesar de ello, no pudo evitar la pregunta.

—Tu padre estaba muy preocupado. Cuando nos llamaron, le pedí que se quedara en casa.

Traducción: estaba realmente enfadado con él y Richard había preferido que se quedase en casa para que pudiera calmarse. Ese peso en su pecho volvió a apretar. Había metido la pata, y lo sabía.

—Lo siento muchísimo, de verdad, tío Richard. No sé cómo disculparme, ni darte las gracias.

—Tranquilo, James. Estas cosas pasan, lo importante es que estás bien. Nos habíamos imaginado lo peor. Tres horas no parecen mucho, pero como desapareciste de forma abrupta… las primeras horas de una desaparición son las más importantes.

—No estaba desaparecido —murmuró.

—Pero eso nosotros no lo sabíamos.

—Lo sé, lo siento —repitió de nuevo, justo cuando aparcaban delante de la casa Black.

Todas las luces del piso de abajo estaban encendidas, bañando la fachada con una claridad inquietante pese a que era de madrugada.

—Vamos —le ordenó señalando fuera.

Antes de que alcanzaran el porche, su madre salió para darle un abrazo. Detrás de ella, la tía Vivian lo alcanzó también, lanzándose

sobre él.

—Siento haberos preocupado a todos —dijo, sintiéndose fatal.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó su madre—. ¿Te trataron mal en la cárcel?

—No fue a la cárcel, fue un malentendido —contestó por él su tío —. Entremos en casa.

Todos estaban en el salón. Terry, Sam, Bruce y Harrison acompañaban a su padre, que estaba sentado en el sillón.

—Mierda —murmuró al verlos a todos—. Terry, yo…

Él negó con la cabeza, apartando la mirada. El nudo en su estómago se apretó aún más. La cara de decepción de todos era como un golpe seco en el pecho.

—Papá…

—Estarás contento —empezó a decir su padre.

—Carl… vamos a descansar, hablaremos cuando estemos todos más relajados —sugirió su madre.

—No. Todos hemos pasado horas preocupados, buscándolo por todas partes. Terry canceló su despedida de soltero y hemos llamado a todas las comisarías de la zona para encontrarlo.

—Lo siento, papá. Me descuidé y cogí la salida que no era, pero no me di cuenta hasta que me paró la policía. Solo quería volver a casa. Lo siento mucho, Terry.

Su amigo no lo miró. Su atención seguía fija en la ventana. Sam y Bruce lo observaban sin pestañear; parecían tan enfadados como su padre.

—¿Por qué ibas a volver a casa? Estabas en la despedida de Terry, ibais a dormir en el hotel que hay enfrente y desayunaríamos todos juntos —le recordó su padre.

—Ya lo sé. Yo… —¿Qué iba a decir? ¿Qué discutió con Harrison y salió corriendo?—. Lo siento muchísimo, de verdad. No sabía lo de las multas, no quería…

—Dos mil trescientos dólares —le recordó su padre.

—No lo sabía —respondió desesperado. Sabía que no servían de nada sus disculpas y que lo había estropeado todo, pero no podía quedarse callado dejando que pensaran mal de él—. Nunca me han puesto una multa.

—¡Ya basta! —lo cortó su padre, furioso, levantándose del sillón—. Te hemos consentido durante años esta actitud. Le dije a tu madre que había que ponerte un alto, pero no me hizo caso y ahora te has convertido en esto.

—Carl… —lo advirtió su madre.

Se obligó a respirar, aunque sentía como si el aire se hubiera vuelto denso, espeso, como si costara atravesar su garganta.

—Fue un error, y lo asumo. No debería haberme ido de la celebración, ni conducir sin prestar atención. Lo siento. Lo repetiré mil veces porque es injusto haberos causado esta angustia. No es propio de mí hacer algo así.

Su padre movió la cabeza de un lado a otro con enfado.

—Es exactamente lo que haces. Siempre necesitas ser el centro de atención —replicó con dureza.

—Eso no es justo —repuso.

—Estoy tan decepcionado, tanto… me lavo las manos contigo. No puedo más.

Intentó tragar saliva a través del nudo que le obstruía la garganta. Para su vergüenza, notó cómo le picaban los ojos, pero se obligó a mantener la cabeza alta, conteniendo las lágrimas con un esfuerzo casi físico. No iba a dejar que los demás lo vieran romperse.

—Carl, vamos a salir un rato. Busquemos el desayuno para todos —sugirió el tío Richard a su espalda.

—Está bien, tío.

—No te atrevas a hacer que yo parezca el malo, haces eso continuamente. ¿Te das cuenta de cuántas personas te han estado buscando durante horas? —le preguntó su padre.

—De nuevo, lo siento, no sé qué más quieres que diga. Lo siento.

Su padre dio un paso apuntándolo con el dedo.

—¿No tienes vergüenza? ¿No te crie mejor que eso?

—Mi vida no tiene nada de malo. Hasta hoy nunca me he metido en líos, me licencié de los primeros de mi promoción y conseguí un trabajo con rapidez. Nunca falto a la oficina, tengo una vida ordenada y mantengo mis asuntos al día. No hay nada de lo que tenga que avergonzarme.

—James, por favor —murmuró su madre con voz llorosa.

—Baja a la tierra con los demás, no eres mejor que nosotros. No uses conmigo esos aires de superioridad —le advirtió su padre, cerca de perder la paciencia—. Pulsas los botones de una calculadora, no es nada de lo que sentirse orgulloso.

Y ahí iban de nuevo, el gran problema real en la relación con su padre.

—No tanto como ser policía, quieres decir —pronunció con desprecio.

—James, Carl, ya basta —pidió su madre.

—¡Guárdale respeto al uniforme! A la gente que te ha estado buscando sin pedir nada a cambio —le exigió su padre, dando otro paso más cerca de él.

—Carl —le advirtió el tío Richard, poniéndose a su lado—. Creo que deberías calmarte.

—Lo hago. Respeto el uniforme, a cada hombre o mujer que pone su vida en riesgo para cuidarnos a todos —le aseguró, convencido—. Respeta tú que no quiera llevarlo, que la sola idea haga que se me revuelva el estómago. No es justo que te enfades conmigo porque no soy como tú. Soy tu hijo, pero no somos iguales.

—James —el tío Richard lo agarró del brazo con suavidad.

—Eso está claro —dijo su padre, alzando los brazos al cielo—. El uniforme te pone enfermo, las olimpiadas no estaban a tu altura, representar a tu país no era suficiente para ti…

—Carl, por favor. Vamos a calmarnos —le pidió su madre, acercándose a su padre.

—Nunca he dicho que no estuviera a mi altura, fue un honor estar nominado.

Su padre rio con amargura.

—Fue un honor estar nominado —lo imitó con desprecio—. Pero no bastaba y decidiste rechazarlos solo para llamar la atención y mostrarles a todos que no eran suficiente para ti. Ese eres tú, James. Siempre haciendo cosas raras, siempre buscando la forma de que todos estén pendientes de ti. Dime, hijo, ¿no te cansas nunca de hacer el ridículo? ¿De ser el hazmerreír de todos?

—Ya vale, Carl, para —pidió su madre.

—El único que se ríe eres tú, papá. El único al que le parezco ridículo es a ti —empujó las palabras por su garganta, con la voz rota, como si cada sílaba le costara más que la anterior. Sentía los ojos arder, la mandíbula tensa, como si cada emoción contenida le estuviera cortando desde dentro. Los dedos del tío Richard se clavaron en su antebrazo.

—¿El único? ¿Crees que todos los demás no piensan lo mismo? Se llama educación. Nadie va a decirte a la cara que no dejas de cometer errores, para eso está la familia: para guiarte por el camino correcto, señalar tus fallas, corregirte si es necesario y apoyarte pase lo que pase —le dijo su padre.

—Pues he debido entenderlo mal, porque para mí la familia es agobiar, criticar y presionarme contra el suelo para intentar aplastarme.

No lo vio venir hasta que la palma de la mano de su padre le golpeó la mejilla y su cabeza giró a la izquierda por el impacto. El ruido seco resonó en el salón como un disparo. Sintió el calor ardiendo en la piel, la humillación bajarle por la garganta como veneno. Nadie dijo nada. Nadie se movió.

CAPÍTULO 10

Escuchó los gritos de los demás y su tío lo movía, alejándolo de su padre, poniéndose en medio.

No fue capaz de escuchar nada. Sintió a lo lejos las manos de su madre sosteniéndole la cara, pero el contacto fue demasiado en ese momento y se apartó con rapidez, moviéndose hacia la entrada.

—Está bien —dijo con esfuerzo. Odiaba cómo temblaba su voz, como si se le estuviera deshaciendo en la garganta.

Su padre nunca le había levantado la mano. Jamás.

—Está bien —repitió en voz baja, aunque no podía estar del todo seguro, porque los sonidos estaban volviendo a él de forma abrumadora. Se llevó la mano al pecho, su corazón latía con tanta fuerza que le golpeaba de forma contundente la palma de la mano.

—James —lo llamó Sam, moviéndose hacia él al darse cuenta de lo que le estaba pasando. Tenía la cara blanca y desencajada, pero siguió avanzando en su dirección. Dio dos pasos para alejarse de él también.

Un violento espasmo lo hizo inclinarse hacia delante. Apretó los dedos contra su pecho, como si quisiera arrancárselo. El aire entraba y salía en jadeos irregulares, sin control. Quería gritarle a su corazón que dejara de latir, que le hacía daño. Habían pasado años desde su último ataque de pánico, pero no era algo que pudiera olvidar, era una sensación terrorífica.

—James, cariño —lo llamó Vivian, poniendo la mano delante de ella, como si fuera un animal asustado—. Respira profundamente, cielo, tienes que respirar. Tranquilo.

Abrió la boca, pero solo salió un horrible sonido, y el dolor lacerante en su pecho fue tan intenso que se llevó las dos manos a las costillas, seguro de que se estaban rompiendo. No podía respirar.

El aire se negaba a entrar, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo hacerlo. Todo le ardía por dentro, como si algo invisible lo comprimiera desde dentro hacia fuera.

Miró alrededor, asustado. Todo se movía demasiado rápido y demasiado lento a la vez.

—James, hijo… lo siento, no quería hacer eso. —La voz de su padre apretó su botón del pánico interno.

Giró en menos de un segundo y, antes de que alguien pudiera detenerlo, ya se había precipitado por la escalera del porche en una huida aterradora. No pensó, no miró atrás. Solo corrió, con el estómago revuelto y las sienes latiendo con fuerza. Sus piernas se movían solas, impulsadas por el miedo más primitivo. Todo estaba borroso mientras corría. Sus pies tropezaron cuando los mareos se hicieron intensos, aunque no se paró ni un segundo.

Los sonidos desaparecieron mientras corría; los pensamientos, los gritos, todo se redujo a cero. Solo quedaba el zumbido ensordecedor del pánico, latiendo en sus sienes como un tambor, y el pecho oprimido como si una mano enorme lo apretara sin tregua.

Cuando las piernas no le sostuvieron más, se desplomó en el suelo y vomitó hasta que su estómago no lo soportó. El sabor ácido le arañó la garganta y le hizo toser, encogido sobre sí mismo. Los temblores volvieron, haciendo que se retorciera en el suelo. Su cuerpo entero temblaba, como si algo dentro de él estuviera rompiéndose en pedazos. Le dolían los músculos, la mandíbula, los ojos, y no entendía cómo podía seguir consciente con tanto dolor.

—¡James! —la voz de Harrison sonó atronadora en sus oídos. Sus manos lo agarraron con firmeza de los brazos, tirando de él para sentarlo en el suelo.

Se revolvió, en un vago intento de soltarse de su agarre, pero sus brazos lo mantuvieron en su lugar, apretándolo con fuerza.

—Jamie, concéntrate en mí. ¿Puedes sentirme?

Asintió mientras se esforzaba por respirar.

—Respiraciones profundas y lentas, sigue mi respiración —le ordenó con firmeza.

Terry cayó delante de él.

—Lo estás haciendo muy bien, James —lo animó su amigo.

—Hazlo lo más lento que puedas —siguió diciendo Harrison—. No tenemos prisa, no vamos a ningún sitio.

Sus músculos fueron relajándose poco a poco y respirar fue cada vez menos doloroso.

—Jamie, ¿qué necesitas? —le preguntó Harrison—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Cerró los ojos porque no tenía ni idea de qué responder. La mente se le nublaba, como si hubiera niebla detrás de los párpados.

—Vamos a llevarte al hospital. ¿Te parece bien? —preguntó Terry.

Asintió con esfuerzo, estaba agotado y no le quedaba una gota de energía.

—Voy a soltarte, ¿vale? —quiso asegurarse Harrison.

Asintió despacio. Terry mantuvo el agarre sobre su mano para mantenerlo sentado. En cuanto se puso en pie, Harrison metió las manos bajo su cuerpo y lo levantó como si no pesara nada.

—Puedo andar —intentó protestar.

Harrison no le respondió. Lo llevó hasta el coche de Terry y lo dejó con cuidado en la parte de atrás antes de sentarse a su lado. Tiró de él y volvió a la posición de antes, pegando su pecho a su espalda, apretándolo con fuerza.

—Ya estoy mejor —murmuró.

—No lo minimices. He visto a hombres más grandes que tú deshaciéndose como papel mojado por la ansiedad. Toma lo que puedas para tranquilizarte hasta que los médicos puedan darte algún sedante —le contestó Harrison.

—¿No tienes tus pastillas, James? —preguntó Terry, mirándolo por el retrovisor.

—Hace años que no las necesito.

—Esto ya había pasado antes —adivinó Harrison.

Asintió con la cabeza, dejándola caer hacia atrás, apoyándola en su hombro. Estaba vacío, como si se hubiera drenado desde dentro. Su mente se estaba volviendo cada vez más lenta y sus extremidades parecían pesar toneladas.

—Te lo dije —le recordó en voz baja—. No sabes nada de mí. Somos desconocidos.

—Jamie… —murmuró en su oído.

—No te preocupes, a veces pienso que no me conozco ni yo —musitó, cerrando los ojos un momento

)

Cuando volvió a abrirlos, estaba en un box del hospital.

—James, hermanito —su hermana Ellie se acercó a él—. ¿Cómo estás? —quiso saber ella.

—Atontado. ¿Me pusieron calmantes? —preguntó, levantando la mano donde tenía una vía.

—Sí, para que tu cuerpo descansara. Seguías teniendo el ritmo cardíaco muy alto.

Notaba la piel del antebrazo tirante por el esparadrapo y un leve escozor en la zona del pinchazo.

Miró el monitor que había a su lado.

—Ya hace unas horas que está bien.

—¿Cuánto llevo aquí? —preguntó, todavía entumecido.

—Medio día. Casi es de noche —le contestó ella.

Cerró los ojos con pesar.

—Joder, qué escándalo —se lamentó—. ¿Y mamá?

—Le dije que se quedara en casa, no queríamos ponerte nervioso.

Asintió, todavía con los ojos cerrados. Los párpados le pesaban y cada vez que respiraba sentía el cuerpo un poco más hundido en el colchón.

—¿Cómo está papá? —se atrevió a preguntar en voz baja.

Ellie le acarició el pelo como solía hacer su madre. El gesto fue suave y lento, y por un momento se permitió abandonarse a él.

—Muy arrepentido y decepcionado consigo mismo. Ya sabes que él no cree en la violencia para educar.

—Lo sé —murmuró, aletargado—. Dile que lo entiendo y que lo siento.

—James, no fue culpa tuya —le aseguró ella, apoyando su frente en la de él—. Nada justifica la violencia, y papá lo sabe. Estaba muy alterado por tu desaparición y perdió los nervios, pero no está bien.

—No pasa nada —murmuró.

—James… —dijo Ellie con lástima.

—Dijo que se rendía conmigo. Lo entiendo.

—Nadie se está rindiendo contigo, James. No te pasa nada malo, papá habló sin pensar. Todos te queremos muchísimo, ¿lo sabes?

Un nudo invisible se apretó en su garganta. No fue capaz de contestar, tenía mucho sueño. Tampoco sabía si lo habría hecho, aunque hubiera podido. Las palabras estaban ahí, pero no encontraba el camino hasta ellas

)

—Te haré una receta. ¿Cómo te sientes? —le preguntó el médico.

—Avergonzado, sobre todo. Se suponía que ya había superado lo de los ataques de pánico.

—No seas tan duro contigo mismo. No hay una ciencia exacta, a veces una situación muy estresante los desarrolla. ¿Ha habido algún cambio en tu vida?

—Unos cuantos —respondió.

Notaba la voz algo más firme, pero el cuerpo seguía cansado, como si hubiera corrido una maratón con fiebre.

La puerta de su habitación se abrió y Terry apareció con una bolsa.

—Gracias —murmuró, sabiendo que era ropa para poder cambiarse, ya que habían hablado antes.

—¿Fuiste al psicólogo? Conoces las formas de minimizarlos y tratar de evitarlos.

—Sí, me lo enseñaron todo y lo recuerdo bien.

—No te agobies y no te presiones. Trata de tomarte las cosas con calma y usa la medicación si lo necesitas. Los ataques de pánico provocan todo un terremoto en el sistema nervioso, puedes tardar un tiempo en recuperarte del todo.

—Creo que voy a tomarme unas vacaciones, eso debería ayudar.

—Es una buena idea. Aquí tienes. —Aceptó la hoja que le extendía y le dio las gracias mientras el médico salía.

El papel crujió entre sus dedos mientras lo sostenía, todavía no podía creerse que necesitara medicinas de nuevo.

Miró a Terry y le hizo una mueca de hastío. Él le sonrió antes de acercarse.

—Nunca me he alegrado tanto de ver esa cara tan fea y deforme.

—Gilipollas —lo insultó, sentándose en la cama.

—Tómalo con calma —le sugirió Terry, poniéndole la mano delante por si necesitaba apoyarse en él.

—Estoy bien. ¿Por qué vienes tú a traerme la ropa? ¿No deberías estar preparándote para casarte en unas horas?

—Estoy aquí porque sé que si no me ves a los ojos no me creerás cuando te diga que no tienes que venir a la boda.

—No te voy a hacer eso —protestó.

—No me haces nada. Yo te pido que no vengas, no quiero que te pongas nervioso. Ahora necesitas tranquilidad, y mi boda no te ayudará a eso.

Miró al suelo. Quería estar allí, verlo casarse, compartir ese momento, pero había tenido los suficientes ataques en su vida como para saber lo peligroso que era estresarse de nuevo.

—Eres como un hermano para mí, nunca pondría mi boda por encima de tu bienestar.

—Lo siento, Terry. Siento haberte fallado y no poder estar ahí.

—Deja de disculparte. Fue… no tengo ni idea de qué fue, pero te conozco y sé que no lo hiciste a posta. No pasa nada, te prometo que nadie está enfadado. Las cosas se salieron de control.

Asintió sin saber qué más decir.

Terry lo abrazó con fuerza.

—Estamos contigo, James. Todos nosotros, no pienses que no. Todos estamos aquí para ti.

—Ya lo sé —musitó, devolviéndole el abrazo—. Vete ya, anda, cogeré un taxi. Tienes que casarte.

—De eso nada. Vístete y te llevo. Lo bueno de ser el novio es que no hay mucho que hacer.

Sonrió y cogió la bolsa para encerrarse en el baño. Se miró en el espejo. No tenía muy buena cara, pero tampoco esperaba otra cosa.

Tenía los ojos enrojecidos, la piel pálida y la camiseta del hospital le colgaba como si fuera una versión ajena de sí mismo.

Terry lo llevó a casa y no se fue hasta que lo vio entrar en su edificio.

Envió un mensaje a su compañero de casa, contándole lo que había pasado para que se hiciera cargo de los gastos, pero no le contó nada más. No tenía sentido, ni fuerzas para otra cosa.

Necesitaba espacio, dejar que la situación se enfriara y pensar en lo que quería hacer. Pero Terry era como un hermano para él; no ir a su boda era impensable, aunque supiera que los novios no se lo tendrían en cuenta, no podría perdonarse no estar en el día más importante de su vida. Quedarse en casa sería más seguro, más sensato… pero también una derrota. Y ya había tenido suficientes de esas últimamente.

Se aseguró de comer un sándwich para poder tomarse otra pastilla, se dio una ducha y durmió una siesta. La alarma lo despertó a media hora de la ceremonia, se puso el traje y llamó un taxi. Mientras se abrochaba la camisa, sintió un leve temblor en las manos que le costó controlar.

Había poca gente en los alrededores de la iglesia, ya que estaban a punto de empezar. Su acompañante parecía sorprendida y encantada de verle, lo que le confirmó que nadie fuera de la familia sabía lo que había pasado. Una parte de él se sintió aliviada. No tendría que dar explicaciones.

Harrison fue el primero en verle. Lo vio contener el aliento antes de ir directo hacia él, pero la marcha nupcial empezó a sonar.

Se quedó quieto, con la mandíbula apretada. Todo en su interior gritaba que no estaba preparado para aquello, pero siguió adelante. Tenía que hacerlo.

Tragó saliva mientras le ofrecía el brazo a la amiga de Tara y tomaba una respiración profunda. Lo peor de tener ataques de pánico era que te mandaban al hospital y luego el cuerpo se queda hecho un asco.

El sudor le bajaba por la espalda, pegando la camisa al torso, y la brisa apenas lograba refrescarle.

Enderezó la espalda y entró cuando le hicieron una señal. Su madre y Vivian lo miraron conteniendo las lágrimas; su padre giró la cabeza, evitando mirarle.

«Sí, papá», pensó, agotado. «Ya sé que estás decepcionado, pero esta vez yo estoy más decepcionado contigo, que tú de mí».

Y esa certeza dolía más de lo que habría imaginado

El tío sonrió, orgulloso. Intentó devolverle la sonrisa, pero solo recorrer el pasillo ya lo hizo sentirse cansado. Los ojos de Terry se abrieron al máximo al verlo. Gracias, vocalizó sin decir palabra.

Le bastó ese gesto para saber que había tomado la decisión correcta.

Vio a su hermana hablar con su marido y cómo él se movía al banco del lado para dejar espacio en el suyo, en vez de sentarse con los demás del cortejo nupcial que se sentaba justo detrás de sus padres.

Sonrió agradecido y dejó a su pareja para ir con ella. Le acarició el brazo y su hermano lo miró con atención, como si esperara que se desplomara en el acto.

—¿Tomaste tus pastillas? —le preguntó al oído.

—Claro —murmuró.

Ella sonrió, dándole un apretón en la mano antes de volver su atención a la novia, que entraba por fin en la iglesia.

Él cerró los ojos un instante. Seguía algo aturdido, como si se moviera en una burbuja, pero estaba allí, respirando, vestido, en su sitio. Por ahora, era suficiente.

Estaba ahí. No era poca cosa.

CAPÍTULO 11

La ceremonia fue un suplicio, los temblores después de un ataque de pánico eran raros y feos de contemplar, sacudidas pequeñas e involuntarias que recorrían el cuerpo sin aviso. Ellie ayudaba al estar pegado a él, su cercanía le daba algo a lo que aferrarse, como si solo con eso pudiera mantenerse en pie, pero pronto quedó claro que ir allí no fue su mejor idea. Aun así, no se arrepentía. Aplaudió todo lo fuerte que pudo mientras los novios salían ya unidos en matrimonio.

Le dolían las manos, pero no bajó los brazos. Aplaudir era lo único que podía hacer para sentirse parte de todo aquello.

Tuvo que agarrarse a sus hermanos para salir por el lateral de la iglesia y no protestó cuando Ellie lo ayudó a meterse en el coche para llevarlo de nuevo a su casa.

Tenía la cabeza embotada, como si le costara enfocar lo que tenía delante. Se quedó dormido antes de que se pusieran en marcha.

El peso del cuerpo cedió por completo al cansancio, rendido, como si lo hubieran desconectado.

Abrió los ojos en su habitación, sorprendido al contemplar el techo blanco. Miró por la ventana, desconcertado: ya era de noche. Las pastillas lo dejaban atontado, pero por suerte se había acordado de dejar un vaso de agua en la mesilla. Se sentó en la cama con torpeza y lo bebió todo de golpe.

El estómago le dio un vuelco con el movimiento, como si aún estuviera en mitad del coche, flotando entre el sueño y la vigilia.

La garganta seguía ardiendo, áspera como si hubiera estado horas gritando. Miró desconcertado el cristal. ¿Cuándo lo había puesto allí?

El traje de la boda estaba colgado de la percha, pero tampoco recordaba habérselo quitado. De hecho, tampoco cómo llegó a casa.

Lo último que recordaba era subir al coche de Ellie.

Miró el pantalón y la camiseta que estaba usando; eso tampoco le sonaba. Sintió una punzada de inquietud. El cuerpo no parecía suyo, como si se lo hubieran devuelto con otra ropa y sin instrucciones. Salió de la habitación en busca de más agua porque le ardía la garganta.

Los pies le dolían al pisar el suelo frío del pasillo, pero no se detuvo.

La casa estaba en silencio, y ese silencio le dio la falsa impresión de que todo seguía igual.

Casi le da un ataque al ver a Harrison sentado en su sofá viendo la televisión.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la boda? —quiso saber.

—Vine a ver cómo estabas, me abrió tu compañero de piso. Un tipo raro, por cierto.

Se quedó agarrado al marco de la puerta, buscando qué decir.

—Eres el padrino de boda, se está casando tu hermano. No puedes faltar a su boda —le reclamó.

—La boda acabó hace un par de horas —le respondió Harrison, apagando la televisión—. Solo pasé por si necesitabas algo.

—¿Te mandó venir Ellie? —inquirió, todavía sin comprender muy bien su presencia.

—No. Tienes que tomar tu medicación, ¿verdad?

—Eh… sí —aceptó.

—¿Te las acerco? —se ofreció Harrison.

—No, ya puedo yo. —Cruzó la sala hasta la cocina y abrió el armario de las medicinas.

Le temblaban ligeramente los dedos al coger la caja, pero al menos sabía lo que tenía que hacer.

—Cogí una cerveza de la nevera —le dijo Harrison, acercándose mientras se tomaba la pastilla con un poco de agua.

—No importa —murmuró, frotándose la frente.

—¿Cómo estuvo la boda? —preguntó, incapaz de no preguntar.

—Buena comida, mucho ruido, demasiado baile —respondió Harrison, dejando el botellín mientras lo miraba a la cara sin

disimular—. Pero los novios parecían felices y se fueron temprano para poder irse de luna de miel.

—Cancún —recordó—. Dos semanas en la playa.

Harrison asintió con la cabeza.

—Es la luna de miel de los lagartos, pasarse el día tomando el sol —se burló Harrison.

—Tara llevaba soñando con ello mucho tiempo, y a Terry le daba igual a dónde ir —contestó.

—Supuse que era por eso. Terry odia las piscinas. No me cuadraba que quisiera ir a la playa.

Se hizo un silencio breve, casi cómodo.

—¿Desde cuándo tienes ataques de ansiedad? —preguntó Harrison, rompiendo sin miramientos la frágil calma del momento.

Suspiró mientras dejaba el vaso en la encimera. Después de todo lo que había pasado, suponía que al menos le debía una explicación.

—Desde mi último año de instituto. Empezó en medio de un campeonato nacional —confesó sin mirarlo, con los ojos fijos en el grifo—. Estaba en el vestuario y me desperté en la enfermería.

—¿Por qué nadie me dijo nada? —preguntó Harrison, resentido.

—Eres el héroe de la familia, no iban a molestarte por algo así. Al principio solo me desmayaba, después pasaron a ser ataques de pánico. Mi entrenador decía que era por la presión, sugirió que me tomara un descanso y ayuda profesional —le confesó, dándole la espalda para sentarse en el sofá.

—Me hubiera gustado saberlo —dijo Harrison, siguiéndolo para sentarse en el sillón al lado del sofá, viéndolo de frente.

—No es para tanto. El psicólogo ayudó, la medicación para cuando sentía ansiedad también. Aprendí a lidiar con ello y llevo muchos años casi sin síntomas, fue mala suerte —opinó, encogiéndose ligeramente de hombros, como si intentara restarle importancia a algo que no la tenía. No quería que Harrison lo mirase como alguien roto. Ya había bastante de eso en casa, demasiadas expectativas frustradas y silencios incómodos que nadie quería nombrar.

—¿Por eso no fuiste a los Juegos Olímpicos? —inquirió Harrison, mirándolo fijamente.

Suspiró, reclinándose sobre el respaldo del sofá para mirar al techo blanco.

—Podía haber ido, seguí corriendo durante todo el año. Muchos deportistas lidian con la ansiedad u otro tipo de problema mental. No fue por eso. No entiendo por qué os cuesta tanto entenderlo. No quería ir, no era mi sueño —repitió, frustrado. Y cuanto más lo explicaba, más claro veía que no iba a cambiar nada.

—Lo entiendo, de verdad que lo hago. Es solo que eras tan bueno que cuesta hacerse a la idea. Lo siento —se disculpó Harrison con sinceridad.

—Sé cómo pensáis todos, pero yo no quería dedicarme a algo durante años y tener que volver a empezar desde cero después. Quedarme atrás mientras todos mis conocidos se casan, se mudan de ciudad y avanzan.

Harrison lo miró profundamente. Parecía incómodo.

—No considero que eso sea quedarse atrás. Es elegir tus prioridades. Hay sacrificios que merecen la pena por un bien mayor —contestó Harrison, a la defensiva.

Sonrió con hartazgo.

—Seguro que sí, pero no es un sacrificio que yo esté dispuesto a hacer —respondió sin sentirse culpable—. No fue una decisión que tomé a la ligera. Y aunque os decepcionara, fue mía. No necesito que nadie la valide. Estoy harto de tener que justificar cada cosa que no encaja con la idea que tenéis de mí.

Harrison hizo una mueca y apretó la mandíbula.

—¿Eso significa que tu vida va bien? ¿Vas a sorprendernos con una boda, una mudanza y un par de hijos? —lo interrogó con una burla en la voz que lo hizo tensarse.

Lo miró fijamente, el cansancio acumulado nublándole los ojos, demasiado agotado como para responderle de forma brusca, pero con el rencor quedándosele clavado en el estómago como una piedra. No entendía si Harrison buscaba una conversación sincera o simplemente una forma más de reprocharle lo que no era. Siempre era lo mismo: sarcasmo y superioridad en vez de escucha.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo más vas a seguir en la Marina? —preguntó.

Harrison le aguantó la mirada.

—Hasta que el cuerpo aguante —contestó con decisión.

—O hasta que mueras —dijo, incapaz de contenerse.

—Estás obsesionado con eso. ¿Recuerdas que acaban de darme una medalla por mis méritos? —inquirió Harrison, burlón.

—Claro que lo recuerdo. Cuando lo supe, no dejé de preguntarme qué tuviste que hacer para ganarla y cuán cerca estuviste de no volver. —Tomó una respiración profunda. No quería alterarse, era lo último que necesitaba. Pero no podía evitarlo. Siempre volvía a lo mismo. Siempre le parecía que hablaban en idiomas distintos.

—Siempre vuelvo —repitió Harrison, igual que había hecho cuando hablaron del tema.

—Hasta que no lo hagas —le respondió con contundencia, harto de las mismas tonterías de siempre. Los dos eran adultos y sabían que su trabajo era uno de los más peligrosos que existían—. Son palabras vacías que dices para calmar a la gente que se preocupa por ti. No tienes que hacer eso conmigo. Tú y yo sabemos que no puedes garantizar nada cuando sales ahí fuera. Está bien, lo entiendo. Es tu elección de vida, no me gusta, pero lo respeto. No quieres una vida, no te importa nada más, tú vives solo para el ejército y sin él nada tiene sentido para ti.

—Eso no es verdad —se defendió Harrison. Parecía un poco desconcertado y herido. Pero no le importó, era la verdad, quisiera él admitirlo o no.

Lo miró con lástima, sin esforzarse por disimular.

—Estaré equivocado, no sé nada de tu vida actual. En lo que a mí respecta, podrías ser piloto de aviación, agente secreto o fontanero. No sé nada y lo cierto es que tampoco quiero saberlo. Ya tengo bastante con mi vida. Eres lo suficientemente mayor como para saber lo que haces con la tuya. De verdad, no puedo cargar también con eso. La última vez que lo hice me llevó semanas recuperarme. Deberías irte, estoy cansado —le dijo, levantándose para dejarle saber que la conversación había terminado.

Harrison miró hacia arriba, todavía sentado en el sofá. Quería decir algo, pero cambió de opinión y se puso de pie.

—No hace falta que me acompañes, tienes mala cara. Descansa y cuídate. —A pesar de sus palabras, se quedó parado frente a él, mirándolo—. ¿Estarás bien?

—A mí no va a dispararme nadie, así que sí.

—No lo vas a dejar pasar —dijo Harrison, incrédulo—. Tú eres así, cuando te da por algo ya no lo sueltas.

—Gracias por pasarte. No era necesario, pero gracias.

Harrison asintió, con la espalda recta en postura militar. No parecía que tuviese prisa por irse, y él sentía que no podía aguantarlo ni un segundo más sin romperse. Tenía los músculos tensos, el pulso acelerado y una punzada en la sien que no lo había abandonado desde la noche anterior. Ya ni siquiera sabía si lo que sentía era enfado, tristeza o puro agotamiento. Solo sabía que mientras Harrison siguiera en esa casa, no iba a poder respirar.

Se dio la vuelta y volvió a su habitación, dejándolo ahí solo. Cerró la puerta con cuidado y se metió en la cama mirando por la ventana. El cielo estaba completamente oscuro, sin luna, y las luces de la calle apenas entraban a través de las cortinas. Estuvo un buen rato mirando al cielo hasta que escuchó cerrarse la puerta de entrada.

Dejó salir el aire y empezó a hacer ejercicios de respiración para calmarse. Contó hasta cuatro al inhalar, contuvo el aire, luego exhaló despacio. Una vez. Y otra. La mandíbula le dolía de tanto apretarla, y el pecho seguía tenso, como si no pudiera llenarse del todo. No hacía falta enfadarse con una cosa tan pequeña. No iba a servir de nada, ya lo sabía. Harrison no volvería hasta Navidad y para entonces todo volvería a ser como siempre. Palabras medidas en la cena navideña, conversaciones incómodas con la familia y esa tensión callada entre todos de la que nadie quería nombrar. Como si cada uno caminara sobre cristales rotos, fingiendo que no sangra.

Se sentía más atrapado que nunca y de nuevo era un adolescente perdido que no tenía ni idea de qué hacer, ni de quién era. Que no sentía nada y anhelaba sentirlo todo, que no sabía dónde estaba parado ni adónde tenía que ir. Cada pregunta que se hacía solo lo alejaba más de cualquier respuesta. Tan perdido en sí mismo que tenía miedo a desaparecer en esa rueda sin sentido que era la vida. Preguntándose una y otra vez si todos los demás se sentían así de

solos y aislados. Si también fingían tenerlo todo bajo control mientras se ahogaban en silencio.

Siguió respirando. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Solo tenía que dejar que pasara el tiempo y todo volvería a la calma rara de siempre. Solo tenía que aguantar un poco más. Como siempre. Como toda su vida.

CAPÍTULO 12

HARRISON

—Harrison —lo llamó Dean desde el otro lado del avión del ejército, alzando ligeramente la voz por encima del ruido constante de los motores.

—Sí —contestó, prestándole atención sin moverse del sitio.

Dean lo evaluó con detenimiento; no le gustó lo que vio, porque frunció el ceño.

—¿Por qué no intentas dormir como los demás? —inquirió, señalando a los otros tres miembros del equipo, que descansaban con los ojos cerrados, apoyados como podían en el fuselaje o sobre sus mochilas.

Un equipo SEAL acostumbraba a estar formado por ocho marines que pasaban más tiempo juntos que con sus familias, algo necesario para conocerse en profundidad y estar sincronizados. Forjar un vínculo real era necesario para estar dispuesto a hacer lo que fuera cuando tuviera que proteger a sus compañeros.

—Queda media hora de vuelo, dormiré al llegar a la base —respondió a su mejor amigo y jefe de equipo, con la voz algo más baja, como si el cansancio le pesara en la garganta.

El ceño de Dean se hizo más profundo, pero no añadió nada más.

Después de una misión que había durado un mes entero, todos estaban deseando volver a Virginia. Salieron por la rampa del avión con sus petates y sus armas, y fueron directos al hangar de su equipo para dejar todo el equipo militar. Después fueron hasta las duchas del barracón, necesitados de agua caliente más que de

cualquier otro cuidado. El polvo, el sudor y el olor a pólvora se les había pegado a la piel como una segunda capa.

—¿A quién le hace una cerveza americana bien fría? —preguntó Scott al salir mientras se secaba en medio del vestuario. En la Marina no había sitio para el pudor: las duchas eran una fila sencilla y el vestuario, una sala cuadrada con taquillas y bancos—. ¿Te apuntas, Harrison? —le preguntó cuando los demás aceptaron.

—Claro —aceptó sin pensarlo demasiado, mientras se abrochaba los vaqueros con movimientos mecánicos.

Dean lo miró extrañado antes de unirse también al plan, aún observándolo con cierta reserva.

Con la base tan cerca, había varios bares a los que los militares solían acudir. Su favorito era un gran local con una barra de varios metros donde tomar buena cerveza, y donde siempre sonaba rock antiguo y *country*. Al fondo del local había mesas y sillas de madera que habían visto tiempos mejores. A la izquierda se podía jugar al billar, y a la derecha había varias dianas de dardos. El ambiente olía a tabaco viejo, cuero desgastado y fritura.

Todos se agolparon en la barra para saludar y hacer su pedido antes de irse a las mesas a beber con otros compañeros de la base. Cuando se tiene un trabajo como el suyo, donde no se puede hablar de nada de lo que haces, estar en medio de otros que hacen exactamente lo mismo era una fuente de consuelo y ayudaba a soportar la exigencia. Eso y el alcohol, sin duda la bebida también era una parte importante.

El ruido, las risas, los brindis, todo era un recordatorio de que seguían vivos y juntos.

Se pasaron bebiendo, así que Dean los cargó en su camioneta y los llevó uno a uno a casa. No tuvo ganas ni de llegar a la cama, se desplomó en el sofá y por fin pudo dormir, con la ropa aún puesta y el cuerpo rendido.

No entraba en servicio hasta las diez porque su vuelo llegó tarde, pero llevaba tanto tiempo en el ejército que su cuerpo estaba acostumbrado a funcionar con apenas cuatro horas de sueño. Así que, cuando se despertó y vio que no había ni amanecido, se quitó la ropa y se fue a la cama. El colchón le supo a gloria. Cuando volvió

en sí, se aseguró de que tenía tiempo suficiente para una ducha antes de salir de casa a por café.

—Eres un santo —le dijo Davis cuando los repartió entre todo el equipo. Cleton cogió el suyo de pasada, tenía tanto aguante al alcohol que estaba fresco como una rosa.

—El mejor —añadió Scott, mientras aprovechaba que bebía para tomarse un analgésico y pasarle su café a JB.

—Dios te bendiga —le agradeció Mark, bostezando.

Dean asintió mientras cogía el suyo.

—Bueno, chicos, ya sabéis lo que toca después de una misión tan larga. Elaboraréis un informe de la misión con el inventario de balas y armas usadas. Escribiréis vuestra declaración oficial y todo esto tiene que estar antes de comer. Después del almuerzo entrenaremos con otro de los equipos SEAL técnicas mixtas —les indicó Dean con tono firme, sin dejar lugar a discusión.

Hubo protestas porque odiaban hacer el papeleo, pero todos se dirigieron a sus puestos para cumplir las órdenes. Era parte del trabajo, aunque lo detestaran, y lo sabían.

Recuperó el móvil de su taquilla; había misiones en las que no tenían permitido llevárselo. Se sintió culpable por no haberlo encendido ayer: podría haber una emergencia en casa, aunque su familia sabía que podía pasar mucho tiempo sin comunicarse y no lo molestaban con nada que no fuera grave.

La pantalla se iluminó mientras los mensajes del chat familiar le llegaban. Entró rápidamente y comprobó por encima los temas que habían hablado la última semana: al parecer había un brote de gripe en la escuela de los niños. Hubo varios partidos de los hijos de Ellie y Sam durante ese mes, la celebración del cumpleaños de su padre y la vuelta de la luna de miel de Terry.

Se carcajeó al ver lo rojo que estaba su hermano pequeño. ¿A quién se le ocurre ir a la playa de luna de miel sin protector solar?

A veces, esos mensajes cotidianos eran todo lo que necesitaba para sentirse conectado a algo más allá del uniforme.

Examinó con cuidado todas las fotos que su madre, Ellie y Sam le enviaron. No había ni rastro de James.

Entró en el chat con su hermano, que también tenía una notificación.

Terry:

Hace semanas que no sabemos de ti. Escribe cuando puedas y cuídate. Rezamos por ti.

Con la culpabilidad espoleándole el pecho, se apresuró a escribir.

Harrison:

Llegué ayer, lo siento. Estaba muy cansado. Todo va bien.

La respuesta le llegó al instante.

Terry:

No sabes lo feliz que acabas de hacerme. Estaba preocupado. Fue un mes sin noticias.

Harrison:

Lo siento, ya sabes cómo es esto.

Miró alrededor para comprobar lo que hacían sus compañeros; estaban cada uno a lo suyo.

Terry:

Lo que importa es que estás bien.

Harrison:

Sí, no te preocupes. ¿Todo bien por casa?

Esta vez, la respuesta tardó más.

Terry:

Yo cuido el fuerte, tranquilo. Cuando vuelvas tienes que venir a nuestra casa, Tara la dejó preciosa.

Hizo una mueca mientras respondía.

Harrison:

Claro, si todo va bien nos veremos en un par de meses.

Miró su mensaje y añadió:

Harrison:

¿Ya está James recuperado?

Esperó la respuesta de Terry, que llegó en segundos.

Terry:

Claro. Cuídate mucho, hermano. Estoy de servicio, pero cuando tengas tiempo hazme una llamada y nos ponemos al día.

Releyó el mensaje varias veces.

Estaba evadiendo la pregunta, era obvio. Se pasó a su conversación con James; el único mensaje que tenía de él en años era donde le pedía disculpas. Un mensaje breve, sin más explicaciones.

Pasó de nuevo al chat de familia para felicitar a su padre por su cumpleaños y a los orgullosos padres por los logros de los niños.

Enseguida el chat se llenó de mensajes de todos. Ver los nombres saltar en pantalla le generó una punzada de ternura y remordimiento. Era la peor parte de su trabajo: saber lo mucho que se preocupaban todos mientras servía. No se podía evitar, pero lamentaba que tuvieran que pasarlo mal por su causa.

Esperó durante un buen rato. No le llegó nada de parte de James.

—Chicos, es la hora de ir al comedor —les ordenó Dean.

Siguió a los demás, que seguían quejándose de los informes. La falta de novedades debía ser algo bueno. Si algo grave pasaba con James, se lo dirían, ¿no?

No, se respondió a sí mismo. Al parecer, nadie consideró importante decirle los problemas de ansiedad de James en el pasado. Y eso que él lo habría entendido mejor que nadie.

Puede que más tarde llamase a Terry, solo por asegurarse de que todo estaba bien.

No lo hizo.

Tuvo dos misiones más en el siguiente mes. La última fue de las malas, de las que, al cerrar los ojos, revives cada uno de los segundos que estuviste ayer.

Las pesadillas eran algo con lo que convivía cualquier soldado desplegado. Veías cosas que nadie debería ver, hacías cosas que solo podías justificar en nombre del deber.

Pasaban exhaustivos controles psicológicos para asegurarse de permanecer estables.

Pero no se puede controlar el cerebro. En algún momento, las cadenas se rompían y volvías de nuevo atrás. Tenía cierta tolerancia a ese tipo de eventos, los años lo habían curtido. Para lo que quizá no estaba preparado era para que la cara de uno de ellos fuera la de James.

Se despertó empapado en sudor, con la imagen mental de ese James que lo miraba sin ver, en un charco de sangre. El colchón bajo su espalda estaba húmedo, pegado a la piel.

Su respiración era un golpe seco contra el silencio de la habitación.

Cogió el móvil a ciegas y marcó su número, esperando mientras el latido de su propio corazón le destrozaba el pecho.

Escuchó cómo la línea se conectaba, pero no le llegó ningún sonido, ni ninguna voz.

Solo un zumbido débil al otro lado, como un eco que no decía nada.

—¿Jamie?

»—Me llamo James. ¿Quién eres y por qué me llamas de madrugada? —su tono enfadado y su forma brusca de contestar le devolvieron el aire de golpe.

Colgó el teléfono y se pasó las manos por la cara. Una pesadilla, racionalmente lo supo, incluso mientras veía su cadáver. James no había volado a Oriente con él, no vivía allí y no había forma de que acabara muerto en el fuego cruzado. Pero solo al escuchar su voz, ese tono familiar, algo áspero, pero inconfundible, supo que de verdad no era cierto.

Su móvil sonó, avisando de una llamada. Frunció el ceño al ver el nombre de James.

»—¿Harrison? —su voz asustada le pilló por sorpresa—. ¿Puedes oírme? ¿Necesitas ayuda?

La pregunta le arañó el estómago. Mierda, no tenía que haber llamado. James no dejaba de imaginar su muerte, vivía con ese miedo pegado a la piel, y vete a saber lo que estaría pasando ahora por su cabeza.

—Lo siento, marqué tu número por error —contestó al escuchar su respiración fuerte, agitada.

»—¿Por error? —repitió James, totalmente despierto. Incluso sin verlo, supo que iba a estallar—. Hijo de puta. Mira la pantalla antes de llamar. Eres marine, ¿sabes todo lo que pensé que te podía pasar?

—No llevo el móvil cuando estoy desplegado, y si necesitara ayuda tampoco te llamaría a ti —le aclaró, con la intención de calmarlo. Las palabras le supieron a plomo en la lengua. No lo consiguió, a juzgar por la forma en que lo escuchó tomar aliento con fuerza.

»—Eres gilipollas. ¡No me llames nunca en general! —le ordenó James antes de colgar.

El silencio volvió de golpe, seco, como una bofetada. Miró el móvil con una pequeña sonrisa. Sin duda, estaba vivo.

Un mensaje iluminó la pantalla. Lo abrió al ver que era de él.

James:

Retiro lo de hijo de puta. Tu madre es la mejor, tú eres imbécil perdido.

Récord de insultos en menos de cinco minutos. No lo escuchaba maldecir tanto desde hacía años. Y, por extraño que sonara, había algo tranquilizador en eso.

Intentó llamarlo de nuevo para darle una explicación. Recibió como única respuesta un emoji de un corte de manga.

No necesitaba más. Por ahora, eso bastaba.

CAPÍTULO 13

La vida se reía de él, no había duda. Solo eso tenía sentido en ese momento.

—¿Lo parezco o no? —increpó a Terry.

Su amigo siguió mirándolo sin parpadear. Tara le rellenó la taza de café y se sentó frente a su nuevo marido. El silencio se volvió denso durante unos segundos, como si nadie supiera por dónde empezar.

—James, no importa lo que nosotros creamos, solo importa lo que tú pienses. ¿Por qué crees que te molesta tanto que la secretaria de tu trabajo te hiciera esa pregunta? —planteó con suavidad, Tara.

Él se cruzó de brazos, mirándola con dureza.

—No lo sé, a lo mejor me cabrea que me llame gay en mi cara.

Terry frunció el ceño, pero dirigió la vista hacia su mujer.

—No lo hizo —le contradijo ella con paciencia—. Ella te preguntó de forma educada si te gustaría salir con su primo. Tú le dijiste que no eras gay, a lo que ella respondió disculpándose varias veces. No hubo burla, ni juicio. Solo una pregunta.

Puso la mano sobre la mesa, dando un pequeño golpe en la madera para dejar salir su frustración.

—No soy gay. ¿Estás diciendo que tengo cara de gay? ¿Tú también lo crees? ¿Tengo que recordarte que me acosté con una de tus amigas antes de tu boda? —espetó, alzando la voz sin darse cuenta.

Tara dejó su propia taza bajo la mesa con brusquedad, haciendo ruido.

—No hay caras de gay, no existen. Hay actitudes que, erróneamente o no, pueden malinterpretarse como homosexuales o afeminadas. Creo que eres un hombre adulto y sexualmente activo, por lo que no habría que descartar que los hombres pudiesen

interesarte, ya que asumo que en tu oficina no hablas de tus compañeras sexuales. Por lo tanto, entiendo que no es descabellado que te pregunten si estás interesado en salir con un hombre o una mujer —explicó despacio, midiendo cada palabra. Su tono era firme, pero sin agresividad.

—Te digo que no soy gay —soltó, esta vez con los dientes apretados. Sentía que no lo escuchaban, como si estuviera atrapado en una discusión donde todo el mundo ya había decidido algo sobre él.

Terry lo observó con cautela.

—James… —intentó intervenir, bajando la voz.

—No lo soy. Tú lo sabes —insistió, con un nudo en el estómago, fijándose en su amigo—. ¿Con cuántas chicas me has visto?

—Muchas —interrumpió Terry, en tono conciliador—. Ella se equivocó, te hizo una pregunta y dijiste que no. No hay nada más que decir. No eres gay. Nadie cree que lo seas, solo te ofrecieron algo y no estás interesado. Como aquella tía en el Honty, te preguntó si querías echar uno rápido en el baño y dijiste que no. Sin más.

Respiró aliviado. Por fin alguien lo entendía. Tomó la taza de café y le dio vueltas, el contenido aún humeaba, intacto. No había tomado ni un sorbo desde que fue a ver a Terry para contarle lo que había pasado en la oficina.

Tara le lanzó una mirada de lástima que volvió a enfadarlo.

—¿Qué? —reaccionó al instante, a la defensiva.

—No pasaría nada si lo fueras. No lo eres —le aseguró, alzando la mano, pidiéndole calma—. Pero no sería el fin del mundo. Muchos hombres adultos descubren que son gais o bisexuales. No le importa a nadie, solo sería cosa tuya.

Dejó salir una carcajada seca.

—Nadie que conozca es gay- —Lo soltó como si eso bastara para dejar el asunto cerrado.

—Yo conozco a mucha gente que sí lo es. Incluso en la comisaría hay un agente gay. Terry lo conoce —respondió ella con firmeza.

Terry le lanzó una mirada cargada de reproche a Tara.

—Lo hay, se llama Henry. Es buen tío —admitió tras una breve pausa. Desvió la mirada al decirlo, como si eso evitara que se notara la incomodidad.

Lo miró con una sonrisa burlona antes de preguntar, aunque no lo necesitaba, ya sabía la respuesta.

—¿Y qué tal se lleva con todos en la comisaría?

Terry apretó los labios.

—Es un buen policía —se limitó a decir. El elogio sonó hueco, carente del respaldo que necesitaba.

Tara miró a su marido, extrañada.

—¿Lo invitáis a los partidos de fin de semana de sóftbol? ¿A las cervezas de los viernes? ¿Va a la parrillada que se hace una vez al mes? —inquirió con rabia—. No, no lo hace. Porque es gay, y nadie va a decirlo en voz alta, pero nunca será uno de vosotros.

Tara siguió mirando a Terry, esperando que lo desmintiera, pero sabía que no lo haría

—No lo será —concedió Terry, ignorando el sonido de protesta de su mujer—. Pero se equivocan. Sabes que aún hay mucha gente de la antigua guardia en la policía. Los jóvenes intentamos arreglarlo, pero no podemos ir contra todos.

Se cruzó de brazos, negando con la cabeza mientras lo miraba.

—¿Cuántas veces hablaste con Henry desde que está en la comisaría? —siguió presionándolo.

La pregunta se quedó flotando en el aire. Nadie quiso romper ese silencio incómodo.

—Muchas —respondió Terry, de manera cortante, sin molestarse en ocultar el tono defensivo.

—Que no sea de trabajo —puntualizó, con una ceja alzada, sabiendo de antemano que no habría hablado con el pobre tipo más allá de lo necesario—. Qué hipócrita eres —añadió en voz baja, apartando la silla con un golpe seco antes de levantarse de la mesa.

Terry se puso de pie enseguida.

—Puede que lo sea, tienes razón —admitió con un suspiro contenido, pasándose la mano por la nuca, incómodo—. Y, aunque suene a excusa, intenté hacerme su amigo, pero no tiene nada que ver conmigo. No es religioso, no le interesan los deportes, no

compartimos opinión política. Es un buen hombre, un buen agente, lo único que pasa con él es que no somos compatibles, y no lo seríamos aunque fuera heterosexual.

—Di lo que te haga dormir mejor por las noches. La realidad es que es un paria, y aunque en tu caso sea porque no tenéis cosas en común, sabes que todos los demás no lo mantienen al margen por eso —replicó sin girarse, alejándose por el pasillo hasta la puerta de entrada con pasos pesados, como si le costara sostener su propia rabia.

—James —lo llamó Terry, alcanzándolo justo cuando giraba el picaporte. Le sujetó del brazo con firmeza, pero sin brusquedad, y lo obligó a enfrentarlo. Había una súplica muda en sus ojos—. No pasa nada, no te vayas así. Quédate a cenar, íbamos a comer chili, preparé unos pocos picantes para ti —añadió, forzando una sonrisa amistosa, la misma que siempre usaba cuando quería que las cosas volvieran a estar bien.

Por un segundo, su rostro se transformó. No era Terry el que le hablaba, sino Harrison, y el gesto amable se le clavó como una astilla en el pecho. A veces veía expresiones en su amigo que lo confundían, que lo herían sin que Terry tuviera idea. Hoy dolía de una forma distinta, más cruel, como si algo se quebrara de nuevo.

—Tengo que irme —respondió en un susurro rasposo, deshaciéndose de su agarre con un movimiento seco. Bajó los escalones sin mirar atrás, con la mandíbula apretada, y se subió al coche con las manos heladas.

Condujo en piloto automático y se quedó sentado en el coche sin saber qué hacer.

Miró a la calle. Estaba oscureciendo y no había mucha gente. Sus ojos fueron a los hombres y mujeres que lo rodeaban. Nunca se fijó demasiado en los cuerpos femeninos, tampoco en los masculinos, no encontraba nada especialmente tentador en ninguno de ellos. Rara vez respondía de forma inmediata a un estímulo visual: pechos, labios, culo, solo eran partes del cuerpo. Funcionaba mejor cuando había manos involucradas, no tanto por lo que tocaba, sino por ver a la otra persona excitarse; era curioso contemplar cómo alguien se

entregaba al placer, aunque él siempre estuviera templado por dentro.

Como si lo observara todo desde una distancia segura, como si su deseo no pudiera surgir sin un reflejo ajeno que lo activara.

Suspiró. Estaba mentalmente agotado. Salió del coche y subió a casa. Saludó con un gruñido a su compañero de casa, que estaba comiendo cereales delante de la televisión.

Se deshizo del traje que lo asfixiaba y se metió a la ducha. Intentó dejar la mente en blanco, pero, de nuevo, volvía a aquel cuatro de julio en el que tenía prohibido pensar.

Harrison fue la excepción. No había pensado nunca en besarlo ni en acercarse de ninguna forma física, era más la idea de lo que él representaba: un vértigo en su cabeza, un cosquilleo en el estómago, una sonrisa cuando pensaba que iba a volver a casa y encontrarlo allí.

Le gustaba esa idea más de lo que admitía, como si ese recuerdo adolescente tuviera una habitación propia dentro de él, con la puerta cerrada, pero siempre presente.

No recordaba mucho de ese primer y único beso. Se había esforzado primero por olvidar y, conforme fue creciendo, se empeñó en tratar de rememorarlo, solo para comprobar si esa lejanía y esa frialdad también lo invadía con Harrison. Suponía que sí, porque si hubiera sido memorable, lo recordaría.

¿Quizá el imbécil de Harrison le creó un trauma y sí que era gay? Puede que, si no lo hubiera tratado tan mal, ahora fuera feliz con un hombre al lado y un caniche al que trataban como a un hijo.

Puede que, en otro universo, con otras palabras y otro final, sí que hubiera funcionado. Pero no era ese. No ahora.

Se dejó caer en la cama. ¿Por qué siempre se sentía tan incómodo cuando pensaba demasiado en sí mismo? ¿Todo el mundo se sentía así de mal cuando pensaba en el futuro? ¿Como si una gigantesca piedra estuviera a punto de caerles encima?

Se giró en la cama, haciéndose un ovillo. Quería dejar de sentirse así, tan ajeno a todo, tan lejos de lo que lo rodeaba.

El silencio de la habitación parecía amplificar ese vacío que llevaba dentro.

Recuperó su móvil y miró las fotos de su nuevo piso. Creyó que al conseguir un lugar para sí mismo la sensación de pertenencia le ayudaría a dejar de zozobrar. No había sido así en absoluto. Estaba igual de perdido y desesperado, con una hipoteca a sus espaldas y una casa deshabitada.

Las paredes vacías parecían recordarle lo poco que encajaba allí, como un extraño en su propia vida.

La sensación de asco le barrió por completo. Era un egoísta, tenía un buen trabajo, su propio apartamento, ¿por qué no se sentía agradecido? ¿Por qué seguía en alerta? Era como si esperase que un cometa viniera y lo destrozara todo. Su vida era tranquila y apacible, su trabajo no estaba mal… ¿Por qué no era suficiente?

Miró al techo poniéndose boca arriba. Era hora de espabilarse, de cambiar lo que tanto lo molestaba, aunque no supiera exactamente qué era. Sabía que debía actuar, aunque la niebla de sus pensamientos lo confundiera. E iba a empezar por el principio: mudarse a su nuevo piso.

Se levantó de un salto de la cama y abrió la puerta de su habitación con fuerza.

Tom se quedó mirándolo sorprendido, con la cuchara a medio camino entre su bol y su boca.

—Voy a mudarme, te aviso con un mes de antelación para que busques un nuevo compañero —anunció.

Tom se metió la cuchara en la boca.

—Paso, puedo pagar el piso yo solo. No encontraré a un compañero que moleste tan poco y ordene tanto.

—Bien, es tu decisión —se limitó a responder.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos con incomodidad.

—Nada más que decir, que tengas buena noche.

—Igual, tío —le dijo Tom, volviendo la vista hacia la televisión.

Cerró la puerta y volvió a la cama. No estaba sorprendido por su falta de reacción. No eran amigos, simplemente era un arreglo conveniente para los dos.

Una convivencia basada en la rutina y el silencio, que ahora llegaba a su fin.

Puso el móvil al lado de su mesilla, asegurándose de tenerlo en sonido por si había una emergencia, y se acostó dispuesto a dormir.

El peso del día aún colgaba sobre sus párpados, pero esperaba que el sueño fuera rápido y profundo.

Mañana empezaba su nueva vida y, esta vez, sería una vida de verdad. Increíble, nueva y apasionante.

Apretó los puños bajo la manta, como si al hacerlo pudiera aferrarse a esa esperanza.

CAPÍTULO 14

La vida era una mierda y él, un gilipollas que se merecía cada desgracia que le pasaba.

—¿Dices que va a costarme seis mil dólares? —le preguntó al electricista, intentando mantener la calma, aunque sentía las sienes latirle de rabia.

El hombre señaló el piso con una mano, moviendo la visera azul que llevaba incrustada en la cabeza.

—Señor, le aseguro que no encontrará una oferta mejor. Hay que cambiar toda la instalación, la que hay es una chapuza, podría haber un cortocircuito en cualquier momento —le explicó con tono resignado, como si ya hubiera tenido esta conversación muchas veces. Le pasó una hoja llena de anotaciones—. Le dejo el presupuesto, solo es válido durante un mes. Usted verá, jefe.

Lo vio marcharse sin moverse del sitio, demasiado sorprendido para replicar.

—Genial. Simplemente genial —murmuró volviendo a mirar la nota, el papel temblando ligeramente entre sus dedos. Probablemente sería más barato si avisaba al manitas que usaban sus padres y hermanos, pero eso supondría contarles que tenía una casa nueva y, en general, tener que hablarles. Y eso era un peaje que no estaba dispuesto a pagar. Así que, de nuevo, al punto de partida: seis mil dólares, por gilipollas.

Suspiró, agotado. Tenía tantas cosas que hacer que sentía que era una montaña demasiado alta para poder llegar a la cima. Una cuesta empinada y resbaladiza, sin fin a la vista. Fue hasta la ventana y sacó su móvil, haciendo una lista. No había comprado muebles en su anterior piso; ya estaba amueblado por Tom cuando llegó, así que apenas tenía cosas que pudiera usar en su nueva casa.

Para amueblar ese piso iba a necesitar mucho dinero. Era necesario hacer una lista de los muebles más urgentes. Una cama, una mesa y una silla. Eso era lo más inmediato, junto con los electrodomésticos de la cocina. Con eso podría tirar, y a partir de ahí ya vería en qué se centraba.

Suspiró mientras miraba alrededor. Cuando vio las fotos del piso le encantaron, pero ahora ya no estaba tan seguro. Las paredes blancas parecían más frías de lo que recordaba. ¿Podría convertir ese lugar en un hogar? ¿De verdad era donde quería pasar el resto de su vida?

Probablemente no, pero ya no podía echarse atrás. Su madre siempre decía que el hogar era cualquier sitio donde estuvieran todos juntos, pero viviría allí solo. ¿Podía ser su propio hogar si vivía solo? La tía Vivian, por el contrario, creía que el hogar de uno eran los recuerdos de la vida que estaban creando, pero él todavía no había hecho mucho. Solo cajas vacías y decisiones sin peso.

Se marchó del piso dándole vueltas al asunto. Esperó hasta las cuatro del día siguiente para ir a casa de sus padres. Ellos tenían rutinas muy marcadas: su padre todavía estaría en el trabajo hasta las seis y su madre tendría día de pilates con tía Vivian.

Usó sus llaves y se detuvo en el salón, recibiendo de golpe el olor a cera y lavanda que siempre lo transportaba a la infancia. La foto familiar ocupaba la chimenea, rodeada de imágenes más pequeñas de distintos eventos. Subió al piso de arriba y pasó por su antigua habitación; hacía dos años que la habían convertido en un cuarto de invitados. La de los mellizos ahora era la habitación donde se quedaban los niños cuando su madre hacía de niñera.

Continuó hasta las escaleras que llevaban al ático. Su madre lo tenía todo ordenado y clasificado en cajas. No fue difícil encontrar, al fondo de todo, las que llevaban su nombre. Ignoró todas las que tenían recuerdos infantiles y fue directo a la caja de premios. En esa sencilla caja de cartón estaba condensada toda su adolescencia. Había decenas de medallas, copas y trofeos de atletismo. Pesaban más de lo que recordaba, como si los años les hubieran sumado algo invisible.

Sonrió con cariño mientras los extendía por el suelo, recordando cómo había conseguido cada uno. Algunos aún tenían restos de la cinta adhesiva con la que los colgaba en su habitación, otros estaban algo oxidados, pero cada uno guardaba una historia concreta. Eligió llevarse el primero de todos, un pequeño trofeo con una figurita dorada de un corredor. Lo ganó con catorce años, y verse en el podio después de esforzarse al máximo fue una sensación indescriptible. Recordaba las zapatillas nuevas que le apretaban los pies, el grito de su madre entre el público, el mareo dulce del esfuerzo bien hecho. El sol de esa tarde todavía le ardía en la memoria, igual que el jadeo en los pulmones al cruzar la línea.

También se llevó el de su última competición. La había corrido dando lo mejor de sí mismo, sabiendo que sería la definitiva y que, cuando se reuniera con los ojeadores, diría que no a las Olimpiadas. Corrió como nunca, voló por la pista. Sus contrincantes no tuvieron ni una sola oportunidad. Estaba decidido a irse por todo lo alto, a demostrarse a sí mismo que se retiraba porque elegir esa vida a tiempo completo no era lo que quería para el futuro. No era miedo, ni cansancio. Era una certeza limpia, sólida, como si cerrar esa etapa fuera lo único claro en medio de tanto ruido.

Sostuvo los dos en las manos y sonrió con cariño. La figura dorada del primero tenía un brazo medio roto y la base rayada, pero seguía siendo su favorito. El último relucía como nuevo, casi intacto, como si hubiera estado esperando este momento. Fueron los dos momentos más felices de su vida. El inicio y el final, uno en cada mano.

Recogió todo, teniendo cuidado en colocarlo bien antes de volver a su apartamento. Esa mañana había traído cajas para empezar a empaquetarlo todo. No había mucho que recoger en la casa porque todo era de su compañero; sus cosas estaban todas en su habitación. Empezó por lo más fácil: su ropa. Estuvo hasta medianoche clasificándola y llenando bolsas con la que no le servía. Los montones de camisetas y pantalones parecían multiplicarse sin fin.

Cuando terminó, se dio una ducha rápida y se fue a dormir después de picar algo. El fin de semana empezaba mañana y quería

avanzar con su mudanza.

Continuó recogiendo durante gran parte del sábado por la mañana y por la tarde hasta que acabó. Miró las dos bolsas de ropa que ya no le servía o no le gustaba y, después de un buen rato, decidió enviar un mensaje.

James:

Tía Vivian, perdona por molestarte tan tarde. Estuve ordenando mi armario y tengo dos bolsas de ropa que ya no necesito. ¿Crees que podrías llevarlas a algún sitio donde pueda usarlas alguien? No quiero tirar nada, está todo en perfecto estado.

Desde niños, sus padres habían participado en todas las colectas de la zona de forma activa. Les enseñaron la importancia de mantener las cosas en buen estado hasta que ya no las necesitaran y en donar solo lo que de verdad pudiese servir a quien lo necesitara. Donar no era deshacerse, era compartir.

Tía Vivian:

Claro, cielo. Yo me encargo. ¿Cuándo puedes traérmelas?

Se mordió los labios mientras pensaba. No quería ir a su casa, sus padres vivían enfrente y no le apetecía un encontronazo para el que no estaba listo. El simple hecho de imaginarse cruzando la acera lo hizo tensarse.

Tía Vivian:

Mañana por la mañana, después de misa no habrá moros en la costa.

Sonrió al leer el mensaje. La tía Vivian siempre parecía adivinarle el pensamiento, como si leyera entre líneas todo lo que él no decía.

James:

Gracias, tía. Allí estaré.

Tía Vivian:

De nada, cielo. Estoy deseando verte.

La sonrisa no se le borró de la cara mientras cerraba las cajas y las bajaba al maletero de su coche. Se preparó un sándwich y, mientras cenaba, se quedó viendo su dormitorio, ahora mucho más despejado. Las paredes desnudas y los estantes vacíos le devolvían una versión de su vida que parecía recién borrada. Tampoco tenía muchas cosas, no las necesitaba. En un día más dejaría todo listo. ¿Debería deprimirle que toda su vida cupiera en seis cajas y dos maletas? Probablemente, pero no se sentía así. Había algo liberador en reducirlo todo a lo esencial, como si por fin pudiera cargar solo con lo que de verdad importaba.

Cansado, pero satisfecho, se fue a dormir.

⁂

No debería ponerle nervioso ir a casa de sus tíos, pero lo cierto es que, mientras esperaba a que le abrieran la puerta, tuvo el deseo, por un segundo, de salir corriendo. El pomo se le enfrió en la mano, como si su cuerpo dudara más que su cabeza.

—Hola, cielo —lo saludó la tía Vivian en cuanto abrió la puerta.

Su voz cálida, tan reconocible como una manta en invierno, le aflojó algo por dentro. Su calidez habitual hizo que los nervios desaparecieran como si nada, y el abrazo en que lo envolvió le dio la paz que necesitaba.

—¿Esa es la ropa para donar? —le preguntó ella al soltarlo.

—Sí. Aquí la tienes —respondió mostrándole las dos bolsas—. ¿Las dejo en la sala?

—No, llévalas a la cocina, luego lo clasifico y lo llevo a la iglesia —le contestó, moviéndose para dejarlo pasar.

Pasó por el salón hasta la cocina y dejó todo cerca de la puerta trasera. La casa olía a café y a madera, y durante un instante breve se sintió como un crío de nuevo, visitando un lugar donde todo estaba en su sitio.

—¿Dónde está el tío Carl? —inquirió, buscándolo con la mirada.

—Le dije que se fuera a dar una vuelta para que estuviésemos solos —confesó ella, sonriendo. El gesto era leve, pero le recordó cuánto lo conocía.

—Estoy bien —le aseguró. Sabía desde el principio que ella usaría la visita para hacerle preguntas.

—Lo sé, es lo que dices cada vez que te pregunto —replicó ella, sentándose a la mesa y haciéndole un gesto para que tomara asiento también—. ¿Te estás tomando la medicación?

—Ya casi no la necesito, salvo si tuve un día estresante.

—¿Es tu opinión o la del médico? —inquirió con astucia, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Te aseguro que fui al médico y también a la psicóloga. Coincidimos en que es un hecho aislado —admitió con sinceridad.

Ella le dedicó una sonrisa orgullosa.

—Bien hecho. Hay que pedir ayuda cuando se necesita —lo felicitó.

—Lo sé, tía Viv. Lo aprendí por las malas.

—Tus padres están muy preocupados —confesó ella tras una breve pausa.

—Tía Viv… —la interrumpió, pero sin fuerza.

—Lo sé, no quieres hablar del tema y lo respeto. Aun así, quiero que sepas que todos nosotros hablamos con tu padre largo y tendido. Está muy arrepentido, devastado. Tú sabes que no es un hombre violento, perdió el control, y eso es terrible, pero puedo asegurarte de que no volverá a pasar.

Negó con la cabeza, dejando salir un suspiro prolongado. Las palabras le dolían en lugares que no sabía que aún le dolían.

—No fue el golpe lo que me hizo daño, fue saber lo que piensa de verdad de mí.

—James… Tu padre tiene sus ideas. Es obvio que cree que tiene razón y que cometiste errores, pero eso no le da derecho a juzgarte con tanta dureza. Él lo sabe. Lo que pasa es que… tenías tanto talento que cree que es un desperdicio.

—No lo fue. Hice lo correcto. Puede que no para él, pero sí lo fue para mí.

—Lo entiendo, cielo. Sé que es así. Los últimos meses antes de retirarte estabas muy estresado y agobiado, todos pudimos verlo. No creo que te equivocaras rechazando algo que te hacía daño —le concedió Vivian.

—Gracias —murmuró, mirando a la mesa para que no viera la emoción en su cara. Sentía los ojos húmedos, pero aún no se atrevía a parpadear. El nudo en la garganta apenas le dejaba tragar saliva.

—Tu padre también lo sabe. En el fondo, lo hace.

—Puede ser, pero estoy cansado de esperar a que algo de lo que hago le parezca bien. He tratado de ganarme su respeto durante años, y esa mañana entendí que nunca iba a pasar.

—Si le das tiempo… —intentó decir ella.

—Se acabaron las oportunidades —dijo con contundencia—. Fui a un par de citas con la psicóloga, para buscar la fuente del ataque de pánico. Quiero a mi padre, tía Vivian. Le quiero de verdad, pero estar con él me hace daño.

—Cielo… —murmuró ella con pena, llevándose una mano al pecho.

—No puedo estar incómodo en cada comida, medir cada palabra… No puedo seguir fingiendo que no me duele. Llevamos años así y puede que no sea lo que él esperaba, pero soy una buena persona, tengo valores, intento no hacer daño a nadie… Creo que me merecía un poco más de amabilidad. Es infantil y ridículo esperar a que un día papá se despierte y se dé cuenta de todo eso.

El silencio se instaló entre ambos durante unos segundos, espeso y denso, solo roto por el leve crujido de la silla al moverse.

Cogió la mano de Vivian sobre la mesa y la apretó entre las suyas. Estaba templada, con la piel fina y marcada por los años, pero firme

y segura.

—Tengo derecho a alejar a las personas que me hacen daño, aunque sean de mi familia —murmuró en voz baja, con los hombros ligeramente encogidos—. Esta relación no me deja respirar. Es tóxica, y lo he permitido durante años.

—James, tu madre se va a morir de pena —respondió con los ojos llenos de lágrimas y la voz cargada de angustia.

—Y yo también. ¿Por qué crees que no quiero verlos? Esto es lo más difícil que he hecho nunca, pero tengo que elegirme. Tengo que poner límites, y papá ya los traspasó todos —añadió, sintiendo el temblor contenido en los labios—. No va a ser muy diferente a como es ahora, ya sabes que no era muy bien recibido.

—Siempre habrá sitio en mi mesa para ti. Eres como un hijo para nosotros —aseguró ella, sin ocultar las lágrimas que ahora recorrían su rostro.

—Lo sé. No voy a desaparecer, tía Vivian. Solo necesito distancia para poder respirar sin miedo, sin sentir que fallo cada vez que abro la boca. Estoy intentando que las cosas sean mejores para mí. Acabo de comprar un piso y lo estoy arreglando. Me mudo a final de mes.

—James… ¿por qué no dijiste nada? —preguntó con la voz quebrada.

Le dedicó una sonrisa triste, y ella le devolvió la mirada con profundo pesar.

—¿Me darás la dirección? —inquirió con delicadeza.

Dejó escapar una risa breve, demasiado parecida a un sollozo.

—Por supuesto. Siempre puedes venir a verme. Todos podéis hacerlo. Solo… guárdame el secreto con papá y mamá. No hace falta mentirles, no quiero eso. Solo no les digas dónde es.

—Vale, cielo. Te lo prometo —contestó ella, tirando de su brazo para atraerlo a un abrazo cálido, apretado.

—Todo irá bien —susurró al oído, devolviéndole el gesto con fuerza, como si necesitara asegurárselo a sí mismo también.

Ella le agarró la cara con cariño, mirándole con los ojos rebosando lágrimas.

—Estoy muy orgullosa de ti. De que siempre luches por lo que crees, de que elijas tu camino, aunque sea diferente. No dudes

jamás de que te amamos, aunque a veces duela, aunque parezca que no es así. Siempre estaremos aquí. Nuestras puertas estarán abiertas para ti.

Se puso de pie y la sostuvo en otro gran abrazo, porque no supo qué más decir, y tampoco hacía falta.

Cuando volvió a su piso, se metió directamente en la cama, aunque todavía era de día, y se esforzó por dormir para olvidarse de todo. Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera empujar los pensamientos lejos.

Cuando despertó ya era de noche. Le dolían las sienes y se sentía agotado, mental y físicamente. Se obligó a levantarse, fue a la cocina y se tomó una pastilla antes de volver a la habitación. Quería dormir un poco más, pero antes de hacerlo, abrió el móvil casi sin pensarlo y descargó Grindr.

Si iba a hacer un nuevo camino, tal vez necesitaba asegurarse antes de qué rutas estaban realmente cerradas, y cuáles merecían volver a explorarse.

CAPÍTULO 15

HARRISON

—Harrison, ¿quieres usar las pesas? —le planteó Dean, acercándose con el ceño ligeramente fruncido, como si llevara rato dándole vueltas al momento oportuno para intervenir.

—No, ya me voy a la ducha —respondió sin darle importancia, sin apenas mirarlo.

—¿Va todo bien? Estás muy raro desde la hora de la comida.

Lo miró, pero se mantuvo en silencio, reticente a hablar. No tenía ganas de poner en palabras lo que ni él mismo acababa de entender del todo.

—Hermano, ¿qué pasa? —insistió Dean, bajando la voz mientras se dejaba caer a su lado en el banco—. ¿Tus padres están bien?

—Todos están bien —resolvió, desviando la vista hacia la ventana, por la que los nuevos cadetes corrían—. Físicamente.

Notó la mirada de Dean sobre él, así que no le quedó más remedio que enfrentarlo. Tragó saliva. Le pesaba hablar, pero le pesaba más callarse.

—Hubo una discusión de la familia antes de la boda de mi hermano y creía que todo iba mejor, pero parece que se está descontrolando.

—Las bodas son estresantes —opinó sin dudar Dean—. Y es difícil ayudar estando tan lejos. Estoy seguro de que tu hermano y tu cuñada lo solucionarán.

—No fueron los novios los que tuvieron un problema —admitió al fin, dejando escapar un suspiro. Notaba la tensión en los hombros desde hacía días.

Dean asintió, como si estuviera entendiéndolo todo a pesar de no decirle nada.

—¿Me lo cuentas con una cerveza? —propuso con una sonrisa ladeada, intentando aliviar la tensión.

—Vamos a necesitar unas cuantas —le advirtió con franqueza. Estaba lo suficientemente preocupado como para hablarlo con Dean. Sabía que podía confiarle lo que fuera.

—Afirmativo, yo invito —resolvió su amigo, dándole una palmada en el hombro.

Fueron a las duchas y directos a su bar de confianza. Dos horas después, y cuatro cervezas más tarde, Dean soltó un largo suspiro.

—¿Crees que sea una crisis? —aventuró finalmente, jugueteando con el borde del vaso vacío.

—¿A los veinticinco? Le quedan otros quince para entrar en esos problemas —bromeó con una sonrisa cansada—. Parece que la situación se salió de control en tu casa. No estuvo bien que su padre le pegara. No importa cómo de fuerte fue, no es forma de tratar a un hijo. Y te lo dice alguien que llevó muchas palizas de su viejo. La violencia nunca trae nada bueno.

—Eso por descontado. Hablé con el tío Carl, le dejé claro la gravedad de lo que había hecho y lo mal que estaba. Mi padre y sus hijos también, todos estamos muy decepcionados.

—Los ataques de pánico no son una broma. El que los padece siente que muere, y realmente pueden ponerse en un serio peligro. Pudo atropellarlo un coche al salir corriendo sin rumbo, probablemente ni veía por dónde iba —reflexionó con gesto sombrío, apoyando los codos en la mesa.

—Ya lo sé —murmuró, notando cómo se le helaba la piel. Tenía grabada en la retina su cara cuando lo encontró tirado, su respiración entrecortada, su rostro contraído de dolor mientras se sostenía el pecho de camino al hospital. Fue horrible. Solo de pensarlo, le volvió el nudo al estómago.

—Sois gente de familia. Literalmente sois el ejemplo de una familia americana. ¿Crees que de verdad le cierre las puertas de su vida a su padre?

—Hace unos meses te diría que eso es imposible. Ahora no estoy seguro. ¿Cómo puede cambiar tanto alguien de la mañana a la noche?

Dean le dedicó la misma mirada escéptica que cuando le dijo que podía aguantar más en el agua helada después de una hora sumergido.

—Te fuiste cuando el chico tenía… ¿qué? ¿Dieciséis años? —le recordó con el ceño alzado.

—Cumplía diecisiete ese año —contestó por inercia, bajando la mirada. Le costaba asumir cuánto tiempo había pasado realmente.

—Tiene veinticinco. Han pasado nueve años, no lo llamaría del día a la noche. Era un crío, ahora es un hombre adulto. No puedes esperar a que siga igual. Nos perdemos muchas cosas en este trabajo. Nosotros estamos… no lo sé, congelados. Los demás siguen avanzando. Somos nosotros los que no nos movemos, Harrison.

—No lo estamos. Nuestro trabajo es así, estamos cuando podemos —afirmó con firmeza, apretando la mandíbula. Aunque por dentro no estaba tan seguro.

—Pero no es suficiente. La vida militar ya es dura. La de un SEAL es una locura. A veces pasamos semanas sin poder llamar a casa. Nos lo perdemos todo: Navidades, cumpleaños, graduaciones… Nos aislamos. Y un día, cuando todo termine, descubriremos que estamos solos porque todos los demás nos dejaron atrás —añadió con seriedad, esta vez sin dejar lugar a réplica.

—Yo nunca voy a abandonarte. Somos hermanos —le garantizó sin titubeos.

Dean le dedicó una sonrisa agradecida.

—Lo sé. Hablo de nuestro entorno. En mi caso, solo tengo a mi hermana pequeña y a mi sobrino. No hay un solo día en que no los extrañe. Quiero ser el padre que mi sobrino necesita, el hombre del que aprenda cómo debe ser. No puedo hacer eso desde Virginia.

Miró a Dean paralizado. Sabía cuánto significaba su hermana para él, y que una gran parte de su sueldo iba destinado a ayudarla desde que se quedó embarazada y el padre del niño desapareciera. Sentía una punzada de respeto cada vez que lo pensaba. Y también cierta culpa.

—¿Estás hablando de retirarte? —susurró con cautela, sin atreverse del todo a procesar lo que implicaba aquella posibilidad.

Dean volvió a sonreír.

—Llevo pensándolo mucho el último año, sí.

—¿Y no me dijiste nada? —reclamó, visiblemente dolido.

—Todavía lo estoy procesando, tomando una decisión, y no quería que tu opinión me influyera —admitió con calma Dean.

—No voy a hacer eso, apoyaré cualquier decisión que tomes, aunque esto no será lo mismo sin ti —aseguró, con un tono que se le escapó más bajo de lo que pretendía.

Dean rio a carcajadas y bebió un largo trago de su cerveza.

—Ese tipo de comentarios son los que no necesito —aclaró con un gesto divertido—. Aunque todos nos fuéramos mañana, otros tomarían nuestro puesto. Por suerte, todavía quedan muchos hombres y mujeres que quieren defender la libertad. Me apunté a la marina con ganas de pertenecer a algo más grande que yo, estaba muy perdido y me ayudaron a encontrarme, a poner orden en mi cabeza.

—Eres el mejor SEAL que he conocido, el mejor jefe de equipo que nadie pueda desear —reconoció con sinceridad, mirando el botellín entre las manos.

Dean asintió y le ofreció su botellín para un brindis.

—Quería luchar por mi país y lo hice. Hemos eliminado a gente tan horrible que tengo la seguridad de que dejo el mundo mejor que cuando llegué a él —continuó con la voz serena.

—Siempre habrá alguien más tratando de hacer daño —recordó enseguida, como si no quisiera dejarlo ir del todo.

—Cierto, pero yo solo tengo una vida, Harrison. Y creo que me merezco disfrutar de un futuro. Vivir con mi hermana y mi sobrino, poder llevar al peque al colegio, un trabajo de ocho horas y dormir toda la noche sin pausas. Siento que me estoy perdiendo cosas que no podré recuperar. No quiero ser un tío loco que solo habla de sus tiempos de gloria y sus medallas. Quiero álbumes llenos de fotografías, ver pasar el tiempo y, no sé… puede que adopte un perro.

Se rio, pero le salió una risa nerviosa.

—No me crees —dedujo con un leve encogimiento de hombros.

—Sí lo hago, eso es lo peor. Se te nota en la voz que de verdad quieres eso. Vas a abandonarnos —murmuró, bajando la vista hacia la mesa.

—No, tío. Mi familia me necesita. Vosotros siempre seréis mis hermanos de lucha, voy a estar para vosotros con lo que necesitéis, pero ellos me necesitan más. Protegí a mi país durante años, ahora quiero protegerlos solo a ellos.

—Mierda —masculló mientras hacía un gesto a la camarera para que les trajera otra ronda—. Quiero enfadarme contigo, pero te respeto. No hay nada que me parezca más respetable que cuidar de los tuyos. ¿Ya sabes en qué podrías trabajar? A muchos SEAL les cuesta adaptarse a la vida civil.

Dean le dio una palmada en el hombro, como gesto de agradecimiento.

—Hay un SEAL que creó una empresa de seguridad en casa. Fue mi instructor cuando entré aquí. Es un buen tío y cuida de los nuestros. Hay vacantes en edificios para seguridad o para guardaespaldas —explicó sin rodeos.

—Lo tienes todo pensado —se lamentó, dejándose caer un poco más en la silla—. ¿Y por qué sigues aquí?

—Por ti y por los chicos. ¿Por qué iba a ser si no? —respondió con una mezcla de cariño y resignación, poniendo los ojos en blanco—. Entré al ejército cuando todavía no tenía ni barba. El cambio da miedo y, aunque sé que será para bien, sois mi familia. Tampoco quiero dejaros.

No le avergonzó que se le humedecieran los ojos, pero bajó la cabeza a la mesa con pudor. Como soldados estaban acostumbrados a mostrar solo fortaleza, reconocer sus propios miedos era un terreno nuevo, incómodo.

—¿Tú nunca piensas en dejarlo? ¿No echas de menos a tu familia? —quiso saber Dean, sin presión, con un tono casi fraternal.

—No, no de esa forma. Ahora que hay problemas me gustaría estar allí y hablar con James y saber qué está pasando y cómo ayudarlo. Pero supongo que los doy por sentado. Siempre están enviándome cosas de lo que hacen y haciéndome partícipe. Hay días

duros, pero el chat de familia hace que siga conectado con ellos —confesó, alzando por fin la vista.

Dean asintió despacio, pensando en su respuesta. El silencio se llenó de una complicidad tranquila, como si los dos entendieran que, a veces, lo más importante no es decidir, sino tener con quién hablarlo.

—No deberías hacer eso. Tus padres se hacen mayores, tus mejores amigos ya tienen hijos que te llaman tío, tu hermano está a punto de tenerlos. ¿De verdad no te gustaría participar en eso? ¿Verlos crecer? ¿Ser el tío guay que les compre cosas a escondidas de sus padres? —trató de tentarlo, con una sonrisa ladeada y un leve brillo en los ojos.

—La verdad no. Me basta con saber que están bien, supongo que en el fondo tampoco lo pienso mucho, si empiezas a plantearte esas cosas... —murmuró.

—Acabas fuera —terminó Dean—. Ya no somos unos niños, hemos vivido una gran parte de nuestra vida aquí. Creo que es mi hora de pasar a otra cosa, puede que me arrepienta y, si lo hago, siempre puedo volver como instructor. Pero los días de lluvia me molesta la cicatriz del brazo y sé que a ti te molesta la cadera, por mucho que digas que no.

—Estoy bien —lo interrumpió con brusquedad, apartando la vista.

Dean rio a carcajadas.

—Vale, yo seré el cobarde que se vaya antes —aceptó, alzando ambas manos como en rendición.

—No eres un cobarde, eso nunca —replicó sin dudarlo, con una firmeza que no dejaba espacio para réplica. No conocía a un marine más valiente que el hombre que tenía enfrente.

Dean lo miró a los ojos.

—Si cambias de opinión en algún momento, también habría trabajo para ti.

—Está bien saberlo —aceptó—. ¿Ya hablaste con un superior sobre irte?

—No, nunca haría algo así sin hablar primero contigo y los chicos —le prometió—. Aunque creo que algunos también podrían estarlo pensando.

—¿Qué? ¿Quién? —quiso saber, inclinándose hacia él, alerta.

—Mark y Walss. Mark sigue discutiendo con sus hermanas cada día y su cabeza está más allí que aquí. En cuanto a Walss … creo que está quemado y que no lo deja por nosotros. Está teniendo muchos problemas para dormir y se está pasando con el alcohol. Nuestra última gran misión le está pasando factura. He tratado de hablar con él, pero creo que le da miedo desmoronarse y se lo está guardando —le contó Dean en voz baja.

—Me di cuenta. Davis y yo estamos pendientes, pero es muy terco —contestó, frunciendo el ceño, visiblemente preocupado por su amigo.

—Veremos lo que pasa. Es común que cuando alguien se va de un equipo SEAL parte del equipo se vaya. Es otra de las razones por las que no dije nada, pero el tiempo pasa y tengo que elegir mi camino. ¿Crees que los chicos lo entiendan? —preguntó Dean con preocupación.

—Les sentará mal, pero es imposible no entenderlo. Explícales lo mismo que me dijiste a mí. Todos sabemos que tu hermana y tú estáis solos. Nadie te castigará por darle prioridad a la familia. Y si se ponen tontos, déjamelo a mí —le ofreció, levantando el botellín hacia su amigo—. El único día fácil fue ayer.

Dean sonrió, chocando su botella.

—El único día fácil fue ayer —lo secundó.

Los dos bebieron bajo ese lema que había guiado sus vidas desde el primer día, y deseó con todas sus fuerzas que, aunque Dean se fuera, no dejara de ser su brújula.

CAPÍTULO 16

HARRISON

Miró la pantalla. Llevaba veinte minutos con un número de James delante sin hacer nada.

La llamada de su madre no se le iba de la cabeza; necesitaba saber qué le pasaba. Si se centraba en James, quizá lograra distraerse un poco, no pensaría en lo mucho que iba a cambiar su vida. La habitación estaba en penumbra, y el resplandor frío del móvil le teñía la cara de azul. Suspiró con resignación, dándose por vencido.

Harrison:

¿Podemos hablar?

James leyó su mensaje, pero no hubo ninguna respuesta. Terco hasta el final, pensó con una mezcla de irritación y tristeza. El doble *check* azul se le clavó en los ojos.

Harrison:

Llamé hoy a mamá, después de que te fueras de su casa. Está preocupada y yo también. ¿Le contaste a tus hermanos lo que vas a hacer?

Pasaron dos minutos agónicos sin respuesta, aunque el mensaje ya estaba leído. La pantalla se iluminó mostrando una llamada entrante.

Descolgó, pero no escuchó que hablara. Solo le llegó el sonido de una respiración suave y regular, tan estable que parecía ensayada.

»—Siento haber preocupado a tu madre. No era mi intención —acabó reconociendo James con voz apagada—. Respeto y quiero mucho a tus padres. Creí que, si sabían lo que pasaba, ayudaría a romper ese limbo en el que estamos todos desde la boda. Hablaré con ella y el tío Richard mañana y me disculparé.

—No te escribí para eso. Mamá está preocupada porque se rompa la familia, pero está más preocupada por ti, y francamente yo también lo estoy. ¿De verdad no crees que puedas perdonar a tu padre? —interrogó con suavidad, temiendo que un tono más firme bastara para que lo mandara a paseo.

Un largo suspiro ocupó la línea.

»—Ya lo perdoné. Se le fue la cabeza, lo pillo, no es ese el problema. Se lo dije a tu madre, me hace daño estar en contacto con él. Voy por un campo de minas cada vez que coincidimos. Así no es la relación entre un hijo y su padre. No fue así hasta que empecé a tomar mis propias decisiones, y creo que es muy injusto —expuso.

—Estoy de tu parte, James. Todos lo entendemos. Solo que la familia es lo más importante y…

»—¿Qué sabrás tú de familia? Estás a kilómetros de nosotros. Te lo dije, no sabes nada de mí ni de lo que pasé todos estos años. No intentes entender algo que no viviste —le espetó, sin contener la rabia.

—Tienes razón. No puedo saberlo. Cuéntamelo —pidió, sentándose en la cama y encendiendo la lamparita.

»—Vete a la mierda —saltó James, furioso—. No se puede vivir en el pasado. No voy a quedarme en lo que pasó ni en lo que pudo ser. La situación es la que es y tengo derecho a alejarme si me hace daño.

—No digo que no tengas derecho a hacerlo. James, ¿por qué eres así? Estoy preocupado por ti, todos lo estamos, y solo quiero

entender qué está pasando —reclamó frustrado, incapaz de seguir midiéndose.

»—¡No lo sé! ¿Vale? No sé por qué demonios soy así. ¿Para qué me llamas? No voy a dejar de hacer lo que sea que estoy haciendo. Necesito tener el control de algo en mi vida, maldita sea. Déjame tranquilo, Harrison. Tú eres lo último que necesito ahora.

Se quedó con el móvil en la oreja, demasiado sorprendido para hacer nada. Lo dejó en la mesilla mientras repasaba en su cabeza una y otra vez la conversación, con la mandíbula apretada y los ojos ardiendo de cansancio, sintiendo una presión sorda en el pecho, sin saber si era ansiedad o rabia contenida. Había algo irremediable en todo aquello, aunque no supiera ponerle nombre.

Se quedó mirando al techo, inmóvil, con la mente en blanco. Ni siquiera sabía si esperaba una respuesta o si solo necesitaba que el silencio acabara.

Recibió un mensaje de James casi una hora después, cuando ya se había dado por vencido en su intento de conciliar el sueño. Se incorporó apenas para coger el móvil de nuevo. Volvió a tumbarse sin mirar la hora, con la pantalla brillando en medio de la oscuridad.

James:

Lo siento. No quería desahogarme contigo, no es justo. La verdad es que no tengo respuestas. Solo sé que no estoy bien, que necesito algo que no acabo de entender, y lo que tengo ahora no me sirve. ¿Tiene eso sentido?

Harrison:

No tiene que tener sentido para nadie, solo para ti. Siento no ser de ayuda. No quiero agobiarte, solo quiero ayudar, Jamie.

James:

Lo sé. Lo siento. Quizá solo necesito unas vacaciones, tirarme en algún sitio con piñas coladas.

Harrison:

No me van las piñas, pero en Virginia hay buena cerveza.

James:

Paso de volver a la casa de Rambo.

Su carcajada estalló en la habitación. El sonido fue breve, seco, más parecido a una liberación que a una risa real.

Harrison:

Rambo no existió y, aunque lo hubiera hecho, no tiene material para ser un SEAL.

James:

Lo que tú digas. Costa Rica suena a un buen lugar para ahogar las penas. Playas cristalinas y mojitos.

Harrison:

También hay de eso en Virginia.

Se quedó mirando la pantalla, contando el tiempo que James tardaba en responder. El brillo intermitente del móvil le hacía parpadear.

Movió el pulgar sobre la funda sin darse cuenta, repasando la costura del borde como si eso pudiera acelerar una respuesta.

James:

Tú ni siquiera estás en Virginia todo el tiempo.

No era un no, y los dos lo sabían.

Harrison:

Eso es verdad, pero estamos en reentrenamiento durante las próximas dos semanas. Salvo que pase algo grave, no debería irme. Tienes casa gratis y todo lo que puedas comer y beber.

James:

No creo que sea una buena idea.

Frunció el ceño, pensando en qué decirle. Lo mataba no poder ir a casa y averiguar por sí mismo lo que pasaba.

Tenía la sensación de estar caminando a tientas, sin mapa, sin pistas. La conversación se le escurría entre los dedos, y no encontraba forma de retenerlo.

Harrison:

No es bueno estar solo en un momento así, y soy marine: se me da bien seguir órdenes y estar callado.

Pasaron más de diez minutos antes de que respondiera. El móvil seguía en su mano, caliente por el uso. La luz de la pantalla, cada vez más tenue, iluminaba su rostro sin revelar nada.

James:

Tengo mucho jaleo con mi nuevo piso, pero gracias por el ofrecimiento. Mantente a salvo.

La decepción lo tomó por sorpresa. Sabía que era improbable, pero hubiera cruzado medio país solo por verle la cara un instante, por encontrar alguna grieta en su expresión que le permitiera entenderlo. Cuando James era un adolescente, era fácil saber qué pensaba; todo estaba en esos ojos grises, claros, inestables, vulnerables. Hacía años que se habían convertido en pozos de agua turbia.

No se trataba de que James hubiera aprendido a callar, sino de que había dejado de confiar en que alguien quisiera escucharle.

La última vez que pudo saber lo que sentía fue aquel maldito cuatro de julio. Su deseo fue tan transparente y genuino que no pudo hacer otra cosa que alejarlo. ¿Cómo se suponía que debía haber reaccionado? Tenía veintidós años, una carrera militar por delante y una familia que lo miraba con lupa. Desde luego, si pudiera volver atrás, no lo haría de la misma forma.

Había algo desesperado en aquella noche, algo que no entendió hasta mucho después.

Lo habría alejado, sí, pero le habría hecho entender que estaba confundido y que eran cosas de la edad. Puede que así no le hiciera daño ni lo apartara de él, porque esa fue la peor parte. No el susto de esos dos besos que lo dejaron sin dormir durante semanas. No el tono descarnado con el que le rogó que no volviera a la Marina. Fueron sus ojos, suplicantes, el temblor en la voz, y el instante en que perdieron su brillo.

Aquella mirada se le quedó grabada más que cualquier palabra. Había algo definitivo en ella, como si algo se rompiera sin hacer ruido.

Eso lo tuvo mucho tiempo en vela, y todavía hoy volvía a ese momento que había revivido en su mente mil veces, una y otra vez con finales distintos, probando respuestas que nunca pronunció, preguntándose en qué punto exacto le falló de verdad.

Nunca llegaba a una conclusión clara, pero siempre acababa con la misma sensación: que había hecho daño a quien menos lo merecía.

No estaba mal. Era una construcción pequeña, de seis plantas, bien cuidado por fuera a pesar de los años que tenía el edificio.

Sacó su petate del taxi y pagó al hombre, que salió pitando. Observó la calle con curiosidad. Era una zona tranquila, con negocios pequeños y familiares. A James le pegaba vivir en un sitio así. Además, la localización tuvo que ser un añadido, ya que estaba al otro lado de la ciudad de donde vivían sus familias.

Rodeó el edificio sin prisa, repasando mentalmente el entorno. No buscaba nada concreto, pero el cuerpo seguía funcionando solo. Contó las salidas, comprobó que no hubiera vehículos bloqueando los accesos y memorizó la posición. No había bares ni discotecas, nada que indicara vida nocturna, lo que garantizaba que pudiera descansar de noche y no fuera una zona insegura. También había un parque que podía verse desde la parte de atrás; era tan grande que estaba seguro de que James lo usaría para correr. Había elegido un buen lugar para vivir.

Cuando volvió al frente, un repartidor salía. Aprovechó para colarse y subió al sexto piso. Solo había dos pisos por planta y su madre no le dijo la letra del piso. Miró con atención las dos puertas. Una parecía muy usada, la otra era nueva. Probó con la segunda, entendiendo que James habría cambiado la cerradura.

—Enseguida vuelvo —escuchó decir a James, que se quedó petrificado al mirarlo.

Se miraron mutuamente sin decir nada. Ninguno de los dos dio un paso. Solo el ruido del ascensor alejándose marcó el momento. Bajó la vista un instante, sin saber por qué. Un gesto automático.

—¿Te parece bien que les diga que vengan la semana que viene, James? Oh, hola —saludó la mujer. Ella tendría unos treinta años, elegantemente peinada y con un discreto maquillaje que no desmereciera su traje de chaqueta y falda—. ¿Eres el contratista?

James pareció despertar en ese momento, dando un respingo.

—No, él no es contratista. Él es mi... es… —Se quedó mirándolo de frente, sin moverse, como si fuera la primera vez que lo veía en su vida. La frase se le rompió en la garganta antes de terminar.

Dio un paso entrando al piso y le ofreció la mano.

—Soy Harrison, es un placer —la saludó, mientras miraba el piso casi vacío. Solo había un sofá, una mesa de café y una televisión anclada a la pared. Sin alfombras ni adornos, a esa habitación le quedaba mucho por hacer.

El eco al cerrar la puerta fue lo primero que le llamó la atención. El espacio parecía aún en tránsito, sin ocupar del todo. Un lugar de paso disfrazado de hogar.

—Berry Laubel. Perdona la confusión. Estamos esperando al contratista para revisar las ventanas. Ese hombre no entiende de horarios. —Se dio la vuelta y, con actitud profesional, se puso a llamar por teléfono.

James seguía agarrado a la puerta.

—Me gusta el edificio. Te pega —comentó, dejando el petate contra la pared.

—Gracias, supongo. ¿Cuándo dijiste que venías? Porque no vi nada en el chat familiar —dijo James, cerrando la puerta.

—No lo viste porque no lo dije. Nadie sabe que estoy aquí —puntualizó, asomándose para mirar la cocina. Los muebles parecían antiguos, pero los electrodomésticos eran nuevos.

Abrió un armario al azar, lo encontró vacío y lo cerró sin hacer ruido. Ni un vaso, ni un plato. Ni una taza de café olvidada.

—¿Es una sorpresa para tus padres? —preguntó James, obviamente confundido.

—No. Solo tengo dos días, por eso no dije que venía —explicó, caminando por el corto pasillo. La primera puerta era un despacho, amueblado con una sencilla mesa, una silla y dos estanterías. Había un portátil cerrado y una libreta con notas escritas a lápiz. Unas gafas dobladas sobre la mesa, sin funda. Nada más.

No había fotos. Ni un calendario. Ni una marca en la pared.

El baño era sencillo, pero la ducha era doble y entraba bastante luz por la ventana.

La última puerta era la habitación de James. Solo había un armario, dos mesillas y una cama. De nuevo sin adornos. El edredón todavía en su funda, sin deshacer. Nada en el suelo. Ni ropa, ni maletas.

Volvió a la sala en silencio, donde James seguía mirándolo como si fuera una aparición. No se había movido ni un centímetro. Lo observaba sin pestañear, como si estuviera esperando que algo explotara.

—¿No te mudaste un poco pronto? —preguntó, señalando alrededor.

—No, está bien desde que cambié las tuberías. Me ahorro el dinero de alquiler —le contestó mirándolo fijamente—. ¿Mis hermanos tampoco saben que estás aquí?

—Solo Dean sabe que vine —contestó, acercándose a la ventana. Había buenas vistas de la calle principal y las ventanas eran grandes. Era un lugar agradable.

—¿Dean? —repitió James—. ¿Tu compañero de equipo?

—Sí, técnicamente es mi jefe. Tiene que saber a dónde voy.

—Vale —murmuró James, confundido—. ¿Y por qué estás aquí?

—Quería ver que todo estuviera bien por aquí. Dicen que hay buenos mojitos en la ciudad —le dijo, dándose la vuelta para mirarlo.

James sonrió mientras negaba con la cabeza. Se llevó la mano a la nuca un segundo, sin saber qué hacer con ella después.

—Tu hermano va a enfadarse si sabe que estás en la ciudad y no fuiste a su nueva casa —le advirtió.

—No se lo digas. Tengo vacaciones oficiales en un mes. Ahora solo tengo dos días. Si se enteran, perderé todo el tiempo en comidas y cenas interminables. Vengo a ayudar —le aseguró—. Cargar cosas, pintar paredes, lo que necesites. Incluso reservé habitación en un hotel cerca de aquí para no perder tiempo.

Los ojos de James se abrieron al máximo, con una mezcla de sorpresa y pánico apenas contenida.

—Pues siento decirte que eso ya está hecho. El seguro que contraté con la hipoteca se hizo cargo de los desperfectos y lo dejaron todo listo. Estoy en la fase de los retoques.

—Muy bien. Puedo hacer eso —aceptó.

James asintió sin mirarlo, cruzando los brazos, luego los bajó, como si no supiera dónde colocarse. Daba pasos cortos, sin alejarse, pero sin quedarse quieto.

Antes de que pudiera decir nada, un hombre de mediana edad entró, presentándose como el contratista. Escuchó a medias mientras volvía a registrar el apartamento, tomando nota de las cosas que podía necesitar.

Las paredes aún olían a yeso. La mesa estaba sin montar. Faltaban algunas pequeñas reparaciones que serían fáciles de hacer.

Se alegraba de haber conseguido el permiso para volar a casa. Pero no había previsto aquello: tener delante a alguien que no sabía si lo quería dentro o fuera de su vida.

CAPÍTULO 17

Agradeció que la agente inmobiliaria que trabajaba para el amigo de Tara estuviera allí, porque no tenía ni idea de lo que había dicho sobre las ventanas.

No podía dejar de mirar al que tenía delante. Había aparecido en su puerta sin ningún aviso, con botas militares negras, pantalones vaqueros azules, camiseta blanca y gafas de sol. No había dejado de dar vueltas por su apartamento, supervisando personalmente cada ventana con el contratista para ver si cerraban correctamente. Sus neuras de seguridad le venían de fábrica.

Era incómodo. Invasivo. Y no sabía cómo mandarlo a paseo sin parecer un crío.

Se pasó una mano por la ceja, como si pudiera despejarse algo del rostro.

El silencio se hizo incómodo cuando se quedaron solos. Él estaba en la cocina, abriendo los muebles y comprobando el interior, aunque por experiencia sabía que no había mucho que ver porque estaban vacíos.

—No tuve tiempo a ir a la compra. Es mi primera noche aquí —soltó, justificándose aunque no tenía por qué hacerlo. Fue él quien vino sin avisar, no al revés.

—Hay una tienda al final de la calle, podemos ir ahora si quieres. ¿Todo funciona? —intervino sin dejar de curiosear.

—Sí. La cocina la reformaré cuando termine lo demás. Los muebles están bien, solo un poco pasados —respondió, desconcertado. No podía dejar de preguntarse qué hacía allí. Hasta donde él sabía, nunca había vuelto a la ciudad sin avisar, pero también era posible que lo hubiera hecho antes y no se hubiera enterado.

—Eso tiene fácil solución. Podrías pintarlos y cambiar los tiradores —sugirió con naturalidad.

—¿Me estás dando consejos de decoración? —replicó, dejando salir una risita nerviosa.

Se dio la vuelta para mirarlo.

—Bueno, no he estado en muchas mudanzas. Nosotros tenemos lo justo para que nos quepa en nuestro petate, pero creo que es lo que se hace. ¿No? —añadió, mirándolo con sinceridad.

—Supongo... —murmuró, dejando salir el aire. No conseguía concebir que estuviera allí, hablando de pintura y pomos—. Mi coche está abajo. Podemos ir a comprar —acabó por ceder. Por lo menos podría tomar el aire, en vez de seguir ahí encerrado con él, donde las paredes parecían acercarse por momentos.

No sabía qué hacer con las manos. Las apoyó en la encimera, luego se cruzó de brazos, luego los dejó caer.

—Me parece bien. ¿Puedo dejar mis cosas aquí? —planteó Harrison, señalando su mochila.

—Sí. O, si lo prefieres, puedo dejarte en el hotel. —Pidió al cielo que eligiera el hotel, pero por supuesto la misericordia del destino nunca era para él.

—No, estoy bien. Vamos.

Salieron al rellano y no se movió hasta que cerró la puerta.

—Tienes que comprar una alarma —comentó con tono tranquilo.

—No me hace falta. Soy hijo de policía. Si alguien entra en mi casa puede rezar a Dios —soltó, más malhumorado de lo que pretendía, subiéndose al ascensor con él.

El tono había salido seco. Casi borde. No lo corrigió.

Harrison sonrió y asintió con la cabeza.

—Cierto, pero nunca viene mal si vas a vivir solo. ¿Trajiste tus pastillas? No las vi en la cocina —añadió sin mirarlo, apoyado en la otra pared del ascensor.

No era un lugar pequeño. El sofá de su casa había cabido dentro. Pero con él allí, todo parecía más estrecho, como si el ascensor se hubiera encogido unos centímetros.

Se apoyó de lado, manteniendo la vista en los números del panel. El cambio de piso era lento. Se tiró del cuello de la camiseta y jugó

con las llaves del coche en la mano.

—No tengo que tomarlas siempre —soltó sin mirarlo.

—Lo sé. Mi madre me lo dijo —apuntó Harrison, tranquilo.

—Están en el mueble del baño —admitió, solo para que dejara de observarlo. Notaba la mandíbula tensa, el ascensor bajaba con una lentitud insoportable.

—Bien. ¿No te dará problemas vivir tan lejos de tu trabajo?

Lo miró de reojo, con fastidio. ¿A qué venían tantas preguntas?

—Mi trabajo está en el centro. Estoy más cerca ahora que antes —zanjó, casi echándose fuera del ascensor en cuanto se abrieron las puertas.

Agradeció el aire del portal, aunque fuera tibio.

—¿Tienes parking? No me pareció ver ninguno fuera —comentó Harrison, sin darle tregua.

La frase lo hizo pararse y darse la vuelta para mirarlo, con una ceja alzada y sin molestarse en disimular la burla.

—Sí, pero todavía no puedo ocupar la plaza, me la entregan en un mes. No me importa, porque la zona de aparcamiento en la calle es solo para residentes. ¿Te dedicaste a espiar el edificio?

—Sí —confirmó Harrison, adelantándolo—. ¿Ya probaste a correr por el parque de atrás?

—Sí —reconoció, más bajo de lo esperado. No le gustaba sentirse predecible, pero tampoco tenía intención de mentirle—. Vine por la zona unos cuantos días antes de formalizarlo todo, para saber qué ambiente había.

—Bien hecho —admitió con un gesto de aprobación—. Parece un buen sitio para vivir.

—Es tranquilo —apuntó, señalando la esquina del edificio donde había aparcado—. Y no hay mucho ruido por la noche. Me pasé a distintas horas.

Sabía que sonaba defensivo, pero no podía evitar justificarse.

—¿Los demás saben que te mudas hoy? No vi nada en el chat de la familia.

—Sí. Mis padres lo saben, tu madre se lo contó. Y mis hermanos también, pero la cosa está un poco tensa con ellos.

Harrison lo miró con el ceño fruncido.

—¿Ellie y Sam no te hablan? —soltó con frialdad.

—Nos enviamos mensajes —respondió encogiéndose de hombros, mientras abría el coche. No le apetecía abrir ese melón. Ni ese día, ni nunca.

Harrison se subió al asiento del copiloto, se puso el cinturón con gesto automático y se cruzó de brazos.

—¿Mensajes? —repitió, incrédulo.

—Sí. Mensajes. Y me parece bien. Me preguntan todos los días si estoy bien. No es que me hayan desterrado a Siberia.

Mantuvo los ojos en el volante. Sentía los latidos en la garganta.

—¿No se supone que las familias ayudan en las mudanzas? Todos ayudasteis a Terry y Tara. Tengo fotos —reprochó, sin ocultar el juicio.

Metió la llave en el contacto, pero no arrancó.

—Se ofrecieron y yo dije que no, porque iba a ser incómodo. Fingir que todo es normal cuando no están de acuerdo con mis decisiones, y tus padres en medio, tratando de que todos nos llevemos bien. Piensa lo que quieras, pero estoy en *mood* de no tomar más drama del que puedo procesar. Además, quería hacerlo solo.

Harrison no respondió enseguida. Lo observó con una calma que dolía.

—No voy a disculparme por venir —declaró al fin.

—Ni yo por querer meterte en el siguiente avión a Virginia.

—Me parece justo —asintió, abriendo la ventanilla sin añadir nada más. Entró una ráfaga de aire cálido, pero al menos era aire.

Soltó un resoplido y encendió el motor. Más le valía comprar pintura y tenerlo entretenido con los muebles de la cocina, porque no parecía que fuera a rendirse sin pelear. Y era marine. No había forma de ganar contra él.

Hizo crujir los nudillos sobre el volante antes de meter primera. Estaba agotado, y el día no había hecho más que empezar

Había dejado la tarde del viernes para hacer inventario de lo que necesitaba y salir a comprar al día siguiente, pero la intervención de Harrison, a su pesar, aceleró las cosas. Compró enchufes, regletas y lámparas que él mismo cambió en poco más de una hora y media. Quitó los tiradores de los muebles de la cocina, llenó todo de cinta y lo dejó listo para el sábado por la mañana.

Mientras lo veía moverse de un lado a otro, sin perder tiempo ni hacer preguntas.

Cenaron sentados en el suelo de la sala, viendo un partido en silencio. Agradeció que le diera un respiro. Le costaba hasta sostener una conversación, y menos aún una sobre su familia. Tenía las piernas entumecidas, la espalda rígida contra la pared y el estómago revuelto sin haber cenado casi nada.

Lo vio responder al chat familiar, donde Ellie puso fotos de Gavin mostrando un dibujo al que su profesora había puesto una estrella por lo bien pintado que estaba.

No se atrevió a tocar el móvil. Sabía que, si lo hacía, tendría que decir algo. Y no tenía nada amable que decir.

Se fue en cuanto terminó el partido con su petate. Creyó que esa opresión que sentía en el estómago se iría, pero la soledad lo puso nervioso. Los sonidos eran nuevos, el aroma no era el de su antigua casa, entraba demasiada luz por la ventana y estaba inquieto. Cada crujido del parqué le parecía amplificado, y ni siquiera lograba encontrar una postura cómoda en la cama.

Intentó leer, pero no pasaba de la misma línea. Luego miró el móvil durante más de una hora sin desbloquearlo. Al final se rindió y cerró los ojos con los auriculares puestos, escuchando una lista de reproducción que no ayudó a nada.

Así que no fue una sorpresa cuando Harrison entró a la mañana siguiente y le frunció el ceño al verlo.

Había dormido mal y se sentía igual de solo que la noche anterior y, aun así, verle ahí, con ese gesto impasible y el café humeante en la mano, se le pasó un poco la tensión.

—Tienes una pinta horrible —le soltó Harrison sin filtro, poniéndole en la mano un vaso de cartón que olía a delicioso café—. Ayer olvidamos comprar café. Hice una lista y fui a la tienda de

ultramarinos por la mañana —añadió, colocándole en la otra mano una bolsa antes de cruzar el pasillo sin esperar respuesta.

—Hola a ti también, Miss simpatía. Nadie dice ya "tienda de ultramarinos" —rezongó, cerrando la puerta con el talón—. ¿Hay algo dulce aquí dentro?

—Dos porciones de pastel de manzana. Acababan de hacerlo en la panadería que hay de paso —explicó Harrison, sentándose en el sofá con su café.

—Genial —murmuró, dejando todo sobre la mesilla. Echó un vistazo a la bolsa: jamón, queso, lechuga, tomate, cervezas, azúcar, café instantáneo, leche… y un cepillo de dientes.

Se le encogió un poco el pecho. Era una tontería, pero le pareció un gesto demasiado cercano, de los que cuesta encajar cuando aún no sabes qué lugar ocupa alguien en tu vida.

—¿Cómo sabías que olvidé comprarlo?

Harrison se encogió de hombros mientras alcanzaba la bandeja con la tarta.

—Vi la pasta, pero no el cepillo.

—¿Quién se fija en esas cosas? —dijo, incrédulo.

Harrison le dedicó una sonrisa divertida.

—Mi trabajo consiste en fijarse en los detalles —recordó, con tono neutro.

—Supongo —murmuró, agradecido. Se levantó para poder lavarse los dientes en condiciones, ya que la noche anterior se había conformado con su enjuague. Cuando terminó, abrió el armario y cogió su frasco de pastillas.

—¿Va todo bien? —preguntó Harrison, asomado a la puerta.

—¡Por Dios! No te aparezcas así —protestó, llevándose una mano al pecho.

El bote le temblaba un poco entre los dedos.

Harrison miró lo que tenía en la mano antes de devolverle la mirada.

—Mala noche. Los cambios no son lo mío. Es fácil de olvidar cuando llevas años en el mismo sitio —explicó, metiéndose la pastilla en la boca.

—¿No puedes dormir? La habitación estaba bien —señaló, acompañándolo de vuelta al salón.

—No hay persianas y justo debajo de mi ventana hay una farola, aunque la luz no suele molestarme. El aire acondicionado hace mucho ruido y… no sé. Supongo que tendré que acostumbrarme. Nadie duerme bien en un sitio nuevo.

No lo dijo en voz alta, pero tampoco ayudaba saber que al otro lado de la ciudad había media docena de personas con opiniones firmes sobre lo que debía hacer con su vida.

Harrison le hizo una mueca, escondiéndose detrás de su café.

—¿Qué? Tú deberías entenderlo. ¿No te cuesta dormir cuando estás fuera?

Harrison se pensó la respuesta antes de contestar.

—Es diferente. Cuando estoy desplegado dormimos no más de cuatro horas si no estamos en misión. Y aunque descansamos, no dormimos de verdad. Solo dejamos que el cuerpo descanse. Al no tener tiempo, tenemos métodos para dormir rápido.

Le ardía el estómago, como si no hubiera comido en horas, aunque sabía que era al revés. Frente a él, el café seguía humeando y el pastel esperaba intacto en el plato. Se frotó el pecho con discreción, intentando disimular la presión que se le instalaba justo debajo del esternón.

—Suena horrible.

—Te acostumbras —replicó Harrison, encogiéndose de hombros.

—¿Y cuando estás en tu casa? —insistió, sin levantar la vista del café.

—Nunca duermo mucho. Seis horas suele ser lo máximo. Es lo mejor para no perder la costumbre. Pero por lo menos puedo dormir tranquilo.

—Vamos a no hablar de tu muerte inminente mientras duermes —decidió por los dos.

Harrison soltó una carcajada áspera, agachando la cabeza como si le hiciera gracia de verdad.

—Bien, dado que mi muerte será inminente, será mejor que me ponga con tu cocina —resolvió, levantándose sin prisa.

—¿No deberías ponerte otra ropa para pintar? —planteó, mirándolo de arriba abajo.

—Tu ropa no me sirve, y nada de lo que llevo vale más de diez pavos. Puedo aguantar la pérdida.

El móvil vibró sobre la mesa, interrumpiendo el pequeño silencio que había entre los dos. En la pantalla apareció un nombre familiar.

—Mierda, tu hermano. ¿Qué le digo? —soltó, volviéndose hacia la cocina con el teléfono en la mano.

—Salvo que tenga rayos X, es imposible que sepa que estoy aquí. Haz lo que haces siempre —respondió desde dentro, sin apartarse de su tarea.

—¿Hacer lo que hago siempre? —repitió, medio en voz baja. Activó altavoz con un gesto algo torpe, procurando no pensarlo demasiado.

Inspiró antes de hablar.

—Hola, Ter —saludó, tratando de sonar tranquilo.

»—Ya pensé que no ibas a responder. No sé nada de ti desde ayer. ¿Qué tal tu primera noche? ¿Te hiciste una foto para celebrar tu primera casa como propietario? Es importante tener recuerdos de las cosas importantes.

—Bastante bien —murmuró, evitando levantar la vista hacia la cocina, donde sabía que el otro lo observaba con disimulo.

»—¿Fuiste capaz de dormir? Cuando te mudaste a la universidad pasaste sin dormir un mes. Y cuando te fuiste con tu compañero de casa, tardaste casi tres en conseguir dormir toda la noche seguida.

—No seas pesado. Puede que no fuera mi mejor noche, pero no estuvo tan mal —protestó, rascándose la ceja con un gesto cansado.

»—Intenta hacer tus ejercicios de relajación antes de dormir —intervino Tara con tono suave, sin apremios.

»—Estás en altavoz —informó Terry, soltando una risa breve.

—Como siempre —respondió sin molestarse. Era cierto. Y, en el fondo, tampoco le importaba.

»—¿Te parece si te recogemos para salir a comer? —preguntó Tara con naturalidad—. No quiero que te agobies.

—No —saltó sin pensar, y luego tragó saliva al ver que Harrison ya había empezado a pintar los muebles—. Voy a salir con unos amigos

para despejarme y me ayudarán luego. Estoy bien —añadió enseguida.

»—Nosotros también podríamos pasarnos a ayudar —propuso Tara con buena intención.

—No hace falta, ya casi está todo. Aunque puede que necesite algún consejo de decoración —admitió mientras recorría con la vista la estancia aún desangelada.

»—¡Claro! —se animó Tara enseguida—. Podemos buscar algo sobrio para ti, pero que sea cálido. Echaré un vistazo por internet para tomar ideas. Te van a encantar. ¿Quedamos a desayunar el lunes?

—Mejor a comer, tengo lío por la mañana —se excusó sin entrar en detalles.

»—Yo estoy de turno, pero podemos ir al restaurante de tacos que hay al lado de la comisaría —añadió Terry.

—Nos vemos allí. Gracias, chicos —se despidió, dejando caer la espalda contra el respaldo una vez colgó.

Se quedó sentado, terminando el café y el pastel a medias, sin decir nada. Harrison seguía pintando en silencio, concentrado, con los nudillos manchados y la camiseta ya salpicada de pintura.

Cogió el móvil y lo enfocó con la cámara.

Estaba tan concentrado pintando que no pareció notar nada. Miró la foto en la pantalla, sin saber muy bien qué hacer con ella. ¿Cómo de jodido era pasarse años huyendo de alguien y que, al final, fuera el único que seguía ahí?

CAPÍTULO 18

—Ya llegamos —anunció de forma innecesaria al detener el coche —. ¿Quieres que te acompañe dentro? —ofreció con incomodidad, tamborileando con los dedos en el volante sin mirarlo.

—No hace falta, ya sé a dónde tengo que ir —le aseguró Harrison —. Vamos bien de tiempo.

Se quedaron los dos callados, y Harrison no hizo ademán de salir del coche.

—¿Cómo estás hoy? —se interesó, girándose hacia él—. Pareces más descansado.

Se giró a mirarlo, porque era importante que no se olvidara de darle las gracias por el detalle que había tenido el domingo por la mañana.

—Mucho mejor gracias a la persiana y las cortinas que instalaste. Muchas gracias —contestó atropelladamente.

No estaba acostumbrado a dar las gracias en voz alta, y decirlo dos veces seguidas le sonó raro incluso a él. Se le olvidó lo que iba a decir al verle a los ojos; ese color azul lo conocía, ese color azul fue lo que lo metió en todo ese lío. Era el mismo azul que había visto una vez, justo antes de hacer algo que no debía.

—Gracias por ir a comprarlas y por instalarlas, y por arreglar el aire acondicionado. Además de poner los enchufes y las lámparas — se recompuso, hablando con rapidez.

—No hay de qué, solo quería ayudar —le respondió Harrison, sin dejar de mirarlo.

—Y lo hiciste. Ahora tengo una cocina nueva. Tenías razón, el azul quedó muy bien con la encimera blanca.

La sonrisa de Harrison lo dejó completamente cegado por un instante. No era solo la sonrisa: fue la forma en que se quedó

quieto, con los hombros relajados, sin girarse hacia la puerta ni moverse del asiento, como si no tuviera ninguna prisa por salir.

—¿Sabes qué tono de azul escogí? —le planteó, con los ojos brillando con la misma risa traviesa que le ponía cuando le hacía trampas al Uno.

Se mordió los labios, negando con la cabeza. Había olvidado hasta la pregunta.

—Azul navy —soltó Harrison, riéndose—. Así te acordarás de mí cuando la uses.

Se miró las manos, porque no soportaba seguir mirándole la cara. Ojalá pudiera olvidarlo; creyó que lo había hecho. Ese azul tenía la mala costumbre de aparecer siempre que bajaba la guardia. Y ahora estaba en su cocina, en los cajones, en las baldosas, metido en su casa como si tuviera derecho a quedarse.

—Lo haré —prometió—. Sé que no fui muy amable cuando llegaste, pero fuiste una ayuda increíble. Gracias por venir —añadió sin levantar la vista; su madre no había criado a un desagradecido. Se obligó a decirlo despacio, sin tragar saliva entre frase y frase, como si al no titubear pudiera mantener cierta distancia.

—Pronto estaré de vacaciones, y si aún tienes cosas que hacer, volveré —le aseguró Harrison—. Tengo que irme, va a empezar el embarque.

Lo vio salir del coche y recoger su petate del asiento trasero.

—Olvidé algo —anunció Harrison, asomándose a la ventanilla. Sacó su móvil y le hizo una foto—. Terry dice que hay que hacer fotos de los momentos importantes. Es la primera vez que vienes a despedirme —le comentó, sonriendo mientras le enseñaba la pantalla.

Una bola dura se le instaló en la garganta, y los ojos le escocieron. Era solo una foto, y aún así se le hizo insoportable. Algo tan simple que no debería doler, y sin embargo ahí estaba, apretándole el pecho.

—Por eso no vengo. No quiero decir adiós —le confesó, forzando las palabras contra la presión en el pecho—. Lo hace más definitivo, y no creo que dé buena suerte.

Harrison metió medio cuerpo dentro del coche, lo agarró de la barbilla y lo miró con una intensidad que le recorrió el cuerpo. La mano era firme, la mirada directa. Le habría bastado con apartarse, pero no lo hizo. Se dejó mirar. De cerca, donde no había forma de esconder nada. No dijo nada más, pero durante un segundo, no consiguió moverse. Solo después notó el calor en la cara, la tensión en los dedos cerrados sobre su propia rodilla.

—Volveré —prometió Harrison en voz baja, y sonrió antes de irse, dejando detrás de él su mundo vuelto pedazos.

¿Dónde estaba el frío ahora? ¿Qué pasaba con ese fuego que le recorría la piel desde el lugar en el que le había tocado? Sentía con tanta fuerza que era como si todo un arcoíris de sentimientos lo estuvieran bombardeando directamente en el centro de su ser. No sabía ponerles nombre, pero estaban ahí: rabia, miedo, nostalgia, algo parecido a ternura y otra cosa que no quería mirar de frente.

Tomó una respiración temblorosa, intentando calmarse, demasiado sorprendido por la intensidad. No había previsto que le afectara tanto. No después de todo lo que había aprendido a esconder. Y, aun así, ahí estaba, con el pecho abierto como si no hubiese aprendido nada, como si tuviera diecisiete otra vez.

Consiguió sacar su teléfono y hacerle una foto mientras entraba por la puerta del aeropuerto. La imagen era borrosa, tomada con prisa, pero le bastaba. No quería conservarla y, al mismo tiempo, no soportaba no tenerla.

Miró la pantalla y se desplomó contra el asiento.

—Maldita sea, ya tengo veinticinco años. ¿Por qué me estoy haciendo esto de nuevo?

HARRISON

—¿Qué haces, rarito? —soltó Mark, asomándose por encima de su hombro.

Intentó bloquear el teléfono, pero Mark era el francotirador especialista de su equipo, nadie tenía mejores reflejos que él. Se lo quitó de la mano en un segundo.

—¿De qué me suena este tío? —murmuró mientras examinaba la pantalla—. ¿Te debe pasta?

Dean se acercó con curiosidad.

—Es el atleta. James, ¿no? —apuntó, alzando una ceja en su dirección.

—No —gruñó, de mal humor, recuperando el móvil.

—¿Por qué estás mirando la foto de un atleta como un acosador? —insistió Mark, desconcertado.

—No estoy acosando a nadie —replicó—. Solo miraba mis fotos, James es como de la familia.

—Síííí… —canturreó Mark, alargando la letra. Fingió que le soltaba un puñetazo y volvió a coger su móvil, alejándose con él—. Veamos fotos de tu galería. Ninguna, sí, ninguna... ah, sí. Solo una foto del tal James y una cocina azul. ¿Por qué eres tan raro? —añadió, incrédulo.

Le dio un golpe de verdad y cogió su móvil, apagándolo para impedir que siguieran mirándolo.

Se sentó en el banco de mal humor, mirando enfrente. Habían salido de misión a los días de volver a Virginia. Estaban en Oriente para escoltar a un alto cargo político así que pudo llevarse el móvil con él, aunque no podía tenerlo encima durante la escolta.

El calor era asfixiante y la humedad le pegaba la camiseta a la espalda, pero lo que más le quemaba era no saber si James estaba bien.

Envió un mensaje a Jamie ayer y no le había contestado.

No le había contestado. Ni siquiera un "ok". Con otras personas no importaba, pero James no era como los demás. Si algo iba mal, Harrison no se enteraría hasta que fuera tarde. Y eso era justo lo que no podía quitarse de la cabeza.

—Tío, ¿ni una foto para alegrarte la vista las noches solitarias? —soltó Mark entre risas. Normalmente su carácter ligero ayudaba a llevar las misiones, hoy quería darle un puñetazo, y no tenía nada

que ver con la broma en sí. Si era sincero, esa mañana en concreto le molestaba todo: el calor, las bromas, la gente, hasta el aire.

—¿Para qué necesitamos fotos nosotros? Podemos pedírtelas todas a ti —bromeó Dean—. Tráenos agua fría, anda —lo mandó, dándole una palmada en la espalda.

Gruñó cuando Dean se sentó a su lado.

—¿Malas noticias de casa? —soltó con cautela.

—No hay noticias —espetó—. No contesta los mensajes.

—¿Probaste a llamar?

—No —admitió, frustrado.

Creía que habían arreglado las cosas entre ellos. Trabajaron tranquilos todo el fin de semana y cuando lo dejó el lunes por la mañana en el aeropuerto estaba seguro de que todo iba bien. No se despidieron con grandes palabras, pero todo en la forma en que lo miró parecía decir: estamos bien. No entendía a James y estaba preocupado por si su ansiedad había empeorado. Salieron a comer a los bares cerca de su casa y aunque no hablaron mucho, estaban cómodos el uno con el otro.

Había pensado que, al menos esta vez, podía marcharse sin preocuparse tanto. Pero parece que se equivocó.

—¿Y si llamas a tu hermano y le preguntas?

—No, sería raro —murmuró entre dientes.

Dean lo observó con diversión.

—¿Por qué sería raro llamar a tu hermano? Todos sois como una gran familia y dijiste que tu hermano estaba pendiente de él. ¿No sería lo natural preguntarle a él?

Cruzó los brazos a la altura del pecho, dejando salir un gruñido.

—Mi hermano no sabe que estuve allí hace dos semanas —terminó por confesar, sin mirarlo.

—¿Por qué no? —inquirió Dean, extrañado.

—Porque llegué el viernes por la tarde y me iba el lunes a las siete de la mañana. Eran apenas dos días, si todos hubieran sabido que estaba allí empezarían las comidas, las cenas, las barbacoas y se trataba de ayudar a Jamie.

—Vale —asintió Dean, bajando la voz—. Lo entiendo, mi hermana es igual. Pero ¿no crees que si le hubieras dicho eso mismo a tu

hermano él sí lo habría entendido y os habría ayudado?

Giró la cabeza, demasiado sorprendido para responder.

—Supongo, no se me había pasado por la cabeza. Tampoco me gusta pedirle que mienta a mis padres —masculló, sin cambiar de expresión.

Dean le sostuvo la mirada con incredulidad.

—Estoy seguro que habéis mentido antes el uno por el otro.

—No te creas —bufó con terquedad.

Dean se quedó callado a su lado, parecía pensar qué decirle.

Encendió el móvil de nuevo. Nada. Ni un check azul, ni una hora de última conexión. No había mensajes y James todavía no había leído el que le había enviado.

Bloqueó la pantalla sin mirar dos veces. No entendía por qué había hecho esa foto. Ni siquiera salía James. Solo esa cocina vacía. Y, sin embargo, no podía borrarla.

—¿Entonces vas a esperar a que te conteste o vas a llamarlo? Salimos de nuevo este mediodía, te quiero centrado.

Le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera y, cuando estuvo lejos, llamó a James. Su llamada fue directa al buzón.

Su preocupación subió de nivel. ¿Y si estaba de nuevo en el hospital?

Abrió su chat con Terry:

Harrison:

¿Sabes si James está bien? Lo estoy llamando y no me contesta.

Terry leyó su mensaje al instante y le respondió enseguida.

Terry:

Sí, ahora sí. Hubo un accidente. Llámalo en media hora y seguro que ya puede contestarte.

Escuchó un pitido en los oídos. Accidente. Lo sabía, estaba de nuevo en el hospital. No tenía que haberlo dejado solo. Tenía que haberlo llamado cada día para asegurarse de que no había problemas.

Sentía la mandíbula tan tensa que no habría podido abrir la boca aunque lo intentara.

—Harrison, tío. Estás pálido, ¿estás bien? —le soltó Mark, que volvía con dos botellas de agua fría.

Dean estuvo a su lado enseguida.

—¿Qué te pasa? ¿Es un golpe de calor? —intervino, con eficiencia, intentando tomarle el pulso.

Se lo quitó de encima de un manotazo mientras marcaba el contacto de su hermano, alejándose de ellos.

—¿Qué coño os pasa? Os dije que me avisarais si volvía al hospital y no me decís nada si no os pregunto —escupió en cuanto Terry descolgó.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea que aún lo enfadó más.

—Tengo derecho a saber si le está pasando algo, me dijiste que lo tenías todo bajo control y no me avisas de esto. ¿Qué le pasó? ¿Cuánto tiempo lleva ingresado?

Mark le pasó una botella abierta con el ceño fruncido. Dean también lo estaba mirando preocupado.

Se la bebió de un trago, sin respirar, y la tiró con rabia al suelo. El golpe seco contra el cemento fue lo único que se oyó durante un segundo.

»—Harrison, escúchame —ordenó Terry con voz firme—. James está bien, me expliqué mal. Hubo un accidente con su móvil. Se le cayó en un bote de pintura que había en la cocina y como trabajó por la mañana no pudo ir a buscar uno nuevo hasta ahora. Lo tiene apagado, haciendo la primera carga.

Las piernas no respondieron como debían, y se sentó antes de perder el equilibrio.

No había golpe, ni herida, ni disparo, pero el cuerpo reaccionaba igual. Como si no le perteneciera y hubiera sucumbido al shock. Como si se negara a soltar la tensión que llevaba días acumulando.

Dean cogió la otra botella y le mojó la nuca y el cuello.

»—Estamos en su nueva casa, comiendo pizza. Aquí son las tres de la tarde. Harrison, ¿me estás escuchando? —insistió Terry al no recibir respuesta.

Se imaginó el cuerpo inmóvil, sin respuesta, y la casa vacía a su alrededor. Si le pasaba algo y no había nadie cerca, ¿quién lo sabría? Aunque, si era realista, posiblemente ya había ocurrido.

La idea le dejó un vacío en el estómago que no era hambre ni fatiga. Solo miedo y no del tipo que puede contenerse con disciplina y entrenamiento.

»—¿Harrison? ¿Estás bien? —preguntó la voz de James, cargada de preocupación—. ¿Pasó algo?

—No respondiste a mi mensaje y pensé… —No terminó la frase, no hizo falta para que James lo entendiera.

El bufido al otro lado del teléfono le aflojó algo en el pecho. Fue tan normal y tan él que volvió a respirar con facilidad.

»—¡Qué dramático eres! Tú eres el que arriesga su vida. A mí lo máximo que puede pasarme es hacerme un chichón —se burló James.

Los dos sabían que los ataques de pánico eran mucho más peligrosos. Agradeció que le quitara peso a la situación.

»—Mi móvil se cayó en una lata de pintura que alguien dejó mal cerrada en la cocina —ese tono despreocupado le confirmó que estaba en altavoz—. ¿Sabes de qué color pinté mi cocina?

Carraspeó antes de responder.

—Ni idea.

»—Azul navy —le dijo James con tono jocoso—. Claro que yo no sabía que era ese color o no lo habría comprado en la vida.

—Es un buen color —opinó, haciéndole un gesto a Dean para que le diera otra botella. Le dio un largo sorbo. El agua le bajó por la garganta helada, pero no logró enfriar nada por dentro.

»—Ya no voy a contestar tu mensaje porque ahora ya sabes que estoy vivo —decidió James.

—Misión cumplida, sí —ironizó, incómodo.

»—Ten cuidado y recuerda no morir —le soltó James.

»—¡James! —protestaron a la vez Tara y Terry.

Colgó la llamada sin decir nada. Aún tenía las pulsaciones disparadas. Las manos seguían cerradas en puños. Solo entonces se dio cuenta.

—¿Problemas? —quiso saber Mark.

Dean lo miraba fijamente.

—Falsa alarma —respondió, incorporándose—. Voy a la ducha y a tumbarme un rato. Estaré listo para salir a la hora —prometió, y Dean le dedicó un brusco asentimiento.

Su móvil sonó mientras se alejaba de sus compañeros.

James:

Siento haberte preocupado. Te dije que estaba bien, llevo años con esto. No le des vueltas y céntrate en volver a casa. Terry prometió que te avisará si pasa algo malo, pero no pasará. Tara y yo escuchamos tus gritos y no quiso comer más pizza. Tu hermano es genial, no seas un idiota con él.

Harrison:

Lo haré. Contesta al teléfono cuando te escribo.

La única respuesta volvió a ser el emoji de un corte de manga.

La risa le brotó sin aviso, seca, directa, imposible de contener. Todavía se estaba riendo cuando escribió a su hermano.

Harrison:

Lo siento, estaba preocupado por él. Perdona.

Terry:

Lo entiendo, no te preocupes.

Dejó salir el aire y se obligó a vaciar la cabeza. No podía permitirse ese ruido mental, no antes de una misión. Había entrenado para funcionar en automático cuando hiciera falta, y este era uno de esos momentos. Iba a arriesgar su vida de nuevo, necesitaba enfocarse y no podía permitirse pensar en nada que no fuera su seguridad y la de su equipo.

CAPÍTULO 19

Se llamaba Park y tenían la misma edad. A los dos les gustaban los mismos deportes, ver series y películas de acción. Tenían predilección por la comida sana y les gustaba leer libros de política. Fue el único de los diez hombres con los que habló que no le envió fotos de su miembro y tampoco le pidió ninguna. No supo el aspecto que tenía hasta la primera vez que quedaron para tomar una cerveza. Estaba tan nervioso, sin saber qué esperar, que estuvo a punto de irse cuatro veces, cruzando la calle y volviendo sobre sus pasos mientras se decía que no tenía sentido seguir allí, con las manos sudadas y la boca seca. Pero por fin Park se acercó a presentarse. Era, y no se le ocurría una forma mejor de definirlo, normal.

Un tío decente que no se rio cuando le dijo que trataba de descubrir si le gustaban los hombres o si era bisexual, que no le preguntó qué lo llevaba a pensar eso y, sobre todo, no intentó llegar a ningún sitio. Solo escuchó, asentía a ratos, y no se apresuró en llenar los silencios, aunque él los viviera como minutos interminables.

La segunda vez que se vieron, quedaron a comer cerca de su oficina; trabajaba como gestor. Fue otro encuentro agradable y fácil, que lo convenció para verse una tercera vez. Aunque seguía sin saber bien qué estaba haciendo, le tranquilizaba saber que Park parecía no esperar nada de él.

Quedaron para ir al cine y no pensó en lo que podía suponer hasta que se vio en una sala oscura, en una película de terror. La cercanía en la butaca, los breves roces de codo o rodilla, lo tuvieron tenso durante toda la proyección. No sabía cómo colocarse. No quería

parecer frío ni parecer ansioso. No sabía qué reacción era la correcta.

De nuevo, Park fue todo un caballero, y eso sin duda fue lo que lo hizo invitarlo a cenar. Estaba listo para un primer contacto físico; desde luego, el hombre lo merecía por la paciencia que había tenido. Y por esa forma de tratarlo con cuidado, como si supiera que estaba atrapado en un terreno desconocido.

Fueron a un restaurante que Tara le recomendó: buena comida y buen ambiente. Habían llegado por separado, así que lo acompañó a su coche. Estaba completamente seguro de que sería diferente a sus citas con mujeres; desde luego, se lo pasaba mejor que con ellas.

No había sentido en ningún momento la necesidad de hacer o decir nada que no quisiera, lo que ya de por sí era una novedad durante una cita. Pero había otra cosa que sí sentía, un fondo de incomodidad constante, como si su propio cuerpo no supiera si encajaba allí. Como si aún estuviera esperando la señal de que algo iba mal.

—No tenías por qué pagar la cuenta —comentó Park cuando llegaron.

—La próxima vez pagas tú —propuso.

Park le dedicó una sonrisa coqueta.

—¿No es un poco pretencioso creer que vamos a volver a vernos? —planteó Park, dando un pequeño paso hacia él.

No lo acorraló; no podía, porque estaban al aire libre, pero ese minúsculo movimiento despertó algo en su interior. Iban a besarse, podía verlo en el brillo de sus ojos, en cómo le miraba los labios. Podía notarlo en su propia respiración, que se volvía más corta, más ruidosa, como si todo su cuerpo supiera lo que iba a pasar.

Pudo apartarse cuando se inclinó sobre él, poniéndose de puntillas; pudo decir algo cuando su mano le acarició la nuca. No lo hizo. Dejó que lo besara, y fue…

Devastador, frío y mecánico. Park ni siquiera intentó excitarlo, mantuvo su cuerpo respetuosamente lejos y estuvo inmensamente agradecido, porque probablemente habría entrado en pánico si lo hubiera hecho.

Durante el beso solo pensaba en no tensar la mandíbula, en no retroceder, en no parecer asustado. Pero lo estaba. Y cuando terminó, no sentía mariposas ni alivio, solo una punzada helada y la certeza de que había algo dentro de él que seguía sin encajar.

—Esto no está funcionando —murmuró Park, rompiendo el beso.

—No, no. Solo estoy nervioso —se excusó, avergonzado, notando cómo sus mejillas ardían. Sabía que estaba diciendo lo primero que se le venía a la cabeza, sin pensar, solo para tapar el vacío que había dejado el beso.

—James… —intentó decirle Park.

—Déjame que lo intente de nuevo. Nos llevamos bien, nos lo pasamos bien. Sé que puedo.

Lo agarró de la cintura, y esta vez fue él quien inició el beso. Fue peor: todo su cuerpo le gritaba que no, pero insistió, profundizando el beso. No sentía nada, salvo el esfuerzo desesperado por sentir algo. La incomodidad era tan física que le dolían los hombros de la tensión.

Park permitió el contacto, incluso acariciándole los brazos. Tardó un poco en entender que lo estaba consolando. No estaba correspondiendo; estaba calmándolo.

—Lo siento mucho, no sé qué me pasa —se excusó, horriblemente avergonzado. Tenía la boca seca, los ojos llenos y el pecho encogido de vergüenza. Quería pedir perdón por existir.

Park le sonrió, porque obviamente era un buen tío y no quería ser un gilipollas.

—Te pasa que no funcionamos juntos. No me entiendas mal, eres guapísimo, y si tuviera una mínima señal de que podríamos funcionar, iría a por ello. Pero no estamos en la misma página. Fuiste sincero desde el principio, no estoy enfadado. Un poco decepcionado, seguro, pero no pasa nada, estas cosas pasan. Puede que yo no sea tu tipo —añadió, en broma, para aligerar el ambiente.

—No. No. Tú lo eres, es que… creo que soy gay —confesó, tragando con esfuerzo las emociones que, de repente, querían brotar de golpe. La palabra le costó como si tuviera espinas. La dijo deprisa, queriendo quitársela de encima antes de que doliera más.

—Y aunque no lo parezca, eso es genial —le aseguró Park con delicadeza—. Es como salir con una chica. No funciona con todas las mujeres atractivas, tiene que haber un plus. Sigue probando con Grindr. Hay muchos capullos, pero también hay gente maja, como yo —le animó.

Se pasó la mano por la cara, lleno de frustración. Tenía la piel caliente y las sienes palpitando. Todo le parecía una prueba que estaba suspendiendo.

—Odio Grindr, están todos salidos —murmuró. No quería sexo, no quería fotos, no quería más confusión.

Park se rio.

—Es lo más común, pero oye, hay muchas formas de conocer chicos: locales de ambiente, sitios afines al colectivo, quedadas de grupos de apoyo LGBTQ+, cualquier red social más normal. Hay formas, te lo prometo. Que no salga bien a la primera no significa nada.

—Todo parece horrible —admitió con sinceridad. Todo le parecía lejano, ajeno, como si estuviera en una película en la que no entendía su papel.

Park se carcajeó con alegría.

—Sé que ahora te lo parece. Date un tiempo para asentar la noticia y luego elige lo que te parezca más cómodo. ¿Me dejas darte un consejo que me habría encantado que alguien me diera cuando empecé a plantearme que podría serlo? —preguntó Park.

—Claro —aceptó, desesperado porque no conseguía hacerle entender lo importante y gigante que era ese momento. Sentía que, si no lo sacaba todo ahora, no lo haría nunca.

—No te acuestes con un tío que tenga experiencia. Si te gusta, sí, claro —aclaró, riendo—. Pero muchos chicos primerizos eligen perder la virginidad con un tío para quitárselo de encima y, confía en mí, no es para todo el mundo. Te hará sentir expuesto, vulnerable y vacío. Estropeará completamente ese momento.

—No, gracias. Ya voy sobrado de eso —susurró, agobiado. La garganta le ardía y no sabía si era por la vergüenza, por el miedo o por las dos cosas juntas.

Park le dio un abrazo fuerte, al que fue incapaz de responder. No sabía dónde poner las manos, ni qué hacer con el cuerpo. Solo se dejó sujetar.

—No seas un extraño. Llámame si necesitas hablar o quieres conocer más chicos gais que sean decentes. Tengo muchos amigos —le ofreció con calidez.

—Lo haré, gracias —musitó, sin fuerza.

Park le dedicó una sonrisa, se metió en su coche y desapareció en la noche.

Él se quedó solo en el parking, de pie, incapaz de mover ni un solo músculo. La boca aún le sabía a metal, el estómago seguía encogido. No sabía si era tristeza, fracaso o puro desconcierto, pero le costaba incluso respirar.

Era gay. De verdad eso estaba pasando. Era gay.

Las lágrimas cálidas y saladas le empaparon las mejillas. Gay.

Sacó su cartera del bolsillo y se tomó la pastilla que llevaba encima para emergencias, notando cómo se le agarrotaba el cuerpo. Le temblaban los dedos y no estaba seguro de si era por el miedo o por la rabia.

Se obligó a hacer respiraciones profundas y, muy despacio, fue moviéndose hasta su coche. Se dejó caer en el asiento trasero mientras la palabra parecía taladrarle la cabeza. «Gay. Gay. Gay. Gay. Gay».

No era la palabra lo que dolía, sino todo lo que venía detrás: las preguntas, las miradas, las escenas futuras que no sabía cómo imaginar.

Cuando fue capaz de volver a respirar con relativa normalidad, se puso tras el volante y volvió a casa a la mínima velocidad, con las manos rígidas en el volante y la mirada fija en la línea blanca de la carretera, como si lo único importante fuera no desviarse. Se desplomó de cansancio cuando por fin aparcó en su calle. Consideró por un segundo dormir en el coche, pero no quería ni mirar su aspecto en el retrovisor. Sabía que si se veía la cara perdería lo poco que le quedaba de entereza.

Salió como pudo y tardó casi veinte minutos en conseguir subir a casa.

Intentó todos los ejercicios de relajación que sabía, pero de nuevo su atención volvía al techo de su nuevo piso. ¿Acaso no era patético que hubiera movido toda su vida para negar lo que era más evidente? ¿por qué le parecía el fin del mundo saber que podían gustarle los hombres? ¿Por qué odiar un beso con un hombre, se convertía en la confirmación de que eso era lo que realmente le gustaba? ¿Quizá fue porque, al hacerlo, sintió cómo rompía esa barrera imaginaria en la que vivía su vida? Una barrera que había levantado con tanto cuidado que ahora, rota, lo dejaba completamente expuesto.

Todo lo que había construido, su carrera, su piso, su aparente estabilidad, parecía de repente una estructura levantada sobre algo que él mismo se había negado a mirar.

Las lágrimas volvieron a perderse entre su pelo. Estaba siendo ridículo. Era un hombre adulto, no tenía que llorar por algo así. Lo sabía, pero no podía parar.

Se levantó del sofá, enfadado consigo mismo. Tenía que parar de comportarse así. Se metió en la ducha, convenciéndose de que lo hacía para ayudar a desentumecer los brazos y las piernas, negándose a ver que lo hacía para no seguir notando cómo aumentaba su llanto. Se aferró a la rutina con la esperanza de que lo mecánico calmara lo emocional.

Temblando, se metió en la cama, apenas capaz de mantenerse en pie. Se tapó la cabeza con las sábanas y apretó los ojos, forzándose a dormir. No lo consiguió hasta que su propio llanto lo hizo caer de puro agotamiento. Ni siquiera recordaba en qué momento exacto se quedó dormido, solo que dejó de luchar.

CAPÍTULO 20

Cuando sonó su alarma, apenas habían pasado un par de horas. Envió un mensaje al trabajo para decir que estaba enfermo, tomó un poco de agua y volvió a dormirse.

El sonido de una llamada lo despertó. Miró el despertador sobre la mesilla: ya era mediodía. Harrison estaba llamando. Dejó que la llamada se apagara y comprobó que tenía un mensaje suyo. Ni lo leyó, ni contestó.

No tenía fuerzas para hablar con nadie, y menos con él. No todavía.

Se quedó tumbado en la cama, sin saber qué hacer. Era lo suficientemente inteligente como para saber que su recién descubierta homosexualidad no significaba nada. El mundo no iba a pararse; en el trabajo tampoco le importaría a nadie. Pero su familia…

La reacción de los demás no le preocupaba. Solo la de ellos.

Su padre. Su madre. Sus hermanos. Sus sobrinos. Sus tíos. Terry. Tara. El peso invisible de todo lo que nunca se decía en voz alta y de lo que intuía que iba a escuchar. De las miradas que se evitaban en cuanto alguien se salía de lo previsto. De los silencios incómodos cada vez que en la tele salía alguien que no encajaba.

Se le hizo un nudo en el estómago y decidió apartar el tema, porque solo con imaginarlo ya se sentía tan solo que le faltaba el aliento.

No era miedo a una pelea. Era otra clase de pérdida. Algo lento, silencioso, irreversible.

Su móvil volvió a sonar. Lo cogió sin mirar.

»—¿Dónde estabas? No viste mi mensaje —le reprochó Harrison, sonando tan normal como siempre.

—Aquí es mediodía casi, es hora de trabajar —le recordó, desganado.

»—Lo olvidé. ¿Estás en el trabajo? Tu voz suena como si acabaras de despertarte.

Por un segundo valoró si mentirle, porque si había alguien con quien no debía hablar de lo que acababa de descubrir, sin duda ese era Harrison. ¿También le daría la espalda si se enteraba? Estaba seguro de que sí, después de la reacción que tuvo hace años.

El peso de ese miedo no era solo mental; le comprimía el pecho y bloqueaba la garganta. No podía decidir si era más el pánico o la vergüenza. El aire le faltaba en bocanadas, mientras la duda lo paralizaba.

Sentía la garganta cerrada, como si solo el hecho de pensarlo le impidiera respirar con normalidad.

—No fue una buena noche —admitió, finalmente.

Se hizo el silencio en la línea.

»—¿Ansiedad o pánico? —preguntó por fin.

Una lágrima bajó por su mejilla; se la limpió mientras dejaba salir una risa.

—Una mezcla de ambas, supongo. Me tomé mi medicación y conseguí llegar a casa sano y salvo. Sin hospital —puntualizó. Se esforzó por mantener la voz firme, aunque el temblor se colaba entre las palabras. No quería preocuparlo más de lo necesario.

»—¿Usaste el coche en ese estado? —se alarmó Harrison.

—Esperé a que el cuerpo funcionara, era de noche y conduje a la velocidad mínima —le explicó.

»—¿Fuiste a casa de tus padres? ¿Qué fue lo que te puso nervioso?

Tomó una bocanada de aire y creó la mentira en su mente, pero no fue lo que dijo. Las palabras le salieron sin pensarlas, casi en automático. Estaba cansado de ocultarse y ya no le quedaban fuerzas.

—Estaba en una cita —reconoció.

Este silencio fue más largo y pesado. Oyó un carraspeo antes de que le respondiera.

»—Bueno, a juzgar por lo que vi la noche del ensayo, eso no debería ponerte muy nervioso. ¿No?

Harrison no tenía ni idea. No sabía el tipo de nudo que llevaba días creciendo en su estómago, ni lo cerca que había estado de desmoronarse del todo.

Sentía una presión constante en el pecho que le hacía difícil concentrarse.

—Salí con un hombre. —El corazón pareció movérsele hasta la garganta, destrozándole la entrada de aire con su latido frenético. Le costó pronunciarlo, con la voz baja y vacilante, sin estar seguro de haber dicho de verdad donde alguien pudiera escucharlo y volverlo algo real.

»—¿Te hizo algo? ¿Algo que no quisieras? —preguntó Harrison con rapidez.

Su latido se calmó un poco.

—No, era un buen tío. Nunca haría eso.

De nuevo, silencio al otro lado de la línea.

»—Y… ¿es la primera vez que sales con un hombre?

—Sí —musitó.

»—Pero no fue bien, porque te dio un ataque. ¿Qué pasó? —insistió Harrison.

La risa que le salió fue casi histérica.

—No quieres saber eso —le aseguró. No sabía cómo explicar que no había pasado nada, y que ese era precisamente el problema.

»—Quiero ayudar, Jamie. ¿Qué te hizo? —lo apremió Harrison con suavidad.

—No me hizo nada, de verdad. Solo me di cuenta de que tengo veinticinco años y acabo de entender de que soy gay. No debería hablar contigo de esto, no después de lo que pasó —se lamentó, limpiándose la cara con rabia. La rabia no era por Harrison. Era por sí mismo, por haber tardado tanto, por no haberlo sabido antes, por seguir sin saber qué hacer con ello.

Escuchó cómo Harrison dejaba salir el aire con fuerza.

»—No actué bien ese día —reconoció, sin dudar—. Me he lamentado por ello durante años. Quería frenarte porque era lo correcto, pero no como lo hice. Si yo te llevé a pensar que ser gay

era algo malo, algo que debías ocultar, lo siento en el alma, Jamie. Lo último que quería era hacerte daño.

—Era muy joven. Solo quería que no te fueras. Eras el primer chico en el que me fijé y tenía que hacer lo que fuera para mantenerte a salvo —admitió en voz baja y temblorosa. Recordarlo le quemaba por dentro. Nunca lo había dicho en voz alta. Nunca se había atrevido. Debería sentirse más avergonzado por estar hablando de eso, pero no creía que fuera posible estar más expuesto de lo que ya estaba, y de cierta forma se sentía mejor dejándolo salir todo.

»—Lo siento mucho —repitió Harrison.

—No exageres —susurró—. Puede que no ayudaras, pero los dos sabemos que tú no eres el verdadero problema. ¿Qué va a decir mi padre? ¿Qué van a pensar todos? —la voz se le quebró, porque ese era el tema sobre el que no podía dejar de pensar. No temía que lo atacaran ni que lo insultaran. Temía que dejaran de mirarlo igual, que empezaran a hablarle con cuidado, que el cariño se volviera distancia. Temía quedarse fuera.

»—James. Jamie. Escúchame, ¿vale? No importa lo que piensen los demás. Esto no va de nosotros, esto va sobre ti. Sobre lo que tú necesitas para estar bien, sobre quién eres y cómo quieres vivir. Por eso me apunté a la marina.

—¿Para proteger a los gais? Lo dudo mucho, y dudo que el ejército estuviera de acuerdo con eso —contestó, limpiándose la cara, que estaba ardiendo.

—Para defender la libertad de todo el mundo. Para que, en nuestro país, cada persona pueda decidir qué hacer con su vida y se sienta a salvo para llevarlo a cabo. Y por supuesto eso incluye a los gais. Y si tú eres uno de ellos, genial. Lucharé el doble por ti —prometió Harrison con una solemnidad que le arrancó las lágrimas.

La voz de Harrison no temblaba. No dudaba. Y ese detalle, que hubiera podido pasar desapercibido cualquier otro día, ahora se le clavó dentro.

Porque todo era confuso y estaba más asustado de lo que había estado en toda su vida, pero Harrison seguía allí con él, incluso después de todos sus esfuerzos por alejarlo.

Seguía al otro lado, sin colgar, sin interrumpir, sin meter prisa. Solo ahí, dejando claro que no se iba.

»—Jamie. Respira, no pasa nada. Te lo prometo, sigues siendo tú. Esto no cambia quién eres —trató de calmarlo Harrison, con paciencia.

La forma en que lo dijo, despacio, sin cargar las palabras de dramatismo, le dio espacio para respirar por primera vez desde que había amanecido.

—Siempre tuve la sensación de que me faltaba algo, de que había algo mal conmigo —confesó, decidido a quitárselo todo de dentro. Le temblaba la mandíbula al hablar, y se notaba en cada sílaba que intentaba mantener estable.

»—No es verdad. Tuviste unas notas increíbles en el instituto mientras ganabas torneos a los que otros dedican su vida entera, te graduaste entre los mejores y conseguiste trabajo justo después. Tienes veinticinco años y acabas de comprarte un piso. Eres un ejemplo de esfuerzo y tenacidad. No hay nada mal, solo necesitas aprender. Es como beber cerveza.

La risa lo hizo atragantarse, pero sirvió para que dejara de llorar. No sabía si era la comparación absurda o el tono tan serio con que la había dicho, pero le arrancó algo parecido a alivio.

—¿En qué se parece la cerveza a ser gay? Necesito saber eso.

Escuchó su risa, y también fue de gran ayuda. Por un momento, se permitió imaginarlo del otro lado de la línea, sonriendo. Y esa imagen le aflojó algo por dentro.

»—Todo está relacionado —respondió Harrison, sin dudar—. Cuando pruebas la primera, sabe mal y solo le das un sorbo, seguro de que no es lo tuyo. Luego pruebas la segunda, buscas entre las marcas hasta dar con una que no te dé asco, y cuando ya te gusta, te bebes un pack entero. Entonces maldices haber probado esa primera, pero ya nunca dejas de beber. Aprendes a hacerlo con moderación y a tomártelas solo cuando realmente te apetecen.

Se quedó callado, pensando en ello.

—Puede que sí se parezca un poco a la cerveza —admitió. Escuchó su carcajada y sonrió un poco—. No puedes contarle esto a nadie. No quiero que nadie lo sepa.

»—Soy una tumba —le prometió Harrison—. Si no quieres, no hablaremos de esto nunca más. Pero, ¿puedo decirte una cosa?

—Claro.

»—Puede que nuestra familia no sea la más abierta del mundo, pero te quieren, y si algún día decides contárselo, estoy seguro de que se esforzarán por entenderte —opinó Harrison.

—Creo que ese es el problema: no estoy seguro de que lo hagan. Ya oíste lo que dijo mi padre… ¿Qué crees que dirá de tener un hijo maricón?

»—No hables de ti así —le pidió Harrison con delicadeza—. Si tu padre no lo entiende, entonces puede que no deba tener un sitio en tu vida.

Lo dijo sin rodeos, sin subir la voz ni cambiar el tono. Como si fuera una conclusión lógica, no para consolarlo.

No respondió. Tenía la garganta cerrada y los ojos todavía húmedos.

Le costaba asimilar que alguien estuviera dispuesto a ponerlo a él por delante de todo lo demás. Pero lo creyó. Por el tono. Porque no lo estaban juzgando. Porque Harrison no era de los que hablaba a la ligera.

El alivio lo bañó de golpe, inesperado.

—Gracias por esto. Me estaba ahogando solo —admitió, emocionado. Había pasado toda la noche con la garganta cerrada. Decirlo en voz alta no lo soltó del todo, pero abrió una rendija por donde pudo entrar aire.

»—Mi especialidad es nadar. Llámame si necesitas oxígeno.

—¿Cuándo vuelves a casa? —preguntó, en voz baja—. Me vendría bien una cerveza.

»—Pronto —prometió—. Si no contesto el móvil, envíame mensajes. Responderé cuando pueda.

Harrison no sonaba cansado ni incómodo. Mantenía el mismo tono de siempre, y eso le permitió creer que seguía siendo él. Que nada había cambiado.

—Recuerda no morir —le pidió, en voz baja.

Su risa lo hizo sonreír. Apenas una curva en los labios, pero suficiente para romper el hielo que tenía dentro.

»—Anotado —respondió Harrison, antes de colgar.

Se sentó en la cama, evaluando su estado. Se sentía mejor, mucho mejor que antes. Estaba claro que hablar no solucionaba el problema, pero dejó de parecer una carga imposible de cargar.

Harrison no lo había empujado a ser valiente, ni le había ofrecido soluciones. Solo se había quedado, sin moverse, sujetando una parte del peso. Y eso bastaba.

CAPÍTULO 21

HARRISON

Esperó a que todos se fueran para ir al despacho de Dean. Se sentó frente a su silla y lo miró a los ojos, sin decir nada, con el cuerpo en tensión, consciente de lo que iba a decir iba a sonarle raro a su amigo.

—¿Conoces a alguien gay?

Las cejas de Dean subieron hasta el nacimiento de su pelo.

—Sí, no vivo en una catacumba. ¿Por qué? —respondió con cautela, ladeando apenas la cabeza.

—¿Tienen buena vida? ¿La gente los molesta mucho? —insistió, con la voz algo más tensa de lo habitual, aunque el resto del cuerpo no se movió ni un milímetro.

Dean se quedó callado, cerró su portátil y lo miró de nuevo, muy serio.

—¿Vas a salir del armario? —preguntó con tono grave, sin ironía, como si midiera cada palabra antes de decirla—. ¿Ha llegado la hora de decirte que te aceptaré pase lo que pase? Pero no se lo cuentes a nadie más, aquí no lo llevarían bien.

—Estoy hablando en serio. No estoy de humor para bromas —le advirtió con seriedad, con la mandíbula apretada.

Dean lo pensó un poco antes de responder.

—Tienen vidas normales, trabajan, se casan, tienen hijos, no cambia nada. Hay gente intolerante, claro, más en Texas, pero hay de todo, depende de la zona. Hay lugares que son amigables con el colectivo. No es tan raro como antes.

—¿Cómo sabes tú eso? —quiso saber, intrigado, sin conseguir que su tono sonara del todo neutral.

Dean se encogió de hombros.

—El mejor amigo de mi hermana es gay. Ella vive en una zona de la ciudad donde viven muchas familias con padres del mismo sexo —le explicó con naturalidad—. Incluso puso la tienda allí. Dice que se siente más cómoda así. Le gusta la calma del vecindario.

—¿Tu hermana es lesbiana? —preguntó, confundido de no saber esa información antes; Dean hablaba de su hermana a todas horas.

—Ojalá lo fuera, porque así no habría tantos novios capullos en su lista de desgracias, pero entonces no tendría a mi sobrino. No, no es lesbiana, simplemente le gusta la diversidad. Siempre ha sido así. Desde cría.

—Espera —pidió, al darse cuenta de algo—. Dijiste que te habías comprado un piso en su mismo edificio.

Dean le dedicó una sonrisa burlona.

—Cierto, lo hice. Imagínate mi sorpresa cuando salía todas las mañanas a correr y no recibí ni un silbido por la calle, nadie se abalanzó sobre mí. Me quedé destrozado. Tuve que asumir que no era tan irresistible como creía. Creía que mi presencia podría alterar la rutina de alguien y romper algún corazón, pero nada.

Lo miró exasperado.

—No soy tan idiota como para pensar que van a lanzarse sobre ti —protestó con fastidio, aunque le costó no sonreír.

—¿Y este es un pensamiento que se te ocurrió de repente? Preguntarte por la vida de las parejas del mismo sexo —añadió Dean, sin apartarle la vista, con el ceño levemente fruncido.

Sabía que Dean era de fiar, todos los días le confiaba su vida, pero aquel no era su secreto y no rompería la confianza de Jamie.

—Más o menos —contestó, eludiendo más detalles.

Estaba preocupado, muy preocupado desde que habló con Jamie. Lo había oído llorar, desmoronarse como nunca, y su instinto le gritaba, le exigía que corriera a casa y estuviera allí para él. Esa era su misma esencia: proteger a la gente, y Jamie necesitaba a alguien de verdad. Era la primera vez en su carrera que no quería estar

donde estaba. Tenía la cabeza en otro sitio, y ni siquiera el peso del arma en el muslo bastaba para traerlo de vuelta.

—¿Nos vamos el lunes? —preguntó para asegurarse.

—Sí, la misión ha terminado. Y salvo que pase algo grave, en una semana tendremos vacaciones —le confirmó Dean.

—Déjame el ordenador, voy a reservar los billetes —pidió, tendiéndole la mano.

—Podemos ir los dos juntos en el vuelo del medio día para no madrugar —le ofreció su amigo, pasándoselo.

—No, quiero ir en el primer vuelo de la mañana, lo más pronto posible —musitó, buscando en internet.

—¿Seguro que está todo bien en casa? —inquirió Dean, con preocupación.

No le respondió, había un vuelo libre a las ocho, tendría que valer. Solo necesitaba una salida. Cuanto antes.

—Harrison —lo llamó Dean.

—Nada que decir —contestó, alzando la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

Dean asintió, dejándolo estar.

—Si cambias de opinión, estoy aquí, hermano.

Sonrió, porque no necesitaba recordárselo, pero Jamie era solo asunto suyo.

—Lo sé.

Cada día desde que se produjo esa llamada escribía a Jamie. Nunca preguntaba directamente cómo llevaba su nueva realidad o cómo se encontraba psicológicamente. Eran conversaciones banales, el último partido de los Dallas *Cowboys*, del que ambos eran seguidores, o alguna de las compras y reparaciones que seguían haciendo en su piso. También le envió un par de fotos, del sendero del parque por el que corría cada mañana. No pudo responder con ninguna, tenían prohibido hacerlo. Aun así, buscaba excusas para seguir en contacto, aunque solo fueran detalles sin importancia.

Cuando llegó al aeropuerto toda la familia estaba allí para recibirlo, como siempre. Bueno, todos no: James no estaba y nadie lo nombró. Fue una bienvenida rara. El tío Carl y la tía Jessica ni se miraban; ambos parecían más mayores que la última vez que los vio. Carl sacó un pañuelo arrugado del bolsillo, aunque no estornudaba, y Jessica se entretuvo recolocándose el bolso en el hombro sin necesidad, como si no supiera qué hacer con las manos.

Ellie y Sam estaban cerca el uno del otro de una forma inquietante, no los había visto tan juntos desde que eran niños. Se hablaban en voz baja, demasiado baja, y ninguno de los dos levantó la vista cuando él se acercó.

Bruce y Rebecca parecían muy incómodos. Bruce se pasó la mano por la nuca varias veces, y Rebecca lo abrazó deprisa, con los brazos rígidos. Su madre parecía al borde del llanto al abrazarlo y su padre le hizo un gesto para que no dijera nada. Ni siquiera preguntaron por el vuelo.

Se quedó con la sensación de que algo grave había pasado, pero nadie pensaba contárselo allí.

En cuanto se fueron al aparcamiento, aprovechó para colarse en el coche de Terry sin decir una palabra, para pedir explicaciones.

Terry suspiró con cansancio mientras encendía el coche.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando? —demandó, mirando al recién estrenado matrimonio con el ceño fruncido, evitando cruzar palabras incómodas.

—¿Por dónde quieres que empiece? —inquirió Terry. Tara estiró la mano acariciándole el brazo.

—¿Qué les pasa a los mellizos? Parecen siameses —lo interrogó.

—No saben qué hacer, los tíos están peleados y no quieren tomar partido —le contestó Terry.

—¿Tan mal están las cosas? —preguntó preocupado.

—El tío Carl no se tomó bien que James lo dejase fuera de la compra de su casa, cree que está exagerando y que volverá para disculparse o está dispuesto a no hablarle de nuevo. La tía Jessica fue a hablar con James ayer —admitió Terry, sin apartar la vista de la carretera, con la voz más baja de lo habitual. Parecía tener cuidado con cada palabra.

Se inclinó, metiendo la cabeza entre los asientos. Jamie no le dijo nada, pero lo había notado extraño.

—¿James, está bien? —preguntó con rapidez.

—Lo llamamos en cuanto vuestra madre nos lo dijo. Estuvimos hablando con él, parecía nervioso, pero estaba bien. También lo llamamos esta mañana —le tranquilizó Tara.

—¿Y qué le dijo la tía Jessica? —inquirió.

Terry suspiró y negó con la cabeza.

—Que lo quiere y que lo echa mucho de menos.

—Eso no suena mal —opinó, aliviado. Pero sabía que las cosas nunca eran tan simples.

Terry intercambió un gesto con Tara. Ella se giró para poder mirarle a la cara.

—Le dijo que por un error no podía darle la espalda a la familia y que lo esperaban con los brazos abiertos cuando estuviera listo para hablar —le explicó Tara.

—Bien. Lógico —aceptó. Aunque algo no terminaba de encajar.

—Le pidió que fuera al cumpleaños de Gavin este fin de semana, le dijo que sería egoísta obligar a Ellie a decidir entre su hermano y su padre y que debía hacerlo por el bien del niño.

—¿Es broma? —preguntó de forma seca. Sintió que algo se le encogía por dentro. Lo reprimió, como había aprendido a hacer.

—No. Le dijo que, si no iba a casa de Ellie este sábado, le rompería el corazón a Gavin, que el niño no dejaba de preguntar por él. Y que a veces hay que hacer de tripas corazón por tus seres queridos —confesó Tara, con la voz cargada de preocupación contenida.

—¿Es coña? —repitió, mirando a su hermano por el retrovisor—. ¿Lo está acorralando en el estado en el que está? —La dureza de sus palabras no podía ocultar la frustración que sentía—. Y si Gavin lo extraña, ¿por qué demonios no lo lleva Ellie a ver a su tío?

El silencio se instaló entre la pareja. Tara evitó añadir nada, manteniendo los labios apretados y las manos cruzadas sobre su regazo.

—Ellie está dividida. Adora a su padre y quiere a su hermano, pero el tío Carl está obligándola a tomar partido —confesó Terry, con un

suspiro que le tensó la mandíbula.

—¿Y ella se deja? —preguntó furioso—. No es una niña, ¿no tiene sus propias opiniones? —La rabia se filtraba en su voz a pesar de sus esfuerzos por mantenerse tranquilo—. ¿Y qué pasa con Sam? ¿Tampoco tiene carácter?

—No es una situación fácil. El tío Carl es su héroe, ellos siempre tuvieron una relación especial, más desde que se hicieron policía y le dieron nietos. James, por otra parte, es… —intentó explicar Terry, apretando la mandíbula.

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo James? —preguntó de manera agresiva, con los puños apretados.

Terry aparcó y se giró para mirarlo desde su asiento. Ya habían llegado a casa. Sostuvo la mirada de su hermano con firmeza, esperando que le dijera algo que no sabía o una explicación para estar consintiendo que tratara así a Jamie.

—Nada, Harrison. Nada en absoluto. Pero las peleas pasan en todas las familias y en esta todos somos iguales, menos James. Ahora mismo es difícil reconciliarse, todo está reciente y ellos están heridos. Hay que dejar que el tiempo lo enfríe —opinó Terry con calma, aunque sus ojos delataban cansancio.

—No —negó con dureza—. Dejar pasar el tiempo lo está aislando más de lo que ya estaba. Ellos siguen juntos, pero él está solo. No es justo.

—Tienes razón —admitió Terry derrotado—. Pero no se puede hacer nada. Estoy pendiente de él para apoyarlo.

—Los dos lo estamos —le aseguró Tara, apretando la mano de Terry con un gesto firme.

Se tragó las palabras para no echarles en cara que no tenían ni idea de lo que estaba pasando James. Ellos no lo habían escuchado llorar, ni escucharon lo triste y vulnerable que estaba, muerto de miedo al pensar que su familia le daría la espalda si conocieran su secreto. Ahora entendía mejor que sus miedos podían no ser infundados. Sintió un nudo en el estómago, pero no hizo ningún gesto que lo delatara.

—No estoy de acuerdo con todo esto, no lo voy a permitir. No está bien. —Salió del coche furioso. Cogió su petate del maletero,

ignorando las miradas desconcertadas de sus padres. No le importaba nada más en ese momento, solo la necesidad urgente de estar solo para poder pensar. Entró en la casa y subió a su cuarto sin decir nada.

CAPÍTULO 22

HARRISON

No bajó a desayunar hasta que se duchó y puso toda su ropa en el armario. Con las ideas más frías bajó a comer algo, aunque apenas probó nada, más por costumbre que por hambre. El desayuno estaba en la mesa, preparado con esmero por su madre, pero no logró disfrutarlo.

No hubo ni rastro de ninguno de los Walker, pero no preguntó. Era algo de lo que debería preocuparse más adelante. Todos se disculparon por tener que irse, pero parecían aliviados de poder escapar sin hablar del elefante en la habitación.

Su padre le dio un beso antes de irse a patrullar, dejándole las llaves de su coche para que pudiera moverse. Se las entregó con un gesto breve, evitando cruzar demasiado la mirada, como si temiera que fuera a preguntarle algo que no sabría cómo responder. No perdió el tiempo y se marchó detrás de los demás.

Sabía por sus mensajes cuál era su rutina, así que fue hasta la cafetería donde compraba café cada mañana. A veces le enviaba fotos del sitio, así que no fue difícil de encontrar. Tuvo cuidado de aparcar algo lejos, asegurándose de que no pudiera verlo desde dentro y arruinar la sorpresa.

James parecía diferente vestido con pantalones claros y una americana oscura, mucho mayor de lo que parecía con los vaqueros que solía usar cuando lo veía. Estaba de pie, algo encorvado hacia delante mientras revisaba el teléfono, como si su atención no pudiera permanecer en un solo sitio.

Lo estaban atendiendo justo en ese momento, esperó a que la dependienta se diera la vuelta para acercarse a él por detrás, ignorando la fila de gente que también estaba esperando. Sintió una pequeña punzada de nervios en el pecho al acercarse, y se humedeció los labios por la tensión contenida.

Le tocó el costado para llamar la atención.

James se giró con cara de enfado, pero sus ojos grises se iluminaron al abrirse por la sorpresa. Abrió la boca, pero no dijo nada. Sabía su hora de llegada, pero ninguno de los dos iba a fingir que podía ir a recibirlo con los demás, así que suponía que no esperaba verlo tan pronto.

Durante un segundo no se movió, solo lo miró. Después sus facciones se aflojaron poco a poco. Su rostro pasó de la incredulidad a una expresión de alivio tan evidente que le removió algo dentro, y sintió cómo se soltaba un poco la tensión en los hombros al verlo reaccionar así.

Había esperado muchas cosas, pero no esa manera de mirarlo.

—Aquí no hay cerveza. Pero me vale con un café —le dijo para romper el momento.

James se movió, dándole un gran abrazo que sintió por todo el cuerpo. No fue un gesto rápido ni educado. Lo envolvió con fuerza, con los brazos cruzados por la espalda y la frente apoyada en su hombro como si no supiera dónde más sostenerse. El contacto lo golpeó por dentro, inesperado y denso. Era como si algo se hubiese soltado de golpe, algo que ni siquiera sabía que llevaba tenso desde que subió al avión.

Respondió apretándolo con fuerza entre sus brazos y por fin su cabeza dejó de funcionar, seguro de que había llegado a donde debía estar.

Lo rodeó con firmeza, una mano en la nuca, la otra en la espalda, notando el leve temblor en su respiración. Lo sintió más pequeño de lo que recordaba, o quizá era que ahora lo veía distinto. Más frágil. Más real.

Notó cómo James hundía la frente contra su hombro, soltando un suspiro silencioso que decía mucho más que cualquier palabra. Le

apretó ligeramente la nuca con la mano abierta, buscando darle un poco más de consuelo en ese breve instante.

Fue un gesto simple, pero le bastó para entender que no era solo un saludo. Había algo urgente en la forma en que se aferraba, como si necesitara ese contacto más de lo que él mismo era capaz de admitir. Y no podía fallarle, no después de todo lo que había pasado.

Había gente mirándolos, pero no tuvo prisa en romper ese abrazo que Jamie parecía necesitar tanto. Era consciente de que aquella cercanía llamaba la atención, pero por una vez le dio igual lo que pensaran los demás.

Lo que importaba estaba en sus brazos, aferrado a él como si solo así pudiera mantener a raya todo lo demás. Y si eso era lo único que podía darle por ahora, lo haría sin dudar.

—Pensé que estarías con toda la familia —le dijo James al separarse; por primera vez en muchísimo tiempo parecía realmente feliz de verlo, con las mejillas un poco enrojecidas y una sonrisa pequeña pero sincera.

—Quería verte antes de que fueras a trabajar.

—¿Quiere algo más? —preguntó la chica de la barra mirándolos con gesto aburrido.

—Un café solo —le pidió.

—¿No tienes hambre? Todo lo que hacen aquí está muy bueno —le ofreció James, tendiéndole la tarjeta a la chica para que pudiera cobrar todo el pedido.

—No, estoy bien —le prometió.

—Hoy tengo mucho trabajo, quizá podríamos quedar a comer más tarde —le ofreció James—. O mañana, la familia habrá celebrado una gran comida. —El brillo de sus ojos desapareció mientras lo decía y bajó la vista a su café.

—Puedo quedar, ya me tienen muy visto —le aseguró recogiendo el pedido de los dos.

Se alejaron de la caja, caminando hacia la puerta.

—No estaría bien, tu madre habrá preparado tu comida favorita. Es tradición que te hagan costilla asada el primer día —le recordó James como si no lo supiera, cambiando el vaso de mano en un

gesto nervioso, evitando claramente encontrarse con su mirada, como si le avergonzara estar pidiendo algo así.

—Sobra tiempo para eso. ¿Paso a recogerte a la una? —le ofreció.

—¿Seguro? No quiero que tus padres se enfaden contigo —le contestó James, parecía inseguro, pero sobre todo triste, apretando ligeramente los labios como si temiera aceptar del todo. Su voz bajó un poco más de lo habitual, delatando cuánto lo preocupaba aquella posibilidad.

—Segurísimo —contestó sin dudar.

Su sonrisa volvió y lo hizo sentirse mejor, porque al examinarlo con atención vio cosas que no le gustaban, como las ojeras bajo sus ojos y su aspecto apagado, como si llevara varias noches sin dormir bien. Se fijó en cómo su camisa estaba perfectamente planchada y los puños de la americana impecables, como siempre, aunque su postura y el gesto de su cara no acompañaban esa imagen cuidada.

—¿Conseguiste arreglar el grifo del lavabo? —inquirió.

—No, el fontanero solo me dio largas, no vendrá hasta la semana que viene.

—Si quieres puedo echarle un vistazo mientras estás en el trabajo. Seguro que no es nada —le ofreció.

—Puedo esperar una semana. No es tan grave —contestó James —. Me sabe mal ponerte a trabajar en tu primer día de vuelta.

—No me importa, no tengo nada mejor que hacer —le prometió—. A no ser que no te sientas cómodo dejándome solo en tu casa.

James se rio, sacó las llaves de su bolsillo y se las ofreció.

—No tengo nada que esconder, ya no al menos —le prometió.

—¿Cómo estás? ¿Lo llevas mejor? —se atrevió a preguntarle.

James miró al cielo antes de volver a fijarse en él.

—No pienso en ello, estoy en fase de negación —le advirtió.

—¿Y planeas pasar mucho tiempo así? —inquirió.

—Hasta que no pueda evitarlo. Si he vivido años sin saberlo, puedo continuar así —le aseguró James con terquedad.

—Pero ahora ya lo sabes. No podrás ignorarlo durante mucho tiempo —tuvo que recordarle.

—Solo mírame. —Se despidió con la mano y entró al edificio de oficinas con paso rápido, como si necesitara que el día empezara ya.

Sonrió mientras lo veía irse. Envió un mensaje de disculpa a su madre para que supiera que no iría a comer y fue directo al piso de James para intentar arreglar el problema.

Le sorprendió lo cambiado que estaba todo, había una gran alfombra que cubría el salón, mullida y de color beige. No estaba la última vez que fue, así que tenía que ser nueva. Sin manchas ni dobleces, perfectamente alineada con el sofá y los sillones.

Ahora había un gran mueble contra la pared y sobre él dos premios de atletismo. Leyó las placas: el más pequeño de los dos, era del instituto. Reconoció el nombre de la carrera del de mayor tamaño. Fue la última que James celebró, su madre había hablado mucho de ella. A todos les pareció que era imposible que se retirara después de hacer el mejor tiempo de la temporada y tener la oferta de los Juegos Olímpicos sobre la mesa.

Había un marco de la familia casi al completo. Tenía que ser alguna fiesta de Navidad de las que se había perdido. Todos los adultos llevaban el mismo jersey de Navidad rojo mientras que los niños llevaban uno verde. Estaban sentados, mirando a cámara, apretados unos a otros mientras sonreían radiantes al fotógrafo, que supuso que era el propio James, ya que tampoco salía en la foto. Era raro pensar que alguien pudiera estar tan presente y tan ausente a la vez.

Debajo había unos cuantos libros: biografías de deportistas y algunos de contabilidad, una combinación extraña que, en el fondo, representaba a James a la perfección.

No había ninguna otra imagen ni decoración, pero ya era algo. También había cojines nuevos en el sofá y cortinas en el salón. Un tejido fino, gris claro, que dejaba pasar la luz sin deslumbrar. Se acercó a la cocina. También había pequeños cambios: tarros de cristal con pasta y arroz, menaje de cocina nuevo y una pila de trapos sin doblar sobre la alacena. Fue sin dudar a la nevera; estaba llena de comida y bebida. Ordenada, con tuppers perfectamente apilados y botellas alineadas en la puerta. Sonrió satisfecho, al menos se estaba cuidando bien.

Echó un vistazo en su habitación, que estaba exactamente igual, y por fin fue al baño para comprobar el lavabo. Apenas abrió el agua,

empezó a acumularse. Cerró el grifo y observó cómo el agua iba desapareciendo. Nada grave, solo una obstrucción leve.

Bien, eso tenía fácil solución. Aunque tuvo que hacer un viaje a la ferretería y se tomó su tiempo para ser concienzudo, terminó antes de lo previsto. Dejó todo recogido y limpio, sin dejar huella de que alguien hubiera estado allí, salvo por el grifo que ahora tragaba sin problema.

Sacó el móvil para enviar un mensaje a James:

Harrison:

Ya está arreglado. No me apetece irme a casa, ¿te importa si veo un rato la tele mientras te espero?

La respuesta de James llegó con rapidez.

James:

¿Ya terminaste? Gracias, avisaré al fontanero para cancelar. Claro, puedes coger lo que quieras, la nevera está llena y ya tengo cafetera. Pero seguro que lo sabes, habrás registrado el piso. ¿No prefieres hacer algo más interesante que ver la televisión?

Rio, dejándose caer en el sofá, encendiendo la televisión antes de contestar. El comentario le sacó una sonrisa, más por lo previsible que por la broma en sí.

Harrison:

Solo eché un vistazo. Y no, no quiero hacer nada, estoy muerto de sueño. Creo que voy a echarme una cabezada.

James:

No pensé en eso. Duerme, usa mi cama si quieres, no me importa.

Sonrió al leer el mensaje. Conociéndolo, estaría pensando que venía directo de una misión o de alguna guardia, y sin embargo lo que lo había tenido sin dormir era su vuelta a casa.

Tanta tensión acumulada por días ahora pesaba de golpe.

Harrison:

Estoy bien en el sofá. Nos vemos para comer.

Dejó el móvil sobre la mesa después de programar una alarma y se centró en el programa matutino de la televisión. El sueño lo reclamó de inmediato y se dejó llevar, con los párpados cada vez más pesados y el cuerpo hundido entre los cojines. Estaba agotado.

CAPÍTULO 23

Recogió todas sus cosas y las metió con rapidez en su bolso. Ya estaba retrasado diez minutos y Harrison estaría esperándolo abajo. Se colgó la chaqueta al hombro, sin perder el tiempo en comprobar si se había dejado algo. No podía hacer esperar a alguien que venía directamente a por él.

Fue una sorpresa enorme encontrarlo esa mañana, más de la que pudo disimular en ese momento. Se había quedado paralizado, sin palabras, con el corazón acelerado y una especie de nudo en el pecho que no se le fue del todo. Le había dolido bastante no tener derecho a ir al aeropuerto, porque de verdad necesitaba verle.

Harrison seguía siendo el único que conocía su secreto y, desde que se lo dijo, no se había alejado. Todo lo contrario: incluso en la lejanía estuvo pendiente, siempre atento, sin hacer preguntas incómodas, sin desaparecer. Y aunque no quería, ayudaba. Ayudaba muchísimo que, incluso sabiendo su secreto, no le diera la espalda, ni cambiara su manera de tratarle, ni un ápice. Más desde que su madre fue a verle.

Sabía que ella tenía buenas intenciones, pero le parecía injusto que todo el peso de la situación recayera sobre él. Sobre todo, porque usar a los niños para chantajearlo era jugar sucio. La entendía viendo sus ojos llenos de lágrimas, y se le partía el corazón, porque su madre no se merecía estar en medio de todo ese lío. Pero tampoco merecía él que le pusieran una decisión así entre las manos. Nadie parecía pensar en ello.

Por eso verlo esa mañana fue tan especial. Que Harrison fuera a verlo en vez de quedarse en casa con los demás, que le diera ese abrazo que lo calentó por dentro, de una forma rara y concreta, lo equilibró en un momento en que estaba tan fuera de sí mismo que

ni él se reconocía. Le había costado soltarlo. Por un instante, pensó que, si se quedaba ahí, todo volvería a estar bien.

Salió por las puertas del edificio y enseguida reconoció el coche del tío Richard.

—Siento la espera. Te dije que tenía mucho trabajo —se disculpó al subir.

—No pasa nada —le aseguró Harrison, esperando a que se pusiera el cinturón para arrancar.

—¿Conseguiste dormir? —preguntó James, a medio camino entre la curiosidad y la culpa.

—Como un tronco. Estaba cansado, anoche no dormí mucho y el vuelo fue temprano —contestó.

—¿Se enfadó mucho tu madre por no comer con ellos?

—Claro que no. Y aunque se molestara, soy un hombre adulto. Se hartarán de verme todos estos días —le respondió.

—¿Tu madre harta de mirarte? No creo que pase. ¿Vamos muy lejos? Se me hizo un poco tarde.

—No te preocupes por eso, estamos cerca —le dijo, señalando el pequeño local al final de la calle.

Estalló en carcajadas al ver a dónde estaba señalando.

—¿Asado el primer día? —preguntó entre risas.

—Por supuesto. Las tradiciones no se cambian, dan suerte —le aseguró, maniobrando para meterse en el aparcamiento.

Louise era uno de los asadores más antiguos de la zona y también el favorito de toda la familia. A él le gustaba, aunque siempre se pidiera lo mismo. La rutina tenía algo reconfortante. Sus padres llevaban yendo desde antes de que ellos nacieran y, cuando se casaron y tuvieron su propia familia, simplemente los añadieron a la tradición.

Era un local de ladrillo amarillo ocre, lleno de mesas de madera oscura y paredes de cristal para aprovechar la luz. Olía a carne asada y pan recién hecho incluso antes de abrir la puerta. Era un local familiar que siempre estaba hasta arriba de gente. Las voces se mezclaban con el tintineo de platos y cubiertos, y por un momento se sintió como un crío otra vez, entrando allí después de un partido, hambriento y cansado.

El camarero los saludó con familiaridad y les ofreció una mesa en la parte de atrás, que era poco más que un porche enorme lleno de más mesas. Ni siquiera miraron la carta; nada había cambiado en Louise desde que lo abrieron a principios de los sesenta. Pidieron costillas con la salsa especial, patatas y cerveza casera. No hacía falta hablarlo, era lo que pedían siempre.

—¿De qué son los premios que tienes en la sala? —le preguntó en cuanto se quedaron solos.

Entrecerró los ojos. Sabía que había estado husmeando.

—¿De qué crees que son?

—El grande es el último, mi madre me habló de esa carrera. El otro supongo que del instituto, pero no sé qué tiene de especial para estar ahí. Tendrás cientos de medallas y trofeos —supuso Harrison.

Asintió, dándole la razón.

—Es el primero que gané —confesó.

—Me lo imaginaba. ¿Y por qué solo esos dos? Podrías presumir de todos los demás. Estoy seguro de que sería bastante impresionante.

Lo pensó un poco antes de contestar.

—¿Y vivir para siempre anclado en el pasado? Prefiero dejar espacio para los nuevos logros. No dejas a tu madre presumir de ellas.

Harrison asintió, pero guardó silencio mientras les traían las bebidas. Aprovechó ese momento para fijarse en él. El sol caía con fuerza sobre el porche, pero Harrison no parecía incómodo.

—No son para presumir. Son recuerdos del honor que hay tras mi carrera. No son para contarlas a sus amigas de pilates —le respondió finalmente.

—Genial, le diré que puede presumir con las chicas del club de lectura. Creo que para la semana les toca ir a tu casa —bromeó para ocultar lo nervioso que estaba. No sabía cómo leer ese silencio previo. Siempre le costaba saber qué pensaba exactamente Harrison.

Harrison echó la cabeza hacia atrás, dejando salir una risotada. Era una risa limpia, sin reservas, de las que no escuchaba desde que eran adolescentes. Algo aleteó en su pecho, rápido, como una

alerta. Le atravesó el estómago, inesperada, como si el cuerpo recordara algo antes que la cabeza. Pero lo aplastó al momento.

No tocaba sentirse así. Harrison estaba allí como amigo, había cruzado medio país para eso, no iba a cargárselo todo con tonterías. No iba a confundir las cosas ni mezclar lo que no debía. Realmente necesitaba a un amigo ahora mismo. Y él se lo estaba dando sin pedirle nada a cambio.

—¿No te parece raro que estemos los dos aquí? —No pudo evitar la pregunta, aunque sabía que lo mejor era pasar de puntillas por encima del tema.

Su cara mostró una genuina confesión.

—No —le contestó sin dar más explicaciones.

—Llevamos años sin hablarnos y ahora no dejamos de hablar. Es raro —aseguró.

—Yo no lo veo así. Siempre pregunté por ti, aunque tú no quisieras verme desde aquel día. Respeté tu decisión porque me sentía culpable. Nunca consideré que el lazo estuviera roto. Sabía que en algún momento volveríamos a encontrarnos.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te retires? ¿A los sesenta años? —se burló.

Harrison le dio un sorbo a la cerveza, negando.

—¿Qué os pasa a todos con hablar de retirada? —masculló.

—¿Quién más habla de ello? —preguntó sorprendido. Nadie que él supiera.

—Mi jefe de equipo quiere dejarlo —admitió Harrison a regañadientes.

Se quedó en silencio, intentando entender su actitud. No le costaba imaginar el desgaste, pero no esperaba que esa posibilidad estuviera ya sobre la mesa.

No por Harrison, sino porque hasta ese momento no se había planteado que alguien tan preparado, tan imprescindible, pudiera querer bajarse del barco. Le resultaba difícil visualizar ese tipo de decisión viniendo de alguien como él.

—¿Eso significa que van a ascenderte? —preguntó, preocupado.

—Puede ser —admitió Harrison, encogiéndose de hombros.

—¿El jefe de equipo qué hace? —hizo la pregunta sabiendo que odiaría la respuesta. No porque no quisiera oírla, sino porque ya se la imaginaba.

—Es el número uno. Va el primero. De él dependen todas las operaciones y la seguridad del equipo —contestó Harrison de forma mecánica, como si fuera una definición que había repetido demasiadas veces.

—Eso parece… horrible. Es muchísima responsabilidad y un riesgo enorme —dijo, impactado.

Harrison lo miró con curiosidad.

—Soy el número dos. No cambia tanto —le contestó con voz monocorde.

Dicho así, parecía una obviedad, pero para él no lo era. Una cosa era cubrir a tu equipo; otra, ser el que marcaba cada paso. El que iba delante. El que no podía fallar. Y en ese mundo, si algo salía mal, Harrison caería el primero.

—Ah —murmuró. Era la primera vez que Harrison hablaba de su posición en los SEAL con tanta claridad, sin dar rodeos ni quitarle peso.

—¿De verdad no te da miedo?

—Claro, pero es parte del proceso. Aprendes a controlarlo y lo conviertes en combustible para salir adelante —le aseguró Harrison.

—¿Y por qué quiere dejarlo él? —quiso saber.

—Por su familia. Solo tiene una hermana y un sobrino que ya no es un bebé, y nota sus ausencias. Quiere estar con ellos, ayudarla a criar al niño. El tipo que la dejó embarazada se fue y solo están ellos. Los SEAL tenemos como prioridad proteger a todo el mundo. La suya ahora es cuidarlos a ellos. Pasa mucho en nuestro trabajo: llega un día en que tu cabeza está más en casa que allí, y eso es un riesgo. Es mejor dejarlo si no puedes darlo todo al cien por cien.

—Es un buen hermano. Está renunciando a mucho por ellos. A lo mejor se arrepiente y vuelve —dijo por animarlo. No creía que fuera así, pero quería ofrecer otra posibilidad. Una salida.

Harrison negó con la cabeza.

—No lo hará. A algunos SEAL les cuesta adaptarse, pero Dean no es así. Realmente quiere cuidar de ellos, más de lo que quiere a su

trabajo. Está bien, ya ha hecho suficiente por el país. Puede irse con honores. No tiene nada de qué avergonzarse.

—¿Lleva muchos años de servicio? —quiso saber.

—Los mismos que yo —le contestó.

El corazón se le aceleró al escucharlo. No por Dean, sino por lo que implicaba. Porque si Dean se marchaba ahora, también podía hacerlo Harrison.

—¿Y tú? ¿No podrías retirarte con honores?

Harrison lo miró con sorpresa.

—Claro. Pero no quiero. ¿Qué iba a hacer aquí? —le preguntó con genuina curiosidad.

—No lo sé —contestó con la voz ronca—. ¿Qué va a hacer Dean?

—Estará ocupado con su sobrino y su hermana. Además, tiene ofertas de empleo aptas para nosotros —le contestó Harrison.

—¿Aptas para vosotros? —preguntó desconcertado.

—Sí. Un antiguo SEAL montó una empresa de seguridad y solo contrata a militares. Está acostumbrado a la jerga y a nuestra forma de comportarnos. Eso facilita la adaptación. Le ofrecieron trabajar de seguridad en un edificio —le contó Harrison, frunciendo el ceño al decirlo, como si no estuviera convencido de que eso fuera suficiente. Como si no pudiera imaginarse a sí mismo encerrado en un puesto como ese.

—Es un cambio muy grande —opinó, dándole la razón—. ¿No le da miedo guardarle rencor a su hermana al irse por ella?

Harrison negó sin dudar.

—Se va porque quiere otra cosa. Porque a veces, en nuestro trabajo, el peso de lo que vemos y hacemos es demasiado. Llega un día en que sabemos que no podremos seguir —le explicó.

—¿Quieres decir psicológicamente? —adivinó.

—No tanto. Algunos sufren de estrés postraumático, pero no siempre pasa. Simplemente lo sabes. Hay un momento en que lo sientes: se acabó. El miedo a morir gana a todo lo demás y, así, no puedes seguir luchando. Eres un peligro para el resto del equipo, y ningún SEAL pondría en riesgo a sus hermanos —le aseguró, muy serio.

Tragó saliva sin darse cuenta. Nunca lo había oído hablar así.

Era como descubrir que incluso dentro de algo tan firme como su mundo, también había desgaste. No en Harrison, sino en lo que lo rodeaba. En la estructura que hasta ahora le parecía inamovible.

Harrison sonrió al camarero mientras les ponía dos bandejas hasta arriba de comida. El olor de las costillas llegó de inmediato, espeso y dulce, como siempre en Louise.

—¿Cómo son? —preguntó, incapaz de contenerse.

—¿Quién? —inquirió Harrison, sin entender.

—Tus hermanos SEAL. Nunca hablas de ellos. ¿Cómo son? —preguntó, sin saber si rompería su regla de no dar información sobre ellos. Siempre había sido discreto con ese tema, incluso antes de irse.

—Ahora te lo cuento, pero antes… —Harrison sacó el móvil del bolsillo y arrastró su silla como si él no pesara nada, pegándola a su costado mientras los enfocaba—. Sonríe, parece que estás secuestrado —le recriminó.

Sonrió con torpeza al verse en la pantalla. No había visto a dos personas menos parecidas.

Él, con la camisa remangada, las mejillas algo rojas por el calor y la espalda rígida. Tenía esa expresión tensa que no sabía disimular del todo.

Harrison, con una camiseta negra que le ceñía los hombros, sostenía el móvil con la mano más alejada. El otro brazo lo había pasado por detrás de su espalda, acercándolo apenas, con naturalidad.

No sabía en qué momento había pasado, pero ya no le costaba estar así de cerca. Ya no se le tensaban los músculos ni buscaba espacio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al verlo escribir.

—Subir la foto al chat de la familia, para que mamá sepa que cumplí con la tradición —le aseguró Harrison, sonriendo.

Bajó la vista al móvil por un segundo. La idea de que esa imagen estuviera ya en el grupo familiar, vista por todos, le revolvió el estómago y lo calmó a la vez. No sabía si le gustaba o no. Pero ahí estaba. Como si fuera parte de algo, aunque aún no tuviera claro qué.

—Y ahora… Mi equipo, somos ocho marines. Tengo que empezar por Dean. Es el mejor hombre que he conocido en mi vida.

CAPÍTULO 24

Miró el chat de la familia, donde la foto de los dos seguía colgada. La tía Vivian había escrito en cuanto Harrison la publicó.

Vivian:

Eso es, la tradición del asado no puede faltar cada vuelta a casa. Mis dos chicos son tan mayores.

Muchos emojis siguieron a sus mensajes corazones, caritas, copas brindando, pero los ignoró para ver lo que había escrito el tío Richard.

Richard:

Tráele una costilla a tu padre. Beberos una cerveza por mí, chicos.

Terry había escrito casi tan rápido como su padre.

Terry:

¿Un plan de chicos sin mí? Ya os vale, yo también quería costillas. La comida de Louise es la mejor. Os odio.

Tara:

Fuimos antes de ayer, no le hagáis caso. Es un envidioso. Feliz bienvenida de nuevo, cuñado. Tráeme un poco de tarta de queso, por fa.

Terry:

Traidora, ya comiste tarta de queso el otro día.

Tara:

Nunca se tiene suficiente tarta de queso. Guárdamela, Harrison, y nos pasamos a cenar en familia.

Vivian:

Tráele una a tu madre, por no comer conmigo hoy.

Richard:

Súmale la tarta a mis costillas, y si hay patatas asadas también voy a querer.

Terry:

Trae comida para todos, será mi regalo de bodas atrasado.

Harrison:

Ya te hice un regalo de bodas.

Terry:

Soy tu único hermano, hazme otro regalo. Cutre.

Sonrió al ver la conversación seguir creciendo, una cadena larga y absurda como tantas otras veces, llena de guiños y burlas que no necesitaban contexto. Parecía que nada había cambiado.

Estalló en risas al ver la foto de la cocina de los Black. La mesa estaba llena de la comida que Harrison compró en Louise para todos. Cuatro bandejas de costillas, varias fuentes con patatas, pan de maíz y hasta tres porciones de tarta envueltas en papel de aluminio. Los miró uno a uno, todos sonriendo felices y unidos a la cámara, sus caras iluminadas por la lámpara del techo y los platos de comida como centro del encuadre.

La sonrisa se le borró al ver los dos corazones que sus hermanos le habían dado a su foto con Harrison. Ningún comentario, solo lo que ellos entendían como un apoyo silencioso. No había ironía ni gesto amargo, solo dos símbolos mudos puestos ahí con cuidado. Desde luego, no se sentía apoyado, pero tampoco les pediría nunca que tomaran partido entre su padre y él. No era justo.

Tampoco había rastro de sus cuñados, pero suponía que querían mantenerse al margen de la discusión. Nadie quería echar más leña. Ni por él, ni por su padre.

Dejó el móvil cargando en la mesilla, se sentía agotado sin motivo concreto con la cabeza llena y una presión detrás de los ojos que no sabía si era por el cansancio o por todo lo que no decía. Repasó la tarde mientras hacía sus ejercicios de respiración para conciliar el sueño.

Se habían quedado horas en Louise hablando de los compañeros de Harrison. No le dio ningún tipo de información ni detalle sobre lo que hacían en sus salidas oficiales, pero sí de sus personalidades e historias en sus periodos entre misión y misión. Cómo se conocieron, lo que decían en los vuelos, en qué cosas confiaban o cómo mataban el tiempo en tierra.

No eran solo nombres, sino trozos de una vida que hasta entonces le había parecido cerrada con llave. Desde luego, no le extrañaba que no se aburriese. Había una lealtad evidente, un vínculo sin adornos, más fuerte que muchos otros que conocía. Era obvio que Harrison tenía una relación muy estrecha y especial con ellos.

Hermanos. Los llamaba por el título que solo debían llevar los que comparten la sangre, pero ellos habían forjado ese vínculo sangrando los unos por los otros. No hizo falta que lo dijera, pero lo entendió en la forma en que hablaba de ellos, en cómo mencionaba sus nombres sin adornos, como si lo que compartían estuviera más allá de cualquier explicación. Se sintió mejor al saber que había otras siete personas a las que sí podía hablarles de todos los fantasmas que guardaba solo para él. Saber que otros entenderían lo que pasaba en su trabajo y lo ayudaban a llevar la carga. No eran solo compañeros. Eran los únicos a los que podía mostrar todo lo que no dejaba salir con nadie más.

Se preguntó si alguna vez podría llegar a tener algo así. No en el mismo sentido, porque él no vivía bajo fuego, pero ese tipo de confianza sin condiciones, de saber que no estás solo ni siquiera en lo peor.

No hablaron de nada más. Harrison lo llevó de vuelta a su oficina para que pudiese recoger su coche y se despidió prometiendo que se verían pronto. No hubo abrazos al despedirse, ni gestos grandes, pero el peso de la conversación todavía lo seguía al cerrar la puerta.

Al volver a casa, encontró su baño arreglado y ninguna seña de la presencia de Harrison salvo la taza de café en su basura. Suponía que estaba acostumbrado a no dejar huella de su paso. A entrar, hacer lo necesario y desaparecer como si no hubiera estado. Le dio pena pensar en eso, en que un hombre con tan buen corazón tuviera que verse obligado a pasar desapercibido. Porque siempre supo que lo era. Desde pequeños, Harrison siempre protegía a todo el mundo, era el primero en alzar la voz cuando algo era injusto y mediaba en problemas sin dificultad; su padre solía decir que apuntaba maneras ya de pequeño. No estaba equivocado, pero ni él mismo habría imaginado cuánto resistiría con el paso de los años.

Tenía que estar hecho de una pasta especial para soportar todo lo que veía a diario y todavía tener ese corazón.

Sabía que probablemente se estaba aprovechando de su generosidad apoyándose en él, pero sentía que estaba a salvo, y en un momento donde el suelo bajo sus pies parecía agua helada a punto de resquebrajarse, necesitaba una tierra firme. Y él la ofrecía sin dudar, sin pedir explicaciones, sin exigir nada a cambio.

No sabía cuánto tiempo más podría apoyarse sin romper esa calma. Pero, por ahora, no podía renunciar a ese alivio.

Su cuerpo sucumbió al cansancio del día, arrastrándolo. Se dejó llevar más tranquilo de lo que había estado en semanas. No porque todo estuviera bien, sino porque por una vez no tenía que fingir que lo estaba.

HARRISON

Se despertó a las seis con un destino claro. Aparcó en su edificio y fue directo al parque. No se equivocaba, estaba allí y, a pesar de la hora, ya estaba a pleno rendimiento. Le bastó una sola mirada para reconocer su figura al fondo del sendero, y se sorprendió al sentir una punzada de anticipación en el estómago mientras lo buscaba con la mirada.

Miró asombrado cómo corría, habían pasado años desde la última vez que lo vio hacerlo, tendría unos diecisiete, y nada tenía que ver con el deportista que tenía delante. Su forma de correr era precisa y metódica, avanzaba concentrado a un ritmo imposible de igualar. Apenas había corredores a esa hora, pero se mantenían al margen, dejándole paso. Era evidente que reconocían en él algo que imponía respeto, aunque no supieran por qué.

Se sentó en el banco para mirarlo. Llevaba pantalones sueltos blancos a mitad del muslo, camiseta de asas del mismo color y zapatillas negras. Podía ver cómo sus músculos respondían al esfuerzo titánico que estaba haciendo, pero era obvio que su cuerpo

no estaba a pleno rendimiento, no había signos de agotamiento evidente. No era solo agilidad, era técnica, repetida tantas veces que ya no parecía esfuerzo. Respiraba de forma equilibrada y estable, no sudaba en exceso y su rostro estaba en calma, de hecho, se sorprendió al mirarle a la cara.

Estaba en paz, feliz, había una pequeña sonrisa en su rostro, sus ojos brillaban mientras corría y saltaba el pequeño puente que separaba el riachuelo entre las dos partes del río.

Parecía estar solo en su mundo, donde no existía nada más que el impulso de avanzar.

Era como si el mundo entero desapareciera mientras corría.

Contuvo el aliento, incapaz de dejar de mirarle. Estaba claro que James era feliz corriendo, no estaba contento, estaba pletórico mientras corría.

Pasó delante de él como un avión y se alejó varios metros antes de volver atrás.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendido al verlo. Sus ojos grises brillaban por la emoción, iluminados como nunca.

—Venía a correr contigo —admitió, señalando su ropa de deporte, que era pantalón negro y una camiseta de la marina.

—Genial, vamos —lo invitó James.

—No, que va. Paso —declinó, haciéndole un gesto para que continuara.

—¿Qué? ¿Por qué? —quiso saber James.

—No quiero que me humilles. Me quedaré aquí viéndote —le aseguró.

James estalló en risas, contagiándole la sonrisa. Era imposible no hacerlo. Esa risa era abierta, limpia, sin rastro del peso que llevaba en los ojos el día anterior.

—Vamos, marine. ¿Qué pensarían tus hermanos SEAL? ¿Ni siquiera vas a tratar de defender tu orgullo? ¿Cómo es eso que decís vosotros? —Miró al cielo, buscando las palabras adecuadas—. El único día fácil fue ayer.

Sonrió, incapaz de contener la sonrisa. Porque si para algo los entrenaba al convertirlos en SEAL, era a no rendirse sin luchar.

Y en ese momento, mientras lo veía reír bajo el sol, se prometió que no lo dejaría luchar solo.

Echó a correr para tomar ventaja y escuchó su risa detrás, clara, abierta, sin freno. Los SEAL tenían el entrenamiento más duro de todos los ejércitos, entre ellos correr con peso y en condiciones físicas imposibles, pero James era un atleta con todo lo que suponía la palabra y tenía un talento innato para correr. No solo lo adelantó, sino que hizo varias paradas que aprovechó para esperarlo y poder burlarse de él.

Cada vez que lo veía frenar y girarse con esa sonrisa de burla, notaba cómo algo en su interior se aflojaba. Era ridículo sentirse tan bien por algo tan simple, pero no podía evitarlo.

Fue una experiencia increíble y sorprendente. Le encantaba hacer deporte, se metió muy joven en la Marina y para él era una forma de mantener el cuerpo sano y la cabeza limpia de pensamientos intrusivos, una rutina que lo anclaba cuando todo lo demás fallaba. Era raro tener eso en común con James.

No solo raro. Reconfortante.

—¿Por qué no tenemos agua? —protestó mientras hacían estiramientos para enfriar.

—Mi casa está ahí —le recordó James de buen humor. Su carrera le había hecho esforzarse, tenía las mejillas rojas y lo había hecho sudar de verdad. Fue suficientemente satisfactorio verlo así, aunque hubiera perdido.

—Necesito agua —protestó mientras James lo empujaba para ir a su casa.

—Dúchate tú mientras preparo algo. Estás un poco mayor, empiezo a tener miedo de nuestro país si esto es lo que da de sí nuestros equipos especiales —se burló.

—Sería genial, pero no tengo ropa aquí, y sin ofender, tu ropa me haría parecer Hulk.

—Tranquilo, Hulk —le ordenó James riendo, desapareciendo en su habitación—. Usa este albornoz, es enorme, y pondré tu ropa en el lavado rápido. Estará seca en una hora máximo —le prometió.

Cuando salió apenas cinco minutos después, el aire estaba lleno del olor de los huevos revueltos y café, se le hizo la boca agua.

—Sigue yo —le dijo, cogiendo la espátula.

—Eso sí que fue rápido —lo eligió James.

—Precisión militar —presumió riendo, empujándolo con la cadera.

James se fue y volvió diez minutos después, cuando ya había terminado.

—Vaya banquete —dijo, sentándose en la isla.

Había puesto arándanos para los dos, terminado los huevos y tostado un poco de pan con aguacate y queso fresco.

—Pagas tú, así que siéntete en casa —lo invitó.

James rio entre dientes mientras rellenaba su taza hasta arriba de café.

Comieron en silencio un rato, los dos cansados y relajados.

—Eres un corredor increíble.

James asintió con una sonrisa discreta.

—Me encanta —confesó—. Es mi actividad favorita. Si tuviera que elegir solo una cosa que hacer en la vida sería correr. Soy capaz de pasar sin todo lo demás, pero no puedo dejar un día sin mi carrera.

—Igual que yo. Todas las mañanas necesito hacer deporte, me pone de buen humor —comentó—. Me siento más activo y me prepara para el día.

—Me pasa lo mismo —coincidió James.

—Me gusta el ejercicio, pero ¿sabes lo que me gusta más?

James negó mientras comía.

—¿Disparar? —aventuró.

—Qué amable eres —replicó con una falsa sonrisa—. No, nadar. Me gusta el agua, sentir que puedo imponerme al mar, impulsar mi cuerpo a través de las olas.

Había algo casi adictivo en esa lucha constante con la fuerza del agua, una resistencia que no podías negociar. No importaba cuánto supieras o cuántos años llevaras entrenando, el mar no perdonaba errores. Quizá por eso le gustaba tanto: porque no había margen de respuesta si no estabas entregado al cien por cien.

—Bueno, tiene sentido, quiero decir. Eres marine, SEAL. Una gran parte de vuestro entrenamiento es acuático, ¿no? —opinó James.

—Sí. ¿No vas a preguntarme si es verdad que nos atan los pies y las manos y nos hacen hundirnos en una piscina profunda? Todo el

mundo quiere saber eso.

James frunció el ceño, apartando ligeramente el plato vacío.

—Voy a pasar. Pensar en cómo os torturan no es lo mío. Gracias, no —rechazó, cogiendo la cafetera para volver a rellenar su taza.

Rio por lo bajo, apoyando el codo en la encimera mientras lo observaba. Se fijó en cómo movía la cuchara en la taza sin mirar, con esa concentración silenciosa que parecía parte de él.

—Mañana es sábado —le recordó.

La cara de James decayó al instante.

—Ya —musitó, removiendo su taza con concentración.

—¿Vas a ir al cumpleaños? —preguntó.

—¿Te lo contó tu madre? —sospechó James.

Negó con la cabeza.

—Terry —aclaró—. ¿Vas a ir?

—Todavía no lo sé —admitió James—. Si decido que no voy, ¿podrías llevarle el regalo por mí?

—Podría, pero me gustaría que te lo pensaras bien —le pidió.

—¿Dices que debería ir? —planteó.

—Nunca te diría qué hacer, es un tema muy personal. Pero creo que tienes que olvidarte de los demás y centrarte en ti. Si crees que no tienes que ir, no vayas —aconsejó.

James suspiró.

—Quiero a mi sobrino, no quiero ser ese pariente raro al que no ves nunca y nadie recuerda porque ya no es parte de la familia —reconoció.

—¿Puedo preguntar cuándo fue la última vez que viste a alguno de tus sobrinos?

James miró su plato vacío.

—Hace más de dos meses. Antes los veía todas las semanas, pero las cosas están raras con mis hermanos y no quiero…

—Ya sé —interrumpió, tratando de contener su carácter. No quería desahogarse con él.

—Compré su regalo hace tres días, es un set para pintar con los dedos y un montón de libros de animales, porque odia pintar paisajes —explicó James con tristeza.

—Podrías pasarte a dárselo el día antes o después —sugirió.

James negó.

Su mirada seguía fija en el fondo de la taza, como si allí pudiera encontrar una solución que no llegaba.

Se le tensaron los hombros, atrapado entre lo que sentía y lo que pensaba que debía hacer. No podía obligarlo, pero habría dado lo que fuera por quitarle de encima esa presión absurda que lo hacía dudar de su lugar en la familia. Aunque, estaba dispuesto a admitir, se lo estaban poniendo difícil para no pensar eso.

—Tengo que tomar una decisión sobre esto y otras cosas, es que… estoy un poco desbordado, ¿sabes? Siento que tengo que hacer muchas cosas y tengo miedo de decidir por dónde empezar porque creo que una vez ponga la primera pieza las demás caerán a toda velocidad y no estoy listo para eso. ¿Tiene sentido? —preguntó mientras seguía jugando con la cucharilla, sin atreverse a mirarlo directamente.

—Yo diría que sí. ¿Estás necesitando la medicación o haciendo terapia? —se atrevió a preguntar con cuidado.

—Días mejores y peores —admitió James—. Poca medicación y más hacer cosas que me relajen, y terapia una vez al mes para asegurarme de poder hablar con alguien que sea objetivo y dejar salir mis pensamientos.

Asintió en silencio, aliviado de saber que estaba recibiendo ayuda, aunque fuera a su ritmo.

—Tú también estás ayudando mucho —dijo James—. Quería darte las gracias, está siendo una temporada extraña y convulsa, y tú me das normalidad. Es un regalo inesperado y quiero que sepas que siempre estaré agradecido por cómo te tomaste mi noticia. Soy consciente de que hiciste un gran esfuerzo para no enloquecer y…

Levantó una mano, pidiéndole que parase.

—No hice ningún esfuerzo. Cero. Eres gay, no tienes una enfermedad terminal, ni hiciste nada malo. Deja de decirlo como si fuera una condena a muerte. Solo eres gay. Sin más historias y excusas.

James le dedicó una pequeña sonrisa agradecida.

—Lo soy. Gay —puntualizó cuando notó que lo observaba aún, sin apartar la mirada.

Asintió, con una leve sonrisa.

—¿Notas un vuelco en el estómago cuando lo dices en voz alta? —le preguntó, con media sonrisa, intentando suavizar el momento.

James dejó salir una carcajada.

—Sí. Y también como se me revuelve el estómago —reconoció, poniéndose en pie—. Pero voy mejorando. Un día lo diré sin sentir que me ahogo un poco.

—Prueba a decirlo conmigo. Lo sé todo sobre primeros auxilios —sugirió, medio en broma.

—Paso, pero te llamaré cuando me peguen un tiro.

Le devolvió la sonrisa sin decir nada, sabiendo que esa forma de esquivar la emoción también contaba como un paso adelante.

CAPÍTULO 25

Había pasado una mala noche, dando vueltas en la cama mientras intentaba tomar una decisión sobre el cumpleaños.

No quería fallarle a Gavin. Ni empeorar la situación, por otra parte, ya iba a empeorar cuando supieran que era gay. Aunque podría no contárselo a nadie y entonces... se le encogió el pecho al pensar en pasarse toda la vida teniendo que ocultarle a los demás algo tan importante. Pasar años actuando como si no tuviera nada que ocultar. La sola idea lo asfixiaba.

Toda la noche en ese bucle de incertidumbre y desasosiego lo tenía roto. Salió a correr y, en medio de su carrera, pensó en una excusa. Podría ir a casa de Ellie y Bruce, desearle un feliz cumpleaños a Gavin y usar el trabajo como pretexto. Era pequeño, no descubriría la mentira. No era lo que quería hacer, pero tampoco encontraba otra forma. No sabía cómo presentarse allí sin temer que su sola presencia molestara a alguien.

Volvió a casa y se saltó el desayuno para prepararse. Recogió el regalo de su estudio y se encaminó a casa de su hermana. Era estúpido estar tan nervioso por ir de visita un rato, pero el corazón le iba a doscientos por hora cuando pulsó el timbre.

—Ya voy yo —escuchó decir a Bruce.

—Oh. Hola, James —lo saludó, sorprendido.

—Hola —repitió él, sin saber muy bien qué decir.

Se quedaron un rato en silencio, mirándose mutuamente sin que ninguno de los dos dijera o hiciera nada. No sabía si abrazarlo o pedirle disculpas. Y Bruce tampoco parecía tenerlo claro.

—¿Quién está en la puerta? —preguntó Ellie, asomándose al marco de la cocina para poder ver la entrada—. James —dijo, sorprendida.

Se secó las manos y fue hacia ellos.

—Pasa, tonto, no te quedes en la puerta —le ofreció mientras se acercaba. Sus ojos se detuvieron en el regalo que llevaba envuelto —. James... —murmuró, con ese tono que no supo si era reproche o pena.

Apretó la mandíbula, esforzándose por no reaccionar. Acababa de quedarle muy claro que su hermana sí, había tomado partido. Y que le doliera no servía de nada.

—¡Gavin, el tío James está aquí! —anunció Bruce con rapidez, evitando que alguno de los dos dijese algo más.

El niño dio un chillido y salió corriendo hacia él, bajando las escaleras a toda velocidad. Se agachó para abrazarlo con fuerza.

—Feliz cumpleaños, colega —le dijo, tendiéndole el regalo.

—¡Gracias, tío James! —contestó, abriéndolo todo allí mismo. Sonrió mientras lo veía chillar de emoción viendo sus nuevos colores y libros.

—¿Puedo empezar a pintarlo?

—Claro. Pero oye —añadió, bajando la voz—, no puedo estar hoy en tu cumpleaños. Tengo mucho trabajo y, por desgracia, no puedo escaquearme —le dijo, sintiéndose fatal.

Gavin lo miró con el ceño fruncido.

—Lo sé, es un asco. Pero ¿sabes qué? Cuando esté más libre, pasaremos una tarde haciendo lo que tú quieras —le prometió, agachándose para estar a su altura.

—¿Podemos ir al cine a ver una película de dibujos y comprar muchas palomitas? —preguntó Gavin, ilusionado.

—Claro, lo que quieras —accedió.

Gavin se lanzó a sus brazos, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, tío James —le agradeció al separarse—. Voy a elegir el dibujo más chulo para pintarlo y enseñárselo a mis amigos —anunció mientras recogía y corría al salón.

Miró a su hermana y a su cuñado. Los dos lo estaban observando. Y por un segundo, se preguntó si no estaba haciendo lo mismo que siempre: estar presente sin estar.

—Pasad un buen día —les deseó, dándose media vuelta.

—James, ¿podemos hablar de esto? —le preguntó Ellie, saliendo detrás de él al porche.

—No —respondió, bajando las cuatro escaleras con paso firme, sin girarse.

—En algún punto vas a tener que ceder —le dijo Ellie.

Se dio la vuelta, con el corazón acelerado y un sentimiento que no supo si era rabia o tristeza. Se sentía traicionado. No solo por lo que decía, sino por el tono. Ese tono blando, razonable, como si la culpa fuera suya por resistirse.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no lo haga?

Ellie lo miró boquiabierta, como si no hubiera considerado esa posibilidad.

—Y entonces, ¿qué vas a hacer? —lo interrogó ella—. ¿Te pierdes el cumpleaños de Gavin, luego el 4 de Julio? ¿Acción de Gracias? ¿Navidad? ¿Todo por una…? —Se quedó callada, como congelada, pero su boca ya la había traicionado.

—Dilo —la apremió, sin moverse—, por una tontería. Es lo que pensáis todos. Mamá lo dejó claro, tú acabas de hacerlo.

—No —dijo ella con rapidez—. Papá no actuó bien, te lo dije. Todos lo sabemos. Solo es que… —Ellie miró a Bruce, que seguía en la puerta con los brazos cruzados.

Bruce negó con la cabeza, sin decir ni una palabra. Como si tuviera claro que esa conversación no era suya, ni tampoco su problema.

—No es para tanto, ¿no? —preguntó Ellie, sonando un poco desesperada—. Papá no es violento, y tú lo sabes. Las cosas entre vosotros han estado tensas los últimos años, pero creo que…

—¿Por qué? —la interrumpió, notando cómo se le tensaban los músculos del cuello.

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Por qué está tensa la situación entre papá y yo? Dime, Ellie, ¿qué hice tan malo para que me fuera relegando poco a poco hasta llegar aquí? ¿Cuál fue mi ofensa?

Ella inclinó la cabeza y apretó los labios. La forma en que evitó su mirada decía más que cualquier excusa.

—No quiero discutir contigo, James —dijo finalmente—. No quiero ser la causante de que tengas otro ataque de pánico.

Eso sí dolió. Un golpe seco, inesperado, directo a donde más dolía. Letal. No solo por lo que dijo, sino por la forma. Como si su ansiedad fuera un arma en su contra. Como si no poder respirar a veces lo volviera menos creíble.

—¡Ellie! —protestó Bruce.

—Eso no es justo y lo sabes —le dijo a su hermana, ignorando a su cuñado—. Yo no elijo ponerme así. Solo pasa. Te aseguro que no lo disfruto en lo más mínimo. Puedo tener una discusión, civilizada. No voy a desmayarme solo por intercambiar opiniones.

—Lo siento, yo… —intentó disculparse ella, pero la herida ya estaba hecha.

—Me da igual —mintió, sin fuerza—. Puede que necesite espacio de toda esta familia.

—James, espera. No te vayas así —le pidió Ellie.

Subió a su coche sin mirar atrás, alejándose con rapidez. Le temblaban las manos al sujetar el volante, pero al menos tenía el control del resto.

Fue una mala idea ir desde el principio. Tenía que haberlo sabido.

HARRISON

—Mira qué forma de recibir. Es una vergüenza —se quejó su padre mientras veían la televisión.

—El tipo es rápido, dale un segundo —replicó sin entusiasmo, hundido en el sofá con la vista puesta en el partido, pero sin atención real.

Terry entró por la puerta principal con cara seria.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre, alzando una ceja.

—Tara acaba de llegar a casa de Ellie para ayudarle a preparar la comida para los niños, y Ellie le dijo que James había ido hace un par de horas.

—Eso no suena bien —dijo su madre, entrando con la ensalada que llevarían a la comida de cumpleaños.

—Discutieron y James no le coge el teléfono. Ellie tiene miedo a que le pasara algo en el coche.

Se le heló la sangre. La frase fue como un disparo seco al pecho. Se sentó más recto sin darse cuenta, con la mandíbula apretada. Lo conocía. Sabía lo mal que lo pasaba cuando algo lo desbordaba.

—James no coge el coche cuando está nervioso —dijo su padre con rapidez—. Estoy seguro de que solo está evitando seguir discutiendo con ella.

Sacó el móvil del bolsillo y probó a llamarlo. No hubo respuesta.

No se lo pensó. Empezó a escribir de inmediato.

Harrison:

Ya sé lo de Ellie, dime si está todo bien. Estoy preocupado.

—Está en línea —anunció, sin levantar la vista del teléfono. Los puntos comenzaron a moverse. Lo estaba leyendo. Estaba escribiendo.

James:

Estoy bien. No quiero seguir discutiendo. Cometí un error, no tenía que haber ido.

—Está bien —les aseguró, soltando el aire que no sabía que contenía—. No quiere seguir peleando —dijo, aunque seguía con la pantalla en la mano, esperando algo más.

—Dios mío —murmuró su madre, santiguándose—. Ya le dije a Jessica que le dejaran tranquilo una temporada. ¿Por qué están tan empeñados en forzarlo? Es mejor dejar que todo se calme. No van a

conseguir nada así. Gavin es un niño, solo necesita a sus primos para celebrar.

Su padre gruñó dándole la razón, y eso ya era decir bastante.

—¿Por qué discutió con Ellie?

Terry se dejó caer a su lado en el sofá, resoplando con fastidio.

—Ellie dice que no, pero se puso de parte del tío Carl —le contó su hermano, bajando la voz.

—Eso estaba claro —murmuró sin disimular el tono ácido.

Su padre asintió otra vez, más lento esta vez.

—¿Le echó la culpa por no querer pedirle perdón al tío Carl? —aventuró, aunque ya lo sabía.

—Intentó disimular, pero Bruce dice que sí lo hizo —contestó Terry encogiéndose de hombros.

—Siempre fueron niños de papá, los dos —dijo enfadado—. Y me parece bien la relación que tienen con el tío Carl, pero en esto no tienen razón. Podían apoyarlo por lo menos. Es lo que uno espera de su hermano. Lo están forzando a hacer algo que no quiere y lo están llevando a un límite peligroso.

Su padre lo miró fijamente, con una expresión que no usaba a menudo. Preocupación real.

—Hijo, ¿sabes algo que nosotros debamos saber? —le preguntó con cautela.

—Sé que lo está pasando muy mal y que no es justo. No necesito saber nada más —respondió con firmeza, sin apartar la vista del teléfono.

La frustración le bullía por dentro. No podía hacer mucho, pero no iba a quedarse de brazos cruzados.

Desbloqueó el móvil y escribió sin pensar dos veces.

Harrison:

Te invito a comer.

James:

Hoy no soy buena compañía. Otro día.

Le dolió el estómago al leerlo, como si algo se le encogiera por dentro. Otra vez solo. Otra vez encerrándose en ese lugar al que nadie parecía poder llegar.

—Me voy —anunció, poniéndose en pie de golpe.

—¿A dónde vas, cielo? La comida de cumpleaños empieza en media hora —le recordó su madre, desde el comedor.

—No voy a ir —dijo, como si fuera lo más evidente del mundo—. Voy a casa de James.

—No te dejará entrar. Querrá estar solo —le advirtió Terry desde el sofá.

Chasqueó la lengua mientras cogía las llaves del coche de su padre del aparador. No pensaba discutir.

—Suerte que sé forzar cerraduras —replicó, dejando caer las llaves en el bolsillo con un gesto seco. Y al girarse, los miró uno a uno con la expresión seria—. Sé que los queréis a los dos, pero fuisteis vosotros los que me enseñasteis a distinguir lo que está bien de lo que está mal. Y esto, esto, no está bien.

—Hijo… —empezó su padre, con voz contenida.

—Uno no mira hacia otro lado cuando alguien se equivoca. Vuestra obligación es decir con claridad lo que pensáis y tomar partido —espetó, con los hombros en tensión, la mirada fija en él sin parpadear—. Tú me enseñaste a proteger y cuidar, y ahora le estás fallando a los dos. El tío Carl tiene que dejar de comportarse como un déspota y disculparse con su hijo. Solo eligió otra vida, nada más y nada menos. Dijo que no al mapa que le pintaron para seguir. Nadie merece que lo aparten por tener decisiones propias.

—Ya lo sabemos, hijo —le aseguró su padre.

—¿Qué pasará si mañana se enteran de otra cosa que no les guste de James? ¿Le obligarán a quitarse el apellido? ¿Fingirán que no existe? Ningún hijo debería tener miedo a su familia, mucho menos a su padre. Nadie debería estar obligado a fingir ser alguien que no es.

Ninguno de ellos respondió. Su padre bajó la mirada, su madre seguía inmóvil con la fuente en las manos y Terry apretaba los labios, con los brazos cruzados sobre el pecho. Nadie se atrevía a decirle que estaba equivocado. Ninguno negó lo que acababa de decir. Y eso fue casi peor.

Se fue sin despedirse, casi temblando de rabia. Sentía la garganta seca, los músculos tensos, el pulso golpeándole el cuello. ¿Por qué no lo entendían? ¿Cómo era posible que algo tan obvio siguiera siendo invisible para todos?

El móvil pitó con un nuevo mensaje al sentarse tras el volante.

> **Terry:**
>
> Pase lo que pase, elija lo que elija, voy a estar de parte de James.

Tragó saliva, desbordado por una emoción que no supo nombrar, pero que le caló hondo.

CAPÍTULO 26

Después de volver a casa enfadado y triste, decidió salir a correr. Necesitaba deshacerse de todos esos pensamientos.

Le ardía la cara desde que salió, no por el frío ni por el esfuerzo, sino por lo que había oído. Lo que su hermana le había dicho seguía repitiéndosele sin descanso, una frase detrás de otra. No era la primera vez que discutían, pero nunca había dolido así.

Salió sin ruta fija, marcando un ritmo exigente desde el primer kilómetro, sin mirar el reloj. Volvió a casa solo cuando las piernas empezaron a temblarle por el sobresfuerzo y se sorprendió al comprobar que habían pasado casi tres horas.

Lo notó entonces: no había corrido para aclararse, sino para castigarse por no poder ser como ellos. Había apretado los dientes tanto tiempo que la mandíbula le dolía.

Consiguió meterse en el baño y darse una larga ducha que relajara sus músculos doloridos. El agua le recorrió los hombros, pero no le quitó la sensación de estar fuera de lugar en su propia casa. Ni siquiera allí se sentía a salvo.

Salió del baño y fue directo a la cocina, esperando encontrar algo rápido de comer. No era hambre. Solo quería hacer algo que no implicara pensar, y no mirar el teléfono esperando una llamada que sabía que no iba a llegar.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, llevándose la mano al pecho al ver a alguien sentado en su sala—. ¡Harrison! ¿Cómo entraste aquí?

Él sonrió desde el sofá. Parecía que llevaba allí un buen rato porque se había quitado los zapatos y tenía una cerveza sobre la mesa.

Estaba sentado con la espalda recta, relajado. Había cruzado un tobillo sobre la rodilla y apoyaba un brazo en el respaldo, ocupando

espacio con la naturalidad de quien está acostumbrado a esperar sin impaciencia. Estaba perfectamente instalado. Como si no se le hubiera pasado por la cabeza que podía no estar invitado.

—Por la puerta —contestó, como si fuera obvio.

—¿Hiciste una copia a mi llave? —lo acusó.

—¿Para qué querría una? —replicó él, desconcertado.

—¿Para entrar en mi casa sin mi permiso después de decirte que no quería verte? —insistió.

—Corrección. No necesito una llave para entrar en tu casa y no me prohibiste venir, dijiste que eras una mala compañía, pero resulta que a mí no me importa.

Lo miró incrédulo, esperando alguna explicación más. No entendía en qué momento había perdido el control de su propio espacio.

—A lo mejor solo quería estar solo —murmuró.

—No molesto. Puedo quedarme aquí callado, veré lo que tú veas —aseguró.

Dejó salir una risa, incapaz de creer lo que escuchaba. Su voz sonó cansada, más rendida que divertida.

—No iba a ver nada. Solo iba a quedarme en el sofá.

—¿Qué? ¿Viendo a la nada? Eso es raro —opinó Harrison.

—¿Y será menos raro si lo hacemos los dos? Dijiste que verías los que yo viera. Pues quiero ver la tele apagada.

Harrison clavó sus ojos azules en él.

—¿Recuerdas que soy un SEAL? Nos entrenan por si nos capturan, puedo ver la televisión apagada todo el tiempo que quieras.

Ni siquiera pestañeó al decirlo. El tono era tan seco que por un segundo no supo si hablaba en serio.

Dejó salir otra risa.

—Eres increíble —soltó, negando con la cabeza.

—Lo sé —afirmó Harrison, sonriendo.

—No era un halago —puntualizó.

—¿Ah no?

—No —confirmó, abriendo la nevera para coger un refresco—. Tengo hambre, pero no quiero cocinar. Y te digo desde ya que no voy a hablar del tema.

—Muy bien —aceptó Harrison sin protestar—. ¿Pizza? —propuso.

—Sí, claro. —Volvió al salón y fue hasta el sofá, sentándose al otro lado—. Seré bueno, puedes elegir la película.

Hundió los hombros en el respaldo y apoyó los talones sobre el borde de la alfombra.

—Vale. ¿Qué me dices de ver la última de Mundo Jurásico? —sugirió, mirando la pantalla.

—Me vale —concedió—. ¿Sabes usar la app para pedir comida?

Harrison lo miró con malicia.

—No, enséñame —se burló.

Empujó su muslo con el pie, a modo de protesta.

—No pidas nada raro —le advirtió.

—Nada en absoluto. Pensaba pedir, cebolla, pollo, salsa barbacoa, carne picada, salsa de queso y…

—Jamón y queso. Punto —lo amenazó, volviendo a empujar su pierna.

Harrison rio entre dientes mientras buscaba en su móvil.

Tecleaba con lentitud deliberada, recreándose en cada pulsación solo para sacarlo de quicio.

—Te vas a perder la fiesta de cumpleaños —le recordó, aunque no quería, pero no era justo que se quedara allí arrinconado con él.

—Estamos haciendo nuestra propia fiesta —respondió Harrison, dejando el móvil sobre la mesilla.

—Vale —musitó, agarrando un cojín y poniéndolo en su regazo—. ¿Cuánto tarda la comida?

—Veinte minutos, nos da tiempo a ver cinco dinosaurios como mínimo —le aseguró.

Se rio otra vez mientras se acomodaba, con el cuerpo girado hacia él sin darse cuenta. Estaba cansado, pero no quería que se marchara. Puede que no estuviera tan mal tener compañía.

HARRISON

Se despertó con un dolor de cuello insoportable. Se llevó la mano a la zona, preguntándose, todavía medio dormido, cómo se había hecho tanto daño. También le dolía el brazo izquierdo.

Abrió los ojos e intentó averiguar qué le pasaba.

James estaba agarrado a su brazo con las dos manos y la cabeza apoyada en su hombro. Hacía años que no estaban así de cerca.

Observó sin ser capaz de digerir el sentimiento de sorpresa. Lo tenía encima, literalmente encima, como si no quisiera soltarlo, como si algo dentro de él, incluso dormido, supiera que estaba a salvo allí.

Sus pestañas espesas y oscuras reposaban sobre sus pómulos altos. Sus labios estaban separados, entreabiertos en una respiración tranquila. Era un hombre apuesto; su pelo rubio estaba despeinado, pero no le restaba ni un ápice de belleza. Dormido, tenía algo vulnerable. Algo que normalmente no dejaba ver.

Lo tenía pegado al cuerpo, respirando contra su cuello, y no recordaba la última vez que alguien había dormido tan cerca de él.

Parecía tranquilo y en paz. Tuvo que coger aire con fuerza, sorprendido por el sentimiento de protección que lo barrió por completo. Quería proteger a Jamie, asegurarse de que estaba bien y verlo recuperarse con la fuerza que sabía que tenía. Le bastaba con mirarlo para querer quedarse ahí. No sabía si era por el cansancio, por el silencio o por el calor del cuerpo pegado al suyo, pero no quería que ese momento terminara.

James no era de los que pedían consuelo, pero sí de los que necesitaba su espacio. Y eso sí podía dárselo. Sin preguntas. Sin condiciones. Solo estar a su lado.

Pasó un dedo por su pómulo. Su piel era suave y estaba templada. Recorrió su mandíbula sin rumbo fijo, subió a su sien y cruzó su frente hasta su nariz, dándole un pequeño toque en la punta. Sonrió al verlo suspirar y frotar la cara contra su brazo.

El gesto fue leve, casi infantil. Y no supo si verlo le dolía o le calmaba. Lo que sí sabía era que se le clavó dentro sin hacer ruido. Era solo un roce, pero le llegó entero.

Todavía sonriendo, cogió un cojín y se lo puso en el cuello. No quería moverse. James parecía muy cómodo y sabía que necesitaba el descanso.

Sacó su móvil para ver la hora. La televisión estaba apagada y, a juzgar por la luz que entraba por la ventana, no faltarían muchas horas para el amanecer.

Eran las cinco. Se sorprendió al ver que tenía un mensaje de Dean.

Dean:

¿Rafting mañana?

Harrison:

¿Puedo llevar a alguien?

Bloqueó el móvil y se puso cómodo. Dean no le respondería hasta la mañana.

La vibración del móvil lo quitó la razón.

Dean:

Claro. Aviso a Mark y vamos en kayak de dos. ¿Dónde siempre a las ocho?

Harrison:

Hecho.

Entró al chat con su hermano. Era domingo y vendría a desayunar con Tara a la casa familiar.

Harrison:

No iré a desayunar, ni a comer. James está bien, vamos a salir a dar una vuelta.

A pesar de la hora, Terry contestó enseguida.

Terry:

No hay problema. Papá y el tío Carl se enfadaron, creo que es la primera vez que los veo discutir de verdad.

Se puso más recto al leer la pantalla y James soltó un ruido disconforme. Lo miró para ver si se había despertado, pero parecía dormido.

Harrison:

¿Qué pasó?

Terry:

Que el ambiente se fue calentando cuando quedó claro que James no iba a venir. El tío Carl se enfadó y empezó a hacer algunos comentarios, tía Jessica tampoco estaba contenta.

Harrison:

¿Ellie no le dijo que estuvo allí por la mañana?

Terry:

No, pero se enteraron cuando Gavin sacó los regalos de James. Papá se lo llevó dentro de la casa para hablar y escuchamos los gritos desde el jardín. Papá se fue hecho una furia y el tío Carl también.

Harrison:

Ya era hora.

Terry:

No lo sé, estoy preocupado por todos. Ellie se echó a llorar al verlos marchar. Tío, la familia se está yendo a la mierda.

Harrison:

Para sanar un hueso mal curado hay que romperlo y colocarlo en la posición correcta.

Terry no respondió.

Volvió a dejar el móvil y cerró los ojos. No le gustaba que estuvieran peleados, pero tampoco la forma en la que se comportaban con todo ese asunto. Lo habían convertido en algo incómodo, intocable, como si hablar de ello fuera más grave que lo que había pasado realmente.

Aquello venía de lejos, aunque nadie lo dijera en voz alta. No era solo por James. Había grietas en esa familia desde hacía años, líneas que todos esquivaban para que no estallara nada. Pero ahora había explotado, y una parte de él se culpaba por no verlo antes.

Se le erizaba la piel solo de pensar que se enteraran de que James era gay. No por lo que fueran a decir, sino por cómo iban a mirarlo después.

Necesitaba dejar una realidad más tranquila para Jamie, y no podría volver a descansar tranquilo hasta que la familia lo entendiera, o al menos, lo dejara en paz.

CAPÍTULO 27

—Jamie.

Se giró para seguir el sonido. Conocía esa voz.

—¿Por qué estás tan cerca? —preguntó con esfuerzo, apartando su cara con la mano.

Harrison rio contra su palma. Estaba arrodillado a su lado en el sofá, donde al parecer se habían quedado dormidos.

—Porque llevo diez minutos intentando despertarte sin éxito —le contestó Harrison, poniéndose de pie.

Se sentó con dificultad, pasándose la mano por la cara. Todavía tenía el cuerpo lento por el sueño, pero no estaba cansado. Había dormido bien, más de lo que recordaba en semanas, y eso lo dejó desorientado.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

—Temprano. Tenemos que irnos, tienes diez minutos —le ordenó, entrando en la cocina.

—Vale —aceptó, todavía dormido—. ¿Diez minutos para qué?

—Nueve minutos, Jamie —lo apremió Harrison.

Se levantó todo lo rápido que pudo, fue al baño para prepararse y, al ir a ponerse ropa limpia a su habitación, encontró que Harrison había elegido un bañador de pantalón corto, una camiseta y unas zapatillas para que se pusiera. Todo estaba ordenado sobre la silla, esperándolo. Se lo puso, todavía más dormido que otra cosa. Ni siquiera se cuestionó por qué estaba obedeciendo sin discutir. Solo quería salir de ese estado de niebla.

Harrison llamó a la puerta.

—¿Qué? —preguntó, bostezando.

—No te pongas ropa interior —le pidió antes de irse silbando.

—¿Cómo? —preguntó boquiabierto. Abrió la puerta con rapidez—. Es muy temprano para ir a la playa.

—No vamos a la playa —le contestó Harrison, asomándose al pasillo.

—¿Por qué quieres que lleve bañador sin ropa interior? ¿Vamos a la piscina?

—No vamos a la piscina. Hazme caso, me lo agradecerás —le aseguró Harrison.

—Lo dudo —murmuró. Aun así, hizo caso y salió de vuelta a la sala, donde reconoció una de sus mochilas colgada del brazo de Harrison.

—Parece un chiste —dijo, riendo al ver lo ridícula que le quedaba la mochila a su cuerpo.

—Soy muy gracioso —contestó Harrison sin inmutarse—. Desayuno —le dijo, pasándole su termo del trabajo lleno.

—Dios, sí —musitó, abrazando el frasco. Le quemaba un poco en las manos, pero no lo soltó.

Harrison volvió a reír, le puso la mano en la espalda y lo guio fuera de la casa. Le dio el primer sorbo a su café con un gemido de gusto mientras veía a Harrison cerrar la puerta de su casa.

Siguió bebiendo mientras bajaban en el ascensor y dejó que lo llevara del brazo hasta el coche. No hacía preguntas. No le quedaban fuerzas para pensar en nada más que seguir caminando.

Se subió al asiento sin dejar de beber. Harrison levantó una ceja, evidentemente de buen humor.

—Tú no hagas nada —protestó, a pesar de la risa que le salió al tener que abrocharle el cinturón

—Yo todavía estoy en el sofá, soñando con dinosaurios —le aseguró.

Harrison cerró la puerta riéndose.

—Tenemos algo más de una hora de camino, puedes dormir un poco.

—No, no. ¿Te acompaño, a dónde dijiste que íbamos? —preguntó, intentando saber qué iban a hacer.

—No lo dije —le contestó Harrison, sacando el coche al tráfico—. Hay emparedados en la mochila, come algo si no quieres dormir.

Necesitarás la energía.

La verdad es que fue un viaje corto que hizo mientras intentaba adivinar, comía y compartía con Harrison, ya que al conducir no podía hacerlo por sí mismo.

Iba despierto todo el tiempo, siguiendo el paisaje sin prestar atención y dejándose llevar por la voz de Harrison cuando hablaba.

—Ya estamos —le anunció Harrison de forma innecesaria, aparcando entre dos furgonetas.

Apenas tuvieron tiempo de apagar el contacto cuando un tío grande abrió la puerta y sacó a Harrison para envolverlo en un abrazo.

—¡Hermano! —le gritó, abrazándolo.

El movimiento fue tan brusco que le sacudió hasta el respaldo. Salió del coche mirándolos. Le sonaba ese tipo, pero no sabía de qué. Era enorme, de los que llenaban el espacio sin esfuerzo.

—El Olímpico, hola de nuevo —se giró a la voz.

—Tú otra vez —murmuró, reconociendo a Dean.

Él le dedicó una amplia sonrisa y le tendió la mano.

—¿Listo para hacer rafting? —le preguntó Dean.

Abrió los ojos con sorpresa, mirando alrededor. Estaban en un mirador, rodeados de bosque. Solo árboles, tierra seca y alguna roca suelta. Ni rastro de agua. Ni corriente, ni sonido, ni olor a río. Nada que indicara que allí se hacía rafting.

—¿No le avisaste de lo que veníamos a hacer? —adivinó Dean al ver su cara de pánico—. Hermano, ¿cómo lo traes sin decirle nada?

Harrison se acercó, con el brazo por encima de los hombros del desconocido.

—Hacíamos rafting en familia, sabrá manejarlo —le aseguró a Dean—. ¿A que sí? —preguntó, mirándole directamente a los ojos.

Le devolvió la mirada antes de responder.

—Bueno, supongo que sí. Lo peor que puede pasar es que me caiga de la barca y estoy con dos SEAL. Supongo que sobreviviré.

—Tres —le corrigió el otro, aunque ya lo suponía. Tenía un acento texano mucho más fuerte que el de los otros dos—. Yo soy Mark —se presentó, tendiéndole la mano.

—Él es el Olímpico —lo presentó Dean.

—James —lo corrigió Harrison, mirando a Dean con una mirada asesina.

—¿Qué prefieres? —quiso saber Matt, dejando a Harrison para acercarse más a él—. ¿Olímpico o James?

—James, sin ninguna duda —le respondió.

Matt asintió, le puso las dos manos en los hombros, mirándolo muy finamente.

—Olímpico —decidió muy serio. Soltó una carcajada y le dio una palmada que casi lo tira al suelo.

Dean impidió la caída, sujetándolo del otro brazo. No era un hombre pequeño, pero ese tipo era muy fuerte.

El golpe le cruzó el hombro como un ladrillo. Dio un paso atrás para recuperar el equilibrio, mientras notaba aún la vibración en la espalda. No le dolía, pero le dejó claro que no quería enfrentarse a él ni medio en broma.

—Controla, Mark —le ordenó Harrison—. ¿Estás bien? —le preguntó, preocupado.

—Sí, me tomó por sorpresa su fuerza. Por Dios —dijo, tocándose el hombro—. Él sí que podría ser Hulk. No habría un albornoz suficientemente grande, lo convertiría en bufanda.

Harrison rio a carcajadas.

—¿Quién es Hulk? —preguntó Dean, confundido.

—Harrison —contestó sin dudar, echándose a reír, agarrándose al brazo de Harrison.

Mark y Dean se quedaron viendo cómo los dos se reían, incapaces de respirar.

—¿Tú entiendes algo? —oyó preguntar a Mark.

—Algo —contestó Dean, sonriendo sin dejar de mirarlos.

)

—Que alguien me responda, ¿todavía sigo vivo? —preguntó en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, mientras dejaba que su cuerpo flotara en el estanque natural donde se habían detenido tras el descenso.

—Afirmativo —respondieron tres voces a la vez.

La risa se le atascó en la garganta por el cansancio. No tenía ni idea de cuántas horas habían pasado, pero el sol estaba en todo lo alto. Había sido una pasada. Desde el minuto uno.

Harrison le había dado nociones básicas que le sonaron en cuanto las escuchó y lo ató con unos cinturones al kayak para evitar que pudiera salir despedido.

Se ajustó con rapidez en la zona más tranquila y, cuando los rápidos empezaron, volvió a ser un niño en el parque de atracciones.

Era increíble hacer eso con ellos. La precisión que tenían, la forma en que se compenetraban, incluso la manera de moverse. Todo parecía coreografiado, sin necesidad de palabras. Le resultaba imposible no admirarlos.

Por un segundo tuvo un destello de lo que serían en el campo de batalla y tuvo lástima de los insensatos que se cruzaran en su camino.

La cara de Harrison apareció sobre él. Estaba sonriendo, y sus ojos azules brillaban más claros que el cielo que los rodeaba. La felicidad le sentaba bien, esa sonrisa era nueva, no la había visto antes. Casi podía sentir la energía saliendo de él en oleadas.

—¿Sabes que el agua te da por las rodillas si te pones de pie? —le dijo, sin dejar de sonreír.

—Para eso tendría que tener rodillas sobre las que levantarme —replicó sin moverse. El cuerpo le pesaba, pero no solo era agotamiento físico.

—Chicos. Conseguimos romper al atleta olímpico —bromeó con voz triunfal, los ojos centelleando por la diversión.

—Oh no. Tú no —le soltó, sin pensarlo.

Lo agarró del brazo tomándolo desprevenido, bajó la pierna apoyándola en la orilla y lo hizo rodar por encima de él, usando su pierna como soporte sobre su estómago para hacerlo dar como una voltereta. Por un segundo vio la cara de sorpresa de Harrison antes de que cayera al agua de forma estrepitosa.

—Cinturón azul de taekwondo, marine de pacotilla —se burló. Escuchó los aullidos de risa de Dean y Mark, pero no se quedó, a pesar de que empezaron a aplaudir. Se puso de pie en un segundo y

se zambulló, usando la fuerza de su cuerpo para alejarse antes de que Harrison tratara de vengarse.

Nadó dando lo mejor de sí, alejándose hacia donde había pequeñas cataratas rodeadas de vegetación, que rompían el silencio en la parte más alejada del claro.

Estuvo a punto de cantar victoria, pero en cuanto se sumergió para ocultarse, notó dos fuertes brazos atrapándolo por la espalda.

—¿A quién llamas tú marine de pacotilla? —le murmuró Harrison al oído, tan cerca que el aire le rozó la piel mojada.

Se rio, sintiendo la felicidad burbujeando por todo su cuerpo.

—A ti —contestó sin dudar—. Tú te lo buscaste.

—Puede ser —cedió Harrison.

—Llévame a la orilla, creo que se me van a caer los brazos. No puedo seguiros el ritmo —se quejó.

Harrison lo hizo darse la vuelta mientras se reía. Lo agarró de la cintura sin pestañear. Sus piernas se movieron sin permiso, rodeándole la cintura, mientras pasaba los brazos por sus hombros para sujetarse. Todo su cuerpo ardió en donde se estaban tocando, pero Harrison no parecía incómodo, solo le sonreía.

—Nadie lo diría, cinturón azul de taekwondo —se burló Harrison, manteniéndose a flote por los dos, una de sus manos se posó en su muslo—. ¿Cuándo fue eso?

—En la universidad, después de dejar el atletismo. Necesitaba quemar energía. Mereció la pena solo por ver el miedo en tu cara —soltó, sin quitarle los ojos de encima.

Harrison tenía el pelo negro pegado a la frente, los ojos azul cielo fijos en los suyos, las gotas resbalando por su cara perfecta. La boca entreabierta, el puente recto de la nariz, la mandíbula marcada y tensa.

Estaban tan cerca que podía contarle las pestañas mojadas. El calor entre los dos, bajo el agua, le subía al pecho sin aviso. Sentía su aliento en la cara, y por un momento se le olvidó cómo se respiraba.

No podía evitarlo.

Harrison echó la cabeza hacia atrás, riéndose de su broma.

—No estaba asustado, me tomaste por sorpresa. Eso no es honorable, por cierto. Un hombre de verdad pelea cara a cara —dijo, y su mano seguía sujetándole el muslo, firme, sin apuro. No la retiró. No parecía tener intención de hacerlo.

Lo miró a los ojos y se le cortó la respiración al ver lo cerca que estaban sus caras.

—Soy un hombre de verdad —dijo en voz baja, porque le parecía importante decirlo. No por él, por Harrison. Por lo que significaban las palabras en sí, porque necesitaba que lo supiera.

Harrison asintió, y sus ojos bajaron a su boca.

—Lo sé —musitó, lamiéndose los labios sin apartar la vista.

Apretó los brazos alrededor de su cuello, inclinándose hacia delante, atraído por él como si él fuera la luna y Harrison la tierra. Era imposible no dejarse envolver por esa fuerza.

No había pensamiento capaz de frenarlo, solo esa necesidad de acercarse, de sentir más. Como si algo en su cuerpo hubiera reconocido la dirección incluso antes que su cabeza. La piel pedía contacto, sin argumentos ni condiciones.

Los dedos de Harrison se clavaron en su muslo con fuerza. Estaban temblando, aunque no supo si por frío o por lo que estaba ocurriendo.

La presión le hizo tensarse, no de miedo, sino de algo que le atravesaba por dentro y no sabía cómo nombrar.

Cogieron aire al mismo tiempo, compartiendo el aliento. El corazón iba a explotarle en el pecho, y por un segundo se preguntó si el suyo iría así de rápido.

Bajó la mano por su hombro hasta el lugar que cubría su corazón. El latido le pegó con fuerza contra la mano, llamándolo, susurrándole que no estaba solo. Pero ya había caído antes a ese barranco, ya había estado seguro de que iba a estar a salvo antes de acabar destrozado contra el pavimento.

Tenía que moverse. Se habían acercado tanto durante esos meses que no quería hacer nada que pudiera alejarlo de nuevo. Habría dado cualquier cosa por quedarse ahí, pero no podía arriesgarse. No ahora. No sin estar seguro. Alzó la cabeza para decírselo, para

asegurarse de que él supiera que no iba a hacer nada, que estaba bien con lo que tenían ahora.

No tuvo tiempo. Los labios de Harrison cubrieron los suyos, temblando. Fue tan leve que al principio pensó que lo había imaginado. Pero estaba ahí, cálido, exacto, contenido. Una pregunta que ya llevaba demasiado tiempo sin respuesta. No hubo urgencia, ni torpeza. Solo un roce suave, inseguro, que le cortó el aliento de raíz.

Se quedó paralizado. De nuevo era aquel adolescente de rodillas, suplicando a su primer amor que no se fuera. El mismo miedo, la misma certeza de que lo que estaba pasando era demasiado.

Esperó el empujón y la vergüenza del rechazo. En lugar de eso su lengua le lamió el labio, pidiendo permiso, suplicando perdón.

Dejó salir un suspiro que quedó atrapado entre los dos cuando Harrison deslizó la lengua en su boca. El contacto fue suave, pero lo atravesó como un rayo. El mundo se apagó a su alrededor, reducido a ese punto exacto donde se tocaban.

Jadeó sorprendido, miles de puntos parecieron encenderse en su piel en un segundo, se unieron como pequeños hilos que conectaron cada ínfima parte de su cuerpo con su corazón, que estalló en miles de pedazos y se rehízo cada vez que sus lenguas se encontraron.

Lo sintió endurecerse contra su cuerpo, y la adrenalina consumió su cuerpo, ahogándolo en un deseo tan crudo y poderoso que le arrebató el aliento.

Jadeó, incapaz de contener esa emoción que lo aguijoneaba de una forma implacable. No había pensamiento, ni juicio. Solo piel, calor y un impulso que no quería frenar.

Cada roce era una sacudida directa al estómago. Las manos le temblaban. Ya no sabía si se estaba aferrando a Harrison o a sí mismo. Se apretó más, buscando algo sólido entre tanta sensación.

Harrison chupó su labio inferior. Una de sus manos le rodeó la espalda, acariciándosela de forma suave, calmándolo. El contraste lo desarmó aún más.

Lo que había empezado como una chispa se había convertido en incendio.

Harrison le atrapó la boca con una lentitud que no tenía nada de tímida. Lo besaba con decisión, con la boca abierta, húmeda, envolvente. Sus labios lo atrapaban y lo soltaban como si no pudiera decidir entre devorarlo o saborearlo.

Todo su cuerpo perdió la razón, se deshizo sobre él. Metió la mano entre su pelo mojado, agarrándose a su cuello para acercarlo. Necesitaba más, más intensidad, más profundidad, más de todo lo que pudiese tener.

No era hambre. Era urgencia. El cuerpo pidiéndolo todo a la vez. El control que tanto le había costado mantener se le escapaba entre los dedos. Y por primera vez, no hizo nada para detenerlo.

Gimió de nuevo, apretando sus pechos juntos, frotándose contra él sin vergüenza ni control. Nada en Harrison intentó frenarlo. No esa vez.

No hubo espacio para el miedo. Solo ese deseo que ya no podía disfrazar. Ni una sola parte de su cuerpo se mantuvo al margen. Lo quería entero.

—Deja al Olímpico, Harrison. Vamos a comer, podrás vengarte luego —gritó Mark desde la orilla.

Los dos se congelaron, mirando hacia donde sonaba su voz para comprobar que no estuviera muy cerca.

—¡Ahora vamos! —gritó Harrison.

—Harrison, lo siento. Yo… —intentó disculparse, separándose de él. ¿En qué estaba pensando al abordarlo así?

Harrison lo miró como si fuera la primera vez que lo veía. Le dedicó una pequeña sonrisa, algo desconcertado, y se sumergió, alejándose de él.

Se quedó un rato más, dándole tiempo a su cuerpo a tranquilizarse. El agua seguía en calma, pero él no. Seguía notando sus manos, su boca, el cuerpo contra el suyo. Miró al cielo, sin saber qué hacer. ¿Lo habría estropeado todo?

CAPÍTULO 28

HARRISON

Sabía que tenía que decir algo, lo que fuera. Cualquier cosa que le quitara a James ese gesto decaído y esa mirada intranquila, pero Mark tenía un oído excelente y no dejaba de hablar.

Estaban tomando unos bocadillos y cervezas en un merendero que había en la zona. La mesa era de piedra, áspera al tacto. Las botellas sudaban, dejando cercos húmedos sobre la superficie rugosa, y James no había probado bocado desde hacía rato. Tenía las manos sobre las rodillas y los hombros caídos.

—Oye… —le dijo Dean cuando Mark se fue a recoger los remos para subir hasta donde estaban los coches.

Miró a su amigo, agradeciendo la distracción. Cualquier excusa para dejar de mirar a James.

—¿Sabes esa cosa que te dije que me estaban ofreciendo? —preguntó Dean.

Lo miró unos segundos sin entender hasta que recordó.

—La oferta de trabajo —adivinó.

Dean señaló a James con la cabeza, mirándole con gesto ultrajado.

—¡Es un secreto! —le recordó Dean.

—Ya se lo conté antes, no se lo va a decir a nadie —le aseguró.

—Yo no haría eso —le prometió James enseguida—. Me iré para daros un momento.

—No hace falta, ya lo sabes —le dijo, agarrándolo de la muñeca para evitar que se levantara del banco—. ¿Qué novedades hay?

Notó cómo se tensaba bajo su mano. El gesto había sido automático, pero lo soltó enseguida, como si el contacto le hubiera quemado.

—No hables de esto delante de Matt —le advirtió Dean a James—. Voy a contárselo a la vuelta, pero aún no lo sabe.

—No te preocupes por mí, no lo haré —le aseguró James.

—Ya tengo fecha —le anunció Dean.

El estómago se le contrajo, y por un segundo pudo olvidar ese beso con el que llevaba obsesionado la última hora. La palabra "fecha" se le quedó flotando en la cabeza, demasiado definitiva, como una cuenta atrás que no había visto venir.

—¿Ya? —preguntó, intentando no impresionarse.

Dean asintió.

—Me retiraré de servicio después de Navidad —anunció con una sonrisa animada.

—Estamos a veintinueve de junio. Quedan seis meses para Navidad —le dijo como si él no lo supiera.

—Lo sé —concedió Dean—. ¿Estás bien?

Imaginó que no podía tener buena cara, porque James también lo miraba preocupado. Sintió el peso de ambas miradas sobre la piel, como si lo evaluaran sin querer. No sabía qué rostro estaba poniendo, solo que le ardían los músculos de la cara de tanto tensarlos.

—Sí, sí. Claro. Es solo que no lo esperaba tan pronto. ¿Y qué elegiste al final? ¿Guardaespaldas o seguridad? —inquirió, tratando de controlar su rostro.

—Seguridad. Quiero algo tranquilo, para cuidar de los míos —le recordó Dean, como si no lo supiera.

Asintió, y de nuevo intentó que le salieran las palabras, pero sentía que estaba al final de algo que había llegado demasiado rápido.

No dijo nada. Solo sintió esa presión en el pecho que llega cuando algo cambia y aún no sabes qué hacer con ello.

—Felicidades —dijo James a su lado con sinceridad—. Harrison me dijo que eres el mejor SEAL y que eres excelente en tu trabajo. No tuvo que ser una decisión difícil. Renunciar a algo que te gusta es

difícil, pero si tú estás seguro, sigue a tu instinto. Al final tú eres el que tiene que vivir con las decisiones que tomas. Te deseo la mejor de las suertes.

Dean se quedó mirando a James un rato. Parecía sorprendido. No era habitual que alguien le hablara así a la primera. Lo miró un segundo, buscando su mirada antes de volver su atención de nuevo a James.

—Gracias, tío. ¿Quieres ver fotos de mi sobrino? Es el niño más listo del mundo —dijo Dean, buscando su móvil para empezar con su hobby favorito: mostrar a su familia.

Mientras Dean parloteaba sin parar, aprovechó el gesto de estirarse hacia una cerveza para agarrar la mano de James bajo la mesa.

Él dio un pequeño sobresalto, pero no se apartó. Le dio un apretón para darle las gracias por haberlo salvado de una situación incómoda. Cuando se separó, James tenía una pequeña sonrisa en su rostro. Discreta, pero real. Le bastó con eso.

Entre los cuatro recogieron los kayaks y subieron la ladera de la montaña hasta donde habían dejado los coches aparcados. Los cargaron en la furgoneta de Dean y se separaron prometiendo volver a verse pronto.

No hubo abrazos. Solo palmadas en la espalda y frases rápidas. Era una despedida como cualquier otra, pero él sabía que esta vez no lo era.

Emprendieron el camino a casa en silencio, sin intercambiar palabra.

Dean se iría. No se imaginaba el día en que tuvieran que enfrentarse a misiones sin él, pero ya era un hecho y no podía hacer nada al respecto.

Lo había sabido desde que lo oyó hablar de su sobrino. Desde que lo vio con la sonrisa que le salía al pensar en otra vida, lejos de armas, lejos de todo esto. Pero una cosa era saberlo, y otra muy distinta empezar a perderlo.

Dean había sido muy sincero sobre sus motivos para irse. ¿Podía, como amigo, intentar que se quedara? ¿Sería justo para Dean?

A veces le daban ganas de hacerlo. Decirle que no era el momento, que lo necesitaban, que no podía dejarles ese hueco.

Pero tragaba cada una de esas frases antes de abrir la boca. Porque sabía que no eran por Dean. Eran por él. Por no enfrentarse al vacío que iba a dejar.

Se sintió como la peor basura del planeta. Amaba a su amigo. Dean era como su hermano, y era obvio que estaba feliz con la decisión.

Tenía que apoyarlo, porque aquello no se trataba de él, sino de lo que Dean necesitaba para tener una buena vida.

Una vida larga, tranquila, con gente que lo esperara en casa. Lo había visto ilusionado con la idea. Con ese futuro. Y tenía todo el derecho a quererlo. Sin embargo, la idea de perderlo se le atragantaba en la garganta.

No sabía cómo sería el equipo sin él.

No sabía cómo sería él sin Dean.

—Harrison —le llamó James—. Ya llegamos —le indicó, señalando su edificio.

—Sí, sí —aceptó, mirando la fachada.

—Tienes derecho a estar enfadado —le dijo James.

—¿Qué? —inquirió, desconcertado.

—Con Dean. Tienes derecho a estar enfadado. Es tu amigo y quieres que sea feliz, pero te sientes abandonado y molesto. Es normal. Aunque sea ley de vida, los cambios son difíciles.

Se giró para mirar a James mejor, sorprendido porque fuera capaz de leerlo tan bien.

Creía haber disimulado. Había perfeccionado ese arte durante años. En el campo, en los pasillos del cuartel, en casa. Pero James lo había visto igual. No solo eso: lo había entendido.

—Parecía feliz —señaló, no muy orgulloso de lo rencorosa que sonó su voz.

James asintió con una sonrisa comprensiva.

—Lo era, y le hace ilusión volver a la ciudad. Es normal, parece un hombre muy familiar. Me extraña que no esté casado y con un par de hijos —le dijo James.

—A mí también —admitió con reticencia—. Creo que eso le gustaría.

—Se quedó todo lo que pudo para cuidaros —le consoló James.

Y eso dolía más. Saber que lo había hecho por ellos. Que había alargado algo que ya no quería por lealtad.

—¿Cuándo te hiciste tan sabio? —preguntó en broma.

—A veces viene bien escuchar la perspectiva de otra persona. Ayuda a aclarar las ideas —le dijo James, sonriéndole. Cogió la mochila de la parte de atrás y salió del coche.

—Gracias por interrumpir antes. No se me ocurría qué decir —le agradeció.

James rio, cerró la puerta y se asomó por la ventanilla.

El pelo aún húmedo de la excursión, pegado a la frente.

—Sí sabías qué decir, pero sabías que no era lo que él necesitaba escuchar. Ni algo de lo que te sentirías orgulloso después.

—Es un resumen muy exacto, sí —admitió con vergüenza.

Lo que más le sorprendía era que tuviera razón. Que lo conociera tan bien, y tan rápido.

—Además, no se abandona a un soldado caído, ¿no? —le preguntó sonriendo—. No creo que tengas nada por lo que preocuparte. Por la forma en que Dean te miraba, también lo entiende —le aseguró James.

—Es mi mejor amigo —se limitó a decir.

—Eso es bueno, porque te conoce. Y entenderá mejor que nadie que necesitas hacerte a la idea.

—Espero que sí. No quiero ser esa persona tóxica y gilipollas que no sabe alegrarse por las decisiones que toman sus amigos.

James estalló en risas.

—Que te estés preocupando por ello ya indica que no eres ese tipo. Dúchate, cena algo y duerme. Mañana lo verás más claro.

James se despidió con la mano y desapareció dentro de su edificio.

Se quedó un rato mirando las puertas de entrada, con el volante aún entre las manos. No pensaba en nada en concreto, pero tampoco podía irse.

El coche estaba en silencio, pero en su pecho había una punzada persistente, terca, que no sabía si era tristeza, culpa o algo peor.

Deberían haber hablado de lo que pasó entre ellos, pero no tenía energía y no quería decir algo que no debía. Era un asunto demasiado importante como para tratarlo a la ligera. No quería empeorarlo con una frase mal elegida. No quería que se convirtiera en algo de lo que arrepentirse.

Suspiró, agotado. Empezaban a acumulársele los problemas.

Siguió el consejo de James. Volvió a casa, cenó algo con sus padres, que estaban muy callados, y subió a su habitación. No preguntaron, y él no ofreció explicaciones. Solo necesitaba llegar a su cuarto, cerrar la puerta y quedarse a solas con el silencio.

No pudo dormir. Su mente iba de James a Dean como un bumerán. Cada vez que se detenía en uno, el otro lo arrastraba de vuelta.

Lo de James era tan intenso y desconcertante que prefería examinarlo fríamente cuando tuviera la cabeza más despejada. Su situación con Dean era significativamente más sencilla.

Dolía, sí. Pero no lo confundía. Y eso era un alivio.

Harrison:

Siento haberme portado como un capullo. No contaba con que todo pasara tan pronto.

Dean:

Capullo.

Se rio entre dientes mientras volvía a escribir.

Harrison:

Eres mi hermano. Quiero lo mejor para ti. Si eso es lo que quieres, entonces te apoyaré hasta el final.

Dean:

Eso no lo pondría en duda nunca. Para mí tampoco es fácil. No sé quién soy sin el ejército, pero estoy deseando conocerme de nuevo y empezar a disfrutar de la vida.

Leyó el mensaje tres veces. ¿Disfrutar la vida? Eso es lo que estaban haciendo, ¿no?

Pero ni siquiera él lo creía del todo.

Incluso en su mente sonó raro. Creía firmemente en su misión como SEAL y en lo que defendían, pero no podía considerar que fuera precisamente divertida.

Nunca se lo había preguntado. Y ahora que lo pensaba, no tenía una respuesta clara.

Era intensa. Exigente. Vital. Pero no era disfrute. Era otra cosa. Algo que venía de más atrás. De la necesidad de tener una causa. De no detenerse.

Quería a sus hermanos de armas, y por descontado que habían vivido buenos momentos juntos, pero era un porcentaje pequeño en comparación con las horas que pasaban en misiones o entrenando.

Incluso la camaradería tenía su límite cuando todo giraba alrededor de la tensión, la espera, el miedo.

Dean había tenido el valor de dar ese paso. De hacerse esa pregunta. Él no.

Frunció el ceño mientras giraba y miraba por la ventana, más confuso aún que antes.

Si no era eso lo que llamaban vivir… entonces, ¿qué había estado haciendo todo este tiempo?

¿Y qué haría ahora, cuando los demás empezaran a seguir su propio camino y él se quedase quieto, sin saber qué buscar?

CAPÍTULO 29

HARRISON

Cuando bajó temprano a la cocina por la mañana, su padre estaba rellenando su taza para llevar con café.

—Buenos días, hijo —lo saludó.

Se fijó en su cara. No parecía haber descansado bien.

Tenía ojeras marcadas, el ceño fruncido, la espalda más rígida de lo normal.

Los mensajes de Terry volvieron a su cabeza. Puede que su padre todavía no se hubiera arreglado con el tío Carl.

—¿Día difícil o noche dura? —preguntó, cogiendo una taza para sí mismo y sentándose en la mesa de la cocina.

Su padre soltó un largo suspiro antes de girarse.

—¿Sabes cuántas veces he discutido con tu tío en toda mi vida? —le preguntó.

—Nunca os he visto hacerlo —admitió.

—Tres —le dijo él—. Todas por trabajo. Crecimos juntos, entramos juntos en la academia y servimos juntos.

—Siento haber sido duro el otro día —se disculpó con sinceridad.

Los penetrantes ojos oscuros de su padre lo observaron mientras se sentaba en la mesa y quedaban frente a frente.

No había juicio en su mirada. Solo cansancio. Y una preocupación que parecía ir más allá del orgullo herido.

—Dijiste la verdad. Cuando quieres a alguien tiendes a infravalorar los fallos que comete. El cariño llena esos vacíos que probablemente no consentirías a otra persona. Quiero mucho a tu tío, pero también

quiero a James, y llevo años mordiéndome la lengua. Ayudo a James en todo lo que puedo y hago de colchón cuando Carl carga contra él.

El enfado lo hizo apretar la taza con fuerza entre los dedos.

Sabía que la relación era tensa, pero no así. No con esa frecuencia, ni con esa intensidad.

No sabía que dolía tanto oírlo así, en voz alta. Saber que la situación era peor de lo que pensaba. Que no era una mala racha, sino algo sostenido.

Un patrón. Uno que su padre había estado encubriendo con silencio.

—Traté de hablar con Carl, de hacerle entender, y a veces te juro que estuve seguro de que lo había logrado. Pero siempre vuelve a la carga cuando James hace algo que le disgusta.

—¿Fue violento con James antes del día de la despedida?

—¡No! —le aseguró su padre, horrorizado—. Por supuesto que no habría permitido tal cosa. Ninguno lo habríamos hecho.

Soltó con dificultad la taza, tentado a estamparla contra la pared por la rabia. Le hervía la sangre de solo imaginar a James aguantando algo así en silencio, sin decírselo.

—Es que no lo entiendo —admitió delante de su padre—. No es para tanto. No quiere ser policía. ¿Y qué pasa?

Lo vio en la cara de su padre, claro como el día que empezaba a abrir tras la ventana. Había algo más. Algo que no le estaba contando.

Su padre le ocultaba algo. Y no estaba seguro de querer saber qué era.

Vio cómo giraba la taza que aferraba con las manos, haciéndola a un lado, y cómo meditaba sus palabras antes de hablar de nuevo.

—Quiero que me contestes algo. Y quiero que me digas la verdad —le pidió, clavando de nuevo los ojos en los suyos.

Asintió, con el corazón latiendo como un loco.

Ahí estaba. La pieza que no encajaba. Por fin iba a saber por qué demonios era tan horrible que James no siguiera la profesión familiar.

—¿Tuviste algún tipo de relación con James?

Se quedó petrificado. Helado. La pregunta le atravesó como una descarga eléctrica. Obligó a su rostro a no mostrar nada, ni un ápice del pánico que lo estaba dominando.

—¿Cómo dices? —preguntó, orgulloso de lo tranquila que sonó su voz.

Su padre parecía dividido entre la incomodidad y la determinación. Ese era el policía, no el padre. El que interrogaba cuando olía que algo no cuadraba.

—Cuando volviste a casa para recuperarte de la misión del Líbano… ¿Te acostaste con James el cuatro de julio, antes de volver al ejército?

—¡Por supuesto que no! —contestó indignado—. ¿Cómo te atreves?

Los ojos de su padre seguían vigilándolo como un halcón.

—James era muy joven. Jamás lo habría tocado de ninguna manera inapropiada —se defendió, enfadado.

—Solo eres cinco años mayor que él. Los dos erais jóvenes, esas cosas pasan. Habías bebido, James se te insinuó y…

Dio un golpe fuerte a la mesa que pareció doblegarse bajo su peso. El estruendo sacudió el aire entre ellos como un disparo.

—Jamás —dijo lleno de rabia—. Y no voy a consentir que contéis esas cosas de él. Eso no sucedió.

Su padre se había echado hacia atrás, abandonando la taza que había caído con su manotazo.

Estaba cruzado de brazos, el gesto tenso, casi defensivo.

—Carl jura que os vio en la cama, a punto de tener sexo —insistió él.

—Mentira —siseó, perdiendo la paciencia— Terry estaba dormido en la cama de al lado. ¿Crees que follaría delante de mi hermano pequeño? ¿Con toda la familia en casa? No me faltes al respeto. Me criaste mejor que eso —le exigió, señalándolo con el dedo acusadoramente.

Las palabras salieron con un filo que él mismo no esperaba. Una mezcla de furia, decepción y algo más profundo, más personal.

Su padre pareció perder el fuelle. Se llevó las manos a las sienes, no supo si lo que sentía era vergüenza… o derrota.

No entendía cómo alguien había podido sostener esa idea durante años sin decir nada. Ni cómo había llegado tan lejos como para repetirla en voz alta, convencido de lo que decía era verdad.

—Júramelo, Harrison. Dime que no pasó —pidió.

—Te lo juro —contestó sin dudar.

—No lo entiendo —murmuró él, angustiado—. ¿Por qué mentiría Carl en algo así?

—Fue eso. Por eso empezó a tratar mal a James. Cree que es gay —musitó, horrorizado.

Se le heló el estómago al decirlo en voz alta. Ya no era solo una sospecha: era una certeza que lo había infectado todo desde el principio. Cada gesto, cada palabra áspera, cada maldito reproche de su tío cobraba un nuevo sentido.

La cara de su padre se lo dijo todo.

—Lo hablé con tu madre. Ella dijo lo mismo que tú. Que nunca harías eso. Pero… luego James no quiso hacerse policía, rechazó las Olimpiadas, empezó a retraerse… y todo parecía indicar que Carl decía la verdad.

—Estás de broma —le espetó con desprecio.

—¿Por qué mentiría Carl con algo así? Tuvo que ver algo que…

—James vino a verme esa noche —volvió a decir sin dudar—. A pedirme que no volviera al ejército porque le daba miedo que acabara muerto. Eso es todo —mintió sin inmutarse.

No le tembló la voz. No apartó la mirada. Se aferró a esa mentira con la misma firmeza con la que había protegido a James en aquel momento. No iba a ceder ahora. Porque James no iba a defenderse y alguien tenía que hacerlo por él.

Su padre volvió a mirarlo.

—Dijo que os vio en pleno acto —añadió.

Dejó salir el aire de un bufido, fuera de control.

—Mintió. Dijo algo horrible de su hijo y lo hizo parecer… —No terminó la frase.

Sintió cómo el calor subía desde la nuca hasta los ojos, empañándolo todo. Se puso de pie como un animal encerrado, conteniendo las ganas de ir a la casa de enfrente y partirle la cara a su tío.

—Cálmate —le ordenó su padre.

—No —negó, furioso—. ¿Vas a disculpar que dijera algo tan horrible de su propio hijo? Incluso aunque James fuera gay, no se comportaría así. Nos educasteis a todos. Tenemos principios.

—Ya lo sé —murmuró su padre, agobiado—. Por eso siempre defendí a James.

—Pero te lo creíste —lo acusó—. Te creíste esa porquería y, en vez de venir a hablar conmigo, permitiste que lo tratara mal. Además, se supone que yo también estaba teniendo sexo. A mí nunca me trató mal.

—Tú eres un hombre…

Lo vio cerrar los ojos, arrepentido al instante por lo que acababa de decir. La frase quedó en el aire, tensa, sin que ninguno supiera qué hacer con ella.

—No te creo —murmuró, sintiendo el cuerpo frío y caliente al mismo tiempo—. De eso va esto. No es que lo pillara teniendo sexo. Es que, en su mente retorcida, James es el pasivo. La mujer. Y se siente humillado por lo que supuestamente hizo su hijo.

Su padre palideció, pero no aflojó un ápice. Estaba tan enfadado que podría romper las paredes de esa maldita cocina a puñetazos.

—¿Y qué pasa si a mí me gusta que me den por el culo?

—No digas eso —le exigió su padre, con un tono que pretendía ser firme, pero sonó más asustado que enfadado.

—Puede que me encante. Que mientras estoy en Virginia deje que me follen cada noche. ¿Y sabéis qué? No sería menos hombre. Seguiría siendo un SEAL, seguiría siendo marine y seguiría siendo tu maldito hijo.

—¡Baja la voz! —ordenó él, poniéndose en pie—. No me hables así, soy tu padre.

—¡Y yo tu hijo! —bramó a voz en cuello.

La rabia le abrasaba por dentro. Sentía la piel tirante en la cara, los ojos húmedos de pura furia.

Ellie y Sam entraron corriendo por la puerta trasera, alarmados por el grito. Como vivían en la misma calle y tenían los mismos turnos solían compartir coche con sus padres. Sam frenó en seco al verlo de pie. Ellie se quedó paralizada en el umbral.

—¿Qué demonios os pasa? Se oyen los gritos desde la calle —dijo Ellie, preocupada.

Su padre no apartó los ojos de él, parecía querer decir algo, pero no acababa de decidirse. Seguía mirándolo, los labios apretados, como si aún intentara encontrar las palabras adecuadas.

—Aparentemente soy gay y un desvergonzado, que se acuesta con críos de instituto con su hermano durmiendo a menos de dos metros.

Escuchó el aire cortarse en los pulmones de Ellie y Sam. Una respiración contenida, como si acabaran de ver un accidente en directo y, al verlos, supo que ellos también lo sabían. No necesitó más. Lo supo en sus ojos, en la forma en que bajaban la mirada y fue como recibir una bala en el pecho.

La injusticia le asfixió con una presión brutal, caliente, que no encontraba salida. No era solo por James. Era por todos los momentos en que había confiado en ellos, en que pensó que al menos no serían parte del problema cuando supieran la verdad. Y ahí estaban los dos. Callados. Cómplices.

—Todos lo sabíais. Todos menos James, que se está medicando y yendo al psicólogo porque no entiende el rechazo de su propia familia —les reclamó, encolerizado.

La voz le temblaba del esfuerzo por no gritar más. ¿Cuántas veces habían mirado hacia otro lado? ¿Cuántas veces le habían dicho a James que se lo estaba imaginando?

—Por el amor de Dios. ¿Qué pasa? —preguntó su madre, asustada, bajando las escaleras todavía en bata.

—Voy a decir esto alto y claro. A todos. Yo nunca me acosté con James. No tengo ni idea de por qué vuestro padre se inventó algo tan horrible sobre su propio hijo. Pero no es verdad y no voy a consentir que nadie siga diciendo esas mierdas.

Ya no hablaba solo con rabia. Hablaba desde un lugar más hondo: el desprecio. No por James si no por todos los que le habían fallado.

Salió como un huracán por la puerta, directo al coche patrulla donde el tío Carl estaba esperando. Todo su cuerpo estaba hecho de rabia, pura necesidad de actuar, de gritar, de romper.

Lo vio salir del coche al verlo acercarse hecho una furia.

—Harrison, para. ¿Qué vas a hacer? —preguntó su padre, saliendo corriendo detrás de él junto a los demás.

No se detuvo. Tenía las manos cerradas en puños desde hacía rato. El pecho le ardía.

Empujó a Carl contra el coche, quitándole el aire.

—¿Por qué mientes? Dímelo a mí, a la cara, mirándome a los ojos. ¿Cuándo me acosté yo con tu hijo? Vamos.

Él balbuceó, pero se recuperó rápido.

—Os vi el cuatro de julio. Vi lo que hacíais. Fue asqueroso —le soltó.

El corazón le martilleaba en las sienes. Cada palabra que escuchaba era gasolina. Dio un golpe en el capó del coche y Carl se encogió. Estaba usando toda su contención para no deshacerle la cara a golpes.

—¿Qué viste? ¿Nos pillaste a punto de follar? Dame detalles. ¿Qué coño viste?

Terry apareció de la nada, agarrándolo de la cintura.

—Harrison, vamos a hablar. Tranquilízate —le pidió su hermano.

Era policía, pero ni de lejos tenía su forma física. Lo apartó sin esfuerzo, de un empujón seco, haciéndolo chocar con Sam.

No recordaba haber estado así de enfadado en toda su vida. Era rabia, frustración, y la decepción más pura. No sabía por cuál de todas las cosas gritaba dentro de su cuerpo.

—Lo viste de rodillas, delante de mi cama. ¿A que sí? —lo presionó sin perder el foco, dejando que la rabia se lo comiera por dentro.

—Sí —respondió Carl, con el mismo desprecio de siempre.

—¿Estábamos desnudos? Dilo. ¿Estábamos desnudos? —exigió, cada palabra más hiriente.

—Aún no —respondió Carl, igual de furioso que él.

Volvió a empujarlo contra el coche. El cuerpo de Carl rebotó contra la chapa y soltó un gemido ahogado, pero no le importó. Ya no había marcha atrás.

Había acusado a su hijo de algo repugnante. Destrozó su vida con una mentira.

—No viste una mierda, porque no había nada que ver. Nunca toqué a tu hijo de forma inapropiada, ni James a mí. Jamás pasó, solo vino a pedirme que no volviera al ejército porque tenía miedo de que muriera. Eso es todo. Eso es lo único que pasó esa noche. Inventaste lo que querías ver y lo colocaste en tu cabeza para hacerlo retorcido y sucio. ¿Sabes lo que hiciste? Le robaste la confianza a tu propio hijo. Lo condenaste por una fantasía que solo existe en tu mente podrida. ¿Qué se siente al saber que eres un puto paranoico homofóbico de mierda? ¿Al darte cuenta de que alejaste a tu hijo por nada?

Vio el miedo en sus ojos, la confusión, el desconcierto de alguien que ya no sabe si defenderse o esconderse, y atacó donde más dolía porque, si no lo hacía, le haría daño de otra forma. A puños. A gritos. A golpes. Todavía podía escuchar los sollozos de Jamie al preguntarse qué pasaría cuando todos supieran que era gay. Esa fragilidad en su voz. Esa mirada llena de culpa cuando volvieron a verse que nunca debería haber existido. Ahora ya tenían la respuesta. No lo aceptarían nunca.

—No te lo mereces. Eres poco padre para el hijo que tienes —le dijo con desprecio. Le ardía la cara, el pecho, los brazos. Cada célula de él quería golpear algo.

Volvió a la casa a zancadas, empujando a Sam con el hombro, ignorándolos a todos. No escuchaba lo que decían, no quería. Veía todo rojo. El pasillo se le hizo estrecho, cada paso fue más rápido que el anterior.

Subió directo a su habitación y recogió todo en un minuto, moviéndose sin pensar, dejando que el cuerpo actuara por instinto. El hábito de hacerlo en tiempo récord lo tenía desde hacía años.

—Harrison, hijo. ¿A dónde vas? —preguntó su madre, llorosa desde la puerta.

—No puedo quedarme aquí. No me puedo creer que no vinierais a hablar conmigo —le dijo sin girarse.

—¿Cómo íbamos a preguntarte eso? Hijo, por favor —le rogó ella, pero su voz ya le llegaba desde lejos.

Ignoró sus ruegos y bajó de nuevo y salió al garaje, para sacar el coche. Tenía la mandíbula apretada, la respiración fuera de control.

Ni siquiera los miró al pasar por su lado. Estaba fuera de control y necesitaba calmarse. Descargar toda esa rabia en un lugar donde no pudiera hacerle daño a nadie. Donde no tuviera que ver sus caras. Ni pensar. Ni hablar. Solo desaparecer un rato.

CAPÍTULO 30

HARRISON

—Entonces... ¿le dijiste a toda tu familia que eres gay? —resumió Dean, sujetándole el saco de boxeo.

—Sí —contestó sin emoción.

—¿Un gay pasivo que se deja follar cada noche por un soldado distinto? —concretó Dean.

Golpeó el saco en rápidas sucesiones, dándole con tanta fuerza que Dean tuvo que alejarse.

—Estaba demostrando un punto. Ser gay no te hace menos hombre —se defendió.

—Pero no eres gay —le recordó Dean con calma.

—No —masculló, aún furioso. Tenía los dientes apretados, la mandíbula dura, los nudillos en carne viva. Cada golpe era una excusa para no pensar. Para no hablar. Para no quebrarse.

Dean dejó salir un silbido largo.

—Te peleaste con toda tu familia, te fuiste de casa y casi le pegas a tu tío... pero no eres gay.

Lo miró con odio, y él levantó las manos, rindiéndose sin pelear.

—Tienes que contárselo a James —opinó.

—No —negó enseguida, pasando a las patadas. Recibió con alivio la descarga de energía, aunque llevaba una hora entrenando y apenas podía sentir los brazos. El aire le raspaba la garganta y el sudor le caía por la espalda, pero necesitaba seguir. Era la única forma que tenía de no ponerse a gritar.

Dean endureció el gesto.

—Merece saber lo que pasó y por qué su padre se portó así con él —insistió.

—Tú no lo entiendes —respondió frustrado, pasándose las manos por el pelo.

—Explícamelo —le exigió Dean.

—Esto es una bomba nuclear. El puto Hiroshima. Si James se entera de esto lo va a destrozar. Yo lo voy a destrozar —le explicó desesperado.

Dean lo examinó cuidadosamente.

—Es un adulto, me parece una persona inteligente. Creo que podrá encajarlo —opinó.

—No, no lo hará. No con esto —negó. La voz le salió tensa, cargada de un esfuerzo que no sabía cómo sostener mucho más. Había una parte de él que ya sabía lo inevitable. Necesitaba hablar con James. Solo no estaba listo para decir en voz alta lo que había descubierto.

—Mírate —le pidió Dean—. Eres uno de los hombres más tranquilos que conozco y has perdido los nervios solo con saberlo. No actúes como ellos. No traiciones su confianza. Si se entera por otro, si descubre que tú también lo sabías, ¿qué crees que va a sentir?

—¿Y si le da un ataque de pánico? ¿Y si acaba en el hospital otra vez? No sabes todo lo que está luchando por entenderse a sí mismo. Estoy tan orgulloso de él porque lo está haciendo solo. ¿Te imaginas descubrir algo así sobre ti mismo a su edad?

—Me lo imagino. A veces pasa. Y después de lo que acabas de contarme, entiendo mejor que no pudiera enfrentarlo antes.

—No me puedo creer que nadie nos dijera nada —maldijo enfadado, descargando una serie de puñetazos tan fuertes que le dolieron las manos. Sintió el crujido en los nudillos, el ardor en la piel rota, pero no paró. Era dolor, sí, pero era real. Mucho más soportable que la culpa.

—Calma —le ordenó Dean, empujándolo del hombro—. De todas formas, tu tío tiene razón. James es gay.

El comentario lo atravesó, seco, brutal, como una confirmación que no necesitaba. No porque fuera mentira, sino porque dolía saber

que algo tan sencillo como la verdad de alguien, se usara como un arma contra él.

—No fue como Carl lo pintó. No estaba de rodillas haciendo nada. ¿Qué insinuó? ¿Que era un desesperado? ¿Chupándomela de rodillas al lado de mi hermano? Es asqueroso hablar así de tu hijo.

—Lo es —admitió Dean—. Sobre todo, porque no tiene nada que ver lo que te guste en la cama con la persona que eres. Y de un beso a estar casi follando hay un mundo, a no ser que fuera un beso cargado de intención y…

—No lo fue —le aseguró—. Fue algo más sencillo. Delicado y suave. Un puto primer beso de manual, tierno. No hubo nada sexual, nada en absoluto. Carl no vio nada, cuando lo apreté no fue capaz de decir nada. Solo lo vio de rodillas y se imaginó el resto. Si nos hubiera visto besándonos, se habría defendido. No nos vio.

—Pues no sé qué es peor. Un beso es solo un beso —opinó Dean.

—Soy amigo de Sam y Ellie desde que nacimos. ¿Cómo no me preguntaron nada? Si yo pensara que alguien se aprovechó de mi hermano, le partiría la cara y luego le preguntaría. Además, ¿qué lógica es esa? ¿Si yo soy el activo entonces me libro de la quema de brujas? ¿Yo soy el hombre y él una puta? —espetó, encendido, mientras volvía a descargar golpes contra el saco.

—Es la lógica de los homófobos —replicó Dean con lástima—. Puede que sus hermanos se enteraran hace poco.

—Tenían que haber venido a mí cuando lo supieron. En el primer minuto —escupió las palabras como una acusación, con la rabia golpeándole el pecho. Habían juzgado a James en silencio, desde sus sillas, desde sus cómodos puestos en la familia, dejando que todo se pudriera sin intervenir en la caída de uno de ellos. ¿Dónde queda la lealtad?

—Pero tú quieres ocultárselo a James. Puede que ellos lo hicieran por lo mismo.

—¡No es lo mismo! Yo quiero evitarle sufrimiento porque sé que lo está pasando mal. Quiero protegerlo.

Dean asintió, con el ceño fruncido.

—Puede que ellos también. Que se dieran cuenta al escuchar la historia de lo homofóbico que era su padre y decidieran que no

merecía la pena —planteó Dean.

—James está aterrorizado pensando en que se enteren de que es gay, y resulta que llevan años juzgándolo por ello. ¿Te das cuenta de lo retorcido que es?

Dean suspiró.

—Muy retorcido, la verdad —reconoció—. Pero sigo pensando que James debería saberlo. No veo una salida limpia. Porque, aunque lo que dijo su padre sea mentira, sigue siendo gay. ¿Y si un día aparece con un novio en casa? ¿Qué harían entonces?

—No tiene novio —contestó sin dudar.

—Alguno tendrá que tú no sepas. Es un hombre guapo, joven, culto. En el mundo gay eso es una panadería recién abierta con bandejas de bollos humeantes. Habrá codazos para tenerlo.

—Te digo que no hay nadie —insistió, intercalando puñetazos y patadas al saco con una violencia rítmica que le tensaba los hombros.

—¿Seguro? —le preguntó Dean, mirándolo a los ojos.

Le empujó el saco contra el pecho y se alejó, respirando fuerte. Cada músculo del cuerpo en tensión. Fue a por su móvil sin decir una palabra.

—No llames ahora a nadie de tu familia. Solo empeorará las cosas y sí, puede ponerse más feo.

—No es eso. James habrá salido a correr, quiero avisarle de que no conteste el teléfono a nadie hasta que hable conmigo. Si alguien va a contarle todo este lío, quiero que sea yo. Prefiero que lo escuche por mí antes que por cualquiera de ellos.

—Esa sí que es una buena idea —lo aprobó Dean—. Hay cosas que no se perdonan, y estoy seguro de que nunca seríais los mismos si le ocultas algo así.

Lo miró un segundo, con el cuerpo aún tenso por todo lo que acababan de hablar. Se sintió infinitamente agradecido de tenerlo. Lo había acogido en su casa sin pedir explicaciones. Había escuchado toda la historia con la misma atención que si fuera suya, sin interrumpirlo ni una vez. Y seguía allí, calmándolo, buscándole salidas, tratando de no dejar que se hundiera.

Le dolía saber que, en pocos meses, también lo perdería a él. Que ya no tendría su voz en el auricular, ni sus bromas en mitad del entrenamiento, ni esa seguridad de que pase lo que pase, Dean siempre estaría cerca.

—Te quiero, tío. No sé qué voy a hacer en Virginia sin ti —admitió sin vergüenza.

Dean le dedicó una sonrisa gigantesca.

—Y yo a ti, idiota. Déjalo todo y vente conmigo. Arrastras lesiones y no te queda mucho tiempo antes de que traten de hacerte monitor.

Le lanzó un corte de manga sin dejar de mirar el móvil, porque si levantaba la vista, igual le daba por decir que sí. Se centró en su mensaje mientras Dean se reía a su espalda.

Harrison:

Jamie, pasó algo en casa y me fui. Por favor, no contestes el teléfono si te llama mi familia o la tuya. No leas ningún mensaje que te envíen.

James:

¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Harrison:

Estoy en casa de Dean, todo va bien. Solo prométemelo, por favor. Necesitamos hablar primero, no hables con nadie. Ni siquiera con mi hermano.

James:

Estoy preocupado. ¿Puedo llamarte?

Harrison:

No es algo que se pueda hablar por teléfono. ¿A qué hora podemos vernos?

James:

Ahora. No voy a ir a trabajar así de preocupado. No haría nada.

Harrison:

¿No te dará problemas con tu jefe?

James:

Para nada, puedo teletrabajar. ¿Vienes a mi casa?

Pensó en aceptar, pero se giró hacia Dean.

—¿Está bien si viene James para hablarlo aquí? —le preguntó a su amigo.

—Claro. Pero ¿no es mejor que lo habléis en su casa?

—No. No quiero que tenga un recuerdo tan horrible donde vive. Cuando yo me vaya se quedará solo. No puedo permitir que ese espacio suyo, que tanto ha construido para sentirse seguro, quede marcado por algo así.

—Bien pensado. Me iré al piso de mi hermana para dejaros solos —le ofreció.

—Gracias, hermano —contestó agradecido.

Harrison:

Te paso la ubicación de Dean. Está cerca de tu casa, ¿puedes venir?

James:

Me ducho y voy. ¿Seguro que estás bien?

El corazón le dio una punzada de dolor. Su Jamie.

Harrison:

Te lo juro.

James:

No veré ni contestaré a nadie. Nos vemos.

Dejó salir el aire con alivio y se dio cuenta, con sorpresa, de que estaba asustado. No le daba miedo nada, ni los tiroteos ni las emboscadas ni las misiones suicidas. Pero la sola idea de tener que contarle lo que había pasado le daba verdadero pavor. Le dolía el estómago, como antes de saltar al vacío. No sabía cómo iban a quedar después. No sabía si James iba a poder mirarlo igual. Si lo vería como un traidor. Como parte del problema.

Había hecho todo lo posible por protegerlo, incluso mentir, incluso enfrentarse a su propia familia. Pero ahora no podía protegerlo de esto. Solo podía decirle la verdad y esperar que no se rompiera.

CAPÍTULO 31

HARRISON

Aunque era rápido bañándose, James llegó casi al mismo tiempo que terminó de vestirse. El corazón le dio un vuelco al oír el timbre. Recorrió la sala para abrir y tomó una bocanada de aire antes de hacerlo.

Sus ojos grises lo recorrieron con nerviosismo.

—¿Qué pasó? —quiso saber.

—James —murmuró al verlo tan preocupado—. Jamie —repitió más bajo, recorriendo la distancia que los separaba para apretarlo con fuerza en un abrazo.

Le sorprendió notar que se le humedecían los ojos. No recordaba la última vez que había llorado. Probablemente de niño. Pero se le partía el alma por él. Por ser quien tuviera que contarle la verdad y romper las pocas esperanzas que pudiera tener de solucionar las cosas con todos. Quería protegerlo de ese daño y de cualquier otro, pero Dean tenía razón. Merecía saberlo todo.

Y no iba a mentirle. Quería que supiera, ahora más que nunca, que siempre podría contar con él.

—Me estás asustando —le dijo Jamie al oído. A pesar de sus palabras, sus brazos lo apretaron con la misma fuerza que él. No se soltaron en seguida, ninguno quería.

—Ven —le dijo, separándose de él. Lo agarró de la mano y lo metió al salón, haciéndolo sentarse en el sofá.

Jamie lo siguió con docilidad, dejándose llevar. Se sentó a su lado y luego enfrente, directamente sobre la mesilla, para poder verlo bien a la cara. Se quedó callado, sin tener ni la más mínima idea de

qué hacer ni por dónde empezar. ¿Qué podía decir? ¿Cómo iba a consolarlo?

—Odio no saber lo que pasa. Seguro que es peor lo que yo estoy pensando a lo que tú vayas a decirme —le dijo James con una sonrisa nerviosa.

Un nudo le apretó la garganta al escucharlo.

—No sé cómo decirte esto —admitió, pasándose las manos por los muslos para secarse el sudor de las palmas. Las tenía húmedas, tensas, incapaces de quedarse quietas. La ansiedad le subía por el pecho, áspera y persistente.

—Solo dilo —le pidió.

—¿Tomaste hoy tu medicación? —preguntó con cautela.

James parpadeó, negando con la cabeza.

—¿La tienes encima? —preguntó nervioso.

—Desde la despedida, sí —le dijo, sacando su cartera y mostrándole un par de pastillas envueltas—. Si estás tratando de tranquilizarme, lo haces de pena.

Dejó salir una risa tensa y forzada. No sabía por dónde empezar. Tenía las palabras atascadas, como si cada una pesara demasiado.

James le agarró la mano, buscando sus ojos para calmarlo.

—Soy más fuerte de lo que parezco. Sé que es malo, porque estás pálido y nunca me pedirías que no les respondiera el teléfono si no lo fuera. Así que dime, ¿qué fue lo que pasó?

El nudo se expandió por su pecho, llenándolo de frío y nervios. Sujetó su otra mano y apoyó las cuatro juntas en el regazo de Jamie. Le temblaban los dedos al apretarlas. No sabía si podría soltarlas después. No porque necesitara apoyo, sino porque quería que él sintiera que no iba a soltarlo jamás.

—Quiero que me digas si necesitas que me detenga, porque voy a contarte algo y te juro que me aterra lo que te pueda pasar. Si te encuentras mal, me lo dices.

—Vale —aceptó James, dándole un apretón.

Se lo contó todo, desde el principio, y fue deteniéndose cada vez que veía sus ojos llenarse de lágrimas de vergüenza y humillación.

Cuando terminó de contarle cómo se había ido de su casa, James se quedó en silencio.

Seguía con la mirada fija, sin parpadear, como si el cuerpo no le respondiera del todo.

—Jamie, dime algo —le rogó, preocupado porque llevaba cinco minutos sin decir nada, ni moverse.

—¿Puedes traerme un vaso de agua? —preguntó en voz baja.

Voló hasta la cocina y volvió corriendo a dárselo. James ya tenía la pastilla en la mano. Se la tomó y vació el vaso de un solo trago, sin decir nada, con el gesto contenido y los labios apretados.

No hacía falta preguntarle cómo estaba: lo decía todo el modo en que tragó sin respirar, sin mirarle, apretando la mandíbula como si el agua le supiera a ceniza.

—¿Te llevo al hospital? Dime qué necesitas que haga —pidió, angustiado.

Él se limitó a coger de nuevo su mano. Temblaba tanto que los dedos apenas se cerraban. La piel estaba fría, y su pulso, irregular. Notó el temblor en los dedos, finísimo, constante, como el de alguien que ha cruzado el límite del esfuerzo físico y sigue forzando.

—Una vez tuve una pesadilla donde todos descubrían mi secreto más oscuro. No sabía cuál era el secreto, pero sí el miedo y el pánico cuando lo supieron. Tuve un ataque esa noche y, en mi siguiente consulta, mi terapeuta me preguntó: ¿Qué es lo peor que podría pasar si se enteraran de ese secreto? ¿Cuál sería el peor de los escenarios?

Apretó sus dedos, intentando que dejara de temblar. No lo soltó. Tenía la sensación de que, si lo hacía, se desharía en pedazos.

—¿Y qué respondiste? —quiso saber. Le acarició el dorso de la mano con el pulgar, sin decir nada.

—Lo peor sería que ellos supieran algo de mí que no les gustara y me dieran la espalda. No soportaría perder a mi familia —le dijo, con la mirada perdida, clavada en un punto detrás de él, como si no pudiera enfrentarse a sus ojos.

—Lo siento mucho, Jamie —se disculpó, frustrado—. Todo esto es culpa mía.

James dejó salir una risa hueca.

—¿Sí? ¿Me obligaste a ser gay y enamorarme de ti? Llevo muchos años en terapia. La terapeuta me decía que tenía que ahondar en lo

que sentía, en eso que me escondía incluso de mí porque me estaba haciendo daño. Yo no tenía ni idea de lo que era, así de obtuso fui incluso después de besarte. Parecía un sentimiento sin género. Quererte era como… normal. Ni gay, ni hetero. Solo eras tú, y eso era distinto. No conseguí entenderme bien a mí mismo, pero todos lo sabían. Menos yo. Parece un puto chiste. ¡Qué patético! —se lamentó con desprecio.

—Eso no es cierto. Hay sentimientos que son difíciles de procesar. Algunos lo entienden rápido y otros necesitan más tiempo. No creo que haya un cronómetro para esto —opinó.

—Supongo. Pero eso no hace que me sienta menos estúpido. ¿Por qué no me dijeron nada? Soy muy amigo de Terry, hizo insinuaciones a veces. ¿Por qué no preguntarme directamente?

—No lo sé. Es la parte que menos sentido tiene para mí —confesó, sin apartar los ojos de él, con la certeza de que cualquier respuesta iba a ser insuficiente. Le dolía ver la forma en que se mordía el interior de la mejilla, luchando por no venirse abajo.

Sabía lo que era pelear contra eso. Apretar los dientes, no parpadear, morderse por dentro. Lo había hecho mil veces, pero nunca lo había visto desde fuera, así.

James asintió pensativo. Le soltó la mano y se dejó caer contra el respaldo, sacó su móvil y tecleó despacio.

—¿Qué haces? —preguntó sin entender.

—Sam dice: "No es lo que parece, ¿podemos hablar?" Ellie escribió: "Sé que parece malo, pero si nos dejaras explicártelo lo entenderías" —leyó James sin ganas—. Tara pregunta si estoy bien, si puede acercarse a mi oficina para hablar.

—No leas más —sugirió, sabiendo que no lo haría.

Veía cómo se le hundían los hombros con cada frase, como si no pudiera dejar de abrirse heridas, aunque supiera que dolía.

—Tu hermano pone: "Lo siento, James. Intenté preguntar muchas veces, pero no sabía qué decir. Por favor, llámame. Estoy preocupado por vosotros" —la voz se le quebró en la última parte.

—Jamie, déjalo estar —opinó. Lo miró de reojo, sin moverse, con los músculos tensos por no obligarle a soltar el móvil.

—Tu madre también mandó un mensaje. "Te quiero como a un hijo, tú lo sabes. Lo siento si te hicimos daño guardando silencio".

James se limpió una lágrima solitaria que bajaba por su mejilla. Tenía la mirada clavada en el móvil, pero no estaba leyéndolo. Solo lo sostenía, con los dedos inmóviles y la cara desencajada.

—Tu padre solo puso esto. "Lo siento, hijo".

Se sentó a su lado, notando cómo le picaban los ojos. Le pasó el brazo por los hombros, tratando de darle cobijo de alguna manera. No sabía si era consuelo o pura necesidad, pero no podía quedarse quieto mientras él se rompía.

—Hay uno de mi madre. "Por favor, ven a casa, hablemos de esto en familia" —dejó caer el móvil al sofá.

Apretó su hombro, intentando darle calma y fuerza, sabiendo que lo necesitaba desesperadamente.

—¿Qué familia? —murmuró Jamie con la voz rota, levantó la mirada, dejándole ver sus ojos, llenos de un dolor tan grande que le quitó el aliento—. Yo ya no tengo familia.

Lo abrazó con fuerza, pegándolo a su cuerpo. Su pecho estalló, rompiéndose en mil pedazos que empezaron a arder al tocar el suelo. Dejando la misma devastación de una granada, solo polvo, gritos y fuego. James se deshizo en llanto entre sus brazos.

James se aferraba a su camiseta con los dedos crispados, le temblaban los hombros y se le quebraba la respiración cada vez que intentaba coger aire. Tenía la cara húmeda contra su cuello y sollozaba tan cerca que podía sentir cada espasmo, el descontrol absoluto en ese cuerpo que siempre había intentado mantenerse firme.

El llanto no era contenido ni breve: eran oleadas, espasmos enteros que sacudían su cuerpo contra el suyo. Lo oía romperse con cada respiración, y no podía hacer nada más que sostenerlo, sin mover ni un músculo, intentando no desbordarse también.

Dolía no poder hacer más. Dolía pensar en todo lo que James había tenido que tragarse durante años. Dolía que ese llanto no fuera solo por hoy.

—¿Te importa si nos quedamos aquí un rato? Está dormido y no quiero despertarlo —le pidió a Dean después de dejar a Jamie profundamente dormido en el sofá.

—Claro, quedaros lo que queráis, como si queréis pasar la noche. Estás en tu casa, hermano. ¿Cómo fue? ¿Está bien? —preguntó Dean, preocupado, cuando bajó a buscarlo al piso de su hermana.

—Tan mal como pensé que sería —admitió.

—¿Y su ansiedad?

—Se tomó su medicación y de momento aguanta, pero no lo sé. Estoy preocupado —reconoció sin rodeos, pasando las manos por la nuca con un gesto tenso.

—Hiciste lo correcto. Y te tiene a ti, estará bien. Lo mantendremos vigilado. —Dean le palmeó la espalda con cariño.

—¿Cómo está tu amigo, Harrison? —preguntó la hermana de Dean, Olivia, entrando en su cocina.

Se tensó un segundo. Miró a Dean con reproche, ¿se lo había contado a Olivia?

—No pongas esa cara, solo me dijo que estabas con un amigo tuyo con una situación difícil. Pero si el chico es de tu familia, entonces es de la nuestra. Somos así en los SEAL —le dijo ella sin dudar, mientras buscaba algo en su nevera. Sacó un manojo de cebollas con el mismo gesto decidido y empezó a picar a toda velocidad.

—¿Me perdí tu graduación en la Marina? —ironizó.

Ella rio, le pegó con una cuchara de madera y puso una olla al fuego, todo al mismo tiempo. Tenía esa forma directa de cuidar, sin drama, sin permiso. Solo hacía lo que había que hacer.

—En una hora estará la comida, tráele. Todos los males son menos con algo en el estómago —le aseguró ella.

—No sé si va a poder comer algo —admitió.

Olivia se dio la vuelta, observándolo. Se parecía mucho a Dean, más pequeña, eso sí. Su metro sesenta estaba muy lejos de los casi dos metros de su hermano mayor. Tenía un largo pelo castaño, atado en un abultado moño, unos ojos verdes más oscuros que los

de él y una figura suave y delicada. Le gustaba vestir de colores muy vivos y alegres, que parecían una declaración de principios.

Desde que la conoció durante el primer año de Dean en el ejército, nunca la había visto con colores apagados. Siempre estaba en movimiento, como si detenerse un segundo fuera traicionar su energía.

—¿Está la cosa muy mal? —preguntó ella, muy seria.

—Fatal —contestó Dean por él.

Ella puso las manos en su cintura, miró al techo haciendo un sonido pensativo y volvió a mirarlo. La cocina olía ya a cebolla salteada y algo de tomillo.

—Haré sopa. Vuelve en una hora y vete con él. A nadie le gusta estar solo cuando el mundo se viene abajo. Fuera —lo expulsó de la cocina con la cuchara de madera y se dio la vuelta para seguir a lo suyo.

—Soldado no sé, pero para teniente sí sirves —masculló volviendo a la puerta. Dean se rio a su espalda, pero lo dejó estar, con la cabeza aún en todo lo que había pasado y lo que tenía por delante. Jamie lo necesitaba.

Se quedó sentado a su lado en el suelo, viéndolo dormir. Su móvil no había dejado de vibrar desde hacía un par de horas. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla: veintiséis llamadas perdidas.

No había mensajes de sus padres, pero sí de su hermano.

> **Terry:**
>
> Enfádate si quieres, puede que no estuviera bien no preguntar directamente, pero me preocupo por él. Sabes que sí.

Ni rastro de sus dos amigos de la infancia. Bien. Que así fuera.

Apagó la pantalla sin responder. No estaba preparado para contestar a nadie. Todo lo que necesitaba estaba allí, dormido a pocos centímetros con el cuerpo encogido.

—¿Por qué no se lo dijiste? —preguntó la voz de Jamie en voz baja, sobresaltándolo.

—¿El qué? —inquirió sorprendido. A pesar de haber dormido, seguía teniendo los ojos rojos y la cara hinchada.

—¿Por qué no les contaste que sí te besé? Pudiste echarme la culpa y fingir que no pasaba nada.

—Porque eso no era asunto de nadie. Es tu intimidad y no tenían derecho a inmiscuirse. Además, no se trataba de salvarme a mí. Lo hice por ti. Te estaba cubriendo a ti —le aseguró.

—No tenías por qué, no fue tu culpa —señaló James con tristeza.

—Ni la tuya —le dijo, poniéndole la mano en la espalda, inclinándose un poco sobre él—. Eras joven, todos hacemos tonterías a esa edad y probamos cosas nuevas. Estabas asustado de que muriera y quisiste tener tu momento de película romántica. Eres un blandito, pequeño Jamie.

Le acarició el hombro con suavidad, aliviado de verlo hablar. El calor que desprendía bajo la palma le bajó un poco la tensión del pecho.

James dejó salir una risita húmeda y triste.

—No fue por eso —le aseguró—. Pensé que si te daba un beso te quedarías en casa conmigo, a salvo —le confió James.

Lo miró en silencio unos segundos, sin saber qué decir. Lo había hecho para salvarlo. No para besarlo, ni por deseo, sino por miedo. Por puro instinto. Le dejó un nudo en el pecho que no supo cómo tragar durante unos instantes.

Sonrió finalmente, mirándolo.

—Tu beso no fue tan bueno —le confesó en voz baja.

James volvió a reír, esta vez con más vida en los ojos.

—Era joven, eras la cuarta persona a la que besaba. Mi técnica mejoró cuando conocí a una chica francesa mi segundo año de universidad, nos liamos durante un mes, pero siempre le estaré agradecido.

Esta vez fue él quien se rio. Se quedaron mirándose en silencio.

—Siento haberte besado en el río. No quiero estropear las cosas entre nosotros. Sé que no eres gay y sé que no es apropiado, pero cuando estoy cerca de ti…

Notó que James hablaba sin atreverse a mirarlo con la voz quebrada. No era una confesión. Era una rendición.

El corazón se le estremeció al verlo tan abierto y vulnerable. No quería que se disculpara. No tenía nada por lo que pedir perdón.

—Yo también quería —admitió, porque ni de broma iba a dejarlo que se culpara por algo que él también había deseado.

Sus ojos grises se abrieron por la sorpresa.

—Pero tú no eres… —musitó James, confundido.

—No. No lo soy. Y las cosas que estoy sintiendo por ti son tan confusas que me da miedo examinarlas de cerca, porque siento que no tengo respuestas todavía. No sé qué hacer con eso, y no quiero confundirte o aprovecharme de tu vulnerabilidad mientras lo descubro. Lo que sé es que quiero estar contigo y apoyarte en todo lo que necesites. ¿Eso está bien para ti?

No sabía si bastaba, pero era lo único que podía decirle sin traicionar lo que sentía. Hablar claro era lo mínimo que podía ofrecerle.

James asintió lentamente.

—Besas fatal —le dijo Jamie sin parpadear.

—¡No es verdad! —protestó indignado.

—No, pero me sentí ofendido por lo que dijiste de ese beso. Te aguantas.

Volvió a reír, divertido y aliviado. Lo miró despacio y sus ojos grises lo atraparon sin esfuerzo. Tenían algo cálido, vulnerable, tan honesto que le costaba apartar la vista. Se quedó ahí, viéndolos de cerca, como si al mirarlos pudiera entender todo lo que no se atrevía a decir. Y por primera vez en todo el día, sintió calma.

El sonido de su móvil lo hizo distraerse.

Olivia:

Ya está todo listo. No tardéis para que no se enfríe la comida.

—La hermana de Dean nos invita a comer —le anunció, mostrándole la pantalla sin insistir.

—No quiero ir a ningún lado —se negó James, con la voz tensa, más cerca del agotamiento que del enfado.

—Vive en el piso de abajo, te lo conté —le recordó.

—Es verdad. ¿Ella también lo sabe? —inquirió James con preocupación.

—No. Solo sabe que uno de mis amigos necesita ayuda. No preguntó nada más —le prometió.

—No tengo hambre.

—Pues nos vamos, no pasa nada —le ofreció, sin moverse del sitio, dándole margen para decidir.

—No, no quiero hacerle un feo a la hermana de Dean. ¿Bajamos un momento, aunque solo sea para hacer acto de presencia? Déjame que me eche agua fría en la cara.

—El baño es la puerta del fondo, la verde —le indicó, volviendo a su móvil.

Escribió rápido mientras lo escuchaba caminar hacia el baño.

Harrison:

Subimos, pero dile a Olivia que afloje. Quiero que esté tranquilo.

Dean:

Está avisada, no te preocupes.

—Esto no lo arregla salvo que me ponga una máscara —se quejó James saliendo al pasillo, restregándose la cara con las manos húmedas.

—Estás bien, no te preocupes. Nadie va a preguntarte nada —le prometió. Lo miró un segundo más, asegurándose de que podía con ello.

—Me da vergüenza todo esto —masculló James, agobiado.

—No eres tú quien debería estar avergonzado —le recordó, cortante, sin rastro de duda.

James suspiró y caminó hacia la puerta sin levantar la cabeza, con ese paso lento de quien preferiría no estar ahí.

—Dale las gracias a Dean por su hospitalidad. No creo que pueda ver a la cara a nadie.

—Yo los miraré por ti. Puedo incomodarlos hasta que te dejen en paz.

La risa que soltó James fue breve, pero real.

CAPÍTULO 32

HARRISON

Olivia siempre le había caído bien, no sabía si porque Dean hablaba tanto de ella que ya era como una hermana o por su personalidad cálida y abierta. Pero nunca la apreció tanto como cuando la vio mirar a Jamie y abrazarlo con fuerza con la misma intensidad que si fuera alguien de su familia.

Pasó la cena hablando con Dean y con él sin importunar a James ni hacerle preguntas que pudieran hacerlo sentir incómodo. Incluso el sobrino de Dean, Leo, fue muy amable con él. Le ofreció su zumo con una sonrisa y sus pinturas mientras tomaban el postre.

Jamie tomó el vaso con manos temblorosas y aceptó las pinturas, sin apartar la vista del niño.

Todos fueron geniales, pero no se le escapó la mirada triste en James cuando miraba al niño, ni la añoranza en sus ojos al ver a Olivia manejar a Dean a su antojo.

Lo vi contener un suspiro, apretando los puños con discreción, como si ese momento le recordara todo lo que echaba de menos sin poder decirlo.

Se despidieron después de la tarta y juntos bajaron a por el coche de Jamie en silencio.

—Podría quedarme a dormir contigo —se ofreció al llegar.

—No hace falta. Creo que me vendrá bien pasar un rato a solas —le aseguró Jamie.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó preocupado.

Jamie tomó una respiración profunda, mirando alrededor.

—No lo sé. Creo que tengo que dejar que esto se asiente antes de poder hacer algo. Siento muchas cosas al mismo tiempo y no estoy acostumbrado. Tengo que separarlas y aclararme —le explicó. Sus ojos se perdían por un instante, quizá buscando orden en el caos interno.

—Si necesitas compañía o si te encuentras mal…

Jamie le dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo sé, además ahora estás más cerca. Aunque me gustaría decirte algo, no te enfades —le pidió poniendo la mano sobre su brazo.

—Dime —aceptó.

—No quiero que estés peleado con tus padres con esto. Escucha —le ordenó al ver que iba a protestar—. Mi familia y yo… estamos acabados, pero no tiene que ser así para ti. Yo no puedo cambiar quién soy, pero tú no estás en esa situación. Tienes una vida muy difícil y solitaria, no quiero ser el causante de quitarte ese soporte —le dijo mirándolo a los ojos con decisión—. Encuentra tu camino a casa, Harrison. Es lo que quiero para ti, que tengas un refugio.

Sus palabras fueron un intento de protegerlo, incluso a costa de sí mismo. No dijo nada. Lo vio meterse en el coche y marcharse todavía sin encontrar la voz.

Quedó allí parado, con la imagen de James alejándose clavada en la mente, impresionado por su generosidad silenciosa y su fortaleza oculta.

¿Refugio? Quería mucho a su familia y precisamente por eso no se esperaba un comportamiento tan deleznable. Pero no eran su refugio, no tenía de eso. Por su trabajo se había acostumbrado a no apoyarse en nadie y cuando el agotamiento de las misiones le calaba hondo busca el confort de los que lo vivían con él.

La casa de sus padres era su lugar de partida, un lugar seguro y cómodo en el que descansar, pero no era su hogar. Tampoco su casa en Virginia, no creía que alguien como él pudiera tener uno. El concepto de "hogar" estaba más allá de lo tangible para él. No se quejaba, era la vida que había elegido y le parecía bien.

Se pasó la mano por la cara, agotado, con el cuerpo doliéndole más por dentro que por fuera, cansado como pocas veces en su

vida.

—¿Una cerveza? —le ofreció Dean, colocándose a su lado. Tenía las manos en los bolsillos y la mirada serena, como si estuviera esperando justo ese momento.

—¿Tú tienes un hogar? —preguntó a su mejor amigo.

—Claro, tío. Acabas de estar en él —contestó sin extrañarse por la pregunta, aceptando el desvío sin necesidad de explicaciones. Ni sorpresa ni juicio, solo una calma tranquila que a veces envidiaba.

—¿Dirías que es tu refugio?

Dean alzó una ceja, pensando en ello.

—En parte sí, pero creo que no. Para tener esa sensación creo que tienes que pasar tiempo y vivencias en un sitio, impregnarlo de tu esencia y sentimientos. Dejar un pedazo de ti en cada metro cuadrado para que de verdad sea tuyo —opinó Dean, mirando hacia su edificio con una expresión más seria de lo habitual.

Sus ojos se detuvieron en las ventanas del primer piso, donde ahora vivía Olivia, y luego subieron lentamente hasta la suya, como si hiciera un inventario silencioso de los años pasados allí.

Había algo de nostalgia en su tono, como si estuviera recordando lugares que ya no podía llamar suyos. Lugares que, por mucho que los habitara, no le pertenecían del todo. No cuando los construyó sin padre, sin modelos, solo con su hermana y un sentido férreo de responsabilidad que le tocó demasiado pronto.

No le dijo nada. Conocía esa historia de sobra. Sabía cuántas veces Dean había hecho de hermano mayor, de madre, y de padre cuando nadie más apareció. Sabía que, para él, el hogar nunca fue una casa. Era otra cosa, más frágil y más valiente.

Se lo quedó mirando unos segundos. Ese tipo de respuestas eran las que hacían que confiara en él sin pensárselo.

—Aún no te fuiste del ejército y ya eres un gilipollas.

Dean se carcajeó de forma ruidosa, sin tomárselo a mal. Le pasó un brazo por el hombro y lo zarandeó con afecto, como si quisiera que se dejara de tonterías, tirando de él con fuerza hacia su edificio.

—Puedo irme de la Marina, pero la Marina nunca se irá de mí —le aseguró, con esa mezcla suya de chulería y cariño que siempre sabía

cuándo usar. Y por un instante, mientras cruzaban la calle juntos, se permitió no pensar en nada más.

Pasó el rato con Dean y no supo nada de Jamie, así que le envió un mensaje por la noche antes de intentar dormir. Jamie le dijo que ya estaba en cama y que se encontraba bien, aunque no dio muchos más detalles. Solo eso: que estaba bien. Pero por si le necesitaba, dejó su móvil con el sonido a tope y silenció a todos los demás.

Le costó conciliar el sueño. El silencio de Jamie no era hostil, pero tampoco era normal. Y él odiaba no estar allí para comprobar por sí mismo cómo se encontraba.

Aunque llevaba horas sumido en un sueño ligero, el pitido de su móvil lo sobresaltó a las cuatro de la mañana.

Se sentó en la cama y leyó el mensaje solicitando que volvieran a la base. Dean abrió la puerta de la habitación casi al instante.

—Nos vamos.

Asintió y se puso en pie para recoger todo y vestirse. Estaban de vacaciones, lo que significaba que los otros equipos SEAL deberían cubrirlos. Si los requerían con urgencia, era que estaba pasando algo grave. Lo suficientemente grave como para romper la rotación.

Mientras se agachaba para meter sus cosas en la mochila, sintió el impulso absurdo de despertar a Jamie y despedirse en persona. Aunque supiera que no debía y que solo complicara más las cosas.

—¿Vamos en vuelo comercial? —preguntó en voz alta a Dean, esperando conocer más detalles con la respuesta.

—No. Envían un helicóptero a buscarnos. Hay prisa porque lleguemos, tiene que ser importante, nos quedaba más de una semana —le recordó Dean, como si no lo supiera. Mientras hablaba, ya se estaba calzando las botas sin perder tiempo.

Cogió el móvil y escribió un mensaje rápido.

Harrison:

Tengo que volver a Virginia, me marcho ya.

Esperaba que Jamie pudiera leerlo cuando se levantara a correr. No quería irse sin decir nada. No podía. La voz de Olivia se escuchó desde la entrada.

Jamie:

Por favor, cuídate mucho.

Ni un reproche, aunque lo abandonaba en el peor momento de su vida. El estómago le dolió al pensar que no estaría ahí para él. Que no sería él quien lo acompañara por la mañana. Que iba a faltar justo ahora. Se pasó una mano por la cara, rabioso con el destino, con esa forma que tenía de arrancarlo de donde más falta hacía.

Harrison:

Lo siento en el alma, ojalá pudiera quedarme contigo.

Su respuesta llegó igual de rápido.

Jamie:

Es tu trabajo. Vuelve y te perdono.

Se quedó mirando la pantalla unos segundos más, sin saber qué le dolía más: marcharse o que Jamie lo entendiera tanto.

La mochila pesaba más que de costumbre al colgársela al hombro. No por el equipo. Por todo lo que dejaba sin resolver.

—¿Listo? Tenemos que ir a recoger a Mark —le informó Dean.

—Tengo que parar en casa de James, no puedo dejarlo así. Voy a dejarlo solo cuando no tiene a nadie —dijo, con la voz más baja de lo que habría querido. Incluso él escuchó el tono de súplica, sin

poder disimularlo. No sabía qué era peor, tener que marcharse o tener que explicarlo en voz alta.

—Ya lo sé, termina de prepararte y pasamos de camino —aceptó su amigo, dedicándole una mirada breve y comprensiva. El tipo de mirada que evitaban entre ellos.

—Si queréis puedo echarle un ojo —se ofreció Olivia, poniéndose al lado de su hermano.

—No puedo contarte… —intentó explicarle.

—No necesito saber nada —se negó ella, encogiéndose de hombros—. Es un hombre encantador y tu familia. No necesito saber nada más.

La sencillez con la que lo dijo le apretó el pecho. Era tan fácil para ella. Así, sin juicios, sin exigencias. Y le agradeció, en silencio, no haber hecho más preguntas. A veces lo único que uno necesita es que alguien esté.

Dean miró con orgullo a su hermana.

—Se lo pregunto a James y si le parece bien te paso su número. Gracias —le dijo con sinceridad.

—Soy encantadora, por supuesto que querrá ser mi amigo —declaró ella, marchándose indignada.

Salieron juntos en el coche de Dean y lo guio hasta el piso de James.

—Dos minutos —le advirtió Dean cuando detuvo el coche. No hacía falta decir más. Ambos sabían que dos minutos podían ser demasiado poco y a la vez todo lo que tenían.

James le estaba esperando en el portal, ya que le había enviado un mensaje antes para asegurarse de no perder tiempo.

—No tenías que venir, estoy bien. Preocúpate por ti —le ordenó.

Lo miró con atención. Seguía pálido y con gesto cansado, llevaba camiseta floja y unos pantalones de pijama a cuadros. No necesitaba que dijera cómo se sentía.

—Siento tener que marcharme. Es posible que no te pueda enviar mensajes ni llamar, pero quiero que me escribas todo lo que necesites, te prometo que en cuanto pueda contestaré.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó James, preocupado.

—No lo sé —contestó frustrado—. Ni cuánto puede durar.

James tomó una respiración temblorosa.

—Bien, tú concéntrate en tu trabajo. Yo me encargaré de mí mismo —le prometió, mirándolo a los ojos.

Lo agarró de la mano y tiró de él para abrazarlo, sin darle tiempo a responder. Los brazos de James se aferraron con fuerza a su espalda. Sintió cómo lo apretaba, no con miedo, sino con algo más hondo: una necesidad contenida, muda, que lo atravesó.

—Te juro que si pudiera me quedaría. Odio tener que dejarte solo en este momento.

—No me dejas, te vas a trabajar. No es como si fuera tu elección, lo entiendo. No estoy enfadado contigo —le prometió James, sin separarse.

Lo abrazó más fuerte todavía, como si pudiera retenerlo un segundo más. Como si eso bastara, ojalá lo hiciera. Y mientras lo soltaba con lentitud, lo supo. Era una despedida, y dolía.

Se alejó un poco de él y besó con suavidad la comisura de su boca. James apoyó la mano sobre su pecho, dejando que sus dedos sintieran el ritmo de su corazón, ofreciéndole su boca sin miedo.

Ahogó un jadeo en sus labios, deslizándose entre ellos despacio. Los sintió cálidos, húmedos, dispuestos. Si era el último beso en mucho tiempo, quería dejarle un buen recuerdo. Uno que pudiera sostenerlo, que pudiera revivir con los ojos cerrados.

Dejó que sus lenguas se encontraran y profundizó el beso, dejándose llevar por la textura, el calor, la dulzura inesperada que le devolvía. Lo besó con cuidado, pero con hambre, con un deseo que no buscaba nada más que quedarse un poco más en él.

La mano de James subió hasta su nuca, enredándose con timidez en su pelo, y eso lo desarmó por completo.

Deslizó los dedos por su costado, sintiendo cómo James se estremecía bajo la camiseta. Apretó un poco más su cintura, pegándole a él, sin reservas, sin disimulo. Sus cuerpos encajaron con una facilidad que dolía. Como si no hubieran hecho otra cosa en la vida.

El beso se volvió más lento, más profundo, más íntimo. Ninguno tenía prisa. Ninguno quería soltar.

El cuerpo de James temblaba, apoyado contra el suyo. El roce de sus narices, el leve suspiro entre sus labios, el calor que crecía con cada segundo… todo lo demás desapareció.

El mundo seguía girando fuera de ese portal. El helicóptero esperaba. La misión no podía retrasarse. Pero todo eso era ajeno. Insoportable.

El sabor de James, su calor, su respiración entrecortada, eran lo único que quería retener.

Cuando se separaron apenas unos milímetros, sus frentes quedaron juntas.

Jamás había deseado tanto poder quedarse en casa.

El sonido del claxon lo sacó de su sueño.

—Tienes que irte —le recordó Jamie, todavía a un suspiro de su boca. Lo dijo sin moverse, con los labios casi rozando los suyos. La voz le temblaba lo justo para delatar cuánto le costaba decirlo. Dejó un último beso sobre sus labios antes de separarse de él.

—Quiero darte algo —le dijo, sacando la cadena que llevaba al cuello. El gesto fue lento, casi reverente, nunca se la había quitado antes.

—No puedes darme tus placas militares —se negó James al reconocerlas—. Son para que puedan reconocerte en caso de accidente o…

Lo interrumpió con otro beso, más suave, más callado, como si quisiera detenerle el miedo con los labios, poniéndolas en su mano. No dijo nada más, pero sus dedos se cerraron un momento sobre los de él, asegurándose de que las aceptara.

—Tengo otras en la base. Si la cosa se pone fea, si tienes un mal día, puedes tocarlas y pensar en mí. En que yo estoy de tu parte y, aunque tarde un poco, volveré para estar contigo —le prometió.

James tragó saliva, cerrando los dedos alrededor del metal frío como si quisiera fundirlo con la piel, apretando la mano sobre la cadena. Parecía que no sabía si guardarla o devolverla.

—Ten cuidado. No hagas locuras —le pidió en voz baja.

Le dio un nuevo abrazo, más largo esta vez, más firme, como si con eso pudiera dejarle grabado el cuerpo entero en la memoria, estrechándolo con fuerza. Notó la forma exacta en la que lo

sujetaba, los dedos clavándose apenas en la espalda, como si quisiera memorizar la tensión, el calor, el peso.

—Tú también, cuídate mucho.

Se separó de él con un esfuerzo gigante, que le pesó en el estómago como una losa, y se marchó sin mirar atrás, porque si lo hacía, sabía que no podría moverse ni un paso. Sentía los pasos pesados, mal colocados, como si el cuerpo no quisiera seguir al deber. Pero siguió. No tenía otra opción.

Dean no dijo nada hasta que estuvieron a varias calles de distancia.

—El edificio de James tiene espejos en la entrada —le advirtió, para hacerle saber que había visto el intercambio.

—Bueno —contestó después de un largo silencio—. No es asunto de nadie.

—Afirmativo —aceptó Dean sin añadir nada más. Lo dijo sin ironía, sin burlas, con esa lealtad silenciosa que tan bien sabía manejar cuando hacía falta.

Eso lo hizo recordar otra cosa.

Sacó el móvil y tecleó rápido, sin pensar demasiado.

Harrison:

Olivia quiere que le pase tu número para estar en contacto, ¿te parece bien?

James:

No necesito niñera.

Harrison:

Es la hermana de mi mejor amigo, quiere ser tu amiga. Pero solo si tú quieres, no tienes que hacer nada.

James:

Está bien. Gracias.

Sonrió satisfecho. Y buscó el número de Olivia, que tenía para emergencias. Abrió un nuevo chat con ella.

Harrison:

Te paso el número de James. No lo interrogues y por favor cuídalo, le vendría bien una amiga.

Olivia:

Ya somos amigos, solo que él todavía no lo sabe.

La respuesta le arrancó una media sonrisa.

Más tranquilo, dejó el móvil de lado. Tenía que prepararse para lo que fuera que lo esperase en Virginia. Un SEAL no podía pensar en nadie que no fuera él y sus compañeros si quería salir con vida, y lo sabía bien. Con todo el dolor de su corazón, enterró a Jamie en el fondo de su mente.

Lo empujó hasta lo más hondo, con la misma violencia con la que a veces había tenido que cerrar heridas en combate. No quería, pero no podía permitirse otra cosa. No ahora.

CAPÍTULO 33

—Toma café, es una marca nueva —le ofreció Olivia, sentándose a su lado en el sofá.

Estaban en su tienda, un local pintoresco y precioso, hecho en madera y con colores pastel suaves. Había sillones y un gran sofá al final, a un lado de la caja registradora. Del otro, un largo escritorio de madera restaurado que a veces le hacía a Olivia de escritorio.

Era un sitio amplio y cálido en el que a sus clientes les encantaba quedarse más tiempo del necesario. El tipo de lugar donde nadie tenía prisa por irse. La luz natural entraba por los ventanales, envolviéndolo todo con un brillo sereno. Olía a tela limpia, a suavizante y a ese aroma delicado de los jabones infantiles que Olivia siempre tenía cerca de la caja.

Desde que Harrison se fuera hacía casi dos meses, Olivia se había instalado en su vida. Al principio no quiso, quería estar solo y pensar, pero ella dinamitó la puerta de su intimidad y se metió a la fuerza. Le había costado aceptarlo, pero ahora no sabía cómo habría sobrevivido sin ella. Le estaba tan agradecido por ello.

No lo había dejado sumirse en la estupefacción de la situación familiar que estaba viviendo. Nunca hizo preguntas de lo que pasaba, pero con el tiempo empezó a hablar. Pese a su carácter fuerte y juventud, Olivia era muy empática y madura, probablemente por la infancia difícil que pasó, junto a un padre alcohólico y violento. Sabía cuándo empujar y cuándo quedarse en silencio. No lo trataba con delicadeza, pero tampoco con dureza. Lo trataba como si supiera exactamente cuánto podía cargar.

Verla cada día, sonriendo, llena de fuerza, llevando su negocio y criando a su hijo sin quejarse jamás, le dio esperanza. Porque si ella encontraba la manera de levantarse cada día y tener esa actitud, él podría hacerlo también. Y si ella no se había rendido, entonces él tampoco tenía excusa.

Tuvo algunas sesiones extra con su psicóloga y por primera vez admitió que era gay. Lloró mucho, pero ella le dijo que era un paso gigantesco hacia delante. Y le dijo algo que ya sabía. Parte de su miedo a admitir la realidad era que sabía que podría perder a su familia.

Profundizaron con sinceridad en lo que significaba la sexualidad para él y finalmente pudo entenderse un poco mejor. Había tratado de normalizar sentirse extraño y solo después del sexo, convenciéndose de que era culpa suya. Resultaba que no lo era. Era solo un síntoma más de lo que había estado ocultando durante años.

Su psicóloga le explicó que la sexualidad era fluida, que el impulso sexual no era igual para todo el mundo. En su caso, el placer derivaba de tener sentimientos por la otra persona, por eso se sentía tan vivo cuando Harrison lo tocaba.

Por supuesto, era funcional sin eso, físicamente hablando. Pero también era lo que hacía que luego se hundiera más en el pozo que él mismo había creado. Porque ese contacto, sin afecto, solo acentuaba lo que le faltaba.

Luego fue cuando se lo contó a Olivia y ella lo aceptó sin parpadear, como si le hubiera dicho que llovía. Lloró otra vez en cuanto llegó a casa, con rabia, porque todo el mundo debería aceptarlo así. Sin más. Sin preguntas. No deberían rechazarlo por ello. Era una decisión privada. No era un delito, ni una provocación, ni una traición. Solo una verdad. Y seguía siendo el mismo. Con sus defectos, sus gestos y su personalidad.

Con el paso de los días se dio cuenta de que había rechazado muchas partes de sí mismo para no tener que dar explicaciones a su familia. Cada pedazo que había enterrado ahora peleaba por salir. No mereció la pena renunciar a nada por nadie, porque al final lo habían dejado solo por algo que no podía evitar. No era justo. No era justo haber vivido de puntillas para acabar de rodillas.

Su psicóloga le aconsejó buscar nueva gente con la que relacionarse, un nuevo círculo al que pudiera presentarse de forma sincera y sin engaños. De nuevo, Olivia lo salvó y le presentó a su mejor amigo, Park.

El mundo tenía un sentido del humor extraño, pero le gustó volver a verlo, porque había hecho un esfuerzo por ser él mismo cuando salieron y, tal y como le prometió, Park le presentó a más chicos.

No acababa de sentirse del todo cómodo en los ambientes abiertamente homosexuales, pero le encantaba quedar a hablar con algunos de ellos y siempre era un buen día si Park estaba por medio. Se sentía menos solo. Menos bicho raro. Y eso ya era mucho. A veces ni siquiera hablaban de nada importante, pero solo el hecho de estar con gente que no necesitaba explicaciones le aflojaba algo por dentro. Era como salir de una habitación sin ventanas y poder respirar por fin aire puro y disfrutar de la luz del sol.

Olivia también le presentó a otros miembros de la familia SEAL de los chicos: las dos hermanas de Mark, Alison y Rori, y su madre, Cora. Comían juntas a menudo y descubrió que para ellas era más que una rutina: era una forma de resistir la espera, de no sentirse tan solas cuando el silencio del teléfono duraba demasiado, de consolarse cuando no tenían contacto con ellos durante semanas.

Se reunían en la parte de atrás de la tienda, con fiambreras y termos. Hablaban de cualquier cosa menos del miedo. Se reían más de lo necesario, como si de ese modo pudieran conjurar lo que ninguna se atrevía a decir en voz alta. Había consuelo en ese sentimiento compartido. Aunque no lo dijeran, todas sabían lo que era contar los días sin noticias.

Iban a los eventos familiares de los otros y siempre estaban en contacto por mensajes. Habían creado una red silenciosa de apoyo, donde el miedo no se decía en voz alta, pero estaba presente en cada plato compartido. Fue bonito saber que había más gente que los tenía presentes. No era el único esperando noticias, el único que sentía que una parte suya estaba lejos. A veces no hablaban de los chicos en absoluto, pero bastaba con la compañía para sentirse comprendido.

En cuanto a su familia, no hubo mucho ruido después de aquella primera noche. No sabía si eso era bueno o malo. En el fondo creía que simplemente era anticlimático. Estuvo asustado para nada, todo fue extrañamente civilizado. Simplemente dejaron de escribir y llamar. La indiferencia fue tan cruel como cualquier grito. Entre ellos no quedó más que un silencio helado y una sangre común que al parecer no lo era tanto. Un vacío seco, limpio, sin discusiones, sin explicaciones. Como si se hubieran rendido. Una forma fría de marcharse, como si nunca hubieran estado. Como si todo lo vivido hasta entonces se hubiera desvanecido en un acuerdo tácito de no mirar atrás.

La tía Vivian enviaba mensajes en su nombre y en el del tío Richard cada pocos días, deseando que estuviera bien y enviándole amor. Siempre había una frase dedicada a pedirle perdón.

Terry lo llamaba todos los días. Nunca respondió. A veces escuchaba el móvil sonar sin moverse. A veces lo apagaba directamente. Dejó que las llamadas se acumularan. No borró los mensajes, pero tampoco los abrió. No podía.

Habían dedicado varias horas a examinar su vida familiar con su psicóloga porque tenía una sensación de urgencia, de que tenía que tomar una decisión ya sobre ellos.

Le costaba respirar solo de pensarlo. Sentía que algo en su pecho empujaba desde dentro, como si no pudiera seguir avanzando sin resolver aquello.

Ella le dijo que no, que tenía todo el derecho del mundo a alejarse, a pedir un tiempo muerto, a cerrar la puerta sin culpa, e incluso a cortar el contacto si consideraba que ellos no eran buenos para él.

No era abandono. No era cobardía. Era una forma legítima de protegerse. Y tenía derecho a eso.

Le dijo una frase que se le quedó clavada y que lo había llevado a comentarlo con Olivia:

"El amor no puede tener condiciones. El amor debe ser abierto al diálogo, una escucha atenta y un corazón generoso. Nadie puede

obligarte a hacer nada que te haga daño solo para cumplir unas expectativas que no van contigo".

La escuchó sin moverse, con los ojos fijos en el suelo, como si esas palabras se le incrustaran por dentro.

Era justo lo que necesitaba oír, aunque doliera. Aunque confirmara que no era él quien había fallado.

—Confía en mí, el árbol familiar también se poda —le dijo Olivia con sabiduría.

—¿No es un poco extremo? —le preguntó, dando un sorbo a su taza—. Está bueno.

—Es descafeinado, para las mujeres embarazadas. No te dejan tomar café cuando te embarazas, e incluso el descafeinado se puede tomar con moderación. Esta marca tiene menos cafeína que las demás. Quiero ponerlo en la tienda online, las embarazadas matarán por tomar algo que de verdad sepa a café.

Sonrió sin poder evitarlo, dando otro sorbo mientras miraba pintar al pequeño Leo, jugando con unos coches al otro lado de la tienda. El niño empujaba los vehículos con seriedad concentrada, ajeno al mundo. Aquel rincón infantil, con alfombra de animales, bloques de colores y una estantería baja llena de cuentos, parecía otro planeta. Uno en el que todo estaba bien.

—Y sobre tu familia. No. No es exagerado, pero tampoco tienes que hacerme caso. Solo tú puedes elegir qué hacer con ellos —siguió diciendo Olivia.

—Esa es la cosa, yo tampoco lo sé. Estoy muy enfadado y tengo mucha rabia, pero… —musitó avergonzado.

—Pero los echas de menos —adivinó Olivia.

Suspiró, dedicándole una sonrisa triste.

—Lo entiendo. Mi padre era un cabrón cruel y sin corazón, dispuesto a lo que sea por una cerveza más. A pesar de ello, cuando Dean me sacó de su casa estuve triste. Ni siquiera era por él. Sabía que era un padre de mierda, nunca hizo nada por nosotros. Era por la idea de lo que significaba tener un padre. Me parecía loco extrañar a alguien que me hacía tanto daño.

—¿Fuiste a terapia? —se atrevió a preguntarle.

—No, hasta que me quedé embarazada. Tenía mucho miedo de repetir el patrón de mi padre, no tuve a nadie de quien aprender a educar. ¿Y sabes qué aprendí?

Negó con la cabeza, bebiendo de nuevo para tener algo que hacer.

—Que era una tonta, porque tenía a Dean. Él me llevó con una hermana de nuestro padre mientras él empezaba en el ejército, me llamaba cada vez que podía y me enviaba dinero para asegurarse de que no me faltara de nada.

—¿Tu tía se portó bien contigo?

—Sí, lo que pasa es que era muy mayor. El tercer año de Dean en el ejército me hizo mudarme aquí. La familia de Mark y su madre estuvieron dispuestos a acogerme. Fue maravilloso, desde el primer día me llenaron de cariño. Fue la primera vez que viví en una casa sin miedo, nadie gritaba y los pasos en el pasillo no eran motivo para esconderme. Era un lugar en el que podía dormir tranquila, había comida caliente y una cama solo para mí.

—Parece un buen lugar —dijo para animarla al ver su cara triste.

—Cuando me quedé embarazada, Dean compró mi piso para poder estar cerca. Aunque no podía estar siempre, me llamaba cada vez que tenía línea y preguntaba por todo: las citas médicas, los antojos, si dormía bien o si me dolía la espalda. Todo lo que podía hacer desde lejos, lo hizo. Y lo que no, buscó la forma de solucionarlo igual. Ahí fue donde empezó a hablar de retirarse —le confió Olivia.

—Pero eso fue hace años —protestó.

—Le cuesta dejar a sus chicos, es el jefe de equipo, siente que dependen de él. Pero cada vez que viene se va más triste, quiere estar con nosotros, y la verdad es que yo me muero porque esté. Dean creció a palos y siempre se ocupó de mí. Quiero cuidar de él y devolverle todo lo que ha hecho por nosotros. Se lo ha ganado con creces. Se lo merece.

—Parece un hermano maravilloso —opinó.

—Lo es. Me ayudó a que me alquilaran este local, yo era muy joven y la dueña no quería, pensaba que no lo aguantaría ni seis meses, pero él se presentó con el contrato firmado y un plan de negocio bajo el brazo, como si fuera mío. Restauró todos los

muebles que ves… los lijó, los pintó y los montó con sus propias manos durante una de sus licencias, se pasaba horas aquí, aunque estuviera agotado. De verdad que sueño con el día en que esté en casa, sin fechas límite, sin tener que mirar el móvil cada diez minutos por si lo llamaban de vuelta. Sin tener que fingir que no nos preocupa que no vuelva, que no lo echamos de menos en cuanto se cierra la puerta. Solo lo quiero aquí, tranquilo, sabiendo que ya no tiene que cuidar de nadie más.

—Harrison dice que es el mejor hombre que ha conocido nunca —le dijo sonriendo—. Y creo que tiene razón.

—Por supuesto —contestó ella sonriendo—. Es el mejor. Nunca tuvo miedo de hacerse cargo de nada, ni de nadie. Siempre estuvo para mí, incluso cuando no tenía a nadie más. Pero tienen vidas muy sacrificadas, a veces me enfado con él. ¿Por qué tienes que irte? ¿Por qué arriesgas tu vida así? ¿Por qué no puedes simplemente quedarte? Con el tiempo entendí que ellos están hechos de otro material, de ese tipo que no se rompe, aunque lo doble el mundo. Realmente creen en lo que hacen.

Tomó una bocanada de aire, porque entendía perfectamente lo que decía. La admiración y la frustración podían convivir, lo había aprendido a la fuerza. No se anulaban, se entrelazaban. La admiración no borraba el enfado, y el enfado no negaba el cariño. Estaban ahí los dos, pesando al mismo tiempo.

—Por eso no me hice policía —admitió.

Olivia lo miró expectante. Él dejó la taza sobre la mesa, con cuidado, y desvió la mirada hacia el escaparate iluminado por la luz de la tarde.

—Cuanto tenía dieciséis mi padre tuvo un incidente, pero la misión en la que Harrison casi muere fue el último clavo para ese ataúd. Pensé, ¿merece la pena morir por algo que nadie sabe que estás haciendo? ¿Quedarte tirado en un país donde todos te odian por tu nacionalidad? Entiendo que lo haga, pero creo que es sacrificar una parte de tu vida enorme, siempre solo, siempre en alerta, siempre en peligro. Pensé que ese riesgo no merecía perder a Harrison y me enfadé. Con el mundo que estaba tan loco que requiere que los SEAL existan, por la vida que lo dejó elegir ese camino.

Olivia asintió, apretando los labios al escucharlo.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Le clavaron una aguja —le explicó, decidido a contárselo todo.

Los ojos de Olivia se abrieron de sorpresa, y dejó la taza a medio camino de la boca.

—Era un día normal, en las últimas semanas se habían acumulado muchos sin techo durmiendo cerca de la zona cara de la ciudad. Los mandaron evacuarlos a los refugios y había un hombre al que le costaba moverse, mi padre fue a ayudarlo a coger sus cosas, pero él estaba puesto y pensó que iba a robarle. Le clavó la aguja que usaba para drogarse.

—No —murmuró Olivia, llevándose la mano al pecho, como si la escena acabara de desarrollarse frente a ella.

Asintió con pena, recordando el sonido del teléfono, la forma en que su madre apenas podía hablar mientras intentaba explicarlo. Recordó el pasillo del hospital, la puerta de urgencias que se abría y se cerraba, y el temblor en las manos del tío Richard cuando salió a decirles que estaban haciendo pruebas.

—El tío Richard lo llevó corriendo al hospital para hacerle pruebas, sida, hepatitis... Esperamos la sentencia con el corazón encogido, su vida podría haberse terminado por un error. Por suerte no pasó nada, pero nunca olvidaré cómo lloraba mi madre, ni la forma en que mis hermanos se agarraban el uno al otro. Tomé una decisión ese día, no pensaba hipotecar mi vida en nadie que no fuera yo o los míos. No haría que mi familia pasara por eso.

Lo dijo sin apartar la mirada de la mesa, con la mandíbula apretada y las manos cerradas sobre las piernas. No lo contaba a menudo, pero cuando lo hacía, le dolía en los mismos sitios que en aquel entonces.

Era una imagen que no se le borraría jamás: su madre sentada en una de las sillas del hospital, los ojos deshechos, abrazando a uno de sus hermanos mientras el otro caminaba en círculos, sin entender del todo qué estaba pasando. El pasillo blanco. El silencio entre los médicos. La espera, esa espera.

Todo se había vuelto irreal durante aquellas horas, como si el tiempo se estirara de forma cruel solo para hacerles más daño.

—Normal. Hay que estar loco para ir a pecho descubierto por la ciudad, la gente está loca —comentó Olivia, frunciendo ligeramente el ceño.

—Yo admiro a los cuerpos de seguridad, a los médicos, bomberos, pero no querría eso para mí.

No lo dijo con desprecio, sino con una convicción tranquila. Sabía perfectamente lo que implicaba ponerse en primera línea, y también lo que podía perderse en el intento. No era cobardía. Era sentido común.

—Por eso tampoco fui a las Olimpiadas. Renunciar a mi vida para que otros fueran felices. No, gracias —ironizó, terminándose el café de un trago lento, como si quisiera arrastrar también con él aquella idea antigua.

—Creo que eso es distinto —matizó Olivia, ladeando ligeramente la cabeza—. Se te ve feliz corriendo, te encanta, creo que no deberías renunciar a algo que amas tanto solo por no darle la razón a los demás.

—No es eso, es que a mí las medallas no me dicen nada —replicó con honestidad, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Ya, pero correr sí. ¿Por qué alejarte de algo que te gusta tanto…? Puede que no quieras correr de forma profesional, pero ¿tiene sentido darle la espalda del todo a un mundo que amas? No lo creo, porque con eso te haces daño a ti. La vida está para vivirla y para disfrutar de lo que hacemos, o si no, no merece la pena vivir. Estamos de paso en el mundo, James. Hay que intentar disfrutarlo porque las cosas malas nos pasan a todos, hay que compensarlas con las buenas.

Se lo dijo sin dramatismo, pero con firmeza. Como alguien que ya había aprendido por las malas lo que costaba dejar de lado sus ilusiones. No intentaba convencerlo a la fuerza, solo recordarle que tenía derecho a elegir lo que le hacía bien.

Bajó la mirada hacia su taza vacía, la giró entre los dedos, sin saber muy bien qué buscaba en ella. ¿Eso era lo que estaba haciendo? ¿Renunciar a lo que quería solo por no dar la razón a los demás? ¿Y si no era una renuncia, sino miedo a querer algo que los

demás no entendían? ¿Por orgullo? ¿Por miedo a decepcionar a alguien que ya se había alejado de todos modos?

¡Qué estupidez!

CAPÍTULO 34

Le dio pánico enviar el correo, una punzada seca en el pecho, como si estuviera entregando algo demasiado íntimo a un lugar donde no podía controlar la respuesta. Nunca había estado más asustado por enviar unas pocas frases, pero lo hizo. Solo tardó dos horas en redactarlo y considerarlo adecuado. No quería sonar desesperado, no deseaba inspirar lástima. Un email práctico y profesional que había corregido al menos cinco veces, sobre el que no le dijo a nadie salvo a Harrison.

A él le escribía todos los días, sin falta.

Al principio solo era una frase o unas pocas. Siempre calmándolo y asegurándole que estaba bien. Luego empezó a contarle sobre lo que hacía, sus dudas, sus progresos, sus días tristes y felices. Volcó todo lo que sentía y pensaba en cada uno de ellos, haciéndole partícipe de todo. No se trataba de informar, sino de compartir. Como si con cada palabra pudiera acortar la distancia entre ellos. Nunca se había abierto tanto a nadie, pero no lo sentía como algo malo. Harrison ya le había demostrado que podía confiar en él, y en medio del silencio se sentía mejor pensando que podía llegar hasta él de alguna manera, aunque fuera a través de una pantalla.

Así que esa noche escribió un correo increíblemente largo, el más largo que había enviado nunca, desvariando sobre si no estaría loco al hacer algo así, especulando sobre lo que haría si recibía algún resultado y suponiendo que no pasaría nada porque ya era muy tarde.

Escribió sin parar durante más de una hora, con los dedos crispados sobre el teclado y la mente dividida entre la emoción y el vértigo. Cuando terminó, lo releyó entero con el corazón en la garganta, dudó varios minutos frente al botón de enviar… y al final lo

hizo. Era Harrison y sabía que no se burlaría de él, ni le restaría importancia. Que lo leería despacio, con el mismo cariño con el que él lo había escrito.

Recibió una llamada a primera hora de la mañana. Estaban encantados de saber de él y lo esperaban para entrevistarlo si estaba disponible. No hubo largas introducciones ni demasiadas preguntas previas, solo interés genuino y una fecha concreta. Fue esa misma tarde. Le enseñaron las instalaciones y saludó a gente que hacía años que no veía. Viejos conocidos del equipo técnico, algún entrenador que le había dado consejos cuando era un crío, incluso un fisioterapeuta que recordaba su marca personal con más precisión que él mismo.

Le hicieron una oferta enseguida y, para evitar problemas, advirtió a la dirección de que era gay. Nadie dijo nada al respecto. Le recordaron que su vida privada no le importaba a nadie y le pidieron que, de cara al público, fuera discreto.

No se sorprendió. Tampoco se sintió herido. Era una victoria silenciosa: que el tema no importara, que su valía no dependiera de eso.

Fue un paso gigantesco. Se sintió como algo enorme, como si se hubiera arrancado de golpe el miedo que llevaba atado al pecho desde siempre. Y nunca fue más feliz que en el momento en que firmó como entrenador para un centro privado de alta competición.

A partir de ese día, cuatro atletas profesionales estaban bajo su cargo, con su preparación para los Juegos Olímpicos. El vértigo fue inmediato, pero también la adrenalina. Era una locura: en menos de veinticuatro horas pasó de contable a entrenador.

Su jefe era un buen hombre y le deseó la mejor de las suertes, asegurándole que tendría un lugar allí si quería. No lo quería.

Su siguiente mañana fue surrealista: pantalones cortos, camiseta, silbato, zapatillas, y a correr. Corría con los chicos, corregía su postura, daba consejos.

Volvía a hablar en el idioma que conocía de verdad: el del cuerpo en movimiento, el de los cronómetros, los ajustes mínimos, la tensión en la zancada.

La felicidad era exactamente eso: levantarse cada mañana con ganas de vivir. Simplemente eso.

Sin planes a largo plazo, sin miedo al teléfono, sin excusas. Solo aire limpio, cuerpos esforzándose a su lado, y la certeza de estar, por fin, donde tenía que estar.

Todos se alegraron por él, pero no pudieron hacer una celebración en condiciones hasta el lunes, cuando todos estaban disponibles.

Habían esperado a que terminara el primer fin de semana de trabajo, querían que estuviera más tranquilo, sin nervios ni prisa. Quedaron en un parque para hacer un picnic cerca de la casa de Olivia. Era una zona amplia, con árboles altos que daban sombra natural, bancos de madera y mesas, todo rodeado de un césped bien cuidado y niños corriendo a lo lejos. Le prohibieron llevar nada, así que pensó que sería algo pequeño.

Supo que estaba equivocado en cuanto llegó y vio una pancarta colgando entre dos árboles que les daban sombra a la mesa que habían elegido, al lado de una barbacoa de obra donde ya ardía la leña. "Felicidades entrenador Walker".

Tuvo que detenerse un segundo. No era solo la pancarta. Eran las risas, el olor a comida, las voces conocidas llamándolo desde lejos. Algo le estalló en el pecho al salir y ser recibido entre aplausos y silbidos. Se llevó una mano a la cara, incrédulo, antes de echar a andar. Corrió hacia ellos y los abrazó uno a uno. Cora, Alison, Rori, Park, Leo y Olivia, todos estaban allí, aceptándolo y felices por él.

Nadie cuestionó a qué se debía el cambio, entendieron que era un momento de transformación, y que estaba trabajando en su felicidad.

—Tenemos ensalada de patata, macarrones con queso, ensalada de col típica texana, tacos especialidad de mamá Cora y un montón de carne para la barbacoa. Costillas de cerdo, ternera y pollo. Todo un manjar para celebrar el día especial de nuestro chico —le anunció Olivia con una sonrisa grande y un solo brazo en torno a sus hombros, apretándolo un poco antes de soltarlo.

—Y de postre tenemos tarta de boniato, tarta de queso y pastelitos de manzana —le mostró Alison señalando los platos, uno tras otro, como si estuviera presentando una exposición de arte.

—Por amor de Dios, es muchísima comida. Yo me pondré con la barbacoa —se ofreció riendo.

—De eso nada —negó Cora, alejándolo de la carne con un leve empujón en el hombro—. Tú eres el homenajeado. Te sientas, comes y dejas que te felicitemos. Además, ya tenemos voluntarios. Mira —le indicó detrás de él.

Se giró y vio a Park y Leo. El niño llevaba un delantal a cuadros tres tallas más grande y unas gafas de sol minúsculas en la nariz, fingiendo que inspeccionaba las brasas como un experto. Park le seguía el juego, concentrado en cortar las tiras de carne sin reírse.

—Esos no. Allí —le señaló Cora, risueña.

Se hizo el caos en un segundo. Mark, Dean y Harrison iban hacia ellos, los tres con gigantescas sonrisas. Alison y Rori estaban más cerca, corrieron hacia su hermano a toda velocidad.

Sintió un golpe sordo en el pecho. Todo el aire le entró de golpe. Una descarga eléctrica que lo hizo moverse antes de pensar. No tuvo tiempo de pensar, solo corrió al verle.

Estaba allí. Harrison. Estaba vivo. Estaba en casa.

Adelantó a Alison y Rori, los pies sin tocar apenas el suelo, y chocó directamente contra su pecho. Harrison lo envolvió en un abrazo fuerte, casi desesperado, levantándolo del suelo como si no pesara nada.

Lo único real eran los brazos que lo rodeaban, firmes y seguros, envolviéndolo como si nunca hubieran dejado de estar ahí. Olía a casa, a algo conocido que le había faltado sin darse cuenta, y por un instante no existió nada más. Ni el parque, ni las voces, ni la barbacoa encendida.

Solo el tacto de esa camiseta contra su cara y la presión constante en la espalda, como si no fueran a soltarlo nunca. Sintió el calor de su cuello, la respiración entrecortada de Harrison pegada a su sien, y algo en su interior cedió por completo.

—Estás en casa. Estás aquí —susurró sin aliento, riendo sin poder detenerse.

Dos meses sin una palabra, sin un mensaje, sin nada más que incertidumbre sobre lo que estaría pasando, pero ahora estaba allí, vivo y en sus brazos.

Harrison lo aplastaba contra su pecho, negándose a dejarlo ir, aunque estaba seguro de que los hombres no se abrazaban tanto rato en público. Sentía los dedos de Harrison cerrados sobre su camiseta, apretando con una fuerza que no era solo física.

—Estoy tan orgulloso de ti —le dijo Harrison al oído.

Cerró los ojos, apretándose aún más contra él. No sabía que un abrazo podía devolver la vida a un cuerpo, pero así se sentía. Como si por fin pudiera volver a respirar. Como si todo hubiera valido la pena solo por esto. Como si el tiempo detenido durante semanas hubiese arrancado de nuevo en ese mismo instante.

—¿No hay nada para mí? —preguntó Dean. Les dedicó una mirada significativa, lanzando una ojeada rápida detrás de ellos. Un recordatorio amable de que no estaban solos.

Se apresuró a saludarlo, ofreciéndole la mano.

—Me alegro de que estéis sanos y salvos —dijo con sinceridad, clavando la mirada en la suya.

Dean le sonrió, estrechándola con fuerza.

—Nadie está más feliz que nosotros. Vamos a por esa barbacoa —anunció Dean a todos, yendo a la parrilla.

Harrison le sonrió, en sus ojos brillaba el orgullo y algo más que no supo reconocer o que quiso ignorar por miedo al vértigo.

Llevaba semanas deseando ver esa expresión. Ahora que la tenía delante, no sabía cómo sostenerla. No era la expresión que había imaginado en su cabeza. Era mejor. Más cálida, más contenida, más real.

—¿Leíste mis mails? —se atrevió a preguntar en voz baja.

—Cada uno de ellos —le respondió Harrison, sonriendo—. No dejes de escribírmelos. Los leía cada vez que podía y fue como estar aquí contigo. Tengo mucho que decir al respecto, por cierto.

—Estoy deseando escucharlo todo —le aseguró, devolviéndole la sonrisa. No sabía cómo poner en palabras el alivio de tenerlo allí, de verlo mirarle así, como si el tiempo no les hubiera quitado nada.

—Hola —lo saludó Mark, acercándose con una expresión cálida y ofreciéndole la mano.

—Bienvenido a casa —le deseó al estrecharla.

—Felicidades por ese trabajo nuevo tan increíble —le respondió Mark con una sonrisa genuina, como si lo conociera de toda la vida.

—Sí, quiero escucharlo todo sobre eso —añadió Dean, dándole un codazo suave al pasar junto a ellos.

—Y yo quiero saber qué hacéis aquí —le contestó, aún incapaz de borrar la sonrisa ni de apartar los ojos de Harrison.

—Eso puedo responderlo yo —intervino Olivia, alzando una ceja con gesto divertido—. Dean me llamó esta mañana y me dijo que estaban en territorio americano y que ya venían de camino. Le pedí que no dijera nada para darte una sorpresa.

Olivia lo atrapó en un abrazo fuerte, apretándolo con el mismo entusiasmo con el que siempre lo cuidaba.

—¿Estás sorprendido? —preguntó animada, apartándose un poco para mirarlo mejor.

—Mucho —confirmó, sonriendo. Y era verdad. El corazón aún le latía demasiado rápido y sentía los dedos ligeramente entumecidos.

Tenía mucha hambre antes de llegar. Ahora no sentía ni pizca, estaba demasiado ocupado memorizando cada gesto y sonrisa de Harrison, temiendo que, si parpadeaba, se lo perdería.

Quería grabarlo todo: la voz, la postura, las líneas de su cara, la forma en que lo seguía mirando incluso cuando hablaba con los demás. Harrison acababa de llegar, pero ya sentía que se les acababa el tiempo.

CAPÍTULO 35

Los tres se encargaron de la parrilla mientras todos peleaban por tener un poco de su atención, contándoles todo lo que había pasado en su ausencia.

Ellos respondían a todo, reían y bromeaban, parecían realmente felices, e incluso se atrevería a decir que aliviados, como si por fin pudieran bajar la guardia después de semanas enteras en tensión.

Se rodeó a sí mismo para evitar ir hacia Harrison y darle el abrazo que se moría por darle. No quería saber qué habrían visto para sentir ese alivio. Prefería no imaginarlo. Había demasiadas formas de callarse lo que duele, y todas dejaban cicatriz.

—El primer trozo de carne para el homenajeado —le dijo Harrison, poniéndole delante un jugoso pedazo de ternera.

—Gracias —murmuró.

—Lo hice yo —le apuntó Harrison.

—Ya te vi. —Rio, bajando la mirada, aceptando la bandeja con la ensalada de patata de Olivia.

Harrison le sonrió y regresó con sus amigos. Olivia le dedicó una pequeña sonrisa y una mirada cómplice que lo hizo sonrojarse. Era una de esas miradas silenciosas que lo decían todo: ya se había dado cuenta de lo que pasaba entre ellos.

Enseguida estuvieron todos sentados en la mesa, disfrutando de toda la comida casera y conversaciones divertidas. Jugaron a las cartas para hacer la digestión después de semejante despliegue, Olivia hizo millones de fotos que le envió enseguida.

La pantalla vibraba cada poco. Las notificaciones iban llegando una detrás de otra, sin filtro ni orden, como si Olivia quisiera congelar el día entero en imágenes.

Hubo una que llamó su atención. Un selfi que Olivia sacó con todos amontonados en la mesa y la pancarta detrás.

—Es una buena foto —opinó Harrison, inclinándose sobre él.

—¿Verdad? —preguntó sonriendo, sin dejar de mirar.

—¿Cuál? —quiso saber Olivia.

Le mostró la pantalla.

—Me quedó súper bien, la subí a mi cuenta —les dijo ella, sonriendo.

—No puedes subir fotos de ellos —le recordó.

—Tonto, sus caras están pixeladas —le dijo Olivia, mostrándole su móvil.

Había usado los filtros con precisión. Solo se veían los contornos, los colores, las risas. El resto estaba cubierto por píxeles deliberados, porque los SEAL no podían salir en fotos. Ni siquiera en las de familia.

Leyó lo que había puesto a pie de foto: "Emocionantes noticias para la familia".

—Deberías subirlo tú también, tienes que compartir con el mundo la buena noticia —le aconsejó Olivia.

Miró la pantalla, pensativo. Sus hermanos lo seguían, verían la foto y entonces lo sabrían, y sus padres y…

Harrison puso la mano sobre la suya.

—No hay nada que esconder, es una noticia genial.

La mano sobre la suya era cálida, fuerte, familiar. Bastó ese gesto para recordarle que seguía ahí, que no tenía que cargar con todo solo.

Sonrió en agradecimiento y colgó la foto él mismo, sin añadir nada.

—Está anocheciendo. Hay que recoger —le ordenó Cora.

Acabaron rápido, aunque había un montón de cosas, y se repartieron las sobras entre todos.

—Harrison, vamos —lo llamó Dean mientras guardaba todo en el maletero.

—Yo me quedo, luego nos vemos —le dijo a su amigo, sin moverse, sentados en el mismo banco frente a frente con las piernas separadas.

Dean no preguntó. Cerró el maletero y se fue con el resto.

Esperaron a que los coches se alejaran para volver a fijarse el uno en el otro. El silencio que quedó atrás no fue incómodo, al contrario, parecía abrirles un espacio solo para ellos.

—Tengo que preguntar —empezó Harrison—. Entrenar Olímpicos —musitó con cara de asombro.

—¿Te puedes creer que nunca me vi a mí mismo haciendo eso? Me ofrecieron varias veces el puesto después de retirarme, pero no me veía entrenando a nadie. Pero un día después de hablar con Olivia pensé: tiene que haber un punto intermedio, algo que me permita estar más cerca de algo que me gusta tanto sin la presión de la competición. ¿Es una locura que estudiara una carrera y ahora haga esto? —preguntó, un poco nervioso, bajando la voz en la última frase.

—No lo creo, siempre puedes buscar trabajo de contable si quieres, pero leí tu mail el día que te dieron el trabajo varias veces. Se te notaba, contento, feliz, pletórico. No lo puedo imaginar como algo malo —respondió Harrison con naturalidad, mirándolo como si fuera evidente.

—Ya, pero me empeñé tanto en sacarme la carrera que ahora van a pensar que estoy retrocediendo.

—Claro que no. Está bien tener un plan b. Me dijiste muchas veces que para ti todo se trataba de correr. Creo que a esos chicos les vendrá bien tener a alguien que no les deje perder la perspectiva sobre eso, alguien que les recuerde por qué empezaron. Ayudarles a aliviar la presión. Creo que vas a hacer un trabajo increíble, sé que lo harás —le aseguró con sinceridad.

—Les conté que soy gay, no quería perder el trabajo si alguien se enteraba —confesó, tragando saliva con fuerza.

—Bien, no era su asunto, pero está bien ser precavido. ¿Y qué te dijeron? —quiso saber Harrison con interés real, sin rastro de juicio en la voz.

—Me dijeron que no había problema, pero que sería bueno ser discreto —le contó.

—¿Y eso te parece bien?

—Sí, soy una persona discreta y tampoco quiero ir contándoselo a todo el mundo. Solo lo dije porque al final trabajo con gente joven y hay mucho retrógrado, no quiero más guerras sobre mi sexualidad. Prefería enfrentarlo de forma directa y ver cómo se comportaban —se sinceró, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Bien hecho, muy valiente —asintió Harrison, tras unos segundos de silencio.

—¿Tú crees? A veces siento que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Me suena, sí—le contestó Harrison con una sonrisa suave, ladeando la cabeza.

Se rieron los dos, en voz baja. No por el comentario, sino por el alivio de poder decirlo.

—¿Y tú cómo estás? Nos teníais preocupados a todos —le dijo con sinceridad.

—Misión complicada —admitió Harrison—. De las duras y difíciles de salir, pero anteayer nos dijeron que volvíamos a casa y se nos pasó todo.

Agarró su mano entre las suyas con un gesto firme, sin dudarlo, como si lo hubiera hecho muchas veces antes. No fue para consolarlo, fue para estar. Para que Harrison también supiera que no estaba solo y que podía apoyarse en él si lo necesitaba.

—Lo siento.

Harrison volvió a sonreír.

—Alguien tiene que hacerlo. No pasa nada —le aseguró él.

No apartaron las manos. Las suyas eran más pequeñas, pero encajaban sin esfuerzo. Harrison tampoco lo soltó.

—Gracias por escribirme, me gustó mucho. No dejes de hacerlo —le pidió Harrison, dándole un apretón.

—No lo haré, te usé de diario —dijo en broma.

—Úsame para lo que necesites —se ofreció Harrison.

El calor le golpeó por todo el cuerpo, repentino, abrumador. Subió por su pecho como un latido salvaje, le prendió el cuello, las mejillas, el estómago. Lo dejó quieto y en vilo, como si todo en él estuviera a punto de estallar. Intentó soltar sus manos, pero Harrison tiró suavemente de él, arrastrándolo con decisión.

—Esto es en lo que he estado pensando desde que me fui —musitó Harrison en voz baja.

Lo dijo tan cerca que notó el calor de su respiración en la piel, tan próximo que todo lo demás se desdibujó. Solo quedaban ellos.

Sentir sus labios contra los suyos fue una descarga limpia, devastadora, tan intensa que su cuerpo se fue hacia delante sin resistencia. El primer contacto fue húmedo, cálido, brutal. No hubo tiempo para dudas. Solo hambre, deseo acumulado y algo más profundo que no supo nombrar.

Harrison lo rodeó con sus brazos, haciéndose cargo de él mientras lo besaba. La fuerza de ese gesto le quitó el aire. Era firme, posesivo, como si no pudiera permitirse que se alejara ni un centímetro.

Jadeó dentro del beso, incapaz de percibir nada que no fuera su lengua invadiéndolo, marcando el ritmo, volviéndolo loco en su boca. Respondió con igual intensidad, abriéndose por completo, dejando que lo guiara, que lo tomara, que lo envolviera. Su boca ardía. Las manos de Harrison lo sostenían con tanta fuerza que sentía las huellas clavándose en la cintura. No dolía. Era la única forma de permanecer entero.

Todo su cuerpo estaba conectado a sus labios, una red invisible de impulsos que estallaban al mismo tiempo, tirando directamente a su centro. Un zumbido constante le recorría la columna, le vibraban los muslos, las rodillas se le aflojaban. Le temblaba la respiración. No recordaba haber sentido nada parecido nunca. Era una locura física, un incendio lento que no quemaba, pero lo abrasaba por dentro.

Resultaba enloquecedor recibir tantos estímulos a la vez.

El pecho de Harrison subía y bajaba contra el suyo, sincronizados sin esfuerzo. Cada roce era una súplica muda, cada aliento compartido parecía decir: “No me sueltes todavía”.

Podía sentir el latido de su corazón golpeando con fuerza sobre su mano, las ansias contenidas que vibraban en su cuerpo, la forma en que se les erizaba la piel cada vez que sus lenguas se encontraban.

Cada beso era más profundo que el anterior. Se aferraban con más hambre, más urgencia. Nada en el mundo importaba tanto como ese instante.

Era demasiado. Y no quería que se detuviera.

Los gritos de unos adolescentes los hicieron separarse, todavía con el aliento compartido entre los labios. Giró la cabeza hacia el sonido. Había cinco chicos bebiendo cerveza al otro lado del parque, los miraban sin disimular mientras reían y silbaban.

—Deberíamos irnos —sugirió, avergonzado, poniéndose en pie.

—Sí, será lo mejor —admitió Harrison, quien envió una mirada amedrentadora que atravesó la distancia. Los chicos guardaron silencio al instante, sin atreverse a devolverle la mirada—. Perdón por eso. Debería haber estado más pendiente.

—No pasa nada —murmuró, sacando las llaves del bolsillo de su pantalón, intentando recuperar el control de su cuerpo. Aprovechó para acomodarse y tratar de que no se le notara la erección. Estaba sorprendido de lo rápido que su cuerpo despertaba cuando se trataba de él, de la naturalidad con la que reaccionaba incluso cuando su mente no se lo permitía del todo.

Necesitó dos intentos para encender el coche, pero Harrison no hizo ningún comentario al respecto. Bajó la ventanilla y dejó entrar el aire fresco para calmarse. El piso de Dean no estaba muy lejos, así que no tardaron en llegar.

—¿Cuánto tiempo os quedáis? —preguntó al detenerse.

—Una semana —respondió Harrison, quitándose el cinturón y girándose en su dirección, sin apartar los ojos de él ni un segundo.

—Eso es bueno —dijo incómodo, sin saber qué decir, demasiado consciente del silencio nuevo que había entre ellos.

—Jamie —lo llamó Harrison—. ¿Estamos bien?

—Sí, es que… llevo semanas pensando en qué pasaría cuando volvieras y esto no estaba en mis planes —admitió.

—¿Hice algo mal? Pensé que tú… —quiso saber Harrison con gesto preocupado.

—Yo también quería —le aseguró con rapidez—. Solo que estoy un poco abrumado, pero no en el sentido negativo.

Harrison no parecía muy convencido, así que decidió dar un pequeño salto de fe. Se inclinó hacia delante y le dio un beso suave en los labios, uno breve, sencillo, pero lleno de intención.

—Estoy feliz de que estés de vuelta —le prometió.

Harrison asintió y salió del coche. Al cerrar la puerta, sus miradas se cruzaron de nuevo, cargadas de cosas que aún no sabían cómo decir.

—Espera —le llamó a través de la ventanilla—. Tus placas —le dijo, tirando de la cadena para que pudiera verlas.

La sonrisa de Harrison se ocupó su cara. Se llevó la mano al cuello y tiró de su cadena para mostrarle que tenía otras.

—Quédatelas, me gusta saber que están contigo —le dijo antes de marcharse.

Se quedó parado, viéndolo desaparecer sin saber qué acababa de pasar. Su móvil sonó y lo cogió sin mirar, todavía con su atención en la entrada.

Harrison:

No te olvides de escribir en tu diario, querré saber todo sobre este día. Especialmente de la última hora, no te cortes con los detalles.

Se quedó tan sorprendido que tuvo que leerlo por segunda vez, antes de carcajearse. Había algo profundamente íntimo en ese mensaje, algo que no necesitaba traducción ni explicación. Dios, estaba tan feliz de tenerlo en casa que no pensaba desperdiciar ni un solo segundo.

CAPÍTULO 36

HARRISON

—¿Entonces no piensas hacer nada? —insistió Dean mientras ajustaban el peso de la lavadora, sudando ya por el esfuerzo.

—No es asunto tuyo —le repitió por tercera vez, manteniendo la voz controlada.

—No digo que me cuentes los detalles. Solo señalo que James está rehaciendo su vida. ¿No te da miedo que te deje atrás? —quiso saber mientras se inclinaba para mirar la tubería de la que se había quejado su hermana.

Le lanzó una mirada fugaz, cargada de advertencia, pero no dijo nada.

—No finjas que no sabes de qué te hablo. Se compró una casa, se cambió de trabajo, está esforzándose para tener la vida que quiere. En algún momento querrá el pack completo —le explicó Dean, volviéndose para mirarle con seriedad.

Frunció el ceño, no había pensado en eso.

—Lo último que James tiene en la cabeza es buscarse un hombre, está peleando para seguir en pie, no necesita más presión —dijo con razón, aunque el argumento le supo a poco incluso a él.

—O puede que crea que ya tiene uno, pero no durará. James necesita a alguien con él todo el tiempo, una persona en la que apoyarse y un compañero para forjar una vida. Solo digo que ese hombre podrías ser tú —resumió Dean con calma, sin apartar la vista de la tubería.

El silencio se hizo espeso. Abrió la boca para negarlo, pero solo con pensar en James alrededor de otro hombre se le revolvió el

estómago.

—Si tú no estás interesado, puede que alguno de los amigos de Park lo esté. Creo que James se divierte mucho con ellos —le aseguró, con una naturalidad que le irritó al instante.

Miró a su amigo con rencor. Sabía de Park por Jamie, le había presentado a más gente y quedaban de vez en cuando para salir.

—Park es un buen amigo y es bueno para James —dijo convencido.

—Conozco a Park desde hace años, es trabajador, divertido, de fiar… Seguro que sí. Es una pena que lo suyo no funcionara. ¿No crees? —le preguntó Dean sonriendo, ya saboreando el efecto.

—No voy a picar, son amigos —le contestó sin inmutarse.

La sonrisa de Dean se amplió, una señal clara de que había algo más.

—¿No lo sabes? —le preguntó Dean, encantado con la información —. Park y James se conocieron en una aplicación de citas. Salieron varias veces.

El calor le abandonó el cuerpo.

—Eh, no funcionaron juntos, pero no pasó a mayores. Park le dijo a mi hermana que él sería un amigo genial, pero que no había química —le aseguró Dean al verle a la cara, ya sin rastro de sonrisa.

No le dijo nada, solo se le quedó mirando sin expresión.

—No busques líos —le aconsejó Dean—. No fue nada.

—Pues no habérmelo dicho, idiota —masculló.

Dean volvió a reír y siguió con su tubería, pero en su cabeza se quedó cada palabra. Incluso cuando se duchó y salió de casa, seguía dando vueltas a la misma imagen, sin poder quitársela de encima.

Incluso cuando recogió a James para ir a comer seguía pensando en ello, en el restaurante no podía dejar de imaginar qué citas tuvieron.

Dónde fueron, si se besaron más de una vez, si James se rio como lo hacía con él.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro. ¿No te gusta el sitio? —quiso saber James.

—No, está bien. Es un buen lugar —mintió sin convicción, mirando alrededor por primera vez. Ni se había fijado en el restaurante.

Le resultaba incómodo. No por el lugar, ni por James. Por lo que no se atrevía a preguntar.

Se escondió detrás de la pequeña carta antes de hablar.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó.

—De vez en cuando. La comida es fresca y está buenísima —le aseguró James de buen humor.

—¿Traes a mucha gente a conocer el local?

—Siempre que puedo. Es un lugar discreto y no está en una calle muy concurrida, me gusta darlo a conocer. Quiero que les vaya bien.

—Sí, eso es genial —murmuró sintiéndose decepcionado consigo mismo. No sabía por qué estaba reaccionando así de mal.

No era celos. O sí. O algo peor. No era desconfianza. Era miedo de llegar tarde.

—Vale, ¿vas a contarme qué te pasa o voy a darte con la carta hasta quitarte esa cara de amargura? Podemos irnos, no me importa —le ofreció James.

Suspiró, dejando el menú sobre la mesa.

—¿Saliste con el amigo de Olivia? —preguntó a bocajarro.

James lo miró sorprendido, era obvio que no se esperaba eso.

—Sí —contestó con cautela—. Te lo conté —le recordó.

—No sabía que ese tipo era Park.

—¿Importa que sea él? —quiso saber James, hablando con calma, dejando su carta sobre la suya.

—No. —Masticó las palabras, deseando decir que sí, pero consciente de que no tenía derecho a ello.

El nombre se le había atragantado. Park. Sonaba demasiado cerca.

La camarera lo salvó de hacer más el ridículo, pero se marchó demasiado pronto.

—Lo siento, es ridículo molestarme con algo así. No es propio de mí —se disculpó al quedarse solos.

James sonrió con paciencia.

—Ningún sentimiento es malo. Está bien sentir diferentes sensaciones, es normal —lo calmó—. Te hablé de Park, tuvimos un par de citas.

—Y te besó —completó, esperando a ver su reacción.

James volvió a sonreír.

—Lo hizo, y me pasé la noche llorando.

Fue como una bofetada. El recuerdo volvió tan claro que dolía. Era un idiota, por supuesto que había olvidado esa parte.

Recordó la llamada. La voz temblorosa, las palabras rotas. Él había estado al otro lado, escuchando en silencio. No sabía por qué ahora dolía tanto.

—Jamie, yo…

James negó con la cabeza.

—No hubo química. Y fue el primer hombre con el que salí, y no puedo estar más agradecido. Fue encantador, fue generoso, respetuoso y, sobre todo, comprensivo. Es una persona maravillosa, y estoy feliz de que siga en mi vida. Gracias a él estoy conociendo a mucha gente.

—¿Hombres? —fue incapaz de contener la pregunta. A pesar de que estaba entrenado para permanecer callado incluso bajo tortura.

James pareció pensarlo unos momentos.

—Y mujeres. Conoce a mucha gente —le contestó finalmente.

—¿Y qué haces con ellos? —inquirió.

—Cosas. Ver partidos, salir a comer, ir al cine. Lo típico.

—Ya —murmuró, mirando su vaso de cerveza.

Los dedos rodearon el cristal sin moverlo. El frío no ayudaba.

Tenía la garganta seca, pero no tenía sed. Solo imágenes que no quería ver en su cabeza.

James riendo con otro. Sentado en esta misma mesa. Tocando otras manos.

Se obligó a parpadear y a tragar. No quería que lo notara.

—¿Hay algo que te gustaría preguntarme? —lo presionó James, sin perder el tono tranquilo, pero con los ojos fijos en los suyos—. Sobre mis nuevos amigos.

—Me gusta que tengas más gente a tu alrededor —le aseguró sin vacilar, intentando sonar más convencido de lo que estaba—. Que te sientas aceptado y que puedas ser quien quieras ser.

James sonrió.

—Lo sé —le prometió, con esa suavidad que usaba cuando no necesitaba defenderse de nada.

—¿Sigues saliendo con gente de la aplicación?

—No, no es lo mío —le contestó James sin dudar.

—¿Y tienes citas? Con hombres —puntualizó, mirándolo a los ojos sin apartar la vista, esperando más de lo que admitía.

James lo miró de manera serena.

—No, pero podría porque estoy soltero, ¿no?

Se revolvió en la silla, le dio un sorbo a su vaso y volvió a mirarlo antes de responder.

—Supongo —aceptó.

—¿Y qué hay de ti? ¿Una mujer en cada país? Nunca hablas de eso.

—No hay nadie —dijo con rapidez.

James le dedicó una mueca burlona.

—Eres un militar guapo, sexy y misterioso. ¿Pretendes que me crea que no dejas salir toda esa adrenalina en la cama?

Chasqueó la lengua, incapaz de ocultar una sonrisa fugaz, y miró a los otros comensales para asegurarse de que nadie les prestaba atención. Levantó la mano derecha con gesto exagerado, marcando con claridad el significado, sobre cómo llevaba la presión.

James estalló en risas.

—No te creo, eso no se lo cree nadie.

—Es verdad. No tengo tiempo para relaciones y el sexo casual ha estado fuera de la mesa desde hace unos meses.

James le dio la vuelta a su cerveza, con gesto casual.

—¿Por qué? —le preguntó finalmente.

Se encogió de hombros, no había pensado en ello realmente.

—No lo sé, no sentía que lo necesitara. Tenía la cabeza en otra parte y supongo que mi cuerpo no ha estado en sintonía para nada más. Además, estoy acostumbrado a pasar mucho tiempo sin nada. Aprendes a mantener la cabeza fría.

James sonrió y bajó la mirada a la mesa, como si no supiera qué hacer con lo que acababa de escuchar. El sonrojo le cubrió las mejillas y el orgullo le explotó en el pecho.

La camarera volvió con su comida y pasaron a hablar del nuevo trabajo de James, que era un tema mucho más seguro.

—Tengo que volver al centro para unas pruebas individuales. ¿Quieres venir a mi casa esta noche? —le ofreció James cuando fueron a por sus coches al parking.

Lo miró sorprendido por la invitación.

—Es noche de fútbol —le recordó James al ver su cara.

—Ya me parecía a mí —murmuró.

James lo miró incrédulo.

—¿A que creías que te estaba invitando? —le preguntó en tono jocoso.

Sonrió, incapaz de mantener el gesto en blanco.

—A ver el fútbol no —admitió.

La risa de James le hizo sonreír.

—Date una ducha y cálmate. Puedes traer a Olivia y los chicos, para que quede claro el tipo de visita que es —se burló entrando al coche.

—Lo pillo —aceptó, riéndose también.

James se despidió con la mano y se alejó por la carretera. Él le envió un mensaje a Dean para ir al concesionario, pero no le habló de ver el partido esa noche. Quería devolverle el coche a su padre y para eso necesitaba uno propio. Pero el fútbol era lo de menos. Lo que de verdad no se atrevía a decir es que lo único que quería esa noche era volver a estar cerca de él.

Vio varias camionetas que le gustaron, pero no se decidió por ninguna. No le dijo nada a Dean y Olivia de la invitación de James, prefería aprovechar todo el tiempo que pudiera con él.

Cuando iba a salir para ver el partido se encontró con su padre en la entrada del edificio. Se quedó parado en las escaleras mirándose mutuamente.

—Hijo —lo saludó su padre acercándose.

—Papá. —Llevaba diciendo esa palabra desde que tenía un año y nunca le había dolido tanto pronunciarla. El sonido se le atragantó un instante, áspero, espeso en la garganta.

—Teddy me llamó para contarme que estuviste en el concesionario.

No le extrañó que lo hubiera hecho, eran grandes amigos. Ni tampoco que hubiera encontrado la casa de Dean, sabía que ellos

vivían en la zona.

Bajó las escaleras para estar a su altura.

—Sí, voy a comprarme una camioneta —aceptó.

—No hace falta, puedes usar mi coche, ya lo sabes —le dijo su padre.

Asintió, porque no dudaba de que dijera la verdad.

—Creo que es hora de que tenga el mío propio —le contestó.

Su padre se le quedó mirando fijamente.

—Hijo, esto se nos está yendo de las manos —le dijo en un tono conciliador.

Se cruzó de brazos, esperando a que siguiera hablando.

—Tu madre y yo queremos que vuelvas a casa, a tu casa. Las cosas no tienen que cambiar —le aseguró.

Trató de calmar la furia que burbujeaba en su estómago. El pulso se le aceleró de inmediato. Una parte de él quería gritar. La otra, marcharse sin responder.

—Todo cambió aquella noche, cuando el tío Carl te contó una mentira y tú decidiste creerlo. Toda mi infancia me criaste diciendo que debíamos ser sinceros, que no había secretos en la familia y resulta que solo estabas siendo hipócrita.

Él bajó la cabeza al suelo un instante antes de responder.

—¿Qué querías que dijera? ¿Puedes ponerte en nuestro lugar un segundo? Carl no me dijo nada hasta días después de que te fueras y todo parecía tener sentido. Que James se marchara a escondidas la noche del 4 de julio, que no quisiera hablar de ti. Encajaba.

—No, no lo hacía —protestó—. Y cuando viste cómo empezaron a tratar a James tenías que haberte asegurado de lo que pasó. Es básico en tu trabajo. Escuchar las versiones y encontrar la verdad.

—Lo sé, hijo. Ahora lo sé, cometí un error.

No le alivió escuchar eso. Al contrario. Era peor. Porque significaba que había tenido todas las herramientas y aun así eligió fallar.

—¿Y ya está? Vuestro error llevó a años de aislamiento a James. ¿Sabes que los mellizos no han intentado hablar con él? ¿Su madre? ¿Su padre? ¿Dónde están todos?

—Todos lo están pasando mal —le aseguró su padre.

—¿Sabes quién lo está pasando mal? James.

Su padre dejó salir un resoplido.

—Por eso no te preguntamos. Justo por esto que estás haciendo ahora —le recriminó molesto.

—¿De qué hablas? —preguntó desconcertado.

—De ti. Nunca le prestaste atención a James, pero cuando te estabas recuperando había algo que…

Alzó la cabeza mientras su cuerpo entero se ponía en tensión.

—¿Qué?

—Una energía rara, te volviste sobreprotector con él. Intervenías siempre que sus hermanos lo molestaban, estabais juntos a todas horas, incluso ibas a recogerlo al instituto.

—Eso no es cierto. Los mellizos estaban ocupados con la policía y James era el único que tenía tiempo libre.

—También estaba tu hermano —le recordó su padre.

—Por amor de Dios. Terry era un adolescente, quería ir de fiesta y salir con chicas, no estar con su hermano mayor. Las primeras semanas no podía ni levantarme solo a mear, ¿por qué querría estar conmigo?

—¿Y por qué lo hacía James? Es un año más joven que Terry. Hacía lo mismo que él, incluso se iban juntos hasta que llegaste tú.

Eso lo dejó sin palabras. Nunca se lo había planteado. Porque por supuesto no tenía ni idea de cómo era su vida cuando se iba al ejército.

—Somos amigos —dijo despacio.

—No lo eráis. Nunca lo fuisteis hasta ese momento. Ni siquiera lo sois ahora, pero aun así te fuiste de tu propia casa para seguirlo.

Abrió la boca para defenderse, pero decía la verdad.

—No me fui para seguirlo, me marché porque no podía ni miraros a la cara. Sigo sin poder. Mi trabajo es proteger a quien lo necesite. James me necesitaba y a todos vosotros. ¿Sois siquiera conscientes del daño que le habéis causado?

—Vamos a arreglarlo —le aseguró su padre.

—No puedes saberlo. No todo tiene solución y para que esto mejore tienen que pasar muchas cosas. Algunas de ellas no creo que puedan llevarse a cabo, no con la actitud que tenéis todos —le replicó con dureza.

—Será más difícil de solucionar si dejamos que pase mucho tiempo.

—Ojalá hubieras pensado eso cuando viste cómo estaba tratando el tío Carl a James y nada de esto habría pasado.

Lo miró directamente, sin rodeos. Estaba cansado de las justificaciones.

La expresión de su padre decayó.

—No vas a volver, ¿verdad?

—No, papá. Creía que estábamos unidos. No lo suficiente como para hacer preguntas incómodas, no tanto como para hablar con sinceridad, y sinceramente estoy decepcionado de cómo os habéis comportado. Cuando se pierde la confianza todo lo demás no cuenta. Sin confianza no queda nada.

No lo dijo con rabia.

—Haría lo que fuera por ti, Harrison. Eres mi hijo y te quiero —prometió su padre con solemnidad.

—Y yo os quiero a vosotros, pero no estoy cómodo en esta familia —afirmó sin dudar.

Su padre lo miró en silencio, evaluándolo.

—¿Y eso cómo nos deja?

—No tengo ni idea —admitió—. Solo sé que por ahora necesitamos espacio.

—Cuando quieras volver, te estaremos esperando.

—Puede que un día retires esa invitación —dijo por impulso.

Y, aun así, no fue una amenaza. Solo la realidad de alguien que ya no estaba seguro de pertenecer.

Su padre le dedicó una mirada aguda, examinándolo.

—No te entiendo, hijo —admitió decaído.

—Dejaré tu coche en la comisaría cuando me den el mío —ofreció.

Se marchó sin mirar atrás, alejándose del héroe de su infancia, sorprendido al darse cuenta de que su padre, también era humano.

CAPÍTULO 37

—¿Por qué llegas tan tarde? Hace veinte minutos que empezó el partido —le dijo a modo de saludo cuando le abrió la puerta—. ¿Y los chicos? ¿No vienen contigo?

No insistió. Le bastó una mirada para entender que algo no iba bien. La expresión de Harrison era taciturna y su rostro, cerrado.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupado.

—Mi padre acaba de hacerme una visita.

—Mierda, Harrison —murmuró.

Él no le dijo nada, fue hasta la cocina y cogió una cerveza antes de volver al sofá. Sus movimientos eran mecánicos, como si aún estuviera repasando la conversación en la cabeza.

—No fue bien —adivinó sentándose a su lado.

—Ni mal, pero siguen intentando defenderse y eso me cabrea —admitió Harrison.

—Tú no hiciste nada. Por favor, habla con ellos y arregla las cosas, es horrible que tu familia te dé la espalda.

—Nadie hizo nada, no era asunto de nadie. No voy a discutir eso. No es sobre ti, es sobre nuestra dinámica familiar. Tenemos que poder fiarnos unos de otros, hablar cuando haya un problema o desacuerdo. Me siento traicionado por ti y por mí. Me pregunto si alguna vez estuvimos del mismo lado. ¿Y si se enteran de esto? Tampoco me querrán entonces.

Lo miró sorprendido.

—Nadie va a enterarse de nada. Con tu trabajo ni siquiera es una posibilidad y tampoco tenemos una relación, no necesitas pensar en eso —le aseguró para calmarlo.

—A nadie le importa mi vida privada, lo que yo haga es cosa mía. No voy a esconderme como un niño pequeño —contestó Harrison

con seguridad—. Puede que tu psicóloga tenga razón y todos debamos alejarnos por un tiempo. ¿Tú estarás bien?

Asintió, comprensivo.

—Creo que sí. Lo difícil fue al principio, pero con el tiempo te acostumbras, ¿sabes? Al silencio, a fingir que no existen para que duela menos. Aprendes a vivir sin respuestas, sin esperar nada. No quiero eso para ti, de verdad que no.

—Ni yo tampoco —le aseguró Harrison—. Créeme, nada de esto fue por mi elección, ellos decidieron por nosotros. Puede que haya una solución, pero no será ahora. Ni hoy, ni mañana. Creía que sería bueno si todos nos enfrentáramos a esto, pero estaba equivocado. Puede que el tiempo sea la mejor opción.

Se quedaron en silencio y los dos miraron a la pantalla, aunque no se creyó ni por un segundo que ninguno estuviera prestando atención.

Pasaron en silencio el resto del partido, en un ambiente tenso y enrarecido, por eso le sorprendió cuando Harrison pidió quedarse a dormir en el sofá. No le preguntó por qué no se iba a casa de Dean.

Le trajo mantas y una almohada antes de irse a dormir.

—¿Seguro que no necesitas nada más? —preguntó, intentando sonar tranquilo.

—Puedo dormirme en cualquier lugar. ¿Quieres venir conmigo mañana? —le ofreció Harrison.

—¿A dónde? —preguntó desconcertado.

—A elegir camioneta, hoy no pude decidirme, pero prometí volver por la mañana.

—Claro, iré contigo —aceptó de buen grado—. Buenas noches.

Harrison le capturó la muñeca antes de que pudiera alejarse. El gesto fue suave, pero firme, como si necesitara retenerlo un segundo más.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—No sé qué pasa entre nosotros, pero no quiero terminarlo y no me avergüenzo de ello. Esto —dijo señalándolos a ambos—. Es diferente a todo lo que haya sentido antes, no quiero perderlo, no quiero perderte, Jamie.

El mundo pareció contraerse en torno a esas palabras. Su corazón traidor se detuvo al escucharle, se perdió en el azul de sus ojos, mientras volvía a latir a una velocidad digna de un corredor de fondo en su último segundo. No supo qué responder. No sabía si podía. Solo sintió cómo ese calor tan familiar le subía por el pecho, recorriéndole por dentro con una intensidad que no había pedido, pero que ya no quería soltar.

Se movió sin pensar, inclinándose sobre él para besarle en los labios. Pretendía ser un beso casto, de agradecimiento, para hacerle saber que seguía allí con él, pero en cuanto sus bocas se rozaron, todos sus pensamientos coherentes se esfumaron. El contacto fue una chispa inmediata que encendió algo más profundo, algo que no podía controlar.

Harrison lo sujetó de la cintura, atrayéndolo para hacerle sentarse en su regazo a horcajadas. Tenía las manos del tamaño perfecto, grandes, fuertes, con dedos largos que lo sujetaban de la barbilla con fuerza para poder besarlo. El agarre no era brusco, pero sí firme, como si se negara a dejarlo escapar. Siempre que tenía sexo había un nivel de desconexión en su cuerpo y mente, pero con Harrison era todo lo contrario. Cada parte de él se volvía sensible y alerta, listo para percibir cada mínimo cambio, cada sutil movimiento, y le encantaba. Sentía cada roce como una descarga, cada respiración compartida como una promesa.

Harrison mordió su labio inferior, con la presión justa para arrancarle un jadeo que aprovechó para deslizar la lengua en su boca. Su cuerpo tembló de necesidad, de hambre, de ganas. Entrelazó los dedos en sus mechones oscuros, quitándole el control para tomar lo que necesitaba. Harrison no intentó recuperarlo; se perdió bajo su camiseta, recorriéndole los costados con las palmas ardientes. El calor se expandía en ráfagas, dejando un rastro que le erizaba la piel.

Sentir sus manos ardientes sobre su piel fue una descarga de adrenalina y placer que lo hizo dejarse caer sobre él, sin dejar ni un solo centímetro de espacio entre ellos. La erección de Harrison se apretó contra la suya y su cuerpo enloqueció de una manera que lo

dejó desconcertado. Fue un choque eléctrico, urgente, una presión insoportable y perfecta que lo hizo jadear contra su boca.

Se separó de él por impulso, intentando recuperar el aliento, pero Harrison tenía sus propios planes. Siguió su boca, negándole el descanso que necesitaba para calmarse, así que no pudo evitar su reacción, empujándose contra él buscando contacto. Cada vez que se movía, el roce era más intenso. Cada gemido ahogado, más difícil de disimular. Sin decir nada los dos se quitaron las camisetas que les estorbaban.

Se quedaron mirándose mutuamente, resollando en busca de aire. El silencio estaba lleno de deseo contenido y reconocimiento mutuo.

Miró su pecho, fuerte, musculoso, salpicado de finas y antiguas cicatrices, con una fina capa de vello que discurría por su estómago hasta perderse en la cintura de su pantalón. Se le secó la garganta sin dejar de mirarlo, incapaz de abarcarlo todo. Puso la mano sobre sus costillas, fijándose en sus pezones oscuros, se inclinó sobre él, hundiendo la nariz en el centro de su pecho, inhalando su olor. Porque ese era Harrison y quería disfrutarlo con los cinco sentidos.

Besó su piel, y la marcó luego con sus dientes. Sonrió al escucharlo quejarse y subió por su cuerpo hasta su cuello. Harrison echó la cabeza hacia atrás, exponiéndose mientras sus manos recorrían su espalda. Sus dedos le dejaban un rastro caliente en la piel, provocando que cada músculo se tensara bajo su contacto.

—¿Esto te parece bien? —preguntó besándole el cuello.

En vez de responder, le agarró de la cintura, buscando un mayor contacto. Su cadera se arqueó contra él sin pensarlo, su cuerpo hablando más claro que las palabras.

—Harrison, necesito estar seguro de que los dos queremos esto —insistió con dificultad.

Se moría por seguir, pero no pensaba dar ni un solo paso más sin tener su consentimiento. La respiración entrecortada, los labios hinchados, el calor entre sus cuerpos: todo gritaba sí. Pero quería oírlo. Necesitaba escucharlo.

Harrison por fin pareció escucharlo, se separó para mirarlo a los ojos y no pudo evitar dar un gemido al ver la intensidad que ardía en su mirada, sus ojos azules brillando de deseo, su pelo revuelto

por sus propias manos y la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración apresurada. Estaba completamente entregado, y no hacía el menor esfuerzo por disimularlo.

—¿Tú estás bien? —preguntó Harrison, preocupado.

—Muy bien —le aseguró, tocándole el cuello con las manos, rozando con los pulgares el nacimiento de su mandíbula, conteniéndose por no estrellarse de nuevo contra sus labios—. Pero no quiero pasarme, no quiero que estés incómodo.

—Te doy permiso para hacerlo, Jamie. Puedes pasarte conmigo todo lo que quieras —su voz ronca y oscura hizo que se le tensara todo el cuerpo, disparando una corriente directa entre sus piernas.

Jadeó con necesidad, muriéndose por dejar que sus instintos tomaran el control, pero de nuevo se obligó a estar sereno.

—No quiero que te arrepientas —dijo con sinceridad.

Harrison le dedicó una sonrisa que le quitó el aliento. Su torso desnudo era una invitación que le resultaba imposible ignorar.

—Lo que quieras, Jamie —repitió, mirándole los labios como si estuviera muerto de hambre y él fuera el mismísimo fruto prohibido.

—No sé cómo hacer esto —le recordó.

Harrison le agarró las manos y se las dejó en el centro de su pecho.

—Soy tu primero, Jamie —dijo sonriendo con malicia.

—Técnicamente no —le recordó—. Esa fue Mariam Graham, en la fiesta de la cerveza cuando tenía diecisiete años.

—¿Fue bueno? —le preguntó Harrison, acariciando sus costados con los dedos, causando un escalofrío que le subió por la espalda y le erizó la piel.

Dejó salir una risita nerviosa.

—No, patético. Duré treinta segundos —confesó avergonzado.

Harrison se rio y sus manos fueron moviéndose por la cintura de su pantalón.

—Nos pasa a todos —lo consoló—. Es cuestión de práctica, todas las primeras veces son caóticas.

Jadeó cuando sus dedos ágiles desabrocharon el botón de sus vaqueros.

—Harrison… —le advirtió.

—Dime —le contestó con calma, mientras bajaba su cremallera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, inundado por el calor que le recorría el cuerpo como un volcán en erupción.

—Voy a demostrar una teoría —le dijo con tranquilidad, como si estuvieran hablando del tiempo.

—¿Cuál? —inquirió sin aliento, mientras se abría los vaqueros.

—Creo que hay cosas que requieren práctica para ser bueno, pero hay talentos que se dan de forma innata. Hay habilidades que una persona tiene sin entrenamiento, sin pensar… —le aseguró, metiendo la mano dentro de sus bóxer.

Gimió, dejándose caer hacia delante al notar cómo sus dedos lo cubrían. Apoyó la frente en su pecho, con tantos impulsos sacudiéndolo al mismo tiempo que le fue difícil hasta respirar. La calidez de su palma, el roce justo, la presión exacta… todo era insoportablemente perfecto.

—Y creo que nosotros podríamos ser talento natural —le susurró al oído, usando su otra mano para sacarlo de su ropa interior. El aliento cálido le rozó la piel, y se estremeció. Miró hipnotizado cómo su mano acariciaba despacio su tronco y su pulgar apretaba casi de una forma tierna su glande, que ya rezumaba humedad.

Harrison dejó salir un sonido ronco de sus labios mientras la extendía con su dedo. No apartaba los ojos de su reacción.

—Dios mío —murmuró, saturado por la sensación, aunque no habían transcurrido ni diez segundos.

—¿Qué piensas tú, Jamie? ¿Somos talento natural o necesitamos practicar? —lo tentó con su cálido aliento rozándole el cuello.

Un profundo quejido le salió del pecho, incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Harrison no parecía esperarlo, aumentó el ritmo de sus caricias y lo llevó directo al precipicio con una rapidez que debería avergonzarlo si estuviera en sus cinco sentidos. Pero no había lugar para la vergüenza. Solo para el deseo. Solo para él.

—Harrison, voy a… —le advirtió sin aliento.

—No —le corrigió él, retirando su mano y apartándose con firmeza, sin darle tregua.

Levantó la cabeza, sorprendido e indignado. Su cuerpo pedía más, no entendía por qué lo había detenido.

Harrison le dedicó una sonrisa y lo atrajo en un beso que le destrozó por completo la cabeza. Uno profundo, húmedo, cargado de intención. Se estremeció al sentir como su lengua volvía a buscarlo, sin prisa.

—Ponte de pie —le ordenó con las pupilas dilatadas por la excitación.

Se levantó de su regazo con las piernas temblorosas, sin cuestionar su voz. Obedecerle le parecía inevitable.

Harrison examinó su cuerpo mientras se lamía los labios. Sus ojos recorrían cada centímetro con una mezcla de deseo y adoración.

—Quítate la ropa, Jamie.

El aire se le atascó en los pulmones, su pulso se volvió loco, pero su cuerpo estaba deseoso por complacerlo, y obedeció a pesar de lo mucho que le temblaban las manos. El calor le abrasaba por dentro.

Harrison se recreó mirándolo, sin disimular que le gustaba lo que estaba viendo. La intensidad de su mirada lo hizo sentirse expuesto y deseado de una forma que jamás había conocido. Le hizo un gesto con el dedo para que se acercara y separó las piernas para que pudiera meterse en medio.

Se paró delante de él, temblando de necesidad y deseo. Harrison lo sujetó de la cintura y se inclinó sobre él despacio, mirándole fijamente a los ojos mientras se acercaba a su erección. No apartó la mirada hasta tenerlo al alcance de la boca. Lamió su glande, probándolo antes de cerrar los labios a su alrededor.

Se agarró a sus hombros para no desplomarse en el suelo y dejó caer la cabeza hacia atrás con un largo y fuerte gemido. El calor, la lengua, la succión… todo se mezclaba en una explosión insoportable de placer.

Harrison se comportó de manera implacable, chupando y lamiendo su punta hasta que lo llevó de nuevo al precipicio. Lo sostenía con las dos manos por las caderas, inmovilizándolo. Dejó salir un lamento cuando se retiró de nuevo.

Harrison se lamió los labios, parecía tener ganas de más, pero mantuvo la distancia.

—Ve a la cama y espérame allí —lo dirigió.

Lo miró por un segundo y Harrison aprovechó para volver a inclinarse y tomó de nuevo su erección hasta la mitad, liberándolo de nuevo. Solo un toque más, como castigo, como promesa. El gesto fue cruel y preciso. Sabía lo que le estaba haciendo.

—A la cama, Jamie. Ahora —le ordenó.

Se apresuró a obedecer, estaba tan excitado que le dolía andar. Abrió la mesilla de noche y sacó el lubricante con una caja de condones. Las manos le temblaban tanto que casi se le cayeron al suelo. Tomaría cualquier cosa que Harrison decidiera darle.

Escuchó cómo apagaba la televisión y vio que la luz de la sala desaparecía. Se removió en la cama, excitado y desesperado, mientras escuchaba sus fuertes pasos acercándose a él.

Casi se ahoga al verlo aparecer desnudo en su habitación, solo sus placas militares colgando de su pecho junto a una recia y tentadora erección que lo hizo apretar los muslos de pura necesidad.

Nunca había conocido a un hombre más seguro que Harrison, no estaba avergonzado por estar empalmado delante de él, todo lo contrario, se mostraba orgulloso y arrogante, con la barbilla alzada y una calma feroz en los ojos, y le encantaba.

—¿Suministros? —preguntó alzando una ceja al ver lo que había dejado sobre la mesilla.

—Por si los necesitamos —contestó con dificultad, la voz rasgada por la tensión que se le acumulaba en el vientre.

Harrison sonrió, rodeó la cama y se detuvo delante de él. Pasó la mano por su estómago, apenas rozándolo con los dedos, y sintió un espasmo recorrerle entero, como si su piel se encendiera al menor contacto.

—Hoy no —le respondió Harrison. Subió por su pecho hasta sus pezones, acariciándolos con los pulgares, y su espalda se levantó de la cama por inercia—. Hoy quiero que sepas cómo somos juntos. Que te sientas seguro, que sepas que este es tu lugar, a mi lado.

Gimió cuando hizo lo mismo en el otro, sin poder decidir si necesitaba más o si ya era demasiado.

—Separa las piernas, Jamie —exigió en voz baja.

Lo hizo sin dudar, y Harrison se movió con la facilidad de un felino, tumbándose sobre él, dejando sus erecciones apretándose entre sus

cuerpos. El calor compartido le nublaba el juicio, y solo podía pensar en tenerlo aún más cerca.

—Lubricante —le pidió Harrison con dureza, vibrando sobre él en un ejercicio de contención.

Le pasó la botella y miró, casi sin respiración, cómo sus dedos la abrían con agilidad militar, y echaba un generoso chorro directamente sobre su erección, que estaba al límite. Clavó los dedos en sus hombros, gimiendo tan fuera de sí mismo que le sorprendía estar tan descontrolado.

Harrison tiró el frasco sin mirar y movió las caderas para que sus erecciones se rozaran y el líquido se expandiera entre los dos, resbalando caliente sobre la piel, mezclándose con el sudor que ya les cubría el pecho.

—Rodéame con las piernas —le guio Harrison.

Y en cuanto lo hizo, su cuerpo reaccionó como si hubiera encontrado el sitio exacto donde quería quedarse.

Lo hizo, apretándolo con fuerza entre sus fuertes muslos, sintiendo el roce húmedo y urgente de sus cuerpos deslizándose con cada movimiento. Disfrutando de notar su erección pegada a la suya, resbaladiza y húmeda, empujando con una necesidad que parecía no tener fin.

—Vas a correrte así, Jamie —le prometió Harrison excitado—. Mientras te hago el amor con la lengua y te siento deshacerte conmigo.

—Joder, sí —aceptó tirando de él para poder besarlo, buscando su boca como si necesitara más oxígeno para sobrevivir.

Había besado a decenas de mujeres y un hombre, y nada se parecía a eso. Su lengua le demostró que había mucho que todavía no sabía de sí mismo, lo empujaba al borde, explorándolo, enseñándole cómo rendirse sin miedo. Jadeó y tembló sobre su boca, su cuerpo se deshizo por y para él.

Se aferró a su espalda con las manos, arañando sin pensar, gimiendo y rompiéndose en pedazos, rehaciéndose de nuevo para volver a implosionar mientras se movían juntos. Fue consciente de cada pequeña y minúscula parte en que sus cuerpos se tocaban porque ardían, y cuáles gritaban anhelando por no tener su calor.

La fricción los arrastraba sin tregua, y cada vez que empujaban el uno contra el otro, todo su cuerpo se estremecía en respuesta.

El orgasmo los encontró juntos, devorándose y consumiéndose hasta que fueron uno solo. Sus caderas se tensaron al unísono, sus bocas abiertas en un gemido compartido, y durante unos segundos no existió nada más.

Harrison se separó para tomar aliento, hundiéndose en su cuello húmedo por el sudor mientras intentaba respirar de nuevo.

Sus brazos lo apretaron con fuerza, consciente del pulso que todavía martilleaba entre ellos, negándose a dejarlo ir. Temiendo esa soledad horrible y desconexión que venía siempre después de cualquier encuentro sexual. No llegó. Al sexo le siguió una sensación de relajación y pertenencia que nunca había sentido.

Harrison tampoco parecía tener prisa por irse. Su mano acariciaba su muslo despacio y salpicaba besos de tanto en tanto sobre su piel, como si necesitara seguir tocándolo para creérselo.

Lo dejó ir solo cuando estuvo listo, separándose por fases y muy poco a poco, como si arrancarse de su cuerpo fuera ir en contra de todo lo que su instinto pedía.

—Deberíamos ducharnos —señaló al ver el desastre de semen y lubricante extendido por su abdomen.

Harrison se encogió de hombros, no parecía preocupado. Le dio un beso perezoso en el hombro, como si el desorden fuera parte del encanto. Se levantó de la cama con agilidad y le ofreció la mano.

Fueron juntos hasta el baño y se dieron una rápida ducha. Debería haber algo raro en ducharte por primera vez con un hombre. No lo fue. No hubo torpeza ni pudor, solo cercanía, gestos naturales y esa confianza nueva que lo mantenía flotando. Harrison lo ayudó a ducharse y lo secó eficientemente sin inmutarse, pasando la toalla con firmeza, como si lo hiciera toda la vida.

Cuando volvieron a la cama, tiró de la colcha con una mano y la dejó en el suelo.

—Mañana la lavamos —le dijo Harrison sin mirarla siquiera.

Le hizo gracia su tono práctico, como si acabaran de montar un mueble en lugar de revolcarse durante una hora. Rio mientras se metía en la cama y Harrison hacía lo mismo detrás de él.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando lo rodeó con un brazo y se pegó a su espalda.

Sintió el calor de su pecho, el peso de su brazo, el contacto constante de su cuerpo desnudo envolviéndolo como una armadura. Sonrió y agarró su mano, sintiéndose más en paz de lo que podía recordar.

—Nunca he estado mejor —dijo con sinceridad.

Harrison no dijo nada, pero sintió su sonrisa contra su piel mientras se dormían juntos. Una curva suave sobre su hombro, una respiración tranquila justo detrás de su cuello, como una promesa muda de que seguiría allí.

CAPÍTULO 38

No se quedaba a dormir con nadie, así que por primera vez en su vida sintió un cuerpo contra el suyo. La piel caliente a su espalda, el leve roce de una rodilla entre las sábanas, el peso firme de un brazo sobre su abdomen, la respiración constante en su nuca. Se sobresaltó antes de recordar cómo había llegado a esa situación.

Notó un beso sobre su nuca, cálido y húmedo, y se relajó de nuevo contra el colchón.

—Buenos días —le susurró Harrison al oído—. ¿Estás intentando largarte?

Dejó salir una risa nerviosa.

—Es mi casa y mi cama. Tú deberías marcharte —le respondió de buen humor.

Harrison se rio en su espalda y sus brazos lo apretaron con fuerza, aferrándose a su cintura.

—Estoy bien aquí —le aseguró—. ¿Tú estás bien?

Se giró hasta quedar bocarriba para poder mirarle a la cara.

—¿Necesitas volver a preguntármelo? —preguntó.

Harrison asintió, acariciando su pecho con una de sus grandes manos.

—Todas las que sean necesarias para saber que estamos bien —le aclaró.

La voz le salió suave, con una emoción contenida que no había escuchado antes. Sonrió, pasando una mano por su pecho y su cuello, atrayendo a Harrison hacia él.

—Estamos muy bien —le dijo bajando la voz.

Harrison le sonrió, metiendo una pierna entre las suyas, haciendo que su erección le rozara el muslo.

—Muy bien —añadió Harrison, rozando su boca con la suya.

Le cubrió la boca con la mano, echando la cabeza hacia atrás.

—No me lavé los dientes —le advirtió avergonzado.

Notó cómo se le encendían las mejillas y cómo Harrison reprimía otra risa contra su piel.

Lo empujó y salió corriendo de la cama al baño mientras Harrison se reía.

—Un minuto.

—Jamie, vuelve a la cama. Te prometo que no me importa —le aseguró Harrison.

—Pues a mí sí. Ven tú también —le llamó desde la puerta del baño, con la voz amortiguada por el sonido del grifo.

Antes de que Harrison respondiera, escucharon dos fuertes golpes en la puerta. Asomó la cabeza al pasillo, sorprendido.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó Harrison desde la cama.

—No —contestó.

De nuevo volvieron a llamar.

Fue hasta la entrada y miró por la mirilla. El aire se le fue de los pulmones al ver a Terry y Tara.

Se alejó de la puerta, pero los del otro lado no se rindieron y sonó de nuevo.

—¿Quién es? —le preguntó Harrison en voz baja, ya vestido con su pantalón, llegando desde el pasillo.

—Tu cuñada y tu hermano —le respondió.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Harrison, cogiendo la camiseta que habían dejado en la sala.

Miró alrededor al darse cuenta de que seguía desnudo y salió corriendo a la habitación.

—Es la primera vez que viene —le contestó poniéndose un pantalón corto y una camiseta—. No sabe que estás aquí. ¿Cómo vamos a explicárselo? —inquirió en pánico.

—Jamie, escúchame —le ordenó Harrison, agarrándole las manos mientras volvían a llamar—. No tienes que abrir. Puedes elegir no hacerlo. Nadie puede obligarte a tener una conversación que no quieres tener.

Miró sus ojos y se sintió mejor de forma instantánea.

—No sé qué quiero hacer —respondió con sinceridad.

—Pues le digo que se vaya y no tienes que verlo —contestó Harrison sin dudar.

Negó despacio.

—Es el único que ha intentado verme. Creo que quiero escucharlo.

—Está bien. ¿Prefieres que me esconda? —le ofreció Harrison, acariciando su mano con el pulgar, como si intentara calmar un nudo invisible bajo su piel.

—No, sería lo más inteligente, pero quiero que estés presente. Me sentiría más tranquilo —admitió.

Harrison se inclinó para darle un beso lento y casto en los labios. El contacto fue suave, pero lo sostuvo el tiempo justo para que lo sintiera de verdad, sin prisas, sin presión.

Apoyó la frente en la suya y cerraron los ojos al unísono, respirando juntos en un intento silencioso de encontrar equilibrio antes del impacto.

—James, por favor, abre. Solo quiero hablar contigo —le rogó Terry desde el otro lado de la puerta.

—¿Necesitas tus pastillas? —le ofreció Harrison con delicadeza.

Por un segundo pensó en decir que sí, pero acabó por negar despacio.

—De momento no.

—Yo abro. Tómate un segundo y ven cuando estés listo —le indicó, marchando hacia la puerta con pasos bruscos. Apretaba la mandíbula, con el gesto endurecido.

—Harrison —lo llamó, haciéndolo detenerse y mirar en su dirección—. Es tu hermano.

Los ojos de Harrison se suavizaron un poco.

—Lo sé —respondió, bajando la voz.

HARRISON

Terry se quedó con la mano levantada cuando abrió la puerta.

—Harrison —murmuró sorprendido—. No esperaba encontrarte aquí.

—Eso está claro —replicó, clavándole la mirada con más dureza de la que pretendía.

Los dos se quedaron mirándose mutuamente, directamente a los ojos. Conocía a su hermano como la palma de su mano, o eso creía a raíz de todo aquel lío, pero supo distinguir sin problema el dolor y el arrepentimiento en sus ojos. Miró a su cuñada, que pareció encogerse bajo su escrutinio. Había algo en su postura, en la forma en que evitaba levantar la cabeza, que hablaba de culpa, aunque no pronunciara una sola palabra.

—Pasa y di lo que tengas que decir —le ordenó haciéndose a un lado.

Terry entró sin dejar de mirarlo.

—Me alegro de verte —le dijo con sinceridad—. Me enteré de que te llamaron a servicio.

No le contestó. En su lugar fue directo a la cocina y encendió la cafetera.

Enfadado, abrió la nevera para coger huevos y pan. Metió un par de rebanadas en la tostadora y cogió la sartén, poniéndola al fuego. Era mejor que tuviera las manos ocupadas. Si hacía algo con ellas, no corría el riesgo de cerrarlas en puños.

—Papá me dijo que te vio ayer —volvió a intentarlo Terry.

—Me alegra ver que la costumbre de hablar de mí a mis espaldas no decae, es bonito tener tradiciones —contestó con dureza.

—Harrison, lo siento, ¿vale? Lo siento, me arrepiento cada día. Tenía que haber hablado contigo, pero no sabía cómo empezar y, cuando pasó el tiempo, pensé que ya no tenía importancia.

Miró a su hermano con enfado.

—Estuviste años a su lado, viendo lo que pasaba y ¿crees que no tenía importancia preguntar lo que había pasado? —preguntó con voz amenazante.

—Lo que tu hermano quiere decir —interrumpió Tara, agarrando la mano de su marido y dándole un apretón de ánimo—, es que, al pasar los años, ya no importaba lo que pasó aquella noche. Carl

trataba mal a James por quien creía que era. Lo que pasó solo fue una excusa.

—Mi padre mintió —dijo James desde el marco de la cocina—. Nunca tuve sexo con Harrison.

—Te fallé, James. Lo siento —dijo Terry con voz ahogada.

Quiso cruzar la cocina en cuanto vio los ojos de Jamie llenos de dolor e impotencia, pero él tomó una respiración profunda y cruzó hasta la isla, sentándose en uno de los taburetes.

Tenía los hombros tensos, los labios apretados. Pero aún así, estaba ahí.

Cogió una taza, obligándose a dejar que fuera él quien se defendiera. La rellenó de café y se la puso delante a Jamie.

—Es descafeinado —le susurró.

—Gracias —murmuró Jamie, dedicándole una pequeña sonrisa. El alivio en sus ojos fue evidente y la forma en que se aferró a la taza, usándola de barrera mientras los otros se sentaban frente a él.

—No sé qué decirte —admitió Terry—. Estuve frente a tu edificio muchas veces, pero no sabía qué podía decir.

—No quería verte —contestó James con franqueza.

Terry bajó la cabeza a la mesa y quiso darle un golpe contra la mesa al verlo. Se estaba comportando como un niño, y era un tema demasiado importante para jugar a las víctimas.

—Limítate a los hechos —le ordenó con dureza a su hermano—. Y deja de buscar compasión cuando lo que tienes que hacer es rendir cuentas.

Terry empezó a hablar. Tal y como pensaban, estaba dormido cuando ellos se besaron. Pero al levantarse a la mañana siguiente James no estaba, y sus padres no dejaban de discutir. No supo qué pasó hasta unos años más tarde, en medio de una discusión entre su padre y Carl, escuchó los reclamos de su padre sobre James.

Demasiado impactado para preguntar, fue directo a los mellizos, quienes no se sorprendieron y admitieron que ya lo sabían. Su padre los enfrentó el mismo día en que James se fue, para saber si estaban al tanto de su homosexualidad.

El silencio que siguió fue espeso y tenso, y James lo escuchó sin hacer preguntas, con los ojos clavados en su taza todavía llena.

Nadie se movía.

—No me importa si eres gay o no, James. Te lo juro que no me importa —le aseguró Terry, rompiendo el tenso silencio que cubría la cocina—. Pude ayudar a mejorar tu situación si hubiera dicho algo cuando hacían un comentario homofóbico, o intentar que entendieran que la opción sexual es algo privado. Lo siento. Eres como un hermano para mí.

—Jamie… —lo llamó al ver que seguían sin decirle nada a Terry.

Eso pareció sacarlo de su trance. Miró en su dirección e intercambiaron una mirada que solo ellos podían entender. Jamie necesitaba calma. Intentó transmitírsela sin tocarlo, haciéndole saber que haría lo que quisiera.

—Yo no lo sabía, James —añadió Tara—. Me enteré cuando pasó todo el lío en la cocina entre Harrison y mi suegro.

Jamie asintió con la cabeza.

—Os quiero —dijo, sorprendiéndolos a los tres—. Sois mi familia, y os quiero. Soy consciente de que siempre has intentado hacer de barrera cuando los demás se pasaban y que intentaste a tu manera que me abriera.

—Pero… —adivinó Terry.

—Pero esperaba más. Admito que yo no soy una persona abierta y que me cuesta hablar de mis sentimientos, pero viste lo mal que lo pasé y cómo me fui hundiendo. No es tu culpa, no te estoy culpando. No sería justo. Pero estoy decepcionado y dolido, porque de todos ellos, tú eras del único que no me esperaba un golpe.

Sus palabras cayeron con un peso seco, sin rabia, pero sin atajos. Las pronunció con voz firme, sin elevarla, y aun así sonaron como si las estuviera gritando.

—Lo siento muchísimo —le prometió Terry con rapidez.

—Lo sé —aceptó Jamie. Tomó una gran respiración y se cuadró antes de seguir hablando—. Soy gay.

La palabra quedó suspendida en el aire unos segundos que se sintieron densos y muy definitivos.

Miró a James anonadado, sorprendido de que lo hubiera dicho en voz alta, a pesar del ligero temblor que podía apreciarse en sus manos.

—No lo sabía —siguió diciendo Jamie—. Estaba tan asustado de poder serlo que llevo toda la vida negándome a ver lo que tenía delante. Ahora lo sé, y no voy a encerrarme en un armario. Ni por mi familia ni por la tuya. Si no estáis de acuerdo, no pasa nada, no os guardaré rencor. Esto es lo que hay. Así de simple. Me merezco ser feliz. Mi pareja será un hombre, me casaré con un hombre, y haré mi vida con un hombre. No soy bisexual, no habrá nunca una mujer, y me niego a esconderme. Así que decide: ¿vas a poder tolerar mi vida?

Jamie no alzó la voz. No suplicó. Solo dijo la verdad tal y como era. El tipo de verdad que no acepta negociaciones.

—Por supuesto que sí. Puede que me sorprenda, ya sabes cómo nos criaron, pero te quiero, hermano. Aprenderé de nuevo lo que necesite para estar bien contigo. Quiero que seas feliz. Siempre estoy de tu parte, James. No voy a decepcionarte de nuevo, te lo juro.

Jamie dejó salir el aire despacio, como si hubiera estado reteniéndolo durante años, y juró por Dios que nunca había estado más orgulloso de nadie. Había que tener valor para hacer algo así, una fortaleza poco común y un espíritu fuerte. Él las tenía todas. Podía ver el cambio desde que volvieron a estar en contacto: cada día era un poco más fuerte, más seguro tomando decisiones, más él mismo.

Le habría agarrado la mano en ese instante, le habría gritado a los demás que no tenían ni idea de lo valiente que era, pero no quiso interrumpir la forma en que Jamie sostenía su propio orgullo. Lo merecía. Merecía poder mirarlos a los ojos y enfrentarlos con una verdad que le había dolido tanto admitir.

—Eso es genial, porque habría sido una mierda que dijeras que no —le soltó Jamie como si nada.

Y fue justo en esa mezcla de tensión rota, sonrisa tensa y orgullo contenido donde supo que estaban empezando a curarse.

Terry estalló en húmedas carcajadas y saltó de la silla para abrazar a James, que lo recibió con los brazos abiertos. Los dos se apretaron con fuerza, sin decir nada más, solo respirando ese momento como si les hiciera falta.

Miró a Tara, que lloraba sin restricciones, y tuvo que apartar la mirada al ver cómo se secaba las lágrimas con la palma de la mano, sin preocuparse por disimular.

—¿Y tu hermano mayor, me perdonas? —se atrevió a preguntar Terry.

—Depende —contestó sin inmutarse. Se giró con un plato con tostadas y huevos que dejó delante de Jamie—. ¿Vas a mentirme de nuevo?

—No —contestó sin dudar Terry. Tenía los ojos enrojecidos, la voz cargada de arrepentimiento, y en contra de su voluntad su enfado se ablandó.

—¿Vas a ocultarme algo?

—No —respondió de nuevo Terry.

—Yo a ti sí, pero solo lo que tenga que ser.

—Vale. ¿Puedo darte un abrazo?

Dejó salir un bufido, como si odiara la idea, pero lo rodeó con fuerza y lo atrapó en un fuerte abrazo. La mano de Terry se apretó con fuerza sobre su espalda, y por un momento ninguno de los dos pareció capaz de separarse. Tara estaba haciendo lo mismo con James. Tenía las mejillas rojas y una mano en la nuca de Jamie, que no apartaba los ojos del suelo.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿Ibais a algún sitio? —preguntó Terry, disimulando las lágrimas cuando por fin se separaron.

—A comprarme una camioneta —respondió sentándose al lado de Jamie con un plato y una taza de café para él.

—¿No vas a ofrecernos tomar un poco? —preguntó Terry señalando su café.

—¿Por qué? ¿Estás manco? Coge tu propia taza.

Terry le dedicó un sonido indignado, pero Tara lo empujó hacia la cafetera para servirse.

Sintió la mano de Jamie sobre su muslo. Lo miró a los ojos, parecía cansado, pero feliz.

—¿Estás bien? —vocalizó sin emitir ningún sonido.

Jamie asintió con fuerza, sonriéndole radiante. Sus dedos lo apretaron una vez más, fugazmente, antes de retirarse. Eso era lo importante, que estuviera feliz.

CAPÍTULO 39

HARRISON

—¿De verdad no vas a contarme nada? ¡Soy tu mejor amigo! —insistió Dean con fastidio mientras miraban al pequeño Leo correr detrás de otros niños.

—Ya te dije que no —repitió por cuarta vez, sin moverse del banco.

—Todo un caballero tejano —bromeó Dean, saludando con la mano a su sobrino, que le lanzó un beso y siguió corriendo—. Entonces, ¿solucionaste todo con tu hermano?

—Sí, aunque solo el tiempo lo dirá. Es cosa suya si quiere seguir con nosotros o darnos la espalda.

—¿Darnos? ¿Nosotros? Ponle un anillo en el dedo —le ordenó Dean, dando una palmada—. ¿Quién iba a decírmelo? Harrison Black es todo un romántico, de los que pierde la cabeza con un pestañeo coqueto. James te tiene completamente en sus manos. El sexo gay tiene que ser una cosa impresionante.

—O cierras la boca o te la cierro. James no es una broma —le soltó con tono cortante, con una mirada que no dejó lugar a dudas.

En vez de preocuparse, Dean sonrió.

—Claro que no, hermano. Pareces feliz, estás distinto. Me alegro mucho por los dos, te hacía falta tener algo fuera del trabajo.

—Ahora entiendo mejor lo que me decías sobre preocuparte cuando estás lejos y desear quedarte en casa —le confesó.

Dean le dio una palmada en el brazo.

—Es duro dejar tu corazón aquí —concedió, sabedor de cómo se sentía.

—Horrible. Conté cada segundo hasta que estuvimos de vuelta, nunca había deseado tanto volver a casa. Sabía que él me necesitaba y no quería estar en otra parte —admitió sin pensar, porque llevaba con ese pensamiento atascado en la garganta desde que besó a Jamie en el portal de su casa y tuvo que abandonarlo en un momento en que su mundo se desmoronaba.

—Lo sé. Nunca te había visto tan ansioso, ni siquiera en nuestros primeros despliegues —le contestó Dean.

—Tenía que haber estado aquí con él —se lamentó.

—No podías. Pero tienes que confiar en que, en tu ausencia, luchará por sí mismo.

—Lo hizo. Me sigue pareciendo increíble todo lo que está consiguiendo. Estoy muy orgulloso de él.

Dean rio de buen humor.

—Tienes estrellitas en los ojos, ¿lo sabías?

Asintió satisfecho, sin negar la acusación, y permitió que la sonrisa le aflojara el rostro por completo, sin esconderla, y por fin Olivia salió con James de la tienda. Iban juntos, hablando en voz baja, como si todavía estuvieran dentro de su propio mundo. Miró cómo echaban el cierre y ponían la alarma. Jamie notó su mirada al instante y la sostuvo con una sonrisa que le revolvió algo dentro.

—¿Vas a dormir en su casa de nuevo? —le preguntó Dean, haciendo un gesto a Leo que se despidió de sus amigos para volver con ellos.

—Con suerte, sí —contestó, sonriendo a Jamie, que avanzaba hacia ellos con una bolsa en la mano y una sonrisa que se le escapaba sin remedio.

—Joder, sois vomitivos —se quejó Dean.

—Algún día tú encontrarás una mujer y yo te diré exactamente lo mismo —se burló.

—No sé, creo que yo no soy de parejas. Toda esa pastelada y suavidad. Un revolcón rápido y a otra cosa.

Se echó hacia atrás en el banco, riendo a carcajadas al escuchar a su amigo.

—¿De qué demonios te ríes? —preguntó Dean, indignado.

—Suena exactamente como yo hace un año. Cuando te pillen, voy a pasarlo de fábula.

—¿Por qué me maldices? Dedícate a lo tuyo, gafe —protestó.

Jamie le dedicó una enorme sonrisa cuando llegó a su altura.

—Olivia dice que nos invita a cenar —le contó.

El tono alegre en su voz era tan evidente como la forma en que lo miraba.

Se giró con gesto resignado y la miró dedicándole una mirada rencorosa.

—Gracias, Olivia. Qué amable de tu parte —le agradeció con ironía.

Olivia se limitó a alzar las cejas con una sonrisa triunfal, como si llevara horas preparando la trampa.

—¿Verdad que sí? —le devolvió Olivia con los ojos brillando con diversión—. No podéis vivir de amor, hay que comer, y soy tan generosa que voy a asegurarme de alimentaros. Y no seas pegajoso porque también invité a Mark y Park. Nadie quiere traumatizarse.

—¿Park? —preguntó con fingida incredulidad, estirando la palabra como si nunca hubiera escuchado ese nombre antes.

Olivia alzó una ceja divertida y Dean soltó una carcajada, alejándose con Leo como si no quisiera estar presente en lo que pudiera venir.

—Dime que no vas a ser un capullo de los que se pone a gruñir y a buscar pelea —le pidió Jamie.

—Soy un hombre adulto —contestó.

Jamie ladeó la cabeza con una sonrisa burlona y ni se molestó en disimular la risa.

—Fueron un par de citas y un beso que odiaste. No hay nada por lo que preocuparse —resumió.

Jamie volvió a reírse, y aunque intentó contenerse, terminó haciéndolo con él.

—Park es mi amigo, uno de los buenos, y tú eres mi… —Jamie miró alrededor, intentando buscar algo que decir—. Harrison —terminó por decir.

Lo rodeó con un brazo con total naturalidad, tirando de él con firmeza hacia su costado.

—No sois comparables, no podéis pareceros menos —le aseguró Jamie mirándolo a los ojos.

—Lo sé —admitió más relajado, sintiendo cómo los hombros se le relajaban mientras apretaba las manos entorno a su cintura.

—Si me doy la vuelta y no veo vuestras manos os daré una patada en el culo —los amenazó Olivia.

Jamie se rio y lo agarró de la mano sin dudar, entrelazando los dedos con los suyos para llevarlo junto a los demás.

Park era un buen tipo, lo sabía por Olivia y también por James. Era gracioso, amable y agradable, y aun así… no le cayó bien.

Por supuesto, fue consciente de que su antipatía venía única y exclusivamente de saber que había besado a James y que sus primeras citas siendo él mismo le pertenecían a ese tipo.

Aun así, estaba agradecido. Porque se portó bien con él, y solo por eso ya lo respetaba. Había estado ahí cuando James lo necesitaba. No todos lo habrían hecho. Con todo eso… seguía cayéndole mal, y no se arrepentía ni un poquito de tenerle ese pequeño rencor.

Cada vez que su mirada encontraba a la de Jamie, él le dedicaba un gesto divertido, como si pudiera adivinar lo que tenía en mente. A veces con una ceja alzada, otras con una sonrisa ladeada que no ayudaba en absoluto a disuadir su mal humor.

Se conformó con no ser un idiota y disfrutar de estar con sus hermanos de armas, pasando el rato.

—Últimamente he estado pensando mucho —dijo Mark de repente, apoyando los codos en las rodillas cuando Olivia se llevó a los demás a la cocina para coger más aperitivos.

—Y ahí tenemos el olor a plástico quemado rancio, no te esfuerces tanto —se burló Dean sin compasión.

Mark puso los ojos en blanco sin entrar en el juego.

—Ayer mi coche me dejó tirado a las afueras —siguió diciendo, dándole un sorbo a su botellín.

—¿Qué? —preguntó Dean, ya sin reírse—. ¿Y por qué no llamaste?

—No hacía falta, era una zona despejada y por la mañana. El caso es que vi algo por casualidad que no me puedo quitar de la cabeza —explicó Mark, moviendo el botellín entre las manos.

Dean y él intercambiaron una mirada breve. Algo serio venía.

—¿Qué viste? —quiso saber Dean.

—Una granja en venta.

—¿Una granja? —preguntaron los dos, con incredulidad.

—Sí. No es nada lujoso. Una pequeña casa de madera, a la antigua. Un establo, un corral, unos cuantos acres de tierra. Hay un riachuelo cerca y árboles altos como un edificio de cuatro plantas —les contó Mark, sonriendo.

—¿Quieres comprarte una granja? —preguntó con el ceño fruncido, sin poder evitar el tono escéptico.

—Sí. Imagínate: todo sería mío. Podría cultivar algo, tener un poco de ganado. Sería increíble.

Dean lo miró alarmado, como si le acabaran de anunciar que quería meterse a monje. Intercambió una mirada rápida, casi en pánico.

—De hecho, requeriría muchos esfuerzos. Arreglar el techo de la casa, el establo… pero sería mío. Sería un nuevo comienzo. Y ya he hecho una oferta —les confesó.

—¿Cómo? —preguntó, incapaz de disimular la sorpresa—. ¿Tú también te vas?

Mark asintió con la cabeza.

—No te hagas el sorprendido. Tengo dos lesiones de rodilla que llevan dos años jodiéndome. Estuve aguantando por vosotros, pero ahora que Dean se va, creo que llegó el momento de hacer otra cosa.

—Yo también estoy lesionado —le recordó con indignación.

Mark asintió. Por supuesto, todos eran conscientes de cómo se las había hecho.

—Pues quizá tú también deberías pensar en ello. No me mires así —le reclamó Mark.

—¿Así cómo? —inquirió.

—Como si te hubiera traicionado —le recriminó con dureza—. Sabes qué pasa: antes o después, cuando un equipo se rompe,

algunos se retiran y otros aguantan un poco más.

—Podrías ser instructor —le recordó a la desesperada.

—Podría —admitió.

—Pero no lo vas a hacer —adivinó Dean.

—No. Entramos juntos. No quiero quedarme allí sin mis hermanos. Los tres somos de la misma ciudad, estamos más unidos que los demás.

—Yo no me voy —le recordó.

Mark giró la cabeza con curiosidad.

—¿No? ¿Con tus lesiones y sin Dean, todavía quieres quedarte? ¿No hay nada por lo que quieras volver a casa?

—Mi vida está en la marina. Aquí no hay nada para mí.

En cuanto lo dijo, notó cómo un ardor se disparaba en su estómago y subía por su garganta, seco, incómodo. Era una frase automática, dicha tantas veces que se había vaciado de sentido. Una respuesta de manual, útil para cerrar conversaciones, inútil para cerrar heridas.

Sus ojos fueron a Jamie, que levantaba en brazos a Leo y desaparecía en la cocina.

La forma en que lo sostuvo, con una facilidad natural, sin pensarlo, lo dejó inmóvil. El crío se aferró a su cuello y se echó a reír, y Jamie rio con él.

Una imagen ridículamente normal. Pero le dolió. Porque en ese gesto banal había algo que lo desarmaba por completo.

No tenía ni idea de cómo encajaba él ahí, ni si encajaba. Pero sabía que lo quería. Y que se estaba mintiendo.

No dijo nada más, pero el silencio lo traicionó. Era demasiado tarde.

—Eso me parecía —zanjó Mark, dándole un sorbo a su botellín.

Dean le dio una palmada en la espalda, mirando a Mark con simpatía.

—Sé que sueno egoísta, pero creo que será más fácil la adaptación a la vida civil si lo hacemos juntos —le dijo Dean a Mark.

—Es otro de los motivos por los que elijo este momento. Sabéis que muchos soldados acaban mal y no son capaces de adaptarse. Estoy seguro de que será más fácil de esta manera —admitió Mark.

Miró la televisión sin verla. Los colores cambiaban frente a sus ojos, pero no registraba nada. No había pensado en eso. En la dificultad real de volver. En el silencio. En los días sin adrenalina ni órdenes claras. Sin duda sería de mucha ayuda tener alguien con quien hablar y pasar el tiempo si se retiraba.

Se pasó la mano por la cara, con agobio.

—No le des más vueltas —le ordenó Dean—. Si no quieres irte, no lo hagas. Cuando te llegue el momento de irte, lo sabrás. Pesará más lo que tienes fuera y solo podrás pensar en cuándo vuelves a casa. Además, nosotros te estaremos esperando con los brazos abiertos cuando te llegue el momento.

Murmuró una respuesta sin pensar, solo para salir del paso. E intentó volver al partido sin éxito.

El futuro que tanto temía ya estaba ahí, y era más aterrador de lo que podía permitirse admitir.

CAPÍTULO 40

—No son solo tus piernas lo que va a llevarte a los Juegos Olímpicos —le indicó a uno de sus chicos mientras lo veía correr—. No bloquees la cadera, tienes que dejar que haga el recorrido completo.

Su reloj pitó, indicándole el final del entrenamiento. Hizo sonar su silbato para que se acercaran.

—¡Buen trabajo, chicos! —los felicitó con entusiasmo—. La semana que viene trabajaremos en fortalecer vuestra zancada. Ahora haced ejercicios de estiramiento y a las duchas. ¡Bien hecho!

Los chicos sonrieron mientras se despedían. Algunos chocaron las manos entre risas, otros recogieron botellas y mochilas, relajados tras la sesión. Él se dio la vuelta para recoger los conos que había dejado por la pista.

—¿Y yo, entrenador? ¿Cómo muevo las caderas? —le preguntó Harrison, sentado en las gradas.

Lo miró sorprendido, sin saber cuánto tiempo llevaba allí. Llevaba vaqueros azules, botas marrones y una camiseta de manga corta gris. Las gafas de sol ocultaban sus ojos, pero en su sonrisa podía ver que se estaba divirtiendo.

—Hay mucho margen de mejora —le aseguró.

Harrison se rio a carcajadas, manteniéndose sentado sin hacer un gesto por acercarse a él.

Tenía una postura relajada, con los brazos apoyados en las rodillas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante.

Echó un vistazo a los chicos, que ya bromeaban entre ellos dando por finalizado el día al otro lado de la pista. El cielo seguía claro, con una brisa suave que arrastraba el olor del césped recién cortado. Sonrió con sinceridad a Harrison. Anoche se había ido solo a casa

después de notar el ambiente entre los tres amigos un poco raro. Aun así, le había enviado mensajes por la mañana que él le había respondido enseguida, aunque en ninguno le había dicho que vendría a visitarlo.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber.

—Vengo de ver a Mark. Ayer dejamos las cosas un poco mal y quería arreglarlo —le contestó Harrison.

—Me pareció que habíais discutido —admitió.

—No, nosotros no nos peleamos. Resulta que él también se va de los SEAL y no me tomé bien la noticia.

—¿Mark también se marcha? —le preguntó sorprendido, sentándose a su lado en las gradas.

—Sí. Quiere ser granjero. Y no es broma. Está intentando comprar un pequeño rancho a las afueras.

—No le pega nada —opinó.

Harrison se rio, negando con la cabeza. Le lanzó una mirada rápida, como si no pudiera evitar compartir el absurdo de la idea.

—Pues él dice que es su sueño —le contó—. Y parecía feliz esta mañana cuando me lo explicó mejor.

—Lo siento por ti. Sé que te alegras por él, pero tiene que ser muy difícil quedarte solo —le dijo con preocupación.

—La cosa es que todavía me quedan los otros chicos, pero nosotros siempre hemos estado más unidos. No sé cómo voy a estar sin ellos. Son mis pilares.

—Me imagino —le dijo tocándole el brazo con suavidad—. Lo siento mucho.

—Me siento mal por hacer esto sobre mí. Soy feliz por ellos, quiero que sean felices —le aseguró Harrison, pasándose la mano por la cara—. No pensaba que, si un día se fueran, yo me quedaría tan… destrozado.

Dejó salir una risa comprensiva, acariciándole la mano. La piel de Harrison estaba caliente por el sol, áspera en los nudillos.

—Creo que es normal —opinó.

—Nada de esto parece normal —protestó Harrison.

Volvió a reír. Sabía que no lo hacía a propósito, pero parecía un niño enfurruñado y era divertido ver a alguien tan duro y estoico

confundido por sus sentimientos.

—Bueno, sé que quizá llegue antes de lo que te gustaría, pero habrías pensado en ello en algún momento. Los SEAL se retiran pronto del servicio.

Harrison negó con la cabeza.

—Nunca lo había pensado, ni siquiera cuando el Alto Mando intentó que me retirase —admitió.

Lo miró, demasiado sorprendido por la declaración.

Había escuchado historias de militares obligados a dejar el servicio por lesiones o decisiones de sus superiores, pero no sabía que Harrison hubiera estado cerca de eso.

Lo observó con más atención. A pesar de su tono tranquilo, había una rigidez en los hombros que no tenía antes.

—¿Por qué quieren que te retires? —quiso saber.

—Por mis lesiones, como a la mayoría —contestó Harrison—. Cualquier SEAL herido está por encima de la media de un hombre normal en cuanto a estado físico. Pero obviamente ninguno de nosotros puede hacer lo que hacemos y no tener heridas o lesiones.

—¿Te refieres a la herida de la pierna, cuando te trajeron a casa? —intentó entender.

—En parte. Tengo una lesión en la rodilla de esa misión. Pero también en la cadera. Hay algunas cosas más, pero esas son las peores —le explicó sin darle importancia.

Su cuerpo se quedó helado al escucharlo. Notó cómo la espalda se le tensaba y, de forma inconsciente, se alejó un poco de él.

No porque desconfiara, sino porque imaginárselo herido, realmente dañado, le revolvía el estómago.

—Sé lo importante que es para ti la marina, pero si tus superiores creen que no deberías seguir, quizá…

—Puedo hacer mi trabajo, no arriesgaría a mi equipo si no fuera así —contestó Harrison con dureza.

—No digo que no puedas, pero tú mismo reconoces que tu trabajo es muy difícil y que debéis estar muy concentrados —le dijo.

—Mis lesiones no influyen en mi desempeño —respondió Harrison de forma automática.

—Sé que eres un profesional, sé que eres bueno, solo digo que quizá te convendría pensar en ello —insistió.

Harrison se quitó las gafas de sol con brusquedad.

—No —contestó con firmeza—. Ser marine es todo lo que soy.

—No puedes pensar eso de verdad —dijo, sorprendido por su actitud.

—Me fui de casa al cumplir los dieciocho. Entreno cada día de mi vida para hacer honor al juramento que hice entonces. Vivo, respiro y trabajo para poder hacer lo necesario. No me importa nada más. Eso es lo más importante de mi vida.

Negó con la cabeza, incapaz de entender cómo podía decirlo con tanta frialdad.

—Lo respeto, sabes que lo hago. Pero es lo más triste que he oído en toda mi vida —dijo en voz baja.

Harrison lo miró con sorpresa.

—Ya sabes cuál es mi trabajo —protestó.

—Trabajo. Esa es la palabra en cuestión. Es solo un trabajo, una forma de vida que no podrás sostener en el tiempo. ¿Qué pretendes hacer cuando el cuerpo te falle?

El desconcierto en el rostro de Harrison fue genuino. Bajó la vista durante un segundo, como si no se hubiera planteado nunca esa pregunta. Pero al verlo apretar la mandíbula, supo que se estaba enfadando.

—Pensaré en eso cuando llegue el momento —le contestó después de un largo silencio.

No fue una respuesta defensiva, pero tampoco honesta. Parecía más una puerta cerrada que una solución.

Dejó salir un suspiro de decepción.

—No voy a presionarte con esto, ni con nada. Pero no me parece que sea buena idea no tener un plan cuando literalmente arriesgas tu vida cada día —opinó mirándolo fijamente.

—Jamie —le advirtió Harrison—. Es mi trabajo, es mi vida. Sé que es difícil para ti, pero no puedo cambiar quién soy.

—Nunca intentaría cambiarte —contestó, indignado—. No te pido que seas otra persona. Te digo que no es bueno para ti ignorar el futuro. Que lo estás pasando mal por lo que viene, por no

enfrentarte a ello. Con esto no te pido que lo dejes, pero tienes que admitir que no parece muy prometedor nada de lo que acabas de decir.

—Si esto es por mi seguridad, tendré cuidado —le prometió Harrison.

—No es solo por eso. ¿En qué posición me deja que digas que el ejército es toda tu vida? ¿Que no piensas en nada más? Bueno, eso deja claras tus intenciones y no te lo estoy echando en cara. Nunca dijimos nada sobre qué somos o la situación que tenemos. No es que esté buscando una relación seria ahora mismo, pero…

Miró a sus deportivas, buscando algo que decir sin romper lo que tenían.

Se había prometido no presionar. No anticiparse. No preguntar más de la cuenta. Pero lo que acababa de escuchar… le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—…Da igual, no voy a decirte nada, no tengo ese derecho —terminó por decir.

Harrison lo miró fijamente.

—Jamie… —intentó decirle él.

—No, mira. Yo estoy esforzándome para establecer mis prioridades e ir por el camino que quiero. Eres guapo, inteligente, divertido y…

—¿Estamos rompiendo? —lo interrumpió Harrison, asombrado.

Negó con vehemencia.

—No estamos saliendo —puntualizó—. Nos gusta estar juntos y te agradezco mucho todo el apoyo que me das porque sin ti esto habría sido un infierno. Somos compatibles a muchos niveles, contigo me siento cómodo y a salvo para explorar una parte de mí que, honestamente, me da mucho miedo. No pretendo pedirte nada más porque sé que tú no quieres un futuro y yo me muero de impaciencia por seguir adelante.

—Eso no es… —intentó interrumpir Harrison.

—No ahora —le prometió con rapidez—. Pero es lo que querré en algún momento, y eso nos separará. Pero creo que somos lo suficientemente maduros como para seguir siendo amigos y disfrutar del tiempo que nos quede.

Harrison lo miró en silencio, pero el gesto de su rostro ya no era solo enfado: era decepción.

—No sabía que había un cronómetro —dijo de manera mordaz—. Ni que ya estaba todo organizado. ¿Dónde puedo ver cómo va la cuenta atrás?

Miró a lo lejos para asegurarse de que ya estaban solos. No quedaba nadie. El campo vacío solo acentuaba el eco de sus palabras.

—No es así. Solo es lo más lógico. No quiero que las cosas se pongan raras entre nosotros. Que tú te acuestes con mujeres mientras yo te espero aquí, fingiendo que hay un futuro. Yo empezaré a guardarte rencor por no estar nunca, y tú llevarás una doble vida porque no eres gay. Es obvio que hay algo físico entre nosotros. Es excitante, es nuevo y es divertido. ¿No es mejor que todo esté claro en vez de mentirnos?

La mandíbula de Harrison iba a romperse si seguía apretando así.

—Yo no miento. Ya lo sabes —le contestó con dureza.

—Ni yo tampoco —le recordó—. Por eso te lo digo. Seamos sinceros, esto no está destinado a durar, pero podemos pasarlo bien mientras tanto y quedarnos con un buen recuerdo. ¿No? —le preguntó cada vez más nervioso al ver cómo se enfadaba.

—Pues no —le respondió Harrison—. ¿Qué sentido tiene seguir con algo que no va a ninguna parte?

—Es lo mismo que tener un ligue habitual o un amigo con beneficios. Todos los privilegios, sin obligaciones. El sueño de cualquier tío —intentó bromear.

Harrison negó con la cabeza.

—No creo que pueda hacer eso contigo —declaró mirándolo a los ojos—. Liarnos y ¿luego qué? ¿Quedamos a tomar una cerveza de vez en cuando?

—Bueno, es eso o nada —dijo despacio—. No veo ninguna otra forma de seguir con esto —admitió con el corazón latiendo a mil. Había llegado. El momento en que los dos se daban cuenta de que nada de todo eso tenía sentido.

—¿De verdad no ves ninguna otra forma? —le preguntó Harrison, molesto.

—No. Y sé que no es lo que quieres, así que… quizá… deberíamos dejar de hacer lo que sea que estamos haciendo. Lo más importante para mí es tu amistad, no quiero arriesgarla por un rollo. Hay muchos hombres con los que experimentar y descubrir lo que me gusta, pero solo hay un Harrison. Y yo te quiero, mucho. No quiero perderte. No podría soportarlo.

No lo miró al decirlo. No porque mintiera, sino porque decir "te quiero" sabiendo que no bastaba era lo más difícil de todo.

—Vale. Bien —aceptó Harrison después de un largo silencio.

Se puso de nuevo las gafas de sol y se puso de pie.

—No quiero hacerlo raro. ¿Prefieres que no nos veamos hoy? ¿Desayunamos en mi casa mañana? —le ofreció a la desesperada. Quería que le dijera algo, lo que fuera, cualquier cosa.

—Sí, ya hablamos —le dijo mientras se alejaba sin volver a mirarlo.

—Hasta mañana, Harrison —se despidió, desesperado porque se diera la vuelta y pudiera saber lo que estaba pensando.

—Adiós, James.

Se tragó el nudo que se alojó en su pecho al escucharlo.

James, no Jamie. Y en ese nombre, tan correcto, tan frío, supo que algo se había roto.

CAPÍTULO 41

HARRISON

—Tienes que hablar con él —le repitió Mark con paciencia.

—Que no, joder —gruñó recargando el arma—. Parecéis discos rallados, tú ni siquiera deberías saber nada de James.

—No es mi culpa que anduvieras suspirando cada vez que ves tu móvil y furioso la otra mitad del tiempo. Estaba claro que era por una tía. Tío, en este caso.

—Ni nosotros tenemos la culpa de que te estés comportando como un idiota —añadió Dean antes de disparar al objetivo de la galería de tiro.

Durante unos gloriosos segundos solo se escuchó el sonido de sus disparos. El olor a pólvora le quemaba la nariz, y el eco metálico le vibraba en los oídos. Ajustó la protección de las gafas, agradecido de no tener que responder todavía.

—No soy idiota —refutó mientras apretaba el botón para que pusieran un nuevo objetivo.

—Imbécil —soltó Mark.

—Gilipollas —le lanzó Dean.

—No estáis ayudando —les recriminó a sus supuestos amigos.

—Ayúdate tú —le espetó Dean con dureza.

—Me dejó —tuvo que recordarles.

—Lo arrinconaste —lo cortó Dean—. Le hiciste elegir entre lo que teníais o tu amistad y eligió que estuvieras en su vida a largo plazo.

Lo miró, tentado de estrangularlo durante cinco largos segundos, pero sabía que tenía razón. Y por eso lo odiaba más. Sintió el calor subirle por la nuca y cerró los puños dentro de los guantes de tiro.

—No fuiste justo, y lo sabes —insistió Dean—. Te pidió que desayunaras con él al día siguiente y no fuiste. No respondes sus mensajes ni llamadas y le pediste que dejara de enviarte los mails. Tú cortaste con él.

—Que te den —dijo guardando el arma en el estuche—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que lea un reporte diario de cómo sale con otros tíos? No soy masoquista.

—Venga, nunca le dijiste si sentías algo por él, si querías llevar las cosas a otro nivel. El sexo está bien, pero todo el mundo se cansa.

—¿Y por qué no os veo a vosotros cansados? —resolló de mal humor, guardando también los cargadores. Los metió de golpe en el compartimento, con un chasquido seco que dejó claro su enfado.

—Porque no hay nadie interesante. Si apareciera, lo dejaría todo. Viviríamos juntos en mi granja —respondió Mark sin darle importancia a su mal humor.

—Aún no es tuya —replicó mordaz.

—Pero lo será. Y si no es esta, será otra. Es mi sueño. Llegaré ahí —afirmó Mark con seguridad.

—Felicidades —lo felicitó, con la misma mordacidad.

—Amigo —dijo Mark dándole un golpe en la espalda—. Tal y como yo lo veo, esto es muy fácil. Si quieres algo con él, díselo. Si no, déjalo correr.

Se movió para sacarse su mano del hombro. El contacto le resultaba insoportable cada vez que mencionaban a James, y tuvo que apartarse con brusquedad.

—Es obvio que quiere —añadió Dean.

—Él dejó muy claro lo que siente por mí —protestó con mal humor.

—No es eso lo que yo entendí —replicó Dean—. Dijiste que toda tu vida era el trabajo. Es la forma más rápida de dejarle claro a alguien que no hay un futuro.

—Nadie estaba hablando de eso —les devolvió.

—Es todo lo que quieres escuchar cuando estás con alguien. Si no quieres una relación y solo quieres divertirte, hiciste lo correcto. Pero si quieres algo con él, equivocaste del todo el mensaje.

Suspiró hastiado, llevándose las manos a las sienes. La presión que sentía en el pecho no venía solo de los reproches. Venía del miedo. Miedo a haber destrozado algo que no iba a recuperarse, miedo a no ser suficiente, miedo a quedarse solo, aunque fuera él quien había empujado a Jamie a esa distancia.

—Dijo que quiere que seamos solo amigos —incluso decirlo le dolía.

—No. Te dijo que, si tiene que elegir entre ser amigos con beneficios y amigos, te prefiere a ti. Y creo que eso es toda una declaración. Tiene sentimientos por ti y no quiere perderte.

—Vamos a hablar de otra cosa —pidió desesperado.

—Arregla las cosas con él. Pueden llamarnos en cualquier segundo y te vas a arrepentir. No seas terco —le sugirió Dean con paciencia.

—Ya veré —murmuró sin definirse.

No quería hablar con Jamie. Solo de pensarlo sentía que algo se cerraba dentro de él. Era un rechazo instintivo, una defensa para no abrir la herida más de lo necesario, aunque sabía que sangraba igual.

Lo había dejado de lado en apenas unos pocos minutos, sin preguntar y sin titubear. Quizá era algo que ya había pensado antes. Puede que estuvieran yendo muy rápido o que no pudiera darle lo que él quería. Lo entendía. Podía comprender que muchas personas no estaban dispuestas a casarse con un militar. A soportar días, semanas e incluso meses sin tener noticias, a vivir en soledad casi todo el año.

Y lo peor es que tampoco él quería eso para Jamie. Solo de imaginarlo esperando en silencio lo llenaba de rabia y culpa al mismo tiempo.

Se merecía a alguien que cuidara de él, que estuviera a su lado cada día, con quien pudiera construir una vida.

Y por mucho que le doliera, no podía ser ese hombre. La certeza de no poder darle lo que merecía lo atravesaba como una condena.

Aunque le matara pensar que tendría que verlo con otro. Que ya no sería en quien se apoyaría. Que habría algún cabrón que lo besaría y compartiría su cama. Que otro aprendería a reconocer esa risa que lo desarmaba, esa forma de mirar que solo él había tenido

el privilegio de conocer. El simple pensamiento le provocaba celos tan intensos que le costaba hasta respirar.

El pecho le explotaba por la adrenalina al pensar en todo lo que iba a perderse. Y, aun así, una parte de él se negaba a dar ese paso, porque no tenía ni idea de quién sería sin ser soldado. Ese vacío le aterraba más que la distancia de Jamie, porque implicaba perderse a sí mismo.

Y cabía la posibilidad de que ese nuevo yo tampoco le gustara a Jamie.

Y eso sería todavía peor, porque si daban ese paso no podrían deshacer el camino para volver a ser solo amigos. Esa era la idea que lo paralizaba: perderlo como amante y como amigo.

En teoría, Jamie había hecho lo correcto al elegir volver al principio.

En la práctica, estaba seguro de que no debería dolerle tanto.

En la realidad, una parte de él —la que no quería escuchar en medio de su tristeza y enfado— le susurraba que estaba cometiendo un error del que se arrepentiría siempre. Y esa voz era la que más temía, porque sonaba demasiado cierta.

JAMES

—Se fue sin despedirse —repitió con rabia contenida.

—Lo sé —murmuró ella abriendo una caja de mercancía para reponer en la tienda.

—No me puedo creer que me haga esta mierda. ¿De verdad no me merecía una despedida? —soltó frustrado.

—Yo sí me lo creo, es más, me hubiera sorprendido que acabara de otra manera —replicó Olivia sin inmutarse con su enfado—. Te dije que hablaras con él.

—Por amor de Dios, Olivia. No puedo obligarle a tener una conversación que no quiere. Le escribí muchas veces y nunca respondió.

—Sois tan idiotas los dos —se lamentó Olivia colocando nuevos peluches en la estantería—. Es un hombre obstinado, todos lo son. Te dije que vinieras a mi casa y te encerraras con él en su habitación hasta que hablara contigo. Necesitabais hablar de esto.

—¿Para qué? Entendí que no quisiera verme hasta que las cosas se enfriaran, pero le dije que era importante para mí que fuéramos amigos, creía que entraría en razón antes de marcharse.

Olivia se giró con los brazos en jarras, mirándolo con un gesto de enfado poco común en su rostro. Sus ojos brillaban con una dureza que rara vez mostraba.

—¿Amigos? —inquirió con ironía—. No puedes ser el amigo de un hombre del que estás enamorado.

—Cállate —protestó sin mirarla.

—No. Porque es lo que todos estamos pensando y nadie te dice. Estás enamorado de Harrison y él de ti.

—No lo está —negó con firmeza—. Si lo hubiera estado no se habría ido sin despedirse.

—Estáis enamorados. Lleváis meses juntos, os habéis conocido mejor, le enviaste un email al día para compartir tus cosas con él… estás enamorado y no entiendo por qué lo dejaste escapar cuando todo lo que necesitabais era tiempo para que él se diera cuenta.

Se dejó caer sin fuerzas en el sofá. El respaldo le resultó frío en la espalda, nada comparado con el vacío que sentía dentro.

—Eso no iba a pasar. Él está bien como está y lo entiendo. Todo esto sería muy complicado para Harrison. Todos sus conocidos son del ámbito militar, dejarían de hablarle si tuviera una relación con un hombre. Perdería el trabajo, también tendría que despedirse de su familia. No puedo hacerle eso.

—Es un hombre adulto, puede elegir —le recordó Olivia con calma.

—Y lo hizo —respondió con tristeza, incapaz de contenerse—. Puede que yo anunciara el fin, pero Harrison cerró el trato al aceptarlo sin pelea.

Olivia le dedicó una mirada triste, sentándose a su lado. El roce de su rodilla contra la suya le dio un apoyo silencioso.

—¿Le quieres? —preguntó rodeándole con un brazo.

Suspiró antes de asentir.

—Claro que sí —admitió derrotado.

—Pues esperemos que estar lejos lo ayude a pensar en lo que quiere —añadió Olivia.

—Creo que Harrison ya lo sabe, solo que no soy yo —contestó sin ánimo—. Y no puedo enfadarme por eso, porque me enamoré de él por quien era la primera vez y empiezo a pensar que nunca dejé de estarlo.

Olivia apoyó la cabeza en su hombro. Su gesto tenía la calidez de una hermana mayor, intentando sostener lo que él no podía.

—¿Termino esto y pasamos por Park para una noche de pizza y pelis?

Rio sin humor. El sonido áspero le dolió en la garganta.

—Eso suena bien.

Aunque Harrison le pidió que no le enviara emails, siguió haciéndolo. No quería romper esa unión entre ellos y sabía que si realmente no quería leerlos siempre podía borrarlos. Así que cada noche, al terminar el día, le dedicaba un buen rato a escribirle desde su sofá, esperando que los estuviera leyendo o que decidiera hacerlo en algún momento.

Se sentaba con las piernas encogidas, el portátil apoyado sobre los muslos y una taza fría olvidada en la mesa, dejando que el silencio del salón lo envolviera mientras buscaba las palabras. Las teclas se habían convertido en su único desahogo.

Siguió con ello incluso cuando fue a su primera competición con dos de sus atletas, seguro de que se alegraría de saber que habían conseguido hacer buenos tiempos.

Mientras los veía correr, pensaba ya en la forma de contárselo, anotando en su móvil pequeños detalles que después transformaría en líneas más largas en el correo. Imaginaba la cara de Harrison leyéndolo, aunque nunca hubiera respuesta.

Mantuvo la esperanza y por fin sus deseos se hicieron realidad cuando, al desembarcar de su vuelo, vio que tenía tres llamadas perdidas de Harrison. Se despidió apresuradamente de los chicos, dejándolos al cuidado de sus padres y lo llamó de vuelta de camino al coche.

No obtuvo respuesta, así que antes de conducir a casa le envió un mensaje disculpándose por no poder responder, explicándole que había estado volando. Al pulsar enviar, mantuvo el teléfono en la mano varios segundos, como si la respuesta pudiera llegar de inmediato.

Se llevó el móvil al baño para darse una ducha por si volvía a llamar y deshizo la maleta mirando de reojo la pantalla, que seguía oscura.

Dejó el teléfono sobre el lavabo, con la pantalla hacia arriba, asegurándose de que la luz pudiera verlo incluso desde la cama. Revisó dos veces el volumen antes de apagar la luz, temiendo no escucharlo. Cuando el sueño lo venció, todavía no sabía nada de él.

El sonido insistente del móvil lo sacó de su sueño. Sonrió felizmente al ver su nombre en la pantalla.

—Hola, siento no haberte respondido antes. ¿Cómo va todo por ahí? —balbuceó medio dormido.

—James, soy Dean. Ha pasado algo, quiero que me escuches con atención.

Y así, sin más, su vida terminó con esas palabras.

CAPÍTULO 42

Toda su vida había temido recibir una llamada así, por su padre, por su tío, por sus hermanos. No se parecía nada a vivirlo de joven, cuando otro recibía el impacto, a ser la víctima del tiro. Certero, directo al corazón.

Escuchó un pitido, largo y tan potente que nada excepto el latido de su corazón pudo atravesarlo. Dean esperó a que respondiera y le dijo, de forma corta y precisa, lo que debía hacer.

Se vistió, todavía aferrando con fuerza el móvil en la mano. Pantalones de chándal, una sudadera con capucha gris y sus zapatillas. Se detuvo en la puerta para coger su cartera; no hizo maletas, no apagó las luces. Solo salió de casa, se subió a su coche en piloto automático y fue hasta el aeropuerto. El próximo vuelo salía en dos horas. Pudo llamar a mucha gente para acompañarlo, pero en su lugar se quedó sentado en el suelo, en una esquina, con la capucha puesta y repitiendo en la cabeza toda la conversación. Las palabras de Dean le llegaban entrecortadas, superpuestas a su propio pulso, como si no pertenecieran al mismo instante.

Le llegaron en ráfagas inconexas que no supo unir, hasta que escuchó cómo llamaban a su vuelo por megafonía.

Se levantó con rapidez y se puso a la fila, esperando sin fijarse en nada hasta que la azafata le pidió su billete. La azafata le lanzó una mirada extraña al ver que no llevaba equipaje y le ordenaron quitarse la capucha para poder verle la cara. Notó el calor en las mejillas bajo la mirada curiosa de los demás pasajeros. Cuando por fin le dejaron pasar al avión, le temblaban las piernas. Tenía que irse, tenía que llegar.

Se abrochó el cinturón con manos temblorosas y volvió a cubrirse la cabeza, mientras cerraba los ojos. El sudor le empapaba la espalda, frío, como si el cuerpo no supiera decidir entre correr o rendirse.

Su cabeza volvió a llenarse de su conversación con Dean. Repasó cada frase, intentando encontrar algo que no hubiera escuchado, una grieta de esperanza que no estaba.

Desbloqueó su pantalla, fue a su historial de llamadas para comprobar que la llamada era real.

El corazón se le encogió al ver el nombre de Harrison en la pantalla. Se fijó en el contador: un minuto veinte segundos. Eso era todo lo que se necesitaba para destrozarle la vida, un minuto veinte segundos.

Recordó la llamada con Dean:

"—¿Dónde está Harrison? ¿Por qué me llamas desde su móvil?

—James, tienes que tomarte tu medicación, ir al aeropuerto y coger el primer vuelo a Virginia. ¿Me entiendes? —su voz sonó rara, lejana, como si le costara hablar.

—¿Dónde está Harrison? Necesito hablar con él —exigió, con las palabras atascándose en su garganta y la respiración desbocada.

—James, tienes que venir rápido. No puedo contarte nada por teléfono. Sube a un avión, tienes que estar aquí —lo apremió Dean con esfuerzo—. ¿Vendrás?

—Sí. Yo…

—Envíame tu número de vuelo cuando lo tengas. —El sonido de la línea al cortarse le quitó la respiración y desde ese momento no fue capaz de respirar bien. El silencio que siguió le taladró los oídos, más insoportable que cualquier respuesta".

El vuelo duraba poco más de cuatro horas; cada minuto fue una agonía, llena de todas las horribles posibilidades de las cosas que podían haber sucedido y lo que se iba a encontrar. Se removía en el asiento una y otra vez, incapaz de estar quieto, con los nudillos blancos de apretar demasiado fuerte los reposabrazos.

Salió por la puerta de salidas a trompicones, con la misma sensación de cabeza embotada que cuando se pasaba con las copas. Las luces del aeropuerto le parecieron más brillantes de lo normal y tuvo que parpadear varias veces para no marearse.

Había un soldado al otro lado de la valla. Miró su móvil y volvió a fijarse en él antes de hacerle un gesto para que se acercara.

—¿James Walker? —le preguntó.

—Sí —respondió con la voz quebrada, apenas audible—. ¿Puedes decirme qué está pasando?

—Lo siento, señor Walker, no tengo ninguna información que darle. Mis órdenes fueron recogerle y llevarle directamente al hospital militar.

Asintió, sin saber qué decir a eso. Suponía que, siendo SEAL, si hubo algún problema sería secreto. El nudo en la garganta no le dejaba tragar, y aun así forzó un movimiento de cabeza para asentir.

Todo el camino desde el aeropuerto al hospital fue una verdadera tortura. Intentó llamar de nuevo al móvil de Harrison con la esperanza de poder hablar con él, pero solo escuchó el mensaje genérico de su buzón. Aquella voz mecánica lo empujó contra el asiento del vehículo, dejándole sin aire, como si lo hundiera todavía más en la impotencia.

Siguió al soldado por los pasillos y ascensores, obligándose a mantenerse a su paso porque el miedo lo estaba devorando por dentro. El olor a desinfectante se le metió en la nariz y lo mareó, demasiado estéril, demasiado limpio para lo que imaginaba al otro lado de esas paredes.

—Por aquí, señor Walker —le indicó el hombre, señalando una puerta azul que ponía en letras grandes: "Unidad de cuidados intensivos".

—Por Dios… —murmuró empujando la hoja.

Solo había una pequeña sala con unas pocas sillas de plástico a los lados, bajo una horrible luz fluorescente y otra gran puerta doble al fondo. Una gran parte de ellas estaba ocupada por sus familias; miró a sus hermanos sentados juntos al lado de sus padres y a Terry, refugiado en medio de los suyos.

Todos se le quedaron mirando, con el mismo gesto derrotado, como si alguien les hubiera arrancado la fuerza. No había reproches en sus ojos, pero tampoco alivio: solo un silencio que lo hizo sentirse más extraño entre los suyos que nunca. Reconoció la desesperación en las miradas enrojecidas, el miedo que compartían, y aun así sintió que no pertenecía del todo a ese dolor compartido.

Obligó a sus rodillas a no colapsar en el suelo, empujándose sobre sus piernas para mantenerse firme. Sintió un hormigueo desagradable en las piernas, la señal de que en cualquier momento podían fallarle.

—Por aquí, señor Walker —le indicó el soldado, pasando delante de él.

Lo siguió, manteniendo la vista fija en la espalda del hombre, atravesaron otra puerta y caminaron por un inhóspito pasillo hasta otra pequeña sala. Parecía una consulta, había instrumental médico básico y una mesa con dos sillas.

—Espere aquí —le ordenó señalando una de las sillas.

Agradeció poder sentarse, se miró las manos, que temblaban aferradas a su móvil. Intentó respirar más despacio y con calma. Necesitaba estar tranquilo. El pecho le ardía con cada intento de controlar el aire, pero era inútil.

Dio un respingo cuando la puerta se abrió y entró un hombre con una bata blanca.

—¿James Walker? —le preguntó.

—Sí, señor —contestó, obligándose a tragar saliva.

—Soy el cirujano Crawford, estoy al cargo del equipo médico que está tratando al oficial Black.

—¿Un equipo médico? —murmuró con incredulidad.

—El oficial se encuentra en cuidados intensivos, en coma inducido.

Plantó los pies en el suelo con fuerza, cuando todo pareció girar a su alrededor. Se agarró al borde de la silla, temiendo perder el equilibrio.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que pasó? —inquirió.

—No puedo darle esa información. Lo que puedo decirle es que hay un sangrado cerebral y el coma es la mejor opción para intentar

que la sangre se absorba por sí misma. Si no sucede, tendremos que intervenir para sacarla.

—¿Cómo de peligroso sería eso?

—El pronóstico es delicado. Hay otras lesiones menores y un impacto de bala en la espalda que alcanzó su pulmón izquierdo, por suerte la bala lo atravesó y no quedó alojada en su cuerpo. Tiene dos costillas rotas, pero sanarán.

Todas las palabras se apelotonaban en su mente, lo único que lograba entender era que Harrison estaba en peligro. El resto eran ruidos, términos médicos que no conseguía encajar.

—Puede pasar a verle, pero solo unos minutos.

—Gracias, doctor.

Asintió con torpeza y esperó mirando la pared sin verla. El blanco liso le devolvía su propia confusión.

—Por aquí, por favor —le llamó una enfermera.

La siguió de nuevo esforzándose por no acabar en el suelo. Ella le tendió una bata y unos cubrezapatos, junto a un gorro del mismo material.

—Puede que le impresione el estado del oficial Black. Debe mantenerse sereno y tranquilo, es posible que pueda escucharlo y siempre viene bien una voz amiga —le advirtió ella.

Tragó saliva mientras entraba en una gran sala con varias cortinas cerradas y llena de sonidos de máquinas y respiradores. El pitido constante se le clavó en los nervios, haciéndole avanzar con pasos inseguros.

Tragó saliva con el corazón en la garganta, mientras la seguía. El eco de los pasos de la enfermera era lo único que lo mantenía en movimiento.

—James. Espera. —Giró la cabeza con brusquedad. Dean estaba tumbado en una cama, tenía un gran vendaje que le ocupaba todo el brazo y parte de su cara estaba llena de moratones de todos los colores. Tenía otro gran vendaje en su pectoral derecho y varios cables conectados por su cuerpo.

Se acercó a él sin dudar.

—Fue una explosión, nos tendieron una trampa —le soltó Dean con rapidez, como si no pudiera contener las palabras—. Fue mi

culpa —admitió con los ojos inyectados en sangre, llenos de lágrimas.

Pasó saliva, sin ser capaz de decir ni una sola palabra. Le agarró la mano y le dio un apretón.

—Está vivo —le aseguró Dean, devolviéndole el gesto—. Todavía está peleando.

Asintió en silencio.

—Eras su contacto de emergencia, lo cambió hace meses.

Las lágrimas le cubrieron los ojos y tuvo que mirar al techo para no llorar. El brillo insoportable de las luces le hizo entornar los párpados, agradecido de que disimulara sus ojos vidriosos.

—Ve con él. Háblale, dile que luche, en cuanto pueda levantarme, se lo diré yo mismo.

La enfermera lo estaba esperando parada al lado de una cortina, sabía que sería malo, pero no esperaba el golpe físico que lo sacudió al verlo en la cama. El corazón se le encogió en el pecho antes de dar un paso más, como si el propio cuerpo quisiera detenerlo. La tensión en las piernas era tal que tuvo que obligarse a avanzar, arrastrado por la inercia y no por la voluntad.

Harrison estaba cubierto de cables, con varias máquinas que registraban sus signos vitales. Su cuerpo estaba lleno de golpes mezclados con sangre. Tenía la cara deformada por la hinchazón y la piel negra por los moratones, le habían rapado el pelo del todo y tenía una venda a un lado de la cabeza. El pitido regular del monitor era lo único que confirmaba que seguía allí, reteniéndolo en la vida. Su mente se resistía a aceptar que aquel cuerpo destrozado fuera el mismo hombre que siempre había asociado con fuerza, control y seguridad.

Se aferró a los pies de la cama para no acabar en el suelo, absorbiendo la imagen y la magnitud del daño. El metal frío bajo sus manos era lo único que le impedía derrumbarse. Cada segundo frente a la cama rompía un poco más la coraza mental con la que había intentado prepararse en el pasillo.

—Señor, ¿se encuentra bien? —preguntó la enfermera sujetándole del brazo.

Negó con la cabeza, pero se soltó para agarrarse a las barras de la cama y acercarse a él.

—Harrison… —susurró, extendiendo la mano para acariciar su mejilla. Se detuvo a unos milímetros de su piel, no quería causarle más dolor y no había una sola porción que no estuviera golpeada. El simple gesto de contenerse le dolió, porque nunca pensó que acercarse a él pudiera darle tanto miedo.

—Volveré enseguida —dijo en voz baja la enfermera, cerrando la cortina.

Le tocó la mano con delicadeza, evitando la vía intravenosa que tenía allí. Notó la piel fría, débil, y la apretó con cuidado como si con ello pudiera devolverle algo de calor. El temblor en sus propios dedos le confirmó lo poco que estaba consiguiendo aparentar serenidad.

—Vas a ponerte bien —le aseguró, a pesar de lo temblorosa que tenía la voz y de las lágrimas que le bajaban por las mejillas—. Eres fuerte y podrás con esto, quiero que te concentres al cien por cien en mejorar.

No hubo ningún cambio en su rostro, que estaba prácticamente irreconocible. Esa quietud era lo que más le aterraba: la ausencia de respuesta, la fragilidad que jamás había relacionado con él. La imagen lo golpeó con tanta violencia que sintió como si su memoria estuviera siendo sustituida, como si aquel recuerdo borrara todos los demás.

—Tienes que seguir luchando y cuando te recuperes, porque lo harás, vamos a tener una larga conversación. La que no quisiste tener y yo te dejé evitar. Tengo mucho que decirte.

Pasó con delicadeza los dedos por su hombro, fijando la mirada en las vendas que le cubrían las costillas. Se agachó para apoyar la frente en su mano, dejando un beso en el dorso. El contacto le devolvió un leve consuelo, pero también un peso insoportable: la certeza de que podría ser la última vez que lo tocara. Se aferraba a la idea de que saldría adelante, aunque la posibilidad contraria no dejaba de clavársele por dentro.

—Vamos a salir de esta. Ya lo verás. Todo irá bien —mintió, porque necesitaba oírse decirlo; cualquier otra posibilidad era impensable.

CAPÍTULO 43

Se quedó a su lado hasta que la enfermera le dijo que debía irse. Quiso despedirse de Dean, pero estaba profundamente dormido. Parecía agotado.

—Por el momento, solo podrá visitarlo una vez al día, no más de veinte minutos y una persona a la vez. De diez de la mañana a tres de la tarde —le fue diciendo ella.

—Entendido —aceptó en voz baja, sin fuerzas. La garganta le ardía de tanto contener lo que no quería soltar.

Emprendió el camino de vuelta, mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Los horarios se ampliarán si mejora —intentó animarle la enfermera.

—Va a mejorar —respondió sin dudar, aferrándose a esa idea como si dependiera de ella para seguir en pie.

—Le avisaremos si hay algún cambio. Esto podría llevar mucho tiempo. Le sugiero que descanse todo lo que pueda, va a necesitar la energía.

—Gracias —murmuró, con un hilo de voz que apenas salió.

Se quitó la ropa de hospital y se quedó sentado en la segunda sala de espera, no había nadie. Fue incapaz de contener las lágrimas, así que se dejó ir, abandonándose al miedo y la angustia. Tenía que pensar que todo saldría bien o enloquecería. La sensación de vacío lo desbordaba; la silla dura bajo él era lo único que lo mantenía anclado a un lugar real.

Respiró profundamente una y otra vez hasta que su respiración se estabilizó y sus pensamientos se fueron aclarando. Contaba cada inhalación y cada exhalación como si con ello pudiera recuperar el control que había perdido en la sala de intensivos.

Miró el reloj, eran las siete y media de la mañana. Tenía que avisar al trabajo de que iba a faltar unos días hasta saber cuánto tiempo iba a necesitar, porque no pensaba alejarse de Harrison a no ser que él lo mandara lejos. Y eso no pasaría hasta que pudiera hablar, daría todo lo que tenía por volver a escuchar su voz, incluso aunque fuera para alejarle.

—James —giró la cabeza al escuchar una voz conocida.

Mark le dedicó una mirada triste, acercándose a él.

Se levantó para darle un abrazo, no había pensado en nadie más que Harrison y ahora le daba vergüenza recordar que no estaba solo en esa misión. El contacto humano le devolvió de golpe la certeza de que no estaba soñando, de que todo aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Y los demás? ¿Está bien el equipo? —preguntó al separarse y no ver ninguna herida en él salvo sus manos raspadas.

Mark asintió con una mueca de vergüenza.

—Nos cubrieron la retirada, solo salieron ellos heridos. Hicimos lo mejor que pudimos para ayudarlos, pero Harrison ya no respondía… —Negó con la cabeza y miró al techo.

Asintió, seguro de que ni siquiera podía alcanzar a entender lo difícil de la situación que había vivido. Esa frase le martilleaba en la cabeza como un eco que no sabía cómo acallar.

—La casa de Harrison está cerca de la base, el coche que usa está allí y estarás cerca de él para poder entrar y salir. Si lo prefieres puedes quedarte en la mía, por si no quieres estar solo —le ofreció Mark.

—Estaré bien en su casa. Supongo que tengo que hablar con sus padres, quizá quieran usarla ellos —aventuró con un nudo en la garganta.

Mark negó con la cabeza.

—Irán a un hotel cercano. Fue lo que hicieron la última vez.

—¿Los llamó Dean? —preguntó.

—Sí, no contestabas al teléfono y nos dio miedo que no hubiera nadie de la familia por si…

No se atrevió a completar la frase, no hizo falta. Llamaron a la familia por si todo iba mal.

—Estaba volando, tuve una competición fuera —explicó, odiando cada hora perdida lejos de Harrison. La culpa se le clavaba en la piel como una segunda herida.

—Hicimos mal al llamarles, ¿verdad? —preguntó Mark arrepentido.

—No —respondió enseguida—. Claro que no. Va a necesitar todo el apoyo que podamos darle. Os doy las gracias por ello y por no dejarlo ahí —añadió con la garganta apretada.

Mark asintió, palmeando su espalda con suavidad.

—Somos hermanos, nunca nos hubiésemos ido sin él —contestó con firmeza.

Se limpió las lágrimas que le llenaban los ojos y asintió.

—¿Olivia sabe lo de Dean?

—Lo sabrá ahora, no quisimos darle un susto y que estuviera preocupada con el niño. Dean estuvo fuera de peligro en cuanto llegamos al helicóptero y pudimos atenderle.

Asintió de nuevo, despacio. El cansancio lo arrastraba, los párpados pesaban como plomo, pero la idea de separarse del hospital era todavía más insoportable.

—¿Los padres de Harrison tienen su diagnóstico?

—No, te hizo su contacto de emergencia. Solo te darán los informes médicos a ti —le aclaró.

—Hablaré con ellos entonces, tienen que estar muertos de miedo —musitó, tomando una fuerte respiración para calmarse.

—Estaré contigo —le aseguró Mark.

—Gracias.

Recorrieron el pasillo en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Le debía a Harrison ser valiente. Él estaba en esa horrible sala, luchando por su vida… iba a mantenerse fuerte por todas las veces en que Harrison le ayudó a levantarse y le dio las fuerzas necesarias para seguir adelante. La soledad que sentía en esa responsabilidad le pesaba en los hombros, aunque el eco de los pasos de Mark le recordaba que no estaba del todo solo. Cada puerta cerrada que dejaban atrás aumentaba la presión en su pecho; cada metro recorrido lo acercaba al momento que más temía: enfrentarse a los suyos.

Empujó la última puerta sin pararse a pensar, todos se pusieron de pie al verle salir. Mark se paró detrás de él, dándole la sensación de seguridad que necesitaba. Aun así, sentía cada mirada clavarse en él, esperando respuestas que apenas era capaz de pronunciar.

Miró a Terry, porque era más seguro que ver a todos los demás.

—Está en cuidados intensivos, hay hemorragia en el cerebro y lo tienen en coma para que la absorba y evitar la operación. Una bala en el pulmón que traspasó, pero no dejó fragmento, y las costillas rotas.

Terry palideció y se dejó caer en la silla.

La tía Vivian se movió, agarrándole las manos y mirándolo con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Pudiste verlo? ¿Viste a mi Harrison?

Se tragó las lágrimas con dificultad, dándole un apretón para calmarla.

—Sí. Tiene golpes y quemaduras por todo el cuerpo, tuvieron que afeitarle la cabeza —dijo con la voz más rota de lo que le gustaría—. La enfermera dice que quizá escuche, así que hay que estar tranquilo y hablarle para que sepa que estamos con él.

Ella dejó salir un sonido dolorido, dejándose caer contra su pecho, temblando mientras lloraba.

La abrazó sin dudar, ignorando las lágrimas que caían por sus propias mejillas. No sabía quién sostenía a quién, pero necesitaba ese contacto tanto como ella.

—Se va a poner bien, tía Viv. Sé que sí, las heridas se curarán y el pelo crecerá. Estoy seguro —no podía decirle en voz alta lo mal que lo había visto y lo diferente que parecía.

Ella sollozó en su pecho, pero no la soltó. Los dos estaban asustados por lo mismo.

—Nos dejarán verle veinte minutos de uno en uno. El horario es de diez a tres a partir de mañana.

Ella asintió, separándose por fin para mirarle a los ojos. Tenía el mismo aspecto devastado que él sentía.

—Dicen que aprovechemos para descansar, que será un proceso lento —les advirtió.

El tío Richard asintió, sujetando a su mujer que se desplomó contra su costado.

—Gracias, hijo —dijo con voz cansada.

Se tragó las lágrimas que de nuevo se le atascaron en la garganta. Los había echado tanto de menos. Sentir de nuevo su contacto, aunque fuera en medio de aquel horror, le devolvía un atisbo de pertenencia que no esperaba. Y en ese instante comprendió cuánto había necesitado volver a ellos, aunque fuese en circunstancias tan crueles.

—Nos vemos mañana, intentad dormir un poco —sugirió, moviéndose, evitando deliberadamente mirar a su propia familia.

Mark se movió detrás de él, siguiéndolo a la puerta, pero se detuvo antes de salir para hablar de nuevo.

—No importa lo que pasó entre nosotros, Harrison necesita a toda la gente que le quiere a su alrededor. Si mi presencia va a ser un problema os invito a marcharos, porque no voy a irme a ningún sitio.

Se marchó sin esperar ninguna respuesta, Mark estuvo a su lado en apenas unos segundos.

—No lo harán. Todos parecían tristes.

—No son los únicos —dijo, siguiéndole por el parking. El aire fresco del exterior no le alivió, solo le hizo notar el cansancio acumulado en las piernas.

Mark no mentía cuando decía que la casa de Harrison estaba cerca. Apenas tardaron cinco minutos.

—¿Seguro que no quieres venir a mi casa? —insistió Mark cuando aparcó.

—No, pero prometo llamar si cambio de opinión —contestó.

—Hazlo, estaré aquí enseguida —prometió, entregándole un sencillo llavero con las llaves del coche y la casa. El metal frío en su mano le devolvió una punzada de realidad: todo dependía ahora de resistir día tras día hasta que Harrison despertara.

Entrar en su espacio personal fue raro y doloroso. Todo olía a él, aunque la casa tenía lo mínimo para estar cómodo, pero sin detalles. El aire parecía estancado, como si el lugar llevara semanas sin usarse, y cada objeto en su sitio acentuaba la sensación de vacío.

Era la primera vez que cruzaba esa puerta y lo reconocía en cada rincón.

Solo había un pequeño recibidor que daba a una pequeña cocina abierta y un salón. Había un corto pasillo y un baño junto a la habitación principal. Volvió a la sala y se dejó caer en un sofá que había visto tiempos mejores. El desgaste de la tela bajo sus manos le recordó que alguien se había sentado allí cientos de veces antes, y que ahora estaba vacío.

Miró la pantalla de su móvil en silencio, tenía mucho que hacer.

Pedir días en el trabajo fue difícil sin poder dar muchas explicaciones. Había empezado hacía poco, pero se mostró inflexible al decir que era demasiado importante y que ponía su puesto a disposición de la empresa si lo requería. Le dieron dos semanas y les prometió que los mantendría informados.

Apenas había colgado cuando las hermanas de Mark empezaron a llamarle. Todos le dieron apoyo y consuelo, incluso ofreciéndose a viajar para acompañarlo, pero no creía que fuera buena idea que hubiera más gente de momento. El simple esfuerzo de responder a cada llamada lo agotaba, como si cada palabra le robara aire. El eco de sus voces en aquel salón vacío solo acentuaba lo mucho que faltaba la única voz que quería escuchar.

La llamada con Olivia fue horrible y lo dejó exhausto. Ella estaba aterrada por su hermano y por Harrison. Apenas colgó, se quedó dormido en el sofá y no despertó hasta media tarde, cuando un extraño hormigueo le recorría el pecho. Se dio cuenta por primera vez de que no había llevado nada con él, salvo el móvil, y que necesitaba su medicación.

Había un mensaje en su pantalla.

Terry:

¿Podemos vernos?

En vez de responder y sin ganas de hablar, le envió directamente su ubicación.

Terry:

Diez minutos.

Intentó hacer café en la cocina, no fue difícil. Harrison había ordenado su cocina al pintarla y al parecer la había puesto exactamente como la suya. Eso lo hizo llorar de nuevo y, por desgracia, cuando Terry llegó no había café para ninguno. Se enjugó la cara con la manga apresuradamente antes de abrirle, pero sabía que los ojos rojos lo delataban.

Se abrazaron en cuanto se vieron, consolándose mutuamente, pero ninguno de los dos dijo nada. Las palabras sobraban cuando el miedo por lo que podían perder los tenía tan asustados.

Consiguió terminar el café y se sentaron juntos en el sofá, con la televisión encendida todavía sin interrumpir el pesado silencio.

—No sé qué voy a hacer si le pasa algo —terminó por admitir Terry.

—No pasará. Vamos a estar con él, a recordarle que estamos aquí y volverá con nosotros.

—¿Y si…? —preguntó Terry asustado. No se atrevió a continuar, no hizo falta.

—Va a estar bien —repitió, elevando la voz—. Vamos al centro comercial. Hay que llenar la casa de comida, conseguir algo de ropa, un cargador y mi medicina. Iremos día a día y paso a paso.

Terry asintió como un autómata y fueron juntos a comprar. El recorrido por los pasillos iluminados del centro comercial fue extraño: todo seguía su curso como si el mundo no se hubiera detenido para ellos. Los dos estaban destrozados, así que no tuvo corazón a recordarle que tenía una habitación de hotel y se quedaron juntos, uno al lado del otro, dormidos en el sofá.

La mañana los despertó agotados y con fuertes golpes en la puerta. Mark se encargó del café y unas tostadas mientras ellos se turnaban para ducharse antes de ir al hospital. Los demás ya estaban en la sala de espera cuando llegaron.

—No nos dejan pasar hasta que firmes una autorización —le informó tía Vivian preocupada en cuanto entró.

—Ayer no me avisaron de nada, iré a buscar una enfermera para arreglarlo. No te preocupes —la tranquilizó.

Vivian asintió, parecía tan cansada y asustada que por un segundo temió que acabara desmayándose al ver a Harrison en ese estado. Tenía las ojeras marcadas, el cabello deshecho y la voz tan rota que apenas se oía. Miró cómo Terry abrazaba a sus padres y los tres se giraban a mirarle.

—¿Pudisteis dormir algo? —preguntó, preocupado por ella.

Vivian negó con los ojos llenos de lágrimas. Tío Richard apretaba la mandíbula con fuerza, en lo que sin duda era un intento de mantenerse fuerte. Aun así, sus manos no dejaban de cerrarse, crispadas en un gesto que lo delataba.

—Estará bien —iba a repetirlo una y otra vez hasta que se hiciera realidad. Apretó con suavidad las manos temblorosas de su tía y se giró para mirar a Mark y que lo llevara hasta la enfermera.

Se despidieron dentro porque Mark se iba de visita a ver a Dean. Firmó los permisos después de que volvieran a advertirle que solo tenían veinte minutos. Cuando volvió para avisarles de que ya podían pasar, decidió advertirles:

—Recordad lo que dije ayer, su aspecto no es el de siempre, pero es el mismo Harrison que conocéis. Tía Viv, ve tú primero.

—¿Seguro? —preguntó ella esperanzada.

—Claro, yo pude verlo ayer. Me quedaré el último para que todos podáis estar un momento con él.

Vocalizó un "gracias" con los ojos llenos de lágrimas y entró por el pasillo, asustada, pero decidida.

Esperaron en un silencio inquieto, apenas habían pasado unos pocos minutos cuando tía Vivian salió hecha un mar de lágrimas y buscó los brazos de su marido para llorar con él. El tío Richard la

sostuvo con torpeza, apretándola contra su pecho como si con eso pudiera impedir que se rompiera del todo.

—Ve tú —le indicó el tío Richard a Terry, que casi salió corriendo. Su respiración entrecortada quedó flotando en el pasillo, delatando más miedo del que intentaba esconder.

Tragó saliva al ver cómo su madre ayudaba a la tía Vivian a sentarse y Ellie le pasaba una botella de agua para que pudiera beber. Vivian tenía la mirada perdida, con los ojos enrojecidos y las manos inquietas, incapaces de quedarse quietas en su regazo.

—No parece él —susurró Vivian, mirándolo directamente a los ojos —. No reconozco a mi pequeño.

Las lágrimas volvieron en un segundo, pero aguantó su mirada.

—Lo es. Da igual el aspecto que tenga, es tu hijo —le respondió con firmeza, negándose a llorar. No era el momento del llanto, había que aguantar, y por Harrison soportaría lo que hiciera falta.

CAPÍTULO 44

—¿James Walker? —llamó una enfermera abriendo la puerta.

—Sí, soy yo —afirmó, poniéndose de pie con rapidez.

—El cirujano necesita hablar con usted —anunció con una sonrisa empática al ver la situación.

—Por supuesto. —La siguió, y de nuevo lo condujeron a la consulta del día anterior.

—Señor Walker —lo recibió el hombre desde su escritorio.

—Doctor Crawford —saludó, sentándose y observando al hombre que, sin saberlo, tenía su vida en las manos.

—Tenemos buenas noticias —comunicó el médico con una mirada llena de compasión.

—¿Sí? —susurró en un hilo de voz.

—Hay una mejoría en el sangrado, bastante significativa. Vamos a hacerle una resonancia y algunas pruebas durante todo el día. Depende de los resultados, podríamos subirlo a planta en dos días.

El alivio le golpeó con tanta fuerza que le dolió el estómago como si le hubieran dado una patada. Tuvo que aferrarse a los brazos de la silla para no doblarse hacia delante. Los hombros se le hundieron hacia atrás, la tensión de la noche anterior quebrándose al fin.

—¿Entonces está fuera de peligro?

—Podría haber complicaciones, pero el pronóstico es mejor —aclaró el médico, sonriendo con cautela.

—Gracias a Dios —murmuró, tapándose los ojos con las manos. Las palmas le ardían de sudor frío, pero no le importó.

—Los SEAL están hechos de acero —comentó el doctor—. Le sorprendería lo fuertes que son. He visto recuperarse a soldados con peor pronóstico que el del señor Black.

—¿Eso debería hacerme sentir mejor? —replicó, un poco fuera de sí.

—No, lo único que le hará sentirse mejor es comprobar por sí mismo cómo mejora el paciente. No le robaré más tiempo, sé que es la hora de visita.

—Gracias, doctor Crawford. Muchas gracias —agradeció con la voz temblorosa.

Las piernas le fallaban todavía, pero consiguió llegar a una silla y dejarse caer sobre ella. El pecho subía y bajaba demasiado rápido, intentando acompasarse al alivio que luchaba por abrirse paso entre el miedo. La boca le sabía a hierro, mezcla de saliva espesa y del esfuerzo por contener las náuseas. No sabía qué sentir y, al mismo tiempo, lo sentía todo. La certeza de que Harrison seguía vivo, fue lo único a lo que pudo aferrarse.

Cuando se sintió un poco más estable, fue directo a la unidad de cuidados intensivos.

Podía visitar a Dean y ver a Harrison mientras los demás lo visitaban.

Dean estaba acompañado de Mark, parecía más despierto que el día anterior.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó al acercarse.

—Mejor, me pasan a planta esta tarde —le aseguró Dean—. ¿Ya sabes las buenas noticias?

—Sí —respondió con una sonrisa—. Acaba de decírmelo el cirujano.

—Es una noticia increíble —admitió Dean—. Increíble de verdad.

—Deberías ir con él —aconsejó Mark—. Hace un rato que se fue su padre y no ha vuelto a entrar nadie.

—¿Qué? ¿Por qué? —quiso saber sin entender.

—El impacto de verlo así… todos salieron enseguida. Su padre entró dos veces, pero acabó saliendo. No es fácil enfrentar esta situación —explicó Mark con seriedad.

Asintió, todavía sorprendido. Se despidió con la mano y fue hasta el cubículo de Harrison.

Estaba exactamente igual que el día anterior. El zumbido constante de las máquinas llenaba el aire y la visión de los tubos le

obligó a contener el aliento unos segundos antes de recordarse que estaba mejorando.

—Hola otra vez. —Acarició su brazo mientras se fijaba en su cara magullada—. El médico dice que estás mejorando. Sabía que lo harías, pero es la mejor noticia que he oído en toda mi vida.

Le tocó la frente con la punta de un dedo, con toda la delicadeza que fue capaz.

—Estoy viviendo en tu casa. Te quejaste de mi cocina, pero ni siquiera tenías un café decente y tu cafetera es un asco. Ahora ya sé por qué no paras de hacerte café en mi casa —intentó bromear. Dejó escapar una risa corta, seca, que incluso a él le sonó hueca.

Respiró un par de veces. Quería contarle que estaba asustado, que nunca en toda su vida había sentido tanto terror. Pero no era el momento, tenía que estar ahí para él. Se inclinó despacio, bajando la voz hasta que apenas fue un murmullo al lado de su oído.

—Voy a enfadarme mucho contigo cuando estés mejor. Voy a contarte un millón de cosas cuando puedas escucharme. —Apoyó los labios en su sien, cerrando los ojos y aspirando, pero ni siquiera su olor era el mismo.

Cerró los ojos, asimilando la pérdida de que algo tan nimio pudiera parecer tan grave. Era como si el hospital le hubiera robado incluso lo más íntimo, ese rastro de vida que siempre lo tranquilizaba.

—Te quiero —le susurró al oído—. Y necesito que te despiertes para decírtelo y que puedas rechazarme. Sé que dije que te prefería como amigo a no tenerte, y es verdad. Porque prefiero un mundo en el que todavía pueda estar a tu lado a uno en el que tú no estés de ninguna forma. Pero después de esto, quiero que me escuches decírtelo en voz alta.

Lo besó de nuevo en la sien y sostuvo su mano en silencio. Apretó su mano con la mínima fuerza posible, temiendo dañar las vías, y aun así sintió que era él quien se sostenía de ese contacto para no derrumbarse. Nadie volvió a entrar y se quedó con él todo el tiempo hasta que la enfermera le indicó que debía irse.

Se despidió de Dean y Mark, que estaban esperando para subirlo a planta, y al salir solo se encontró a Terry. Sus ojos estaban rojos e

hinchados, su cara demacrada y tensa.

—Podría haber muerto —fue todo lo que logró decir.

Suspiró, sentándose a su lado.

—Pero no lo hizo —respondió, esforzándose por sonar sereno.

Terry buscó su mano y no dudó en ofrecérsela.

—¿Sabes lo que pensé cuando lo vi en esa cama? —preguntó Terry con la voz rasposa.

Negó con la cabeza, dándole tiempo para desahogarse.

—Que lo quiero. Que nunca se lo he dicho. Es tan distante y frío que siempre entendí que él ya lo sabía, y ahora solo podía pensar que podría haber muerto sin saberlo.

—Harrison lo sabe —aseguró sin titubear.

—No es lo mismo saberlo que escucharlo. El acto de decirlo en voz alta lo hace real. Se lo dije… ¿crees que pueda escucharme?

—Estoy seguro de que sí —murmuró para consolarlo—. El médico dice que hay mejoría y que podrían subirlo pronto a planta, así que podremos agobiarlo todo lo que queramos cuando le retiren la medicación.

Terry asintió y dejó que lo levantara de la silla para sacarlo del hospital. El aire fresco al salir les supo amargo, como si la normalidad del mundo exterior no tuviera nada que ver con lo que habían dejado dentro. A ninguno de ellos les venía bien pasar más tiempo allí.

—¿Qué le dices cuando estás con él? —preguntó Terry cuando llegaron al coche.

—Lo mismo que tú —respondió con una sonrisa triste antes de entrar.

Condujeron en silencio hasta la casa, usando de nuevo sus móviles para guiarse. Cuando llegaron, Terry se dejó caer de vuelta en el sofá, y él decidió ir a la habitación de Harrison a preparar una mochila para cuando estuviera ingresado. Sonrió al abrir el armario: no había mucha ropa, pero todo estaba perfectamente ordenado.

Esperaría que, siendo un hombre soltero, hubiera más desorden, pero era todo lo contrario: cada prenda estaba doblada y en su sitio. Fue fácil conseguirle ropa amplia y suelta para cuando volviera a casa.

—Tenemos que salir, necesito comprarle algunas cosas a Harrison —anunció cuando terminó de meterlo todo en una mochila.

—¿No es pronto para eso? —se extrañó Terry con desconcierto.

—¿Prefieres comerte la cabeza tumbado en ese sofá hasta mañana?

—Vamos —cedió Terry, poniéndose en pie—. Estaba pensando en cómo podías estar tan entero. Ahora lo veo, eres de los que prefieren mantenerse ocupados.

Cogió las llaves de la mesa mientras replicaba:

—Es eso o llorar sin parar. Prefiero esto.

Esta vez fueron hablando, haciendo una lista de lo que había que comprar y lo que podría necesitar Harrison, porque los dos tenían claro que estaría hospitalizado bastante tiempo.

Comieron en el centro comercial y volvieron a casa a media tarde. Rellenó la mochila para el hospital y se ducharon antes de preparar unos bocadillos y volver al sofá. En algún punto de la noche se quedaron dormidos, hasta que el teléfono los despertó.

—¿Sí? —respondió, intentando espabilarse.

—¿Señor Walker?

—Sí, soy yo —confirmó, viendo a Terry desperezarse a su lado.

—Acabamos de subir a planta al señor Black. Está en la habitación 403.

—¿Cómo? —Miró el reloj: eran las tres de la mañana—. ¿Está despierto?

—Sí, señor. Le retiraron la medicación durante el día y despertó hace poco más de una hora. Está consciente y estable, aunque descansando.

—Dios mío, eso es maravilloso. ¿Cuándo podemos verle?

—A partir de mañana a las nueve. Que tenga buena noche —respondió la mujer.

Intercambió una mirada con Terry, y los dos sonrieron como dos idiotas. La tensión acumulada en sus cuerpos se transformó en una risa nerviosa, tan ligera que les pareció irreal después de tantas horas de miedo.

—Voy a avisar a mis padres —comentó Terry, recuperando su móvil, pero antes de que pudiera marcar, el suyo se iluminó de

nuevo con el nombre de Mark.

—¿Lo sabes? —inquirió nervioso.

—Sí, por eso te llamo. Está con Dean en la habitación. Si quieres, podemos colarte para que te quedes con él.

—¿En serio? —se ilusionó de inmediato.

—Corre, te espero en la puerta del hospital —aseguró Mark, con una sonrisa evidente en la voz.

—Salgo en cinco minutos —prometió.

—¿Qué pasa? —quiso saber Terry.

—Mark dice que puede colarme en la habitación ahora mismo —explicó, saliendo a la carrera para cambiarse de ropa—. ¿Estarás bien aquí solo?

—Sí, no te preocupes. Aunque mejor te llevo y así me quedo el coche. ¿Te parece bien? —propuso Terry.

—Claro. Sin problema —aceptó, sin prestarle demasiada atención.

Iba a ver a Harrison. Estaba despierto. Despierto y vivo. La idea se repetía en su cabeza con tanta fuerza que apenas podía pensar en otra cosa mientras abrochaba la cremallera de la chaqueta.

Salieron de casa en tiempo récord y se pusieron de acuerdo en el camino de cómo se repartirían mañana. Casi se mató al saltar del coche por su prisa por irse. Mark lo estaba esperando con una sonrisa gigante en la cara.

Se abrazaron con fuerza, compartiendo la emoción de saber que Harrison estaba a salvo.

—Está agotado y duerme a ratos, pero ya nos gruñó y nos llamó exagerados —comentó mientras lo conducía dentro.

Quiso reírse, pero sonó más a un sollozo. Mark le puso la mano en el hombro.

—Estará bien —prometió con firmeza.

—Lo sé —susurró, respirando hondo para calmarse.

Cada paso hasta la habitación fue un suplicio. Quería correr por esos silenciosos pasillos, llenarlos de ruido con sus zancadas para llegar antes, pero tuvo que conformarse con seguir a Mark y esperar a que la puerta de la 403 se abriera.

Era una habitación alargada, con una puerta que daba a un baño y dos camas, una al lado de la otra, junto a cuatro sillas.

Se quedó clavado en la puerta al ver sus ojos abiertos. Todavía no era su cara, pero esos ojos azules, incluso inyectados en sangre, eran los suyos. Podría reconocerlos entre millones. La garganta se le cerró al instante, y la respiración le salió entrecortada, como si le hubieran vaciado los pulmones.

Dean estaba en la primera cama y también lo observaba, pero no se fijó en él. Seguía parado en la puerta, congelado al ver cómo el pecho de Harrison subía y bajaba con cada respiración.

—Jamie —lo llamó con voz rasposa a través de la máscara de oxígeno que todavía llevaba.

Esa fue su señal para correr hacia él. Tiró la mochila y fue a su lado. Harrison levantó la mano, ofreciéndosela.

Entrelazó los dedos con los suyos y las lágrimas le bañaron la cara sin que pudiera contenerse. El contacto era débil, pero suficiente para recordarle que estaba vivo. Su piel estaba áspera y fría al tacto, nada que ver con lo que recordaba, pero se aferró igual con todas sus fuerzas.

Escuchó sin mirar cómo Mark corría la cortina para darles algo de intimidad.

—Jamie —repitió Harrison, mirándolo con los ojos llorosos—. Estás aquí.

Asintió, incapaz de articular palabra. El nudo en su garganta era tan fuerte que ni siquiera el aire pasaba con facilidad.

Harrison cerró los ojos y su rostro se transformó en una máscara de dolor.

—No hagas esfuerzos —advirtió con urgencia.

—Es importante —insistió Harrison con dificultad.

—Hay tiempo —lo apaciguó, acariciándole la mano.

—No —rechazó con terquedad—. Prometí que te lo diría si volvía a verte.

La máquina que estaba a su lado empezó a pitar mientras tosía. Mark apartó la cortina y pulsó el botón de llamada. El pitido agudo se le clavaba en la cabeza, amplificando el miedo que le recorría el cuerpo.

—Tranquilo —pidió poniéndose en pie, agobiado al verlo toser de nuevo.

Una enfermera entró corriendo con un carrito y se acercó a la cama para comprobar sus constantes.

—Señor Black, tiene que descansar. No debe forzar la garganta ni sus pulmones. Necesita un poco más de oxígeno y algo para dormir —explicó mientras quitaba una aguja y un vial del carrito y lo inyectaba directamente en la vía de su mano.

Apuntó algo en su tableta y salió de la habitación sin añadir nada más.

Los ojos de Harrison lo buscaron, llenos de preocupación.

—Haz caso, descansa. Sea lo que sea, puedes decírmelo después —aseguró.

Sus dedos se aferraron con fuerza a los suyos, como si quisiera impedir que se alejara.

—Me quedo contigo, tranquilo. Hay tiempo —insistió en calmarlo.

Harrison negó con la cabeza, frustrado. Sus ojos revolotearon bajo los párpados, vencidos por la medicación que ya hacía efecto.

Acarició sus dedos con el pulgar.

—Estaré aquí —prometió.

A su pesar, Harrison sucumbió al sueño, pero su mano no lo soltó. Siguió aferrado a él con fuerza.

—Tienes que tener cuidado —escuchó decir a Mark.

Giró la cabeza y vio a los dos hombres observándolo con el ceño fruncido.

—Lo sé —respondió enseguida.

—No por nosotros, pero esto es un hospital militar —recordó Dean, mirándolo con lástima—. La gente puede empezar a hacer preguntas y no queréis ese tipo de atención sobre vosotros.

—Lo entiendo.

—Ojalá las cosas no fueran así, pero aquí solo hay un camino. Cualquier otra cosa es motivo de sospecha o expulsión —añadió Mark.

Miró la mano de Harrison, aferrada con fuerza a la suya. Intentó soltarse, pero dejó de hacerlo al ver cómo se removía en la cama. Lo miró de nuevo; hablaría con él en cuanto pudiera, para saber qué quería hacer.

—La familia vendrá por la mañana. Pasaré desapercibido entre tanta gente —resolvió sin fijarse en nadie.

Porque la verdad era que nadie más que Harrison importaba en ese momento.

CAPÍTULO 45

Su plan para que nadie se fijara en él parecía bueno, pero en la práctica no lo fue.

Lo decía de verdad y creía que así sería. Incluso con toda la familia turnándose para estar con él, Harrison siempre lo estaba mirando, con una insistencia silenciosa que lo dejaba sin escapatoria, buscando que se quedara cerca.

Nunca dijo nada, al principio porque no podía, luego porque no le hacía falta. Le bastaba una mirada para hacerle saber que lo quería allí.

Con el paso de los días, cuando iba la familia, él se marchaba a casa y aprovechaba para ducharse, descansar y hacer cambios de ropa.

Harrison mejoraba cada día, su cuerpo se iba curando y, aunque todavía le quedaba rehabilitación y reposo, los médicos empezaron a ofrecerle la posibilidad de traspasarlo a un hospital en casa. Sus padres lo estaban presionando para aceptar, pero él todavía no había decidido nada.

Normalmente todos se iban a la hora de la cena. Él se quedaba por la noche hasta las doce de la mañana, cuando iban llegando los demás para irse relevando. Nunca preguntó si Harrison estaba cómodo con ellos después de todo lo que había pasado. No quería saberlo. Su forma de girar la cabeza en cuanto aparecían, la cortesía forzada en sus palabras, era suficiente respuesta.

Había llegado a ese acuerdo sin palabras. Por eso le extrañó cuando, al entrar en la habitación, se encontró con la tía Vivian, su madre y su hermana hablando con Harrison. No había rastro de Dean en la habitación, aunque era normal porque tenía rehabilitación. El aire estaba cargado, demasiado tenso para una

sala que debería ser tranquila; incluso desde la puerta se notaba que la conversación no era amistosa.

—James, menos mal. Haz que entre en razón —le pidió la tía Vivian con desesperación.

—¿Qué pasa? —consultó, dejando la mochila en una de las sillas.

Harrison puso los ojos en blanco, mirando al techo con gesto cansado.

—No dejó que lo ayudara a ducharse y tiene el vendaje lleno de sangre —lo acusó Vivian.

Frunció el ceño, levantó la sábana sin previo aviso y clavó la vista directamente en el costado donde le habían disparado. El color del vendaje bastaba para confirmar lo evidente: había vuelto a forzar de más.

Pulsó el botón para llamar a la enfermera, arqueando una ceja cuando Harrison le lanzó una mirada acusatoria.

—¿Hay algún problema? —intervino la enfermera, dedicándole una sonrisa amable. Después de dos semanas ya conocía a todo el personal de planta.

—De nuevo la herida de bala —informó, ignorando la protesta muda de Harrison.

Ella chasqueó la lengua y le lanzó una mirada de advertencia a la que Harrison parecía inmune.

—Traeré vendas nuevas —indicó antes de salir.

—Sabes que no puedes forzar el brazo, es la tercera vez —le recordó con seriedad.

—No estoy tullido, puedo bañarme —replicó Harrison de mal humor.

—Esa boca —lo reprendió, cruzándose de brazos—. ¿Por qué te estabas duchando por la tarde?

—La rehabilitación le dio fiebre —lo acusó Vivian de nuevo—. Se excedió. Buscamos una clínica especializada en casa, pero no quiere irse.

Él no dijo nada, solo intercambió una mirada con Harrison, que apartó los ojos con obstinación.

—Veamos esa herida —anunció la enfermera al regresar con su carrito.

—¿Cuánta fiebre tuvo esta tarde? —indagó mientras preparaba el material.

—Nada preocupante. Su cuerpo ha estado sometido a mucho esfuerzo, es normal que acabe así. Solo debe tener cuidado. Ya avisamos al fisioterapeuta para que se lo tome con calma unos días —respondió ella mientras retiraba el vendaje manchado. El olor metálico de la sangre seca se mezclaba con el del desinfectante, un recordatorio de lo frágil que seguía siendo su recuperación.

Todavía no se acostumbraba a la visión de la herida: la carne apretada rodeando el círculo perfecto por donde la bala le había atravesado. El simple contraste entre lo limpio del corte y la brutalidad de lo que representaba le revolvía el estómago.

—¿Quieres intentarlo tú? —propuso la enfermera, tendiéndole unos guantes.

Hacía unos días que le estaban enseñando cómo curar la herida, pensando en cuando tuviera que llevárselo a casa y cambiarle el vendaje a diario. La idea le imponía respeto, pero también le daba una extraña sensación de control: era algo concreto que podía hacer por él.

—Ahora sécala bien —le indicó ella con calma—. Y cúbrela con un vendaje firme, pero no apretado.

Obedeció tal y como le habían enseñado. Sus dedos temblaban al principio, pero logró estabilizarlos, concentrándose en cada paso como si fuera un examen.

—¿Bien? —preguntó aprensivo, levantando la vista hacia ella.

—Perfecto, eres un aprendiz de diez —respondió con una sonrisa.

Le devolvió el gesto, aliviado, antes de mirar a Harrison mientras la enfermera se marchaba.

—Di la verdad, dolió mucho —dedujo, dejando escapar el aire.

Harrison le regaló una sonrisa ladeada, cargada de diversión.

—Peor que cuando me dispararon —replicó sin perder el humor.

Rodó los ojos y se encaminó al baño para quitarse los guantes y lavarse las manos.

—James, échame una mano —lo llamó Mark desde la puerta.

Se apresuró a salir: Dean estaba en la silla de ruedas y tenía un aspecto pálido.

Dejó escapar un bufido al mirarlo, se acercó y ayudó a Mark a levantarlo para meterlo en la cama.

—¿Qué pasa con los marines? ¿Por qué son tan idiotas? —soltó a nadie en particular—. ¿Qué hiciste tú?

—¿Tú también la liaste en rehabilitación? —añadió Mark, mirando a Harrison por encima de él.

—Dos idiotas —lo interrumpió antes de que Harrison pudiera abrir la boca—. ¿Entendéis que el concepto de rehabilitación es mejorar, no reventarse y tirar por tierra los avances?

—¿Puedo descansar y me echas la bronca después? —se quejó Dean, que parecía a punto de vomitar.

—Llama a la enfermera —recomendó Harrison—. Va a vomitar.

—Otra vez —replicó con fastidio, ya que era la cuarta vez que ocurría.

—Voy yo —se ofreció Mark, saliendo al pasillo.

—Qué paciencia —murmuró, negando con la cabeza.

La enfermera regañó a Dean mientras le ponía medicación y una nueva bolsa de suero.

—Le pusimos algo para dormir, tiene que descansar. Pero es ligero, estará despierto para el segundo turno de cena —explicó ella.

—Gracias —respondió con resignación. Ella le dedicó una breve sonrisa y se fue de nuevo—. Sois los que dais más trabajo de toda la planta.

—Me voy por hoy —avisó Mark—. Tengo ejercicios nocturnos. Me paso por la mañana antes de irme a casa.

—Vete a casa y duerme. Ya verás a estos dos, no es como si pudieran huir —comentó con ironía.

—No me des ideas —protestó Harrison.

Mark rio y lo atrapó en un abrazo de despedida. Les dijo adiós a los demás con la mano y se fue.

Se giró hacia Dean, que ya estaba profundamente dormido. Cogió la manta que tenía a los pies de la cama y lo cubrió, antes de alcanzar su móvil y quitarle el sonido para que no lo despertara. Luego se acomodó en la silla, preparado para pasar el resto de la noche allí, pendiente de ambos.

—Por cierto, deberíamos conseguirte un móvil nuevo. Estaría más tranquila si pudiera llamarte en cualquier momento —sugirió tía Vivian.

—Ya pedimos uno —intervino Harrison, mirándolo—. ¿Cuándo llegaba?

—Tengo que ir a recogerlo el miércoles —respondió.

—Puedo ir yo —propuso Ellie.

—No, está bien —rechazó sin mirarla—. No te rasques —le advirtió, dándole una palmada en la mano para que dejara de tocarse la cabeza.

—Me pica —protestó, aunque dejó de hacerlo.

—Porque te está creciendo el pelo —le recordó. Cogió el frasco de crema en uno de los cajones de la mesa del hospital, lo abrió y se lo pasó. Harrison tomó un poco en la mano y se la aplicó en la nuca, donde tenía costras de quemaduras.

Se inclinó para comprobar que lo estuviera extendiendo por todas partes.

—Lo mejor sería volver a casa, el pobre James no puede estar pendiente de ti todo el día —insistió tía Vivian. Estaba claro que quería ganar la discusión del traslado.

—No hay problema con eso, me quedaré todo el tiempo que necesite —se adelantó, antes de que Harrison pudiera decir algo. Notó la mirada fija de Vivian, cargada de reproche, y le sostuvo el gesto sin apartarse.

—Ya estás siendo tan generoso cuidando de él… —reconoció ella con afecto—. Que Harrison también debería pensar en la comodidad de todos, porque todavía falta tiempo para que esté recuperado. Si estuviéramos en casa, tú podrías trabajar y venir de visita cuando pudieras.

—Eso ya podría hacerlo ahora —replicó con suavidad—. Estoy donde tengo que estar.

Se hizo un silencio incómodo que Vivian rompió con una sonrisa.

—Por supuesto, no pretendía parecer desagradecida. Solo quiero poder cuidarlo más, no es justo que tú estés aquí la mitad del día. Acabas de conseguir un nuevo trabajo, estoy segura de que te

estarán reclamando. Un atleta olímpico necesita a su entrenador —apuntó Vivian.

La mirada de Harrison se clavó en él con insistencia, pero siguió observándola.

—Entienden que es una emergencia y están apoyándome mucho —contestó con calma—. Hay un segundo entrenador para que los atletas nunca estén solos en casos como estos.

—Qué suerte. Ellie y Sam tienen que marcharse esta semana —comentó ella, señalando a su hermana con la mano.

Asintió, y antes de poder responder llegó la cena de Harrison. Agradeció el respiro que le daba la interrupción, porque la conversación empezaba a tensarse. Dio las gracias a la mujer, que le prometió traer la cena para Dean más tarde. Levantó la bandeja para descubrir lo que le tocaba esa noche.

Harrison resopló al ver las verduras al vapor, el caldo y el pescado a la plancha.

—Qué rico —murmuró con asco.

—Tu cuerpo necesita comida ligera —le recordó.

—Yo sé lo que quiero —gruñó Harrison, irritado.

—¿Y eso sería? —preguntó, aunque ya imaginaba la respuesta.

—Un chuletón —exigió, usando el mando para doblar el colchón y poder comer.

—Pasará, pero no será hoy. Come y calla —ordenó, abriendo la bolsa donde estaban los cubiertos y dejándolos a su alcance.

Harrison lo miró con reproche, pero le hizo caso. Aun molesto, tomó la cuchara con lentitud y empezó a comer sin ganas.

—Si estuviéramos en casa, podría traerte la comida todos los días —insistió Vivian.

—Mamá —interrumpió Harrison, dejando caer la cuchara en el plato con exasperación—. Ya es tarde, ¿por qué no os marcháis? Dormiré en cuanto termine de cenar, estoy cansado.

Escuchó cómo su tía cogía aliento, molesta por ser apartada tan fácilmente.

—Solo quiero cuidar de ti. ¿De verdad es eso tan malo? —preguntó Vivian, dolida.

—Por supuesto que no, pero no me estás escuchando —respondió con firmeza—. Tengo todo lo que necesito, no quiero nada más. Si lo hiciera, te lo habría dicho. Deberíais pensar en volver a casa. Sé que estáis preocupados, pero estoy fuera de peligro.

—Soy tu madre, ¿crees que estaré mejor lejos de ti? Casi te pierdo —reclamó ella.

Por el rabillo del ojo, vio cómo su madre intentaba consolar a Vivian, poniendo una mano en su brazo.

—Lo siento. Si pudiera evitaros el sufrimiento, lo haría. Pero no puedo. Estoy cansado y quiero descansar. Que estés constantemente presionándome para trasladarme no me ayuda —dijo con cansancio evidente—. Sé que sería lo más fácil para vosotros, y tienes razón, soy muy consciente del esfuerzo que hacéis al quedaros. Pero ahora estoy pensando en mi comodidad, me duele todo el cuerpo. No quiero ni pensar en un vuelo. ¿Te paraste a pensar que la última vez que subí a un avión estaba más muerto que vivo?

—Hijo, yo no… —balbuceó ella sin voz.

—Lo sé, mamá. Y no quiero hablar de ello, así que no. No voy a trasladarme, no estoy listo —añadió Harrison con dureza—. Siento mucho si eso os causa molestias. Volved a casa, te prometo que me parece bien. Yo necesito volver a estar entero.

Harrison se dejó caer contra el respaldo de la cama, parecía agotado.

Apoyó la mano sobre su muslo, un gesto breve, para hacerle saber que no estaba solo. Era la primera vez desde el accidente que admitía que no se encontraba bien, y eso bastaba para entenderlo sin más palabras.

—Tía Vivian, creo que es suficiente por hoy —dijo con suavidad, manteniendo la mirada fija en Harrison. Él asintió, cansado.

—Está bien, no quería… —murmuró ella, arrepentida.

—Lo entendemos. No era una mala idea. Solo no es el momento, todavía —aseguró, intentando aliviar la tensión.

Ella le dedicó una frágil sonrisa y se acercó a la cama para darle un beso en la mejilla a su hijo.

—Lo siento, Harrison —susurró con sentimiento.

Harrison asintió y dejó que las otras dos lo besaran antes de despedirse.

El silencio envolvió la habitación en cuanto se fueron, roto solo por la respiración pesada de Dean, que seguía dormido.

—Se te va a enfriar el caldo —señaló.

—No tengo hambre —murmuró Harrison, mirándolo.

Suspiró, recuperó la cuchara y la hundió en el líquido antes de acercársela a la boca.

—Puedo comer solo —protestó Harrison.

—¡Qué suerte! ¿Crees que te den una medalla por eso? —ironizó, esperando a que probara la comida.

Harrison sonrió, pero abrió la boca.

—Dime la verdad, ¿qué pasa con tu trabajo? —preguntó, intentando mantener la voz firme.

—Nada. Les dije que tenía una emergencia familiar y que era grave. Les di la opción de despedirme y dijeron que no —respondió, volviendo a acercarle la cuchara.

—No puedes perder tu trabajo —replicó Harrison.

—Tú eres lo único que no puedo perder —contestó con sinceridad, buscando sus ojos.

Harrison tragó el caldo sin apartar la mirada.

—Podrías perder tu casa —advirtió, con un tono casi mecánico.

—Solo es una casa, volvería a estar de alquiler —repuso, sin dejar de darle de comer.

—Se necesita dinero para alquilar y un trabajo —le recordó Harrison.

—Entonces, supongo que viviré en una caja —aseguró, encogiéndose de hombros.

Harrison dejó escapar una risa incrédula.

—¿En una caja? —repitió, queriendo asegurarse.

—En una caja —insistió—. En un banco, en un zapato. Elige, no me importa. Nada es más importante que esto.

Harrison sujetó su mano antes de que pudiera volver a llenarla de líquido, apartándola con suavidad.

—¿Me harías un hueco en tu caja, en tu banco o en tu zapato? —inquirió en voz baja, con sus ojos azules fijos en los suyos.

Las lágrimas le empañaron la vista, pero sonrió de nuevo.

—Claro —musitó.

Harrison le cogió la mano y se la llevó a la mejilla. Aún había golpes en su cara, pero ya era él. El calor bajo su palma le devolvió una calma que no recordaba desde antes del disparo.

—Siento haberte asustado, Jamie —se disculpó con sinceridad.

Cerró los ojos con dolor al recordar las últimas semanas. La imagen de aquella primera noche, el olor a desinfectante, el sonido de las máquinas, seguían grabados en su cabeza.

—Dejé de respirar —confesó en voz baja—. Desde que Dean me llamó, dejé de hacerlo. Y te juro que mi corazón dejó de latir cuando te vi en aquella cama.

Harrison tiró de él para acercarlo, envolviéndolo en un abrazo. Por primera vez desde el accidente, respiró sin miedo. Eso era todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 46

HARRISON

Miró a Jamie dormido en el sillón para acompañantes. Todas las noches le decía que podía quedarse solo, y cada una de ellas recibía un bufido como respuesta.

En el fondo estaba feliz de poder mirarlo cuando quisiera. Había algo tranquilizador en verlo allí, doblado en aquella silla incómoda, roncando apenas, con la cabeza apoyada en el hombro. Tenía tanto que decirle, tanto que aclarar con él, que a veces tenía que hacer un esfuerzo físico por contenerse. Por desgracia, un hospital lleno de militares no era el mejor lugar donde hablar de todo lo que tenía en mente. Porque en su cabeza solo había una cosa. Jamie.

Dean solía decir que a todos los soldados les llegaba el día en que veían a la muerte a los ojos y el destino decidía si había llegado su momento o no. En su caso, tuvo suerte. Mucha suerte. La metralla y la bala pudieron cobrarse su vida y hacer que todo terminara antes de tiempo.

No fue consciente de la gravedad de su estado hasta que se despertó y vio a Jamie, entendiendo que su presencia en Virginia era una señal de alarma. Recordaba la luz fría de la habitación y aquella sensación de pesadez en el pecho que apenas le dejaba respirar. Tardó varios días en ponerse en pie y, a pesar del dolor de cada movimiento, comprendió la magnitud al verse al espejo y encontrar a un desconocido.

No sintió pánico, no tuvo miedo, aunque no sabía quién lo miraba en ese reflejo, porque había algo que lo había cambiado. Jamie estaba detrás, reflejado también, con los ojos abiertos y la mano

firme en su cintura, como si temiera que cayera. Que lo miraba también en ese espejo, mientras lo agarraba, con sus ojos preocupados, esperando una reacción.

Necesitaba recuperarse pronto para poder contárselo todo, para hablarle del momento en que supo que iba a morir y lo único en que podía pensar era en él. Durante aquellos segundos suspendidos entre la vida y la nada, su mente no buscó órdenes, ni protocolos, ni salidas: solo a él.

Mientras el dolor invadía su cuerpo, dejándolo ciego, mudo y sordo, volvió a él. Recordando cada día, cada instante que habían pasado juntos, cada beso, cada caricia, y en ese amor encontró un refugio, un hogar en el que no tuvo miedo ni había dolor. En medio del caos, ese pensamiento fue lo único que lo mantuvo consciente.

Confió en que ese sentimiento que ganaba al dolor lo protegiera… y lo hizo. Seguía vivo, y Jamie estaba a su lado. Protegiéndolo, cuidándolo, apoyándolo y animándolo, incluso con la situación tan bizarra de tener a las dos familias entre ellos.

Era raro volver a ver al tío Carl y a la tía Jessica. Ellie y Sam también vinieron; no dijeron mucho, pero ninguno de los cuatro faltó a su visita diaria. Y aunque intentó que todos se fueran, ninguno accedió a marcharse hasta hacía pocos días. El médico estaba a punto de darle el alta, y se habían vuelto a casa para preparar su llegada.

Suspiró sin dejar de mirar a Jamie. Le había dicho a su madre que no se quedaría en su casa, pero ella había vuelto a hacer oídos sordos, diciendo que no podía quedarse en casa de Dean porque también estaba herido.

Lo que no dijo es que pensaba quedarse en casa de Jamie, aunque probablemente también debería decírselo a él primero.

Se preguntó cómo reaccionaría, si aceptaría su presencia o fingiría que no significaba nada. Aun así, sabía que lo haría de todos modos.

Los párpados de Jamie revolotearon antes de abrirse.

—¿Estás bien? —preguntó adormilado, mirando su reloj de muñeca.

Le encantaba verlo así, medio hundido en el sillón, con el pelo revuelto y la voz todavía ronca del sueño.

—¿Por qué no estás dormido? Son las tres.

—No puedo dormir —contestó con sinceridad. Era cierto; estaba realmente cansado, pero solo pensar en mañana hacía que el sueño lo esquivara.

—Podemos retrasarlo si quieres. Podríamos quedarnos en Virginia —le ofreció sin dudar.

Sonrió al escucharlo. Sabía que diría eso, porque Jamie tenía esa forma de preocuparse sin medir lo mucho que se sacrificaba. Pero Jamie estaba viviendo su sueño en casa, y había dejado todo sin dudar para cuidarle. Su recuperación requería rehabilitación y reposo, algo que podía hacer allí, en vez de quedarse solo en Virginia o seguir siendo egoísta con él.

—Estaré bien.

—Lo sé, pero podríamos esperar hasta que estés listo. Ya te dije que no hay prisa —le prometió Jamie, sentándose recto para acercarse a la cama.

Puso la mano boca arriba y Jamie colocó la suya encima. Su mano, tibia y firme, bastó para mantenerlo quieto, más que cualquier calmante.

—No tienes que tener vergüenza. Puedes contarme si estás asustado —le aseguró, manteniendo la voz muy baja; supuso que para que Dean no escuchara, por si estaba despierto.

Sonrió de nuevo, entrelazando sus dedos.

—No será fácil, pero quiero volver a casa —le confió—. Me gustaría dormir en un colchón que no sea de plástico.

Jamie le devolvió la sonrisa, una de esas que nacían despacio y le relajaban el pecho al verla formarse. No había dejado de quejarse del calor que le daba esa maldita cosa desde que se había despertado.

—Será agradable —concedió Jamie.

—¿Y tú no te alegrarás de dejar de dormir en ese sillón? —le preguntó.

—No te creas. Le he cogido cariño, es un buen lugar para pasar la noche —contestó encogiéndose de hombros.

Asintió, porque entendía el sentimiento, aunque Jamie no lo dijera. Con el tiempo, aquella rutina se había convertido en una

forma de calma: él dormía, Jamie velaba, y eso era suficiente. Las primeras noches fueron duras; el dolor lo despertaba sin aviso y tardaba en reconocer el lugar. Entonces lo veía allí, y el simple hecho de tenerlo cerca bastaba para orientarlo, para recordarle que seguía a salvo.

—¿Por qué no intentas dormir? —le sugirió Jamie, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar.

—No creo que pueda —admitió—. Cuéntame algo.

Jamie lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres que te cuente? Estoy todo el día contigo —dijo riendo.

—Cuéntame cómo fue la carrera —pidió, acomodándose contra la almohada.

—Te escribí un mail contándotelo todo —contestó con diversión.

—Ese no pude leerlo. ¿Por qué no me lo lees tú? Léemelos todos. Siempre me imagino tu voz; seguro que es mejor si eres tú quien me lo cuenta —respondió.

Jamie pareció sorprendido, pero la tensión de su rostro se suavizó enseguida.

—Está bien —aceptó, estirándose para coger su móvil.

El sonido del dispositivo al desbloquearse le resultó casi reconfortante. Sonrió mientras cerraba los ojos, dejándose arrullar por su voz, por esa calidez que nadie más que Jamie conseguía transmitirle. Cada palabra parecía acercarlo un poco más a casa, a todo lo que había estado esperando recuperar.

—¿Listo? —preguntó Jamie en voz baja.

—Para lo que sea. —Y por primera vez en mucho tiempo, lo decía en serio.

)))

No fue un mal vuelo. La presencia de Dean y Mark había ayudado, pero cuando salió del avión agradeció que lo esperara una silla de ruedas; el cuerpo empezaba a pasarle factura y el simple hecho de ponerse en pie lo mareó. Fue otra de las condiciones del médico: nada de esfuerzos, ni levantar peso ni caminar largas distancias, silla

de ruedas para moverse por el aeropuerto y directo a la cama al llegar.

Jamie empujó la silla sin decir nada. La herida todavía le dolía al respirar y el movimiento de los brazos resultaba insoportable.

Dean y Mark iban a su lado; los dos parecían igual de aliviados que él por bajar del avión. No habían traído maletas, solo mochilas. Evitar la recogida de equipajes había sido idea de Jamie, y le pareció un acierto: fueron directos a la salida.

—Estoy deseando dormir —dijo en voz alta al escuchar chillar a unos niños cerca de él.

—Tú y yo, hermano —se quejó Dean.

—Ya queda poco —los consoló Jamie.

—No seáis tan quejicas. Pensad en toda la comida deliciosa que nos espera —les sugirió Mark.

—Habla por ti. Yo no quiero fiestas, quiero irme a casa —le dijo a su amigo.

—¿No vas a parar en casa de Olivia? —preguntó Mark.

—No, ya avisé a todo el mundo. No quiero celebraciones ni visitas. Quiero descansar —contestó.

—Está bien. Cogeré un plato y te dejaré comida en la cocina —ofreció Mark.

—Difícilmente, no me quedo en casa de Dean —respondió tranquilo. Abrió los ojos al recordar que aún no se lo había dicho a Jamie, aunque llevaba días pensándolo.

—¿Vas con tus padres?

La pregunta de Mark se mezcló con la respuesta de Jamie.

—Se queda conmigo.

Sonrió y echó la cabeza hacia atrás para verlo. Jamie le devolvió una sonrisa corta, contenida. Había alivio en su rostro, pero también algo más: la seguridad de que ninguno quería separarse todavía.

—Vale —admitió Mark sin añadir nada más.

Se separaron en el parking. Mark había sido el chófer la última vez y tenía allí su camioneta.

—¿Seguro que no prefieres ir con Mark? Tiene más espacio —le dijo Jamie, algo nervioso.

—Estaré bien —le prometió—. Pon el asiento hacia atrás.

Jamie obedeció y lo ayudó a meterse en el coche.

—¿Bien? —preguntó ansioso.

Sonrió involuntariamente y no se pudo contener: se inclinó hacia delante y le robó un beso en los labios.

—Mejor —contestó.

—Devuelvo la silla y nos vamos a casa —dijo, cerrando la puerta antes de perderse en el parking.

Cerró los ojos intentando ignorar el cansancio y ese dolor sordo que lo acompañaba desde hacía semanas. Dormitó mientras se movían y, aunque no estaba orgulloso, no ayudó mucho cuando Jamie lo sacó del coche y lo guio hasta el ascensor.

—Esta medicación me hace lento —protestó adormilado, apoyando todo su peso en él.

—No pasa nada, ya casi estamos —murmuró Jamie en tono tranquilizador.

El corto tramo del ascensor a la puerta lo dejó muerto de cansancio, pero el agarre de Jamie siempre fue fuerte a su alrededor.

Lo llevó con paciencia hasta la habitación, lo hizo sentarse en la cama mientras revisaba las vendas y comprobaba las heridas para asegurarse de que todo siguiera bien. Dudó al llegar a los bóxer, aunque los dos sabían que no había llevado nada debajo de la bata del hospital.

—Fuera —le dijo para ayudarlo.

Jamie giró la cabeza mientras deslizaba la prenda, y la sonrisa pugnó por escapársele, incluso agotado.

—Ya has visto todo antes —le recordó, y no se refería solo al hospital.

Las mejillas de Jamie volvieron a un rojo vivo.

—Estás lesionado, no está bien mirar —replicó, evitando su mirada.

—Mírame, por favor. Eso hace que me olvide de mi aspecto, me da un poco de normalidad.

Jamie levantó la cabeza, mirándolo directamente a los ojos.

—No hay nada malo en tu aspecto.

Alzó una ceja, con gesto burlón.

—Apenas podías verme a la cara los primeros días.

Jamie chasqueó la lengua con impaciencia.

—No era tu aspecto. Tus heridas me recordaban que casi mueres. Incluso cuando no parecías tú, seguías siendo tú.

Miró su rostro y supo sin dudar que decía la verdad.

—Mi cara está destrozada —le recordó.

—Es tu cara, esté como esté.

—No tengo pelo.

—Crece —contestó Jamie, encogiéndose de hombros.

—Las heridas de quemaduras de mi espalda siempre tendrán ese aspecto rugoso —le advirtió.

—Son pequeñas, apenas cuatro o cinco. Te dan carácter.

Sonrió, incrédulo. La facilidad con la que Jamie lo decía lo desarmaba; él aún evitaba mirarse demasiado tiempo en el espejo.

—Puede que tenga cojera crónica —era la primera vez que lo hablaban, aunque Jamie había estado presente cuando el médico se lo dijo. La explosión había empeorado su lesión.

—Hay muy buenos fisioterapeutas —respondió Jamie sin dudar—. Hablé con el equipo de mi trabajo y me recomendaron uno excelente. Tenemos cita en dos días.

—¿Y si no me recupero? —inquirió.

Jamie le puso las manos en los hombros, mirándolo muy serio.

—Es una cojera, te dejará hacer una vida normal. Puedes correr, andar y moverte. Es un milagro que hayas sobrevivido; cualquier precio es pequeño por seguir vivo.

Sonrió, pasando las manos por su cintura. Hundió la cara en su hombro y los brazos de Jamie lo rodearon enseguida del cuello.

El calor que desprendía era tan real, tan tangible, que por primera vez en semanas su cuerpo dejó de sentirse ajeno.

—El ejercicio ayudará a que tus pulmones mejoren, las cicatrices seguirán curándose. Y volverás a sentirte entero —le prometió Jamie, acariciándole los hombros.

Cerró los ojos, relajándose contra él.

—Estoy contigo, Jamie. Nunca me he sentido más completo —le dijo, dejando un beso sobre su hombro.

—Vamos a descansar, estás agotado —decidió Jamie por él.

—¿Puedo dormir desnudo?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —preguntó, sin entender.

—Quiero estar cómodo. Mejor sin costuras, ni colchones de plástico. Si te parece bien.

Jamie rio entre dientes, tiró de las mantas y lo ayudó a meterse dentro. El movimiento fue lento, lleno de esa atención silenciosa con la que lo cuidaba en todo.

En cuanto su cabeza tocó la almohada, dejó salir un gemido de gusto. El cuerpo por fin cedía, entregándose al descanso que tanto había resistido.

—¿Mejor? —le preguntó Jamie en voz baja.

—¿Podemos abrir un poco la ventana? Estoy harto de estar encerrado —le dijo, cerrando los ojos.

—Por supuesto —escuchó a Jamie moverse por la habitación y luego por la casa—. Tómate las pastillas, así podrás dormir todo lo que quieras.

Levantó la cabeza lo justo para dar un sorbo al vaso.

—Quítate la ropa y ven conmigo, Jamie. Estoy solo —levantó la mano, llamándolo, y no tardó en acudir a su lado.

—No quiero hacerte daño. ¿Debería poner una almohada en medio?

Tiró de él para que se girase y pegó el pecho a su espalda sin presionar demasiado. El calor del cuerpo de Jamie lo envolvió al instante, disipando la tensión que aún le recorría los músculos.

—Esto es lo que necesitaba desde el día uno. Solo esto —le confesó, pasando el brazo por su cintura.

Jamie le acarició el brazo con cariño.

—Ahora, Jamie. Ahora sí me estoy curando —Y por primera vez desde que despertó, lo creyó de verdad.

CAPÍTULO 47

HARRISON

Aunque tenía la esperanza de que Jamie volviera a su vida lo más pronto posible, no tuvo suerte.

Los primeros días fueron una sucesión de visitas médicas y de mensajes de todos los que querían ir a verlo. Dijo que no a todo y a todos. Necesitaba calma, algo de espacio para asimilarlo todo. Se permitió, por fin, mantener una burbuja de intimidad donde nadie era bien recibido. Sabía que algunos estaban molestos, así que respondía las llamadas solo para tranquilizarlos. No podía alargarlo mucho más, pero Jamie parecía tan contento como él.

Dividían el día entre el hospital, las pruebas y la rehabilitación. Por la tarde se quedaban en el sofá, sin prisa por moverse, solo respirando el mismo aire, dejando que las horas pasaran sin hacer ruido. Luego cenaban y se iban a la cama, donde el sueño llegaba rápido.

Por desgracia, nada podía durar para siempre. Sabía que estaba viviendo tiempo prestado. Jamie volvía al trabajo esa mañana y la puerta que con tanto esfuerzo había mantenido cerrada estaba a punto de abrirse.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó Jamie, recogiendo su mochila del trabajo.

—Sí —aseguró sin dudar desde la cama—. Ya me ayudaste a vestirme para que no me agache. Puedo ir al baño solo y la nevera está llena de comida.

—Vale —respondió Jamie, aún nervioso—. Tendré el móvil encendido a todas horas. Si pasa cualquier cosa, me llamas. ¿Lo

prometes?

—No va a pasar nada —repitió.

Jamie no parecía convencido; tenía todo el aspecto de estar a punto de echarse atrás.

—Estaré bien, Terry está a punto de llegar.

—Ya lo sé —admitió Jamie, aunque sin moverse.

—Puedo estar solo. Te prometo que no haré ningún esfuerzo. Iré de la cama al sofá —insistió.

—Vale —aceptó al fin, más tranquilo—. Por la tarde iremos a rehabilitación, así que no hagas tonterías.

—Prometido. —Tiró de él, acercándolo, y le robó un beso que le supo a poco y a todo a la vez—. Ten un buen día.

Jamie le dedicó una enorme sonrisa.

—Tú también —susurró, besándolo otra vez.

Sonrió mientras lo veía salir. El silencio que dejó tras la puerta era nuevo, tranquilo, casi raro después de tantos días sin un momento a solas. Escuchó voces en la entrada y se incorporó, sorprendido. Terry había llegado pronto.

—Pasa, Ter —lo saludó al oírlo cruzar el pasillo.

—Antes de que te enfades, no pude hacer nada —advirtió con cautela Terry.

—¿Nada de qué? —inquirió desconfiado.

—Mamá y la tía Jessica están en el salón.

—¿Qué? ¿Por qué? Quedamos en que las vería en dos días —protestó.

Terry se pasó la mano por el cuello con apuro.

—Es culpa de Tara, ayer fuimos a comer con ellos y se le escapó que yo vendría hoy. Lo siento —se disculpó.

Le puso mala cara, pero se levantó de la cama y se puso las zapatillas azules que Jamie le había comprado. No le gustaba que estuvieran traspasando sus límites de nuevo.

—¿Te ayudo? Le prometí a James que me encargaría de todo.

—Estoy bien, no seas pesado —lo reprendió.

—¿Se encontraron en la puerta?

—Sí, fue un poco violento —admitió Terry.

—Me lo puedo imaginar —masculló malhumorado.

—Hola, cielo —saludó su madre, sentada en uno de los dos sillones al lado de la tía Jessica.

La miró sin decir nada.

—No pongas esa cara a tu madre. Volviste hace una semana y todavía no he podido verte —reprochó su madre.

—Me pasé todos los días con pruebas y el hospital. Tenían que ponerse al día para poder tratarme —le recordó.

—¿Y qué dijeron los médicos? —preguntó la tía Jessica, preocupada.

—Nada nuevo, todo va bien. Me estoy recuperando —les aseguró sentándose en el sofá.

—¿Te preparo algo de desayuno? —se ofreció Terry.

—No hace falta, James dejó todo listo en la nevera. Coge el recipiente de la tapa azul, arriba de todo. Y llenó la cafetera hace un rato para los dos, te dejó galletas en el tarro de la isla —le respondió. Agradecía tener esas pequeñas rutinas que le daban orden a los días.

—¿Ya tomaste tus medicinas? Las enfermeras siempre te las daban con el desayuno —le preguntó su madre.

—Ya las tomé —contestó, levantando la rodilla que le molestaba y apoyándola sobre la mesa de café. El movimiento le arrancó una mueca que disimuló enseguida.

—Estás tomando mucha medicación, no puedes hacerlo sin desayunar —le recriminó la tía Jessica.

—Lo sé, por eso James me trajo avena con fruta y zumo. ¿Podéis calmaros un poco? Sé cuidar de mí mismo y, si no supiera, ya tengo a James para obligarme a hacerlo.

—También podrías venir a casa y dejar tranquilo al pobre James. Yo estoy feliz de ocuparme de todo. Incluso hablé con el pastor, una de sus sobrinas es fisioterapeuta, muy buena.

—Ya tengo fisioterapeuta, empecé el miércoles pasado. James consiguió a un especialista en deportistas, es muy bueno —le contestó.

La irritación se le notaba en el tono, aunque se esforzaba por mantener la calma. Sonrió a Terry, que le puso una taza llena en la mano.

—Ve a la habitación, sobre la mesilla hay una bolsa de calor.

Terry asintió y se perdió por el pasillo.

—¿Eso es tuyo? —quiso saber su tía, mirando a la repisa donde estaban el primer y último trofeo de Jamie. En medio estaba una caja de exposición con sus medallas.

—De tu hijo seguro que no —respondió con calma.

Ella tragó saliva sin dejar de mirar, pero sin atreverse a preguntar. El silencio que quedó entre ellos bastó para decirlo todo.

—Mi casa era de alquiler. Estaré de baja una larga temporada, así que James y Terry recogieron las pocas cosas que tenía allí y las enviaron en dos cajas por correos. No tiene sentido pagar el alquiler mientras me recupero —explicó, sin que ella añadiera nada.

—Por supuesto —admitió en voz baja. Movió ligeramente la cabeza, sin levantar la mirada del suelo.

—¿Cómo lo caliento? —consultó Terry, alzando la bolsa alargada.

—Un minuto al microondas —indicó con un gesto.

Terry pasó a la cocina para obedecer, aunque se quedó mirándolo, apoyado en la isla con los brazos cruzados. El zumbido del microondas llenó el silencio.

—¿Dónde están tus cosas? Cuando venga tu padre le diré que las lleve a casa —comentó su madre.

Señaló con un dedo alrededor, dejando claro que sus cosas estaban ya instaladas.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? Porque James querrá recuperar su casa, no puedes aprovecharte de él así —cuestionó su madre.

—No estoy haciendo eso. James me cuida —respondió con calma.

—Tienes a tu familia para eso —replicó ella.

—James es mi familia —dijo despacio—. Si él estuviera enfermo, yo haría lo mismo por él. Lo dejaría todo, iría a donde fuera y haría lo necesario para asegurarme de darle el mejor cuidado.

Su madre miró a la tía Jessica con expresión alarmada.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —intervino Jessica con calma.

Miró a su hermano; Terry también lo estaba observando.

—¿Cuál sería la pregunta? —respondió, manteniéndose calmado, porque era obvia la relación que tenía, porque los títulos y los nombres no siempre eran necesarios. James llevaba semanas demostrando el lugar que ocupaba en su vida.

Las dos mujeres volvieron a mirarse; ninguna se atrevió a preguntar, así que prosiguió.

—Porque creo que hay situaciones que son obvias, salvo para quien no está dispuesto a mirar.

—Dijiste que no pasó nada —recordó su madre en voz baja.

—Y no mentía. Que algo no sucediera en el pasado no significa que no pueda suceder en el presente.

—Eso destrozaría la familia —susurró su madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué familia? —respondió con suavidad.

—Creo que es hora de que nos vayamos —propuso Jessica, tocándole el brazo a su madre.

—Será lo mejor —concedió ella sin atreverse a mirarle a los ojos —. Vendremos otro día, cuando estés más tranquilo.

—Ven cuando quieras, mamá. No va a cambiar nada. Adiós, tía Jessica.

—Adiós, cielo. Avisa si necesitáis algo, cualquiera de los dos —murmuró en voz baja.

—Se lo diré a James —añadió, mirándolas salir. El ruido del ascensor se oyó unos segundos después, y la casa volvió a quedarse en silencio.

—Esa sí es una forma de vaciar una habitación —comentó Terry, sentándose a su lado y pasándose la bolsa.

Se la puso en la rodilla y miró a su hermano. El calor se fue extendiendo bajo la tela del pantalón, aliviando un poco la molestia.

—James y tú, no creí que fuera a escucharos a alguno de los dos reconocerlo.

—Era obvio, ¿no?

—Sí, lo era. Aunque no estuve seguro hasta que despertaste y todo lo que podías ver es a James. Nunca estabas tranquilo si él no estaba cerca —admitió Terry. —Pero hace más difícil arreglar todo esto. Que James sea gay ya es malo, que lo seas tú es peor.

—No soy gay, y tampoco bisexual, aunque seguro que sería lo más parecido. Ni me lo planteo si te soy sincero—respondió, encogiéndose de hombros.

—Te gustó un hombre, podrían gustarte otros —observó Terry.

—No, no es el físico lo que me interesa.

—¿Te refieres a que te atrae su personalidad? —insistió Terry.

—No puedo darte una respuesta fácil. Es James —dijo con sinceridad, encogiéndose de hombros. Lo pronunció sin tensión, como si el nombre bastara para explicar el resto.

Terry asintió despacio, con rostro pensativo. Se inclinó un poco hacia atrás, rascándose la nuca, sin saber cómo seguir.

—Entonces, ¿los hombres no te gustan?

—No —contestó sin dudar.

—Sería más fácil explicar que sois gais —murmuró Terry.

—Siento no cumplir tus expectativas —ironizó.

—No lo digo en el mal sentido, es solo que es más fácil de explicar.

—Da igual si somos gais o delfines. Para ellos es igual de extraño y repugnante. Si no se unieron en el hospital nunca lo harán. ¿Sabías que los mellizos no se han quedado a solas conmigo ni una vez? Somos amigos de toda la vida.

Terry suspiró con cansancio.

—Lo sé. He hablado mucho con ellos y aunque no te lo creas, están sufriendo —le aseguró su hermano.

—Me lo imagino, pero la diferencia es que ellos tienen la sartén por el mango. James no va a exponerse de nuevo a que le hagan daño.

—Les he dicho un millón de veces que vengan a verle. Que solo tienen que disculparse —confesó Terry.

—¿Y por qué no lo hacen? —preguntó.

—Porque dicen que no es suficiente. Que decir lo siento no será suficiente después de todo lo que pasó.

—¿Y es mejor seguir fingiendo que no existe? ¿Se dan cuenta de lo hiriente que es ignorar sus sentimientos?

—Hablaré con ellos de nuevo —prometió Terry.

—Haz lo que quieras —dijo, poniéndose en pie. Estiró la pierna con cuidado, sintiendo la presión en la rodilla, y apoyó una mano en el respaldo del sofá para mantener el equilibrio.

—No te muevas o James me matará.

—Pues no se lo cuentes.

Terry dejó escapar una risa corta y lo miró con una sonrisa auténtica. No hizo falta decir nada más; entendió que lo había aceptado, que por fin comprendía lo que había entre él y James. La charla había servido para eso, para poner nombre a lo que ya era evidente y dejarlo estar, sin juicios ni explicaciones.

CAPÍTULO 48

HARRISON

—¿Cómo sientes la rodilla? —preguntó el fisioterapeuta.

—Sin molestia —aseguró sin dejar de andar en la cinta.

—Tienes una capacidad de recuperación increíble —comentó Jerry mientras apuntaba en su carpeta.

—Soy duro y este no es mi primer rodeo —respondió de buen humor.

—Ya lo veo —dijo, comprobando en la máquina su oxigenación y pulso—. Increíble, de verdad.

—¿Eso significa que vas a darme el alta? —bromeó, sabiendo de antemano que no lo haría.

—No. —Rio Jerry—. Como mínimo te quedan otras dos semanas, pero la mejoría es significativa. ¿Te están presionando en la Marina para tener un informe positivo?

—No, nos quieren al cien por ciento —aclaró—. Son los médicos los que deciden. Cuando me den el alta aquí, tengo que pasar el visto bueno del hospital militar.

—Eso está bien. Aún no estás listo; sé que puede ser tedioso, pero en estas tres semanas has recuperado casi toda la movilidad, y estoy seguro de que pronto estarás recuperado casi del todo. Puedes parar la cinta, por hoy es suficiente.

Bajó de la máquina y se estiró, para desperezarse. El sudor le perlaba la frente y la pierna apenas se resentía.

—¿Ya puedo salir a correr? —preguntó, esperanzado. Necesitaba quemar energía.

—Para nada —lo interrumpió Jerry riendo—. Sé que tienes ganas, pero todavía no. Con suerte, la semana que viene podemos probar a subir el nivel, comprobar tu oxigenación y, si funciona, empezarás a correr al aire libre.

Dejó salir un sonido exasperado.

—Soy militar, necesito estar en movimiento. Todo lo que hago es pasear y descansar, necesito más.

—Lo sé, lo sé —concedió Jerry con una sonrisa—. Si te sirve de consuelo, podemos levantar la restricción sobre el sexo, mientras no te esfuerces demasiado.

Giró la cabeza con tanta rapidez que notó un latigazo en el cuello.

—¿Cómo? —repitió, desconcertado.

Jerry siguió anotando en su libreta antes de mirarlo de nuevo.

—Ya puedes tener sexo, pero usa posturas donde no tengas que hacer demasiada fuerza.

Los dos se quedaron mirándose. El zumbido del fluorescente sobre sus cabezas se hizo más evidente en el silencio, hasta que él parpadeó, sin saber muy bien cómo reaccionar, y al final asintió.

—Son buenas noticias. Llevas casi tres meses desde tu accidente, ¿no tienes pareja?

Una sonrisa se formó en su cara.

—Sí, tengo pareja. Es una muy buena noticia. Nos vemos mañana a la misma hora —se despidió, de buen humor.

—Claro —respondió Jerry, sin acompañarlo.

Se despidió con la mano de la enfermera y salió directo a la calle. El pasillo olía a café recién hecho del dispensador, y el contraste con el aire fresco de fuera le despejó la cabeza. Caminó un tramo despacio, notando el equilibrio firme en cada paso. Jamie aprovechaba su hora de rehabilitación para hacer recados cerca, así que lo esperaría fuera.

—¿Qué tal hoy? —inquirió Jamie, sonriéndole mientras se ponía el cinturón.

—Todo bien. ¿A dónde fuiste hoy? —preguntó al ver dos bolsas en la parte de atrás.

—Súper —contestó Jamie de buen humor—. Nos quedamos sin varias cosas.

—Olvidé apuntar zumo en la lista —le advirtió.

—Lo sé, yo tiré la botella vacía que volviste a meter en la nevera —lo acusó sin molestarse.

—Lo siento, siempre olvido eso.

Lo miró de reojo mientras se reía entre dientes. Jamie estaba relajado, con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla. Las semanas en casa le habían sentado bien, sonreía a menudo y solía estar de buen humor.

—Soy el peor compañero de casa de la historia —adivinó.

Jamie rio, negando con la cabeza.

—Para nada —le prometió.

—Ahora ya puedo moverme mejor, voy a poder ayudarte más —le aseguró.

—¿De qué hablas? Haces un montón de cosas, recoges la casa, haces la cama, recoges la cocina. No tengo quejas y eso sin contar que tengo compañero para jugar al póker, alguien para comentar los partidos y puedo burlarme de ti cuando usas las pesas de cinco kilos —enumeró Jamie con diversión.

—Si no estuviera lesionado te enseñaría cuánto peso puedo levantar, te dejaré impresionado en cuanto me recupere del todo —protestó, indignado.

Jamie se rio, mientras emitía unos horribles sonidos que lo imitaban al levantar pesas.

—Me dispararon —le recordó.

—Siempre con la excusa de la bala —le respondió Jamie, carcajeándose.

Se rindió, demasiado ocupado en mirarlo como para conseguir mantener un intercambio decente. El tema de su emboscada había sido un tabú; Jamie no quería ni hablar de ello al principio, pero poco a poco lo había seguido en sus bromas.

Jamie se giró del todo a mirarlo.

—No dejes de mirar a la carretera —le riñó.

—Tranquilo, estás a salvo. ¿Debería llevarte en brazos hasta casa? —se burló Jamie, señalando con el dedo afuera.

Estaba tan distraído con Jamie que ni se había dado cuenta de que ya habían llegado.

—Vamos —lo apremió él, ya fuera del coche con las bolsas de compra en la mano.

—Deja que te ayude —se ofreció en cuanto salió.

—No hace falta, no queremos empeorar tu lesión. Imagínate qué bochorno si tienes que volver a las pesas de dos kilos por mi culpa —siguió picándolo.

—Y dale. Que estuve mucho tiempo ingresado. Tenía que recuperar tono muscular —se rebeló, incapaz de dejar de sonreír al verle reírse.

Era una sensación extraña, que no dejaba de pasarle desde que había retomado el contacto con Jamie. Estar con él tenía un efecto inmediato: lo hacía sentirse vivo, con una ligereza que casi había olvidado.

Jamie apoyó la espalda en el espejo del ascensor para mirarlo con esos ojos grises llenos de burla.

—Qué sí. Tú no te esfuerces, ahora una ducha, un poco de leche y a dormir.

Se apoyó en el lado contrario y le devolvió la mirada con descaro, repasándolo de arriba abajo sin disimular.

Jamie dejó de reírse para fulminarlo con la mirada.

—Leche con cereales —puntualizó él.

—Lástima —murmuró lo suficiente alto como para que Jamie lo escuchase mientras salía del ascensor.

Dormir en la misma cama había sido una experiencia curiosa. Le encantaba dormir con Jamie; su presencia constante lo ayudaba a descansar mejor. A veces, en mitad de la noche, bastaba con oír su respiración para volver a dormirse.

Al principio, con tanto medicamento, su cuerpo no reaccionaba a la cercanía, pero con el paso de los días había salido de su letargo. Ahora cada roce era un recordatorio claro de lo mucho que lo deseaba, aunque se esforzara por disimularlo. Había intentado acercarse más a Jamie, pero cada vez que intentaba llevar los besos a otro nivel, él lo alejaba, recordándole que no podía hacer esfuerzos.

Pensó en ello mientras se duchaba y Jamie se encargaba de la cena. No llegó a ninguna conclusión, así que decidió decirlo sin más.

—El fisioterapeuta dice que ya puedo tener sexo —anunció, mientras comían.

Jamie se atragantó con la comida, tuvo que levantarse y darle un par de golpes para ayudarlo a respirar de nuevo.

—Tendría que haber esperado a después de la cena —reflexionó, volviendo a su sitio y sentándose enfrente. Jamie dio un largo trago a su agua antes de responder.

—¿Por qué te lo dijo? ¿De qué estabais hablando?

—De sexo no —aclaró—. Le dije que necesitaba quemar energía y me dijo que quizá pueda correr de verdad para la semana, pero que podía tener sexo mientras tanto si uso posturas que no me supongan mucho esfuerzo.

Fue todo un espectáculo ver su rostro enrojecer hasta las orejas. La forma en que bajó la mirada para disimular solo lo hizo más evidente.

—No vamos a tener sexo —sentenció Jamie, muy serio, sin mirarlo.

—¿Por qué no? —preguntó, con calma.

—Porque casi te mueres, todavía no puedes hacer ejercicio normal. No voy a arriesgar tu recuperación solo porque estamos salidos. Somos adultos, podemos seguir como estamos —respondió él, con serenidad.

—Habla por ti, yo me estoy muriendo —protestó, tratando de contener la sonrisa.

Jamie lo miró muy serio.

—¿Has tenido sexo con un hombre? —preguntó.

—No, y tú tampoco —contestó tranquilamente.

—Cierto, pero me he informado y requiere un montón de esfuerzo que no te dejaré hacer.

—El esfuerzo es para el activo, tú podrías hacer todo el trabajo. Yo solo tendría que tumbarme —sugirió.

La boca de Jamie se abrió sin emitir sonido, entre la sorpresa y la incredulidad. Sus mejillas ardían tanto que el gesto resultaba más divertido que provocador. Escuchó su indignación incluso cuando no dijo nada.

—¿Quieres que te monte? —espetó en voz baja, como si fuera algún tipo de sacrilegio decirlo en alto.

Se apoyó en el respaldo de la silla, mirándolo con diversión.

—No diría que no a eso —respondió, con sinceridad.

Jamie imitó su postura, cruzándose de brazos.

—¿Y cuándo dije yo que quería ser el pasivo?

—Nunca —admitió, después de pensarlo unos segundos—. Lo supuse.

Jamie lo miró alzando una ceja.

—Pues estás equivocado. No lo soy, ni quiero serlo.

—Entonces tenemos un problema —observó, sin alterarse.

—Eso parece —admitió Jamie, recogiendo la mesa.

—¿No deberíamos hablar de ello? —preguntó, divertido, al ver lo rápido que se movía por la cocina.

—No, porque no vamos a hacer nada.

—Muy bien —aceptó, siguiéndole la corriente.

Lo siguió hasta el sofá después de recoger lo poco que quedaba. Jamie encendió la lámpara del salón y se dejó caer con un suspiro exagerado, todavía con las mejillas rojas. Él estiró las piernas sobre la alfombra y evitó mirarlo, aunque la forma en que apretaba los labios delataba que seguía pensando en la conversación.

Se sentó a su lado, divertido por la torpeza con que intentaba aparentar calma, y le costó no reírse. Era imposible tomarse en serio aquella falsa indignación.

—Solo para estar seguro de haber entendido todo bien —insistió, asegurándose de que sus piernas se presionaran juntas.

El sofá apenas les daba espacio, y el calor que desprendía Jamie se notaba incluso a través de la ropa. Pasó el brazo por detrás de él, en un roce intencionado, pero sin ser invasivo.

Jamie soltó un bufido, cambiando de canal con gesto impaciente. El reflejo del televisor iluminaba su mandíbula tensa, y aun así no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—No vamos a tener sexo hoy, ni nunca —recapituló, con fingida seriedad.

Jamie le dio un codazo.

—¿Podemos ver la televisión tranquilos? —preguntó, exasperado.

—Es solo por manejar opciones. Si ninguno de los dos quiere ser el pasivo, habrá que arreglarlo de alguna forma.

—¿Quieres que nos lo juguemos a cara o cruz? —ironizó Jamie, mirando a la pantalla para no enfrentarlo.

—No hace falta. Si ninguno de los dos está cómodo con eso, podemos hacer otras cosas —propuso, acariciándole el hombro con los dedos. El contacto fue mínimo, pero suficiente para sentir la atención de Jamie.

Jamie hizo un ruido para demostrar que lo estaba escuchando, pero no dijo nada más.

—Nos gusta besarnos —le recordó.

Vio cómo el fantasma de una sonrisa aparecía en sus labios. Ese gesto mínimo, que apenas duró un segundo, bastó para que todo lo demás perdiera importancia.

—Tocarnos —continuó, mientras acariciaba la suave piel de su cuello, disfrutando de ver cómo se estremecía.

—Para —advirtió Jamie, dándole otro codazo.

—Me da igual lo que hagamos —susurró al oído—. Solo quiero estar todo lo cerca de ti que pueda. Sentir tu piel contra la mía, el calor de tu cuerpo, tenerte de una manera que nadie más puede.

La sonrisa volvió a asomar a los labios de Jamie, contenida, como si intentara no ceder del todo.

—Basta. Todavía estás enfermo —insistió.

Apoyó la cabeza en su hombro, sin dejar de tocar su cuello. Su piel olía a jabón y a algo que le resultaba inconfundible.

—Pues cuídame, Jaime. Porque mi cuerpo se está curando, pero hay partes de mí que han sido cruelmente ignoradas durante mi recuperación —le susurró, con voz baja y divertida.

Jamie dejó salir una risita nerviosa que le recorrió el cuerpo entero. Era imposible no contagiarse de esa risa. La vibración de su pecho contra el suyo lo hizo sonreír también, sin poder evitarlo.

—Te recuerdo que he dormido contigo cada día desde que llegamos a casa. Tus partes ignoradas han estado descansando igual que tu cuerpo —señaló, con razón.

—Hace semanas que los dos estamos despiertos —aseguró, dejando un beso bajo su oreja.

—¿Los dos? —preguntó, con diversión—. ¿Tiene personalidad propia?

—A veces —contestó, sin dejar de sonreír.

—¿Y le hablas cuando estáis a solas? —bromeó.

—No, no somos tan cercanos. Es más, como una relación silenciosa —replicó, jugando con su tono.

Jamie rio a carcajadas, sin disimular, y se giró para mirarle a la cara. Tenía los ojos húmedos de risa y la sonrisa tan amplia que le costó mantener el tipo.

—¿Está pegado a tu cuerpo y no tenéis una relación muy cercana? —inquirió, con sorna—. ¡Qué frío eres!

Él se inclinó apenas, lo suficiente para buscar sus labios. El roce fue suave, contenido, pero la respuesta de Jamie inmediata. Le ofreció la boca con facilidad, se dejó caer contra su pecho y le acarició el cuello con las manos.

—Cuando estoy contigo siempre estoy ardiendo —murmuró, rompiendo el beso. Se perdió en sus ojos grises, en lo precioso que era cuando el deseo ocupaba su rostro.

Jamie acarició su pecho con una mano, trazando líneas distraídas sobre la tela de la camiseta.

—Eres un hombre muy raro —opinó.

—Puede ser —admitió.

—No tengo ni idea de cómo funciona tu cabeza. ¿Por qué no estás incómodo con esto? —quiso saber Jamie.

—Soy de cabeza cuadriculada. Una vez le encuentro sentido a algo, ya no le doy más vueltas. Tú y yo juntos es algo que puedo entender a la perfección. Ni siquiera necesito pensarlo, cuando te miro, sé que estoy en el lugar correcto.

Jamie sonrió; sus ojos grises brillaron mientras inclinaba la cabeza y volvía a besarle. El roce de sus labios, breve al principio, se volvió más seguro, más suyo.

—Tengo miedo —confesó contra sus labios.

—¿De mí? —preguntó, haciendo círculos en su piel bajo la camiseta.

Jamie negó con la cabeza.

—¿Qué pasa si no me gusta el sexo? ¿O si no nos ponemos de acuerdo?

No fue capaz de dejar de sonreír. Se inclinó sobre él y le dio un beso en el hombro.

—Nos encargaremos de eso —le prometió—. No haremos nada que no nos haga sentir cómodos.

Jamie asintió despacio, con sus ojos clavados en él. Acarició su cuello para acercarlo, dándole un beso lento que le erizó la piel.

—Poco a poco —advirtió Jamie, sin aliento.

—Tú mandas —cedió con facilidad.

Jamie sonrió, acariciando sus brazos hacia arriba hasta sus hombros.

—Solo besarnos —recordó Jamie—. Probaremos otra cosa cuando estés mejor.

Dejó salir una risotada.

—Nada de sexo —concedió, riendo.

Jamie todavía sonreía cuando lo besó de nuevo.

Se dejó caer sobre él, cubriéndolo con su cuerpo, aplastándolo contra el sofá. Jamie jadeó, sujetándose a sus hombros. Todo su cuerpo ardía bajo el suyo; sentía el calor subirle por la espalda, concentrarse donde sus cuerpos se rozaban.

Besar a Jamie era una adicción. Le encantaba recrearse en su boca, dedicarse horas enteras a fundirse en su lengua y memorizar el ritmo irregular de su respiración.

Las caderas de Jamie subieron, buscándole, pero se mantuvo alejado sin darle lo que quería. Esa contención le excitaba tanto como el propio contacto. Necesitaba volverlo loco, hacerle entender que no importaban los nombres ni las etiquetas. Lo único importante era lo que había entre ellos y quiénes eran cuando estaban juntos.

Jamie gimió en su boca, quejándose por la falta de atención. Metió la mano bajo su camiseta, acariciando su vientre plano y definido. Jamie jadeó, mordiendo su labio inferior. Dejó que sus dedos rozaran sus pezones y sonrió en sus labios mientras disfrutaba de cómo temblaba.

Jamie separó las piernas, haciendo que sus caderas encajaran juntas.

—Solo besos —le recordó con sorna, intentando separarse.

Jamie dejó salir una carcajada entrecortada.

—¿Te duele? —preguntó, tirando de su camiseta para quitársela.

Se dejó hacer, cooperando para lanzar la prenda lejos. Lanzó una mirada a Jamie, que hizo lo mismo con la suya.

—Mucho. Muchísimo —respondió, sonriendo al echar un vistazo a su cuerpo, tumbado en el sofá con los labios hinchados por sus besos, la respiración jadeante y su erección pulsando contra la suave tela del pantalón. Verlo así, tan entregado, le provocó un impulso instintivo de cuidarlo y desearlo al mismo tiempo.

Jamie volvió a reír.

—Hablaba de tus heridas —puntualizó, con la burla reflejada en sus ojos.

Negó con la cabeza, estirándose de nuevo sobre él.

—Estoy mejorando mi resistencia. Tengo que esforzarme más. Conseguir fondo —dijo, presionando todo su cuerpo contra el suyo.

—¿Quieres conseguir fondo o tocar fondo? —preguntó Jamie, jadeando, con los ojos llenos de malicia.

Rio contra su piel caliente, mordiendo su pezón muy despacio.

—Lo que tú me dejes —contestó, bajando la mano hasta cubrir su erección por encima de la ropa.

Jamie tiró de él, besándolo con pasión. Sus manos le agarraron la espalda, aferrándose con fuerza, buscando más piel, más calor, acercándolo sin intención de soltarlo.

Esta vez cumplió con su petición, empujándose despacio contra él para hacerle sentir que estaba listo. Se besaron como dos posesos, las manos de Jamie recorrieron su espalda y su pecho, trazando sus músculos y sus nuevas marcas sin dejarse nada.

—No tienes que tocarlas —le susurró, besando su cuello.

Jamie lo miró con los ojos llenos de deseo.

—Quiero hacerlo —le prometió—. Esas marcas son la señal de que estás vivo, amo cada una de ellas.

Se miraron a los ojos, intercambiando sin palabras todo lo que necesitaban decir.

Jamie acarició sus mejillas sin dejar de observarlo. Bajó la mano por su pecho y la metió en sus pantalones, rodeando su erección sin

romper el contacto.

Se quedó sin aliento; quería cerrar los ojos y perderse en su toque, pero ver cómo se oscurecía su mirada mientras lo tocaba, cómo le excitaba darle placer, era algo que no podía, ni quería dejar de ver.

Tomó sus labios y se deshizo en su boca, moviendo la lengua al ritmo de sus caricias, que cada vez iban más rápido.

—Para —le ordenó, obligándose a respirar para calmarse. Se miraron a los ojos, resollando, casi sin aliento.

—¿Cama? —preguntó Jamie, con la voz tan ronca que tuvo que morderse los labios para ahogar un gemido.

Asintió y Jamie no dudó en levantarse. Le dedicó una mirada tan intensa que su erección se endureció tanto que resultó casi doloroso.

Jamie le tendió la mano y tiró de él, guiándolo hacia la habitación. Rodeó el pecho de Jamie con los brazos, y le llenó de besos el cuello y la nuca. Se las arregló para quitarle el pantalón de pijama antes de llegar a la habitación.

Pasó las manos por su pecho con avaricia, recorriendo ese cuerpo que en parte era ya suyo. Sus dedos lo siguieron con precisión, con hambre contenida. Rodeó su erección con la mano y Jamie dejó caer la cabeza en su hombro con un largo gemido. Se apretó contra su espalda mientras lo acariciaba, saturando sus sentidos de placer.

—Harrison… —murmuró contra su cuello, totalmente ido.

Abandonó sus caricias apenas un segundo para quedar igual de desnudo. Jamie se quejó con un sonido bajo, pero jadeó de necesidad cuando su erección se acomodó contra sus glúteos.

—¿Piensas en ello alguna vez, Jamie? —le preguntó al oído, mordiendo con suavidad su piel mientras seguía tocándolo—. ¿En cómo sería tenerme dentro?

Jamie negó con la cabeza, pero su cuerpo retrocedió, buscando apretarse contra él.

—No soy pasivo —dijo con dificultad.

—No hay nada de malo en ello —le aseguró, poniéndose al lado de la cama. Abrió el cajón de la mesilla y cogió el frasco de lubricante. Lo hizo inclinarse un poco, dejando algo de espacio entre

la espalda y su pecho. Dejó caer lubricante frío justo donde estaban unidos, y los dos jadearon por la sorpresa y el contraste.

Lo esparció con rapidez por su erección y por los glúteos de Jamie mientras aceleraba sus caricias, y él se aferraba a su brazo. El sonido húmedo y el roce les arrancaron un gemido a ambos.

—Nunca haré nada con lo que no estés cómodo —le prometió al oído. Deslizó su erección entre sus muslos cerrados y empujó despacio, dejando que el glande rozara sus testículos.

El cuerpo de Jamie tembló mientras gemía y le clavaba los dedos con tanta fuerza que le hacía daño.

Volvió a moverse; ahora que había lubricante por todas partes, fue más fácil y placentero. El ritmo, irregular al principio, empezó a acompasarse al de su respiración.

Cada vez que empujaba, Jamie jadeaba y ardía entre sus brazos. Se movió para cerrar las piernas y apretarlo mientras se movía, haciéndole perder el control. Lo agarró de la cadera con una mano mientras lo atendía con la otra, empujando contra él, buscando un orgasmo que ya retumbaba por todo el cuerpo.

—Para, para, para —le pidió Jamie, enderezándose.

Dejó de moverse enseguida, preocupado por si le había hecho daño.

—¿Estás bien? —preguntó, besando su hombro.

Jamie tomó una respiración profunda, cogió el frasco y se lo tendió.

—Hazlo. Quiero saber cómo es —reconoció con la voz rota.

—¿Seguro? —insistió, no muy convencido.

Él asintió de nuevo, girando la cabeza para besarlo.

—¿Hiciste esto con mujeres? —quiso saber Jamie.

—Alguna vez, pero no me gustó mucho. Demasiado trabajo —le confesó con una sonrisa breve.

Jamie dejó salir una risita mientras apoyaba las dos manos en la cama y separaba las piernas para hacerle espacio.

—Suena prometedor —replicó—. Si me duele, te daré una patada en la cara. Aviso.

Esta vez fue él quien se rio, untando lubricante en sus dedos.

—No te preocupes, Jamie —lo tranquilizó, tanteando con suavidad su entrada. Lo acarició muy superficialmente, dándole tiempo a acostumbrarse—. Por ti haría lo que fuera.

Se deslizó con cuidado en su interior, notando cómo Jamie contenía el aliento. Con rapidez volvió a atender su miembro olvidado.

—Relájate, Jamie —susurró, besando su espalda desnuda—. Concéntrate en el placer, no pienses en lo que está bien o mal.

—Todo lo que tiene que ver contigo es una mala idea —se quejó Jamie, mientras seguía estirándolo.

—Pues piensa en cómo será cuando estés dentro de mí.

—¿Lo harías? —preguntó Jamie, mientras tanteaba con otro dedo. Siseó con incomodidad, aunque no intentó apartarse.

—Claro. Te lo dije, lo quiero todo cuando se trata de ti —le aseguró, sin apartar la mirada.

Jamie dejó salir un gemido tembloroso, apoyando los codos en la cama y alzando su trasero para darle más acceso.

—Lo haré —amenazó, empujándose en su mano para acariciarse como necesitaba—. Por lo menos una vez.

El sonido de su respiración llenó el espacio, cada jadeo marcando el ritmo del movimiento de sus dedos.

—Las que tú quieras —prometió, aumentando la velocidad.

—Ahí. Tócame ahí de nuevo —le pidió sin aliento, antes de empezar a gemir cuando alcanzó una pequeña protuberancia en su interior.

Jamie usó sus manos para mecerse hacia atrás, encontrándose con sus caricias. El roce era húmedo, firme, desesperado; cada movimiento más preciso que el anterior.

—Condones. Eso lo hará más fácil la primera vez —dijo, con el corazón enloquecido.

Abrió el cajón, cogió uno y lo rasgó al segundo intento.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jamie por encima del hombro.

—No —respondió con la voz tensa—. No me hago responsable si esto dura un minuto, ha pasado mucho tiempo para mí —le advirtió.

Jamie le dedicó una mirada oscura, relamiéndose los labios.

—También para mí —admitió en voz baja.

Sonrió mientras se ponía detrás y se alineaba en su entrada, presionando su abertura antes de empujar.

Lo había preparado a conciencia, pero fue una sorpresa lo loco que se volvió su cuerpo al abrirse paso en él. El calor lo envolvió de inmediato, húmedo, apretado, casi insoportable. Cada centímetro se sentía como una descarga. Se detuvo a la mitad al notarle tensarse.

—¿Jamie?

—Dame un segundo, esto es raro —musitó, dejando caer la cabeza en el colchón. El movimiento inclinó sus caderas, permitiéndole entrar un poco más.

Acarició su espalda y su pecho mientras el sudor le cubría el cuerpo por el esfuerzo de no moverse. El olor de su piel, el sonido de su respiración agitada, todo le pedía seguir. Jamie se meció un poco, apenas al principio, pero poco a poco fue ganando confianza, dejando entrar y salir la mitad de él entre suspiros.

—Jamie, me estás matando —gruñó con los dientes apretados.

—Ya lo sé, pero es que estoy tan lleno. Necesito hacerlo a mi manera —jadeó cuando un poco más se deslizó en su interior y no pudo soportarlo.

Lo agarró de la cintura y embistió dentro de él con fuerza. Jamie dejó salir un gemido que le sacudió el cuerpo, pero no le pidió que parara.

Aliviado, repitió el movimiento varias veces, ajustó un poco sus caderas y, en el siguiente empuje, Jamie dejó salir un grito de placer.

—Dios. ¡Sí! Sigue.

No necesitaba pedir nada, porque él quería dárselo todo. Le aferró la cintura con tanta fuerza que le estaba dejando marcas, pero tiró de él con ímpetu mientras lo embestía sin control.

El cuerpo de Jamie temblaba, se arqueaba contra él buscando más, su piel húmeda resbalaba bajo sus manos. El ritmo se volvió irregular, más rápido, más desesperado. Se sentía fuera de sí, tan excitado que no podía recordar dónde empezaba su cuerpo y terminaba el de Jamie.

—Tócame, tócame, tócame —le suplicó Jamie, repitiéndolo como una oración desesperada.

Apenas lo acarició tres veces antes de que todo su cuerpo se estremeciera y se corriera en su mano. El gemido le quemó el oído, le recorrió entero. Sintió cómo su interior lo apretaba, haciendo que alcanzara el clímax con una violencia que lo dejó sin aliento. Se quedó rígido antes de dejarse caer sobre su espalda, aplastándolo.

—Punto en contra del sexo gay. Las piernas se acalambran y la cama se queda hecha un asco —bromeó Jamie, somnoliento, debajo de él.

Dejó salir una risita, consiguiendo que sus piernas funcionaran lo suficiente para moverse y salir de su interior con cuidado.

—Ahora vengo —susurró, dejando un beso en el centro de su espalda.

Ató el condón y lo tiró a la basura.

—Deberíamos bañarnos —comentó, mojándose la cara.

—Suerte con eso, no podré moverme hasta mañana. Creo que me rompiste algo —bufó Jamie desde la habitación.

Frunció el ceño, preocupado, y volvió con una toalla húmeda. Jamie estaba tumbado boca arriba en la cama. Se acercó a él y le levantó la pierna sin ceremonia, limpiándole el exceso de lubricante con suavidad mientras inspeccionaba la zona.

—Está rojo, pero todo está bien —aseguró, dándole una palmada en la pierna.

Jamie dejó salir un chillido lleno de indignación.

—¡No puedo creer que acabes de hacer eso! —protestó mientras él volvía al baño a tirar la toalla en el cesto de la ropa sucia.

—¿Qué? Es un tema de salud —replicó, encogiéndose de hombros.

—No eres médico —le recordó Jamie, intentando darle una patada. Él agarró su pierna mientras se tumbaba a su lado.

—Tengo formación médica avanzada —presumió, tirando de él para que encajara en su costado.

—En coser heridas, no culos —refunfuñó Jamie.

—Es una parte del cuerpo como otra cualquiera —opinó, besando su frente.

Jamie le dio un empujón, pero acabó por apoyar la cabeza en su pecho.

—¿Te gustó? —le preguntó, acariciando su espalda desnuda.

—No. Seremos célibes el resto de nuestra vida —ironizó Jamie, poniendo los ojos en blanco—. ¿De verdad serías pasivo?

Asintió con franqueza.

—No creo que sea lo mío, pero eres tú, y lo decía en serio: lo quiero todo si se trata de ti.

Jamie le dedicó una pequeña sonrisa, acariciando su estómago.

—A mí me gustó, puede que te guste también —sugirió.

—Puede ser —admitió, sin cerrarse—. Lo sabremos cuando lo probemos.

—¿No tendríamos que hablar de mil cosas antes de haber pasado al sexo? —planteó Jamie tras un rato.

—Podemos hablarlo mañana o pasado. No hay prisa, esto era urgente —respondió con calma.

—No podemos tener sexo, sin más. Hemos atrasado un montón de conversaciones. Solucionar cómo terminaron las cosas entre nosotros antes de irte, por ejemplo.

—Me sentí rechazado y me puse a la defensiva —admitió, sincero —. Tuve tiempo a pensar mientras estaba fuera; entiendo mejor a qué te referías cuando decías que no querías arriesgar nuestra relación.

Jamie asintió despacio, todavía sin dejar de tocar su pecho. Su respiración se había calmado, pero el pulgar seguía trazando círculos lentos, como si le costara dejar de hacerlo.

—Yo también reflexioné mucho, y cuando llamaron, pensé en que había desperdiciado un tiempo que nunca podría recuperar si no te tenía —confesó Jamie—. Me da igual tu trabajo, aprenderé a sobrellevar el miedo a perderte, pero no voy a dejarte escapar de nuevo.

Le vio bajar la cabeza, no con tristeza sino con una mezcla de alivio y emoción contenida. Apoyó sus frentes juntas.

—Estoy bien, volví contigo. Estoy bien —repitió en voz baja.

—Ya lo sé —murmuró Jamie, acariciando sus mejillas. Sus pulgares se detuvieron en la comisura de sus labios, y no pudo evitar cerrar los ojos un segundo, disfrutando del gesto.

—¿Sabes que quería decirte cuando me desperté?

Jamie negó con la cabeza.

—Quería disculparme, contarte que lo entendí. Intentar convencerte de que estuviésemos juntos. Hablar de todo lo que me contabas en tus mails, porque seguí leyéndolos todos. Me prometí que te llamaría en cuanto fuera seguro, pero el momento nunca llegó.

—Ahora estás conmigo —lo calmó Jamie, metiendo los dedos entre su pelo en una caricia tranquilizadora.

Cerró los ojos disfrutando de su toque, del modo en que sus dedos se movían con calma.

—¿Te di las gracias? —preguntó en voz baja.

—Me das las gracias por algo todos los días —le contestó Jamie con una sonrisa suave.

—Por cuidarme, por dejarlo todo para venir a ayudarme. Por quedarte conmigo a cada paso y hacerte cargo de todo —dijo con sinceridad—. Conseguiste que un proceso horrible e interminable fuera llevadero.

—Eso era lo que pretendía —respondió Jamie, besándolo en los labios—. Acompañarte en lo que necesitaras. Estar a tu lado y ser fuerte para ti. Tú fuiste mi roca en mi peor momento, quería hacer lo mismo por ti y que supieras que puedes contar conmigo.

El beso fue breve, pero suficiente para dejarle el pulso desacompasado.

—Eso ya lo sabía —aseguró sonriendo—. Quiero vivir contigo, Jamie.

—Ya vives conmigo —le recordó.

—Oficialmente. Nunca pregunté y tú no tuviste la oportunidad de decir que no.

Jamie volvió a reírse.

—No hacía falta, pero si te sientes mejor, habríamos tenido el mismo resultado. Hubiera dicho que sí —le aseguró.

—Lo sé —admitió—. Pero igualmente te mereces la pregunta. Así que, ¿puedo vivir contigo?

Jamie rio a carcajadas. El sonido llenó la habitación y le hizo sonreír sin darse cuenta.

—¿Me preguntas eso después de acostarnos y vivir aquí durante semanas? Mi casa será tu casa siempre que quieras —concedió.

—¿Todo el tiempo que yo quiera? —inquirió.

—Ajá —aceptó Jamie.

—¿No deberíamos tener un contrato o algo para hacerlo oficial?

Jamie giró la cabeza con desconcierto.

—¿Un contrato? —preguntó.

—Bueno, no hace falta que sea nada elaborado. Creo que bastará con llegar a un acuerdo entre los dos. Algo privado solo para nosotros —le explicó.

—Vale —consintió Jamie, sin entenderlo del todo.

Sujetó su mano y la apretó entre las suyas. Notó el pulso de Jamie, firme y constante, bajo sus dedos. Lo miró a los ojos y sintió como un nudo se le atascaba en la garganta. Había preparado ese escenario muchas veces en su cabeza, pensó cuidadosamente cada palabra que diría y lo que podría responder Jamie, pero nada lo preparó para esa oleada de emociones que había contenido durante tanto tiempo.

—Quiero vivir contigo, estar juntos y hacerte feliz, todo el tiempo que pueda —le prometió con solemnidad.

Los ojos de Jamie brillaron, devolviéndole la mirada. Tenía la expresión tranquila, segura, sin miedo.

—Yo también quiero eso —contestó él sin dudar—. No me importa tener que escondernos, no me importa esperar, solo quiero estar contigo.

Su voz rota y su tono ansioso lo tocó el corazón, negó con la cabeza, levantó su mano y le besó el dorso con toda la delicadeza que pudo reunir. El gesto fue simple, pero suficiente para dejar claro todo lo que no sabía decir.

—Voy a retirarme —dijo al fin, y era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta. Aunque esperaba que admitirlo fuera una losa sobre su espalda, no lo sintió así en absoluto. Tampoco se estaba quitando ningún peso de encima.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? —preguntó Jamie sin comprender—. ¿Vas a hacerte instructor?

—No. Se acabó, estoy retirado. No se hará oficial hasta que me den el alta y se celebre una ceremonia. Solo lo sabe Dean porque es mi superior, pero aún no le conté a nadie; quería que fueras el primero en saberlo —le explicó, manteniendo la voz baja.

—Pero… es tu vida, dijiste… —intentó entender él.

—Quiero a mi país, respeto al ejército y han sido mi vida, pero ya no. No pensé en honor ni la patria cuando el mundo explotó por los aires. Pensé en ti, en que no volvería a verte, en que me habría ido y nunca me habrías escuchado decir lo mucho que te amo. Me pareció ridículo —confesó, con una calma que le sorprendió incluso a él.

Los ojos de Jamie se llenaron de lágrimas.

—¿Y por qué no quieres hacerte instructor? Dijiste que era una posibilidad —le recordó con voz tomada.

—Porque tendría que vivir para siempre escondido. No quiero darte eso. Tú ya has vivido durante años negando quién eres; no te obligaré a volver a hacerlo. Lo que siento por ti es único, precioso. No es algo por lo que sentirme avergonzado —le aseguró, retirándole con cuidado las lágrimas que tenía en la mejilla. El gesto le resultó natural, tan íntimo como respirar.

—¿Y qué pasará con las familias? ¿Qué haremos con ellos?

—Lo mismo que estamos haciendo: vivir a nuestra manera. No son estúpidos, saben perfectamente lo que pasa. Ya te conté lo que pasó con nuestras madres el otro día. No se atreven a hablar porque siguen dándole la espalda al problema. Si quieren saber qué pasa, que le echen valor y pregunten. No vamos a negarlo —afirmó, sin apartar la mirada de él.

—¿Debería contarles que soy gay? —preguntó Jamie, dubitativo.

—No, no tienes que contarle a nadie nada hasta que quieras; es tu decisión. No tengas prisa —lo consoló, frotándole los brazos.

Jamie se abrazó a su cintura, apoyando la cabeza sobre su corazón.

—Si fuera una mujer, todo sería tan fácil. Estarían felices planificando toda nuestra vida —se quejó Jamie.

Suspiró, envolviéndolo en un abrazo apretado, dejando un beso en su sien.

—Puede que no te quisiera si lo fueras —le contestó—. Me gustas tú; si fueras una mujer, ya no serías el mismo. Puede que esa versión no me gustara.

Jamie levantó la cabeza, sonriendo.

—O puede que te encantase, eres hetero, ¿recuerdas? —lo contradijo.

—Era; acabamos de demostrar que, como mínimo, soy bisexual si se trata de ti. Eres tú, Jamie, siempre serás tú —respondió, dejando que la sinceridad se impusiera a lo poco que le gustaba compartir sus sentimientos. No hubo pausa ni duda, solo una verdad que llevaba demasiado tiempo queriendo decirle.

Su sonrisa le quitó el aliento, y mientras se inclinaba para besarlo, se prometió que pasaría el resto de su vida cuidando de él.

CAPÍTULO 49

Se despidió de los chicos con una sonrisa de orgullo y recogió su mochila para cruzar el aparcamiento hasta su coche.

—Hasta mañana, entrenador —le gritó uno de los chicos del centro de rendimiento.

Abrió la parte de atrás para dejar la mochila y dio la vuelta para ponerse al volante.

Puso la música y volvió a casa cantando sus canciones favoritas. Era un día tan perfecto que dolía; adoraba su trabajo y su vida. Para acabar ese maravilloso día, Harrison lo esperaba en casa. El simple pensamiento bastó para acelerar el paso.

Como el ascensor no bajó lo suficientemente rápido, subió por las escaleras, pasando los escalones de dos en dos. Abrió la puerta con una sonrisa, dispuesto a besar por fin a Harrison después de un día demasiado largo.

Se le borró la sonrisa en cuanto vio quién estaba en su salón.

Su padre estaba sentado en uno de sus sillones. Desde que habían vuelto, nunca había ido a visitar a Harrison allí, a pesar de que Richard sí lo hacía.

Harrison estaba en el sofá, con una cerveza en la mano. Le dedicó una mirada llena de calma, de tranquilidad, pidiéndole que estuviera sereno, así que tomó aire y dejó la mochila junto a la puerta.

—Voy a ducharme —soltó, después de un incómodo silencio en el que su padre no pronunció palabra.

Huyó al baño sin decir nada más. Harrison llamó con suavidad y entró con ropa limpia.

—¿Por qué está aquí? —susurró.

—Dice que quiere hablar con nosotros —respondió Harrison en el mismo tono.

—¿Sobre qué? —insistió.

—No lo sé, llegó hace cinco minutos. ¿Quieres que le diga que se vaya? —propuso Harrison, preocupado.

—Sí —aceptó sin pensar—. No —se corrigió enseguida.

—Jamie —lo detuvo Harrison, sujetándole el brazo.

—Está bien. Es la primera vez que quiere hablar conmigo y tú estarás a mi lado. No va a pasar nada —añadió, intentando convencerse a los dos.

—Bien, dúchate y terminemos con esto —gruñó Harrison, de mal humor—. Si empieza a decir gilipolleces, lo saco a patadas.

Sonrió al escucharlo y se inclinó para poder besarlo en los labios.

—Llevaba todo el día pensando en esto —admitió.

Harrison le regaló una sonrisa.

—Tómate el tiempo que necesites —murmuró.

—Ahora voy —prometió, más seguro de lo que se sentía.

El tiempo en la ducha lo usó para calmar su mente y hacer sus ejercicios de relajación. El vapor empañó el espejo y el ruido del agua le dio unos minutos de tregua. El sonido constante del grifo fue lo bastante monótono para ordenar sus pensamientos. Cuando salió, Harrison y su padre fingían ver la televisión, sin disimular lo incómodos que estaban.

Se sentó al lado de Harrison en el sofá, usando su presencia para estar más cómodo.

Su padre se quedó mirándolo a los ojos, buscando algo que no tenía ni idea de qué era.

—Tú dirás —intervino, rompiendo el silencio.

Eso pareció despertarlo, pero no en un buen sentido. Se miró las manos que tenía apoyadas en las piernas y continuó en silencio.

Giró la cabeza hacia Harrison, esperando que él pudiera ayudarle. Harrison se encogió de hombros, igual de perdido.

El reloj del salón marcaba un minuto entero antes de que alguien volviera a hablar.

—Estoy yendo a terapia —anunció su padre.

—Eso… está bien —respondió, sin saber qué decir.

—No, no lo está —replicó con pesar—. Harrison tenía razón, te traté mal toda la vida por algo que no es asunto mío.

Tragó saliva con dificultad; no sabía si estaba listo para esa conversación.

—¿Y cuándo llegaste a esa conclusión? —intervino Harrison con desconfianza.

Su padre lo miró; parecía mayor, más cansado incluso que en el hospital, cuando todos habían estado agotados por la preocupación.

—Cuando peleamos en la calle. Primero estuve muy enfadado contigo, luego me di cuenta de que toda esa ira era contra mí mismo. Porque si lo que decías era verdad, entonces yo era un padre horrible —admitió con la voz quebrada.

Harrison asintió una sola vez, en silencio.

Su padre volvió a centrar su atención en él, sin defenderse.

—Te quiero, James. Eres mi hijo. Pero después de ese cuatro de julio ya no pude verte igual. Intentaba recordarme que eras el mismo, pero ya no lo eras —confesó.

Tomó aire profundamente. Era un gran gesto de su parte venir a su casa y contarle eso, así que se obligó a responder, aunque lo que más quería era ir a su cama y taparse hasta la cabeza con las mantas.

—No pasó —le recordó con paciencia—. Lo que tú crees que viste, no pasó. Nunca me acosté con Harrison.

Su padre cerró los ojos y bajó la cabeza, conteniéndose.

—Ahora lo sé. Creo que vi señales de que eras gay y completé los huecos para contar la versión que yo quería, porque no podía enfrentarme a la realidad de tener un hijo homosexual.

Ahí estaba: la verdad dicha en voz alta, sin rodeos.

—Pues qué mala suerte, porque lo soy —dijo, en voz baja, aunque sin dejar de mirarlo—. Y no lo admití hasta este año, porque en el fondo de mi corazón sabía que os perdería a todos, y os quiero tanto que os elegí a vosotros en vez de a mí mismo.

Harrison puso una mano en su espalda como señal de apoyo.

—No puedo ni quiero contarte el daño tan profundo que esa decisión me ha supuesto, y no voy a culparos a vosotros, porque ni siquiera fui consciente de lo que hacía. Pero es la verdad: vivía una mentira cruel que me estaba matando para hacerte feliz, y nunca fue suficiente.

—Hijo, yo… —alcanzó a decir su padre, con el rostro roto de dolor.

Levantó la mano, pidiéndole silencio, porque si no lo decía ya, la pena iba a llevarlo a un lugar al que no quería volver.

—¿Por qué vienes aquí? ¿Qué pretendes con esta visita?

—Recuperar a mi hijo. Y a ti —contestó, mirando a Harrison.

—No sé si eso pueda ser —respondió con sinceridad—. No sé si puedes soportar tener cerca a mi nuevo yo. O a mi yo de verdad, porque este que tienes delante es quien soy de verdad. Todos me dejasteis de lado, y tampoco sé si yo puedo olvidar eso.

—Lo sé —dijo con rapidez su padre—. Por eso quiero pedirte que vengas a terapia familiar con nosotros.

—¿Quiénes son "nosotros"? —preguntó Harrison, sin poder contenerse.

—Todos. Nuestra familia y la tuya. Mi terapeuta me sugirió que nos vendría bien, y tenía razón. Nos está ayudando mucho. Tus padres empezaron a ir cuando volvimos de tu accidente en Virginia, cuando se dieron cuenta de que… —No se atrevió a continuar, pero no hizo falta.

—Desde que se dieron cuenta de que estamos juntos —concluyó Harrison sin avergonzarse.

Él asintió, tragando saliva con dificultad, mientras se pasaba las palmas de las manos por las piernas. El silencio no era hostil, solo pesado, lleno de cosas que aún faltaban por resolver. Pero por primera vez, había espacio para hacerlo.

—No es fácil para nosotros —se justificó su padre, aunque nadie lo había acusado—. Somos otra generación, y puede que no hayamos tenido la mejor educación. Pero lo estamos intentando —añadió apasionadamente, volviendo a mirarle con una súplica en la mirada.

Sabía que decía la verdad; su padre solía burlarse de las terapias, así que el hecho de que lo hubiera pensado ya era mucho, y que estuviera acudiendo a una era un verdadero milagro.

—Lo estoy intentando, James. Nunca he intentado nada tanto. Quiero poder disfrutar de tus logros, de tu vida. Todos queremos eso. Tus hermanos y tu madre quieren hablar contigo, pero ya ha

pasado tanto tiempo que no saben cómo volver a ti. Ninguno lo sabemos.

Siguió en silencio, con el corazón latiendo tan fuerte que parecía que iba a romperle los huesos. No supo qué decir. Todo lo que sentía se le atragantaba en el pecho.

—Sigo aquí, papá. No me fui a ningún sitio —pronunció con dificultad—. Os estaba esperando.

—Pues ya estoy aquí, hijo —murmuró él, afectado—. Yo empecé todo este lío y lo voy a arreglar para ti, si me dejas.

Separó los labios, pero no le salió ni un solo sonido.

—Iremos —intervino Harrison, acariciándole la espalda despacio.

Los ojos de su padre brillaron de emoción.

—Gracias, a los dos —musitó, sacando un pañuelo del bolsillo para secarse las lágrimas—. Ya os dejo tranquilos.

Cuando pasó delante de él para ir a la puerta, le atrapó la mano entre las suyas. Levantó la cabeza y miró a su padre a los ojos, por primera vez en su vida sin mentiras ni engaños entre ellos. Su mirada se suavizó al verle, y su mano fue hasta su mejilla, acariciándolo con torpeza, pero con una ternura que no recordaba de él desde la infancia.

—Lo siento, hijo. Siempre te he querido, aunque no supiera demostrarlo. Ahora estoy aprendiendo a quererte mejor. ¿Crees que puedas perdonarme?

Soltó una risa que sonó más a sollozo.

—Creo que sí.

Su padre le dedicó una pequeña sonrisa; no era amplia ni confiada, pero sí sincera, y parecía aliviado.

—Sé que no me lo merezco, pero no te arrepentirás, te lo prometo —aseguró, inclinándose para dejar un beso sobre su cabeza antes de estrecharle la mano a Harrison y marcharse.

El silencio cayó sobre la sala con tanta fuerza que hasta la televisión pareció perder su volumen. El eco de la puerta al cerrarse fue lo único que quedó, y durante unos segundos ninguno de los dos se movió.

Harrison fue hasta él, se arrodilló en medio de sus piernas para que sus cabezas quedaran a la misma altura y le dedicó una mirada

preocupada.

—¿Cómo estás? ¿Qué necesitas? —preguntó con suavidad.

No supo qué responder; el cuerpo le vibraba bajo la piel por los nervios, pero al mirar sus ojos azules llenos de preocupación se sintió un poco mejor.

—¿Puedo tener un abrazo? —pidió, abriendo los brazos.

Harrison sonrió, se acomodó en el sofá y tiró de él hasta envolverlo entre sus brazos con firmeza. Apoyó la mejilla sobre su cabeza y le dejó su espacio para que procesara lo que acababa de pasar.

—Nunca pensé que iría a un terapeuta. Siempre se burla de la gente que va a esas cosas—comentó, tras un largo silencio.

—Lo sé. Es bastante sorprendente, pero si lo piensas, tiene sentido. Te quiere, pero no sabe qué hacer con sus creencias. Son años de convicciones y comportamientos tóxicos que explotaron cuando todo se puso feo; no le quedó más remedio que elegir entre su hijo y sus prejuicios —opinó Harrison.

—Tus padres también están yendo. ¿Crees que Terry lo sabe? —preguntó, levantando la cabeza para verle la cara.

—Estoy seguro de que no, me lo habría dicho —respondió.

—Llevo preocupado por cómo se iban a tomar todos la noticia de nuestra relación, y resulta que ya lo sabían —dijo, con incredulidad.

—Te dije que era obvio. Hubiera sido imposible que no lo supieran. Tendrían que estar ciegos. No te separaste de mí durante semanas, y yo solo quería estar contigo —recordó Harrison, con razón.

Asintió, hundiendo la cara en su pecho, relajándose en su calor y en su abrazo. El ritmo de su respiración se fue calmando poco a poco, sincronizándose con el suyo.

—Es raro, porque era lo que más temía, y ahora me siento más… libre —confesó—. Me da miedo hacerme ilusiones antes de tiempo.

—Irá bien. No habrían dado ese paso si no quisieran arreglar la situación —lo tranquilizó Harrison.

—Eso espero —murmuró, sin confiarse del todo.

—No hice nada de cenar, ¿tienes hambre? —preguntó.

—Podría comer algo —admitió. —Un bocadillo estaría bien.

—¿Prefieres que salgamos a cenar? —ofreció.

Apoyó la barbilla en su pecho y compartieron una sonrisa.
—No, mejor en casa.

CAPÍTULO 50

Cuando sonó el himno y se puso en pie con rapidez, llevándose la mano al corazón sin apartar la vista del escenario, una corriente de respeto y orgullo le recorrió el cuerpo.

Olivia hizo lo mismo a su lado; su familia y la de Harrison ocupaban todo el resto de la fila. Ninguno de ellos había querido perderse la última condecoración de Harrison.

Tal y como él había previsto, le dieron el alta y le ofrecieron la posibilidad de volver como instructor. Pero era un hombre de ideas fijas; una vez tomó una decisión, no se echó atrás. Firmó su baja de servicio junto a Dean y se fijó una fecha para darles una medalla al mérito por su última misión.

Leo palmeó al ver a su tío en el escenario y Olivia tuvo que mandarlo callar. Detrás de ellos estaban la madre y las hermanas de Mark, que también se retiraba, aunque lo haría en seis meses, ya que habían aceptado su oferta por el rancho y quería ahorrar. Walss, otro de sus compañeros, también se iba, aunque solo habían venido dos tíos a acompañarlo.

Ese era un día de doble alegría. Estaban allí para celebrar su valentía, pero también para festejar que sus vidas empezaban de nuevo. Harrison había dicho que no tenía miedo al cambio, que su última misión lo había transformado y le había llegado la hora.

Si él estuviera en su lugar, estaría temblando de miedo ante la incertidumbre, pero lo admiraba por esa calma serena con la que asumía el final de una etapa. Aun así, parecía satisfecho y feliz cuando volvió de su entrevista para conseguir un puesto en seguridad privada.

Ganaría más de lo que ganaba en el ejército, con menos riesgo, y solo esa idea le bastaba para imaginar noches tranquilas, sin el

sobresalto de las pesadillas ni el peso de la espera. Sobre todo, porque Harrison dormiría con él cada noche.

Parecía una locura cómo podía cambiar la vida de alguien en apenas un año. Un año que había empezado con miedo y terminaba con algo que por fin se parecía a la paz.

Miró a Harrison y se quedó sin aliento mientras le ponían la condecoración en el traje. Había estado tan aterrado por casi perderlo y tan feliz por verlo recuperarse, que no se había atrevido a preguntarle si esos pedazos de metal en su ropa merecían el riesgo.

Aplaudió cuando por fin llegaron al último; Harrison le sonrió desde el escenario, mirándolo directamente a los ojos.

Era injusto lo bien que le sentaba el uniforme a ese hombre; le encajaba como un guante, resaltando cada línea de su cuerpo, su espalda recta, su porte... no había podido dejar de mirarlo desde que lo vio vestido en la habitación del hotel que compartían.

El aire se volvió más espeso, cargado de un calor que no tenía nada que ver con el ambiente. Sentía calor por todas partes cuando esos ojos azules lo miraban de una forma tan directa.

—Disimula —le siseó Olivia, tirando de su mano para llamar su atención.

Rio feliz y se giró hacia ella para abrazarla. Su sueño común estaba cumplido; los chicos habían terminado su servicio por fin.

—¿Está mal que esté tan feliz cuando está terminando el sueño de su vida? —le preguntó Olivia al oído.

—Este no es el final. Solo se acabó una etapa, y ahora va a empezar una nueva que eligió él mismo. Dean está feliz, no hay motivo para que tú no lo estés también —intentó tranquilizarla.

—Aplícate el cuento —le respondió ella dándole un empujón.

—Este cuento me lo sé de memoria. Harrison me ha dejado muy claro que esto es lo que quiere —le contestó con sinceridad.

—Es normal, después de lo que les pasó. No voy a mentirte, si Dean no se hubiera retirado creo que me enfermaría de preocupación —le aseguró Olivia.

—Lo sé —le respondió sonriendo.

—James, vamos a hacernos una foto en familia —le llamó Ellie.

Sonrió a Olivia para disculparse y fue hasta sus hermanos. Todos estaban trabajando en ello; las primeras sesiones habían sido raras e incómodas. Había trabajado mucho en terapia sus problemas familiares, pero fue muy distinto abordarlo con ellos.

También liberador, porque esta vez no estaba solo peleándose contra una pared; todos estaban en la lucha, y era reconfortante saber que realmente les importaba y querían arreglarlo.

Hasta que pasaron un par de sesiones no se dio cuenta de lo profundos que eran los conflictos que su sexualidad suponía para sus padres y sus hermanos. Sus cuñados habían resultado ser un buen amortiguador para lidiar con la presión.

Y lo mejor de todo fue que pudo volver a disfrutar de sus sobrinos, a los que había echado terriblemente de menos.

Los padres de Harrison lo tenían un poco más fácil; tenían una mente más abierta, aunque eran conservadores. Sin embargo, la sexualidad de su hijo mayor era algo de lo que nunca habían dudado hasta ese momento. Les suponía un conflicto que no fuera gay, pero estuviera enamorado de un hombre y que lo admitiera con facilidad. No entendían esa contradicción.

Harrison no hablaba mucho en terapia, pero respondía las preguntas que todos le hacían con naturalidad y sin esconderse. Pasaba la hora asegurándose de que él estuviera bien y apoyándolo cuando todo era un poco abrumador. Era su manera de estar: silenciosa, firme, y tan presente que bastaba una mirada suya para que todo pareciera más sencillo.

—¡Mirad todos aquí! —les indicó Olivia sacando su móvil.

Harrison llegó hasta él y le dedicó una sonrisa que hizo que le temblaran las piernas y el calor invadiera su estómago. Aquel gesto bastó para que todo lo demás se desvaneciera, solo quedaba él, de pie frente a todos, y esa mirada que lo hacía olvidar dónde estaba. No tuvo que preocuparse por acabar en el suelo, porque su brazo lo rodeó con firmeza y lo colocó con él en el centro de los demás.

—¡Decid patata! —ordenó Olivia sonriendo.

La mano de Harrison se clavó en su cadera mientras posaban. Hubo cientos de fotos, ya que solo serían para el álbum familiar.

Todos fueron a un restaurante donde las cuatro familias festejaron juntas la salida de los chicos. A las dos de la mañana decidieron volver al hotel. Los chicos no parecían listos para separarse aún, así que dejó a Harrison con sus hermanos de armas y volvió con los demás, asegurándole que estaba bien si se quedaba. No pensaba interponerse entre él y su gente; sabía lo que significaba esa despedida. Iba a separarse de ellos, no pensaba quitarle ni un solo segundo de su última noche juntos.

Intentó dormir, pero el sueño no llegaba. Se había acostumbrado demasiado a tener a Harrison enredado en su cuerpo. El espacio vacío a su lado le resultaba imposible de ignorar. Su móvil marcaba las cinco cuando Harrison abrió la puerta de su habitación con cuidado.

Le hizo un gesto para pedirle silencio y cerró detrás de él.

—¿Por qué no estás durmiendo? —le preguntó Harrison en voz baja.

—No me daba sueño. ¿Y los chicos?

—De vuelta en la base. Mañana les traen los nuevos soldados para cubrir nuestras bajas —dijo mientras se quitaba la ropa, quedando solo en ropa interior. Se había quitado el traje oficial antes de salir de la base, ya que no podían llevarlo a las celebraciones.

—No hay descanso —murmuró, observando cómo dejaba el móvil en la mesilla, aún medio incrédulo de tenerlo allí, tan pronto.

Harrison trepó sobre su cuerpo hasta ponerse a su altura.

—Hola —lo saludó dándole un beso en los labios.

Dejó salir una risita al ver cómo le brillaban los ojos por el alcohol.

—Creo que alguien está demasiado contento —se burló, pasándole las manos por los hombros desnudos.

—Muy contento —concedió Harrison, empujando las caderas contra las suyas.

Tuvo que taparse la boca para no estallar en risas.

—Pues más te vale ponerte triste, porque mi habitación está pared con pared con la de nuestros padres. Estoy casi seguro de que lo hicieron aposta para evitar esto precisamente.

—Jamieeee… —se quejó Harrison en su cuello—. Tengo calor.

Le dio un mordisco en el cuello con fuerza, que lo hizo jadear.

—De eso nada, dile a tu amigo que toca ducha y a dormir —le ordenó, a pesar de estar acariciando su espalda desnuda.

—Díselo tú, te llevas mejor con él —le pidió Harrison, metiendo las manos bajo las mantas para llegar a su piel.

Se retorció entre risas, intentando apartarle las manos.

—Basta —le ordenó riendo—. Voy a enviarte a tu habitación. ¿Y si te vio entrar alguien?

Harrison levantó la cara para poder mirarle a los ojos.

—Eso es justo lo que estamos celebrando. Que ya no importa quién nos vea. Podré ir contigo a los campeonatos y presentarnos como pareja. Ya no soy soldado —le recordó.

—Lo sé —dijo acariciando su cara. Era demasiado guapo para su propia tranquilidad mental—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien. Los echaré de menos, es lo que he hecho toda mi vida, pero hay más cosas que quiero hacer ahora. Además, mi nuevo trabajo me va a tener entretenido y lo mejor de todo es que no tendré que alejarme de ti —le dijo de buen humor, robándole un beso que profundizaron sin remedio.

—Basta. Nuestros padres tendrán un ataque al corazón si escuchan el más mínimo ruido —le advirtió, intentando escapar de sus manos que ya jugaban con el borde de su pantalón.

—Seremos silenciosos —prometió Harrison muy serio.

Ahogó una risa en su hombro desnudo.

—No, no lo somos —le contestó pizcándole el costado—. Ve a ducharte, ahora mismo.

Harrison sonrió, dándose por vencido, le dejó un último beso en los labios y se levantó de la cama con agilidad.

—Conste que esto es abandono —le dijo mientras se iba.

Se quedó mirando la puerta cerrarse despacio, con una sonrisa tonta que no pudo evitar. Aún le ardía la piel donde lo había tocado.

—Seguro que sí —respondió, intentando no reírse muy alto.

Escuchó cómo abría la ducha y se metía bajo el agua. Ahora solo quedaba esperar a que volviera con él, aunque si lo pensaba bien le apetecía bañarse y puede que Harrison solo quisiera compañía porque estaba triste por dejar Virginia.

Se quitó la ropa sin pensar y fue a la ducha con él. Estaba dándole la espalda y parecía ocupado frotando su pecho, pero lo atrapó entre sus brazos en cuanto abrió la puerta de cristal.

—Tramposo —protestó, mientras sus manos le aferraban con fuerza de las caderas y lo llevaban directamente bajo el chorro del agua.

Harrison rio, besando su cuello y pegándose a su cuerpo.

—Así es como quiero terminar este día, Jamie —susurró al oído—. Contigo.

Sonrió, metiendo las manos entre su pelo negro. Quería a ese hombre más de lo que podría explicar jamás. Le bastaba sentir su respiración tan cerca para entenderlo todo.

—Y yo contigo —murmuró besándolo—. Estoy deseando volver a casa.

Harrison lo miró con tanta emoción en la mirada que se le hizo un nudo en la garganta.

—No importa dónde estemos mientras sea juntos, tú eres mi hogar —afirmó.

Lo besó sin poder contenerse, porque ese hombre no era consciente de lo que le hacía con sus palabras. Le temblaron los dedos al rozarle la mandíbula, sin saber si quería acercarlo más o apartarlo un segundo para poder respirar.

—Te vas a arrepentir de esto —comentó cuando se separaron.

—¿De qué? —preguntó Harrison, desconcertado.

—De haberme traído aquí, porque cuando nos despertemos no vamos a poder mirar a la cara a nadie —advirtió, bajando la mano por su pecho.

Harrison lo levantó en peso sin dudar, apoyándolo contra la pared de la ducha.

—Confía en mí, Jamie. Nadie se va a enterar —aseguró.

Harrison mintió, pero había una cosa que era cierta: ya no tenían que esconderse, porque su vida juntos acababa de empezar.

EPÍLOGO

HARRISON

Tres años después.

—Tú no ayudes, que igual se te dislocan las muñecas —bromeó Olivia, pegándole con el rollo de amasar.

—Eso duele —protestó, frotándose el brazo.

—Pobre —replicó ella con una mueca falsa—. Coge la bandeja y llévala a la mesa, vago.

Se rio mientras se alejaba de la zona de guerra que era la cocina. El olor a masa y a mantequilla quemada flotaba en el aire, mezclado con las risas y el ruido de los cubiertos.

—¿Con qué te pegó a ti? —quiso saber Dean al verlo dejar la bandeja en la larga mesa.

—Con la cosa esa de amasar —respondió, sentándose a su lado en el sofá.

—Tienes suerte, a mí me metió un hielo en los pantalones.

Palmeó la espalda de su amigo para consolarlo, mientras miraba alrededor buscando a Jamie.

—Acabas de superar tu récord —se burló Dean.

—¿Récord en qué? —preguntó sin dejar de mirar.

—De pasar más de cinco minutos lejos de James. No sé cómo te soporta —lo pinchó Dean.

Le dio una colleja a su amigo, pero perdió todo el interés al ver a Jamie bajar las escaleras de madera. El tiempo pareció aflojar a su alrededor; incluso la música sonaba más lejos. Fue directo hacia él, encontrándolo en el último escalón.

—No te encontraba —admitió al llegar a su altura.

Jamie sonrió, rodeándole los hombros con los brazos. Estaba radiante; su rostro resplandecía al sonreír y sus ojos brillaban más que las luces navideñas que los rodeaban.

—Leo vertió leche sobre mi jersey; menos mal que llevaba mi mochila del trabajo en el coche —explicó Jamie, besándolo.

—¿Cuándo acabamos de cenar? —preguntó al devolverle el beso.

—¡Ni siquiera hemos empezado! —se rio Jamie.

—Es que quiero tenerte solo para mí. Estás muy guapo —susurró, bajando la voz por si alguno de sus amigos cotillas estaba cerca.

—Gracias —respondió Jamie con diversión—. Es el jersey navideño, luce con todo.

Se separó para que pudiera ver mejor el jersey con un árbol estampado que había llevado al trabajo esa mañana.

—¿Tus chicos no se rieron? —rio él, negando con la cabeza.

—Claro que no, fue idea suya que todos lleváramos uno —recordó —. Si quieres, puedes llevar uno al trabajo para fin de año. Aunque creo que un jefe de seguridad no impondría mucho respeto con uno de estos.

Estalló en risas, volviendo a besarle.

—Cómprame uno —aceptó—. Lo usaré en casa.

Jamie se rio, asintiendo mientras le robaba otro beso.

—¡Por amor de Dios! ¡Separaos! ¡Voy a ir a por la manguera de agua! —gritó Olivia desde la cocina.

—Corre, vete, se comenta que tiene cubitos de hielo y no duda en usarlos —le advirtió.

Jamie se carcajeó mientras se alejaba, aunque volvió a girarse para mirarlo antes de entrar en la cocina. El gesto fue rápido, casi automático, pero suficiente para dejarle una sonrisa en la cara.

—Tío —gruñó Dean.

—Amargado —replicó, dejándose caer a su lado.

Dean rio entre dientes mientras sacaba el móvil y fruncía el ceño.

—¿Por qué no contesta? —murmuró, refrescando la pantalla.

—¿Quién no responde? Estamos todos aquí —dijo, abarcando la sala del rancho con un gesto.

Cada Navidad se dividían con sus familias para pasar un día con ellos y otro con sus amigos, su familia por elección y los que

participaban en su día a día. El rancho de Mark se había convertido en el punto de reunión, ya que tenía más espacio y mucho terreno.

—Liam —respondió, volviendo a refrescar la pantalla.

—¿Quién es Liam? ¿Lo conozco? —preguntó, desconcertado.

—Te hablé de él, es el informático de mi empresa —le recordó Dean, sin hacerle caso.

Tuvo que hacer memoria para saber a qué se refería.

—¿El chico de los moratones? —adivinó.

Dean asintió, frunciendo el ceño.

—Lo invité a cenar, pero no me dijo nada —añadió, repitiendo el gesto.

—¿A nuestra cena de Navidad? Esto es privado —protestó.

—Es nuevo en la ciudad y está solo —replicó, como si eso fuera suficiente.

—No es un cachorro abandonado. Seguro que tiene amigos; puede que esté en casa con su familia —supuso, sin demasiada convicción.

Cameron le dedicó una larga mirada.

—Está solo en su casa, me lo dijo él. Dijo que iba a cenar pizza y refrescos mientras jugaba a videojuegos.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó, extrañado.

—Veinticuatro —contestó Dean, bloqueando el teléfono—. ¿Vienes conmigo?

—¿A dónde? —quiso saber.

—A buscarlo. No debería estar solo en Navidad —declaró, poniéndose en pie.

—¿Quieres que tu hermana nos mate?

—Ya sabe que lo invité y le parece bien. Piensa igual que yo. Mark, nos vamos —llamó, alzando la voz hacia su amigo, que se acercó masticando algo.

—¿Qué pasa? —preguntó con la boca llena, ya que también estaba ayudando en la cocina.

—Nos vamos —indicó Dean, cogiendo sus chaquetas del perchero para lanzárselas.

—¿A dónde? —insistió Mark, con desconcierto.

—Aparentemente, vamos a secuestrar a alguien —replicó, mirando a Dean con una ceja levantada.

—No es un secuestro, es una misión de rescate —aclaró Dean, abriendo la puerta.

Mark y él se miraron, pero por supuesto siguieron a Dean a ciegas. Era más fácil seguirle el ritmo que discutirle un plan una noche como aquella.

—Más te vale que estemos de vuelta para la cena —lo amenazó, sentándose en el asiento del copiloto.

—¿Qué más te da la cena? No van a empezar sin nosotros —replicó Dean, arrancando.

Ignoró a su amigo mientras enviaba un mensaje a Jamie para hacerle saber que no estaban.

—A lo mejor es que Harrison tiene ganas del postre en su propia casa —lo picó Mark, riendo.

No contestó a su pulla; sí tenía ganas de volver a su hogar, pero no por lo que ellos creían. Esa noche iba a dejar bajo el árbol un regalo muy especial: un anillo de compromiso. Recordó el día que fue a buscar el anillo con sus madres. Había querido hacerlo solo, pero insistieron en acompañarlo. No discutió. Acabó agradeciéndolo cuando una de ellas se echó a llorar en la joyería, y la otra le dijo que James se lo merecía.

La caja seguía envuelta en papel rojo, con un lazo torcido que él mismo había pegado a última hora. No era perfecto, pero tampoco lo necesitaba.

Por fin iba a pedirle matrimonio, y no podía esperar a ver su cara cuando llegara la mañana de Navidad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi consorte por soportar cada rabieta que me costó crear este libro. No podría haberlo hecho sin ti.
Gracias a mi familia de sangre y a mi familia elegida: sois mi todo.
Gracias a todos los que compráis y recomendáis mis libros. Os quiero de todo corazón y agradezco vuestro apoyo.

SOBRE LA AUTORA

Aislin Leinfill ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.
Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.
Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.

.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web

https://aislinleinfill.com

Twiter: @aislinleinfill
Instagram: @asilinleinfill

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Serie Escala de Grises

Gris Ceniza
La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.
Quizá lo hizo demasiado pronto…

Gris Titanio
Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca.
Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.

…

Serie Escala de Matices

Illinois
En las calles de Illinois, Cruz y Nate se ven envueltos en un torbellino de emociones y desafíos. Cruz, vive en los bajos fondos, lucha por encontrar su lugar en el mundo tras años de adversidades, mientras que Nate, un hombre reservado, experimenta un cambio profundo al cruzarse con él.
A medida que su relación avanza, enfrentan desafíos que ponen a prueba su determinación y sus sentimientos. Cruz lucha por dejar atrás los traumas del pasado, mientras Nate busca su identidad en un mundo lleno de ideas preconcebidas. En medio de la incertidumbre, descubren una conexión única que los impulsa a luchar por un futuro juntos.

Independientes

Adagio, Canción de medianoche

Empezó a cantar antes de hablar, su mente tatuaba las melodías en su interior, las hacía parte de él. Nadie entendía lo que significaba la música en su vida, hasta que conoció a Paris. Ellos compartían un mundo en el que solo ellos tenían cabida, lo comprendía y llegaba a él de una forma que no acababa de entender. Tantos años juntos, abriéndose camino, liderando las listas de ventas y teniéndolo a su lado, le dieron una falsa sensación de seguridad. Creyó que era suyo, a pesar de que lo que había entre ellos no tenía nombre, ni espacio en el mundo en el que vivían.

Crónicas de Khineia

Nimerik

Las leyes son claras, sencillas, los niños crecen repitiéndolas para grabarlas en lo más profundo de su mente. Obedece, cumple las normas y nunca discutas la autoridad, mientras sigas sus reglas, puedes ser uno más. Vivirás bajo el amparo de las murallas, contarás con la protección del ejército más poderoso del mundo y nunca tendrás que preocuparte de lo que se esconde bajo el agua. Hasta que llegó él y lo obligó a sumergirse en un mundo complejo y desconocido. Khirstan. Solo con pronunciarlo, cada defensa que lo rodeaba caía como si nunca hubiera existido, tan peligroso y misterioso como el océano e igual de intimidante que él.

Tharkia

Lo perdió todo el día que aquella ola arrasó su vida. Khirstan ya no estaba, solo quedaban sus recuerdos y un amor que seguía creciendo sin remedio. El mundo no se detuvo por su ausencia y la amenaza que se cernía sobre Puerto Bashel avanzaba imparable. Sin esperanza ni fuerzas, seguía siendo el comandante de Nimerik, y eso significaba que estaba dispuesto a dar la vida por su deber.

Serie Wolf World

Imposible de olvidar

Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo.
Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.

Por siempre jamás

La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarle a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.

…

Spin off de Wolf World

El libro de los condenados

Spin-off de la saga Wolf World, este libro parte del quinto libro de la saga. Sangreal, Las obligaciones del rey.

En un mundo donde la magia es una fuerza tangible que fluye en cada rincón, Ares y Reyx, dos almas destinadas, descubren el poder de su conexión mágica. Su amor desata algo único. Sin embargo, esta conexión no pasa desapercibida, y ambos se encontrarán en medio de un conflicto ancestral entre aquellos que buscan controlar su poder.

Mientras luchan por mantener su amor y libertad, se enfrentan a desafíos que amenazan con separarlos. A medida que su magia se intensifica, también lo hace la amenaza que representa para aquellos que buscan utilizarla con fines oscuros. Ares y Reyx deberán superar barreras místicas y desafiar las expectativas de un mundo que teme lo que no comprende.